

QUÉDATE CONMIGO,
POR FAVOR

Clamores de juventud
parte 3

ESTRELLA CORREA



QUÉDATE CONMIGO,
POR FAVOR

Clamores de Juventud
parte 3

ESTRELLA CORREA





© 2017 ESTRELLA CORREA

© 2017 de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Primera edición: Septiembre de 2017

Isbn digital: 978-84-17228-42-2

Diseño portada: Juan González

Maquetación: Ediciones Coral

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

QUÉDATE CONMIGO,
POR FAVOR

Clamores de Juventud
parte 3

ESTRELLA CORREA



SINOPSIS

Alejandro y Álvaro han desaparecido de la vida de Dani y no sabe cómo llenar el vacío que han dejado en su interior, pero no espera todas las sorpresas que le depara el destino, algunas de ellas le sobrepasarán, otras llegarán a formar parte de su pequeño universo.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1: NI UN PERO MÁS.

CAPÍTULO 2: SOY UNA COTILLA, NO LO VOY A NEGAR.

CAPÍTULO 3: ¿QUIERES CAFÉ? PUESTO TOMA TRES TRAZAS.

CAPÍTULO 4: VALE, ¿Y AHORA QUÉ?

CAPÍTULO 5: O POR NO QUERER.

CAPÍTULO 6: NO PUEDO CON LOS DOS. MEJOR DE UNO EN UNO.

CAPÍTULO 7: Y ESTE ¿QUÉ ES LO QUE QUIERE?

CAPÍTULO 8: ¿QUIÉN ME MANDARÍA A MÍ?

CAPÍTULO 9: NO SIGNIFICA QUE NO LO MEREZCA.

CAPÍTULO 10: ACLAREMOS LAS COSAS.

CAPÍTULO 11: LOS ERRORES DE TRES EN TRES.

CAPÍTULO 12: ESA SENSACIÓN.

CAPÍTULO 13: ERES MI HERÓINA.

CAPÍTULO 14: ¿PUEDO DORMIR UN POCO MÁS?

CAPÍTULO 15: HACE UNA AÑO Y TE SIGO OLIENDO.

CAPÍTULO 16: MADRE DEL AMOR HERMOSO.

CAPÍTULO 17: LAS FIESTAS Y YO NO NOS LLEVAMOS BIEN.

CAPÍTULO 18: FRÍO. MUCHO FRÍO.

CAPÍTULO 19: MIRANDO HACIA ATRÁS.

CAPÍTULO 20: TAL VEZ PUEDAS ESCUCHARME.

CAPÍTULO 21: PENSAR NO SE ME DA NADA BIEN.

CAPÍTULO 22: CÁRCELES SIN BARROTOS.

CAPÍTULO 23: PORQUE TE ODIÓ.

CAPÍTULO 24: APRENDER A CONTROLARME.

CAPÍTULO 25: SI LE OCURRIESE ALGO.

CAPÍTULO 26: CENAS EN FAMILIA.

CAPÍTULO 27: REAL COMO LA VIDA MISMA.

CAPÍTULO 28: HACE CALOR AQUÍ ¿NO?

CAPÍTULO 29: HOY ES NOCHE BUENA Y MAÑANA NAVIDAD.

CAPÍTULO 30: ¿CÓMO DEBE SER DESPERTARSE TRAS UN
LARGO SUEÑO?

CAPÍTULO 31: TE BUSCABA A TI.

CAPÍTULO 32: NO TE QUIERO.

CAPÍTULO 33: AHÍ ESTÁ.

CAPÍTULO 34: NO ME LO PUEDES IMPEDIR.

CAPÍTULO 35: SALIR DE AQUÍ. AHORA. YA.

CAPÍTULO 36: SI TÚ TE VAS.

EPÍLOGO.

PRÓLOGO

Llego a casa enfadado conmigo mismo por el modo que he tenido de hacer las cosas. Alejandro no se merece lo que está pasando. Soy el culpable de todo lo que ha ocurrido. Cruzo el salón del ático sin encender las luces, entro en la habitación y me detengo junto a la cama. La miro como si no la reconociera. Como si no fuera la misma en la que duermo cada noche cuando estoy en Madrid, como si en ella no hubiera pasado días enteros abrazado a Dani durante casi cuatro años. Ella. Todo sigue oliendo a ella. Una única luz baña la habitación, la que atraviesa la gran ventana. Miro el reloj y compruebo la hora, las cuatro de la mañana. El color blanquecino de la luna

llena de esta madrugada cubre parte de la colcha. Me siento sobre el filo y entierro los dedos de ambas manos entre las fibras. Agacho la cabeza y lleno de aire los pulmones. Siento cómo se ensanchan. Cierro los ojos y los vuelvo a abrir. Me gustaría gritar, gritar hasta desgarrarme las entrañas. Ver la cara de mi hermano hace un par de horas ha sido desalentador.

Alejandro siempre ha cuidado de mí. Me ha protegido como el padre que nunca tuve, porque a Marcos no le puedo llamar padre. Ni siquiera intentó desempeñar ese papel. Solo hubo ausencias, excusas y falta de tiempo. Casi no tengo recuerdos de su presencia a la hora comer. Ni de cenar. Ni en ningún otro momento. A veces me pregunto por qué consintió en tener hijos.

Se perdió mi infancia y la de Noelia. Nunca le pude preguntar cuándo me saldría la barba ni por qué me estaba cambiando la voz. Mantuvimos pocas conversaciones y, si las teníamos, en el seguro enfrentamiento mediaba mamá. Nuestra última gran discusión tuvo lugar el día que decidí hacerle partícipe de mi decisión de estudiar Bellas Artes. Por supuesto, mostró su desacuerdo. Me dijo que estaba loco, que solo lo hacía para cabrearlo, que iba a destrozarme por odiarlo tanto. Eso me dolió porque, en buena medida, constituía una gran verdad. No quería dedicar mi vida al arte por sacarlo de quicio, sin embargo, llevaba razón en que lo odiaba.

Odiaba lo poco que nos quería, renegaba de la falta que le hacía a mi madre, me devoraba el daño que le causaba. Sandra se lo merecía todo y él no le daba nada. Mujer bella, tierna, afectuosa y altruista. Nos amaba y nos lo demostraba. Recuerdo su beso cada noche antes de dormir, cómo nos cantaba mientras nos acariciaba, con cuánta devoción nos susurraba « *te quiero* » justo antes de arroparnos. Se mostraba cariñosa y atenta. Con todos. Incluso con la gente que no conocía. Y feliz. O, al menos, eso es lo que atesora mi corazón, su constante y maravillosa sonrisa que iluminaba todas las sombras. No puedo quejarme de mi infancia, porque, aunque Marcos no formó parte de ella, no noté en exceso su abandono. Sandra, Noelia y, por supuesto, Alejandro, llenaron los huecos que ese cabrón dejó.

Un domingo, tendría unos ocho años, acompañamos a nuestra madre al Rastro. Noelia iba sentada sobre su sillita y yo agarrado a un lateral del manillar. Alejandro caminaba junto a Sandra, que empujaba el carro. Nos detuvimos en un puesto de antigüedades. Mamá se acercó a ver lo que creo

que era un anillo y durante unos segundos la perdí de mi campo de visión. Mi hermana se soltó el cinturón y de un saltito se puso de pie sobre el suelo. Le dije que volviera a sentarse, pero sonrió, tocó su pelito y empezó a correr buscando a mamá entre el gentío. Salí con urgencia detrás de ella y, después de creer que la había perdido, la divisé llorando asustada debajo de una mesa con tarritos de porcelana sobre su tapa. Me agaché, la cogí en brazos y traté de mostrar normalidad y que no se diera cuenta del miedo que recorría mi cuerpo. Miré a derecha e izquierda sin saber qué dirección tomar. ¿Dónde estaba mamá? ¿Dónde nos buscaría Alejandro? Puse a Noelia en el suelo cuando mi cuerpecito empezó a temblar y, sin soltarle la mano, comencé a caminar hacia donde creía que nuestra familia se encontraba. Había mucha gente. Después de lo que me pareció un día entero, me di por vencido y nos sentamos sobre un escalón.

—Quiero ir con mami. ¿Dónde está mami? —Noelia me miraba haciendo un puchero sin saber muy bien lo que estaba pasando. Aún tenía el corazón encogido del sofocón.

Recuerdo cerrar los ojos y pedir por favor a mis lágrimas que no salieran, sin embargo, como cualquier niño, no lo conseguí. Una gota escapó furtiva y rodó por mi sonrosada mejilla hasta chocar con los adoquines del suelo de Madrid.

—¿Por qué lloras, Ito? —Así me llamó Noelia durante mucho tiempo.

Hasta que, unos años después, le expliqué que ya era mayorcita y que le agradecería que me llamara por mi nombre. Ella lo aceptó y solo volvía a hacerlo cuando quería enfadarme y ponerme de los nervios.

Me limpié la cara con la manga del chaleco de hilo azul marino y pensé que Alejandro nos encontraría. Siempre lo había hecho. Cuando más asustado estaba, él llegaba con su fuerza y su valentía y me arropaba con sus brazos. Si me caía, él me levantaba. Si soñaba, él me despertaba. Si me equivocaba, él me corregía. Nuestro hermano sabría buscar y nos localizaría. Y no erré en absoluto. Apreté la manita de mi hermana, le dije que no pasaba nada y miré hacia arriba como si ya supiera lo que iba a encontrar. Alejandro corría hacia donde nos encontrábamos, casi más asustado que nosotros. No pude reprimirme más y me eché a llorar, como cualquier niño asustado superado

por la situación. Se agachó, nos abrazó y nos susurró que él nunca dejaría que nos ocurriese nada. Así es él y... así le estoy pagando yo.

Rompo a llorar como hace muchísimo tiempo que no hago, desde que me perdí, aunque Dani intentara con uñas y dientes que eso no ocurriera. He cometido muchos errores durante mis treinta y un años. No me perdonaría jamás hacer daño a las dos personas que más quiero en esta vida. Le rompí el corazón a Daniel hace cinco años, y he destrozado el alma de Alejandro hace escasas tres horas.

El sábado me levanto como me quedé dormido, vestido sobre el mullido colchón. Cuchillos clavados sobre el pecho y truenos dentro de mi sien me saludan dándome los buenos días. Camino a la ducha, me desvisto y, sin quererlo, me encuentro conmigo mismo frente al espejo. Los ojos negros, el pelo despeinado sobre la frente, los hombros anchos y el pecho definido. Soy yo sin serlo. Me toco la brecha de la ceja con la yema de los dedos. Imágenes fugaces de la tarde en la que me la hice aparecen como *flashes* en mi mente.

Cierro los ojos y me transporto veinticinco años atrás.

De nada vale huir de tu vida, tus sentimientos ni de tus circunstancias.

Forman parte de ti y de lo que eres y te acompañarán siempre. Escucho la sonrisa jovial de Alejandro correr detrás de mí y de Noelia, jurándonos que nos pillaría y nos haría pagar lo que le hemos hecho a su habitación. Reímos a carcajada limpia. Noelia va dando saltitos, tropieza y se cae. Freno para cogerla y caemos los dos rodando hacia una mesa de hierro forjado con patas en relieve haciendo una enredadera. Si Alejandro no se tira y nos frena, me rajo la cabeza por la mitad. Abro los ojos y vuelvo a verme en el espejo.

Agarro el mármol del lavabo con las manos y lo aprieto con fuerza hasta casi hacerlo añicos. Solo me tuvieron que coger puntos, sin embargo, mi hermano se fracturó la mano derecha y tuvieron que operarlo de urgencia. Siempre he sabido que daría la vida por nosotros. Por mí. Hasta ahora.

Me meto bajo la ducha y abro el agua fría. Soy un completo imbécil. El agua cae sobre mi cuerpo, congela todas mis esperanzas, desbarata mis ilusiones y rompe por la mitad mi miedo. Apoyo las palmas de las manos sobre los

azulejos y agacho la cabeza. Aprieto la mandíbula hasta escuchar el rechinar de mis dientes. Sé lo que tengo que hacer. Me visto con unos vaqueros, una sudadera gris y unas converse negras. Cojo la cartera y las llaves del coche. Salgo de casa acompañado de las ganas de hacer las cosas bien y la certeza de que, pase lo que pase, haré lo correcto. Se lo debo. Voy a ser sincero conmigo y con él.

Llego a casa de Alejandro pasadas las cinco de la tarde. No tengo que dar explicaciones al portero para concederme paso, hasta ahora no se me ha vetado la entrada en casa de mi hermano. Posiblemente eso ocurra pronto, pero todavía no ha tomado esa medida de precaución. Soy persona non grata, seguro, porque no abre ni da señales de vida, después de llamar de forma ruda unas cuatro veces al gran portón de madera, y acompañar mi insistencia pulsando el timbre repetidamente. Sé que está aquí. Estoy seguro de ello. Lo conozco, conozco sus pasos, su forma de hacer las cosas, de moverse, de actuar, de reaccionar. Después de diez minutos, la puerta se abre. Claudia me mira sobrecogida desde el otro lado.

—Su hermano no se encuentra bien. Será mejor que venga otro día.

—¿Dónde está? Necesito hablar con él.

—Lleva en su despacho todo el día. No ha querido comer.

—¿Ha bebido?

—No demasiado.

—Claudia, voy a entrar —digo, seguro de mí mismo, y surte efecto. Se aparta a un lado, paso y cierra la puerta detrás de mí.

La del despacho también la tiene cerrada. Golpeo con el puño y nadie contesta al otro lado.

—Alejandro, sé que estás ahí. Abre.

Tras insistir y no conseguir nada, doy un paso atrás, cojo fuerza y choco

contra la ranura donde se unen las dos hojas consiguiendo que se abra de par en par. Me recompongo y busco a mi hermano con la mirada.

Lo encuentro de pie junto a la ventana, contemplando el skyline de la ciudad a través del cristal con una copa de bourbon en una mano. No se gira, no me mira, no me presta atención.

—Alejandro, tengo que hablar contigo. —Casi suplico. Obtengo el silencio por repuesta. Va a escucharme, aunque no quiera. Camino hasta el centro de la estancia, cojo aire y me animo a hacer las cosas bien: ser sincero y pedir perdón.

Comienzo por explicarme.

—Conocí a Dani el primer año de universidad. Ella me ayudó, sin saberlo, a superar todo lo que me pasaba por aquella época. Tú siempre cuidaste de mí y me sentía solo y abandonado tras tu marcha a Australia. Dejé de hablarme con Marcos y me enfadaba que mamá lo defendiera. Me enamoré tan rápido de ella que me asusté como un niño pequeño; pero no tardé en darme cuenta de todo lo bueno que me daba. Supe que sería para toda la vida y eso no ha cambiado. —trago—. He venido a ser sincero contigo. Quiero que conozcas mis sentimientos y por qué he hecho las cosas que he hecho. —Levanta el brazo y bebe un trago. Lo mira y gira el líquido despacio—. No pretendo que me entiendas. Ni yo mismo lo hago. Solo... déjame pedirte perdón.

Déjame... expurgar mis pecados.

—No soy ningún dios. —Su voz arroja una mezcla de dolor y desesperanza.

—Para mí siempre has sido más que eso.

Se gira hacia mí tras escuchar mis palabras y sus ojos se clavan en los míos. Duelen más que si afilados cuchillos me cortaran la piel y se hundieran despacio en las carnes.

—Vete.

—No voy a irme sin que me escuches.

—Ya lo he hecho. Vete. —Camina hasta el armario, lo abre, coge la botella y vuelve a llenar el vaso hasta la mitad. La cierra ceremonioso, la guarda, se lleva el borde del cristal a los labios y bebe un trago largo. Se gira y comprueba que no me he movido del sitio.

—¿Qué más tienes que decirme? Te la llevaste a París a conciencia.

¡Sabiendo y queriendo lo que ocurriría! —Reacciona.

—¡Llevo cinco años esperando volver a verla! ¡Cinco años de noches incompletas, cinco años de días enteros sin ella! Sí, me la llevé a París para intentar reconquistarla. Te dejó, la cagaste y...

—¡Vete! —grita, pero hago caso omiso y sigo hablando.

—Volví a Madrid por ella. Ignoraba que se había enamorado de ti. Me rompió el corazón saberlo. ¿Qué debía hacer? ¡Es la mujer de mi vida! Ya me rendí una vez sin luchar, ¡no volveré a hacerlo!

—Pero esta vez yo soy el enemigo. —Cierra los ojos.

—El enemigo siempre he sido yo. Ese es el problema. Que no la merezco.

—Ninguno de los dos la merecemos. Vete, Álvaro.

—No.

—No quiero odiarte.

—Yo te he odiado por tenerla entre tus brazos.

—¡Lárgate! —Suelta el vaso, que cae al suelo haciéndose añicos. Ni siquiera me inmuto. Camina hasta mí y me da un empujón.

—¡Te has acostado con ella! ¿Cómo has podido? Me odio, ¡a mí! Me odio por las ganas que tengo de matarte.

—¡Hazlo! —grito. Coge la tela de la sudadera a la altura del cuello y me levanta unos centímetros.

—Juré a mamá que siempre cuidaría de ti —escupe contra mi cara. Me suelta y se aleja un paso—. No quiero volver a verte.

—Sabes que eso es imposible.

No contesta. Camina de nuevo hasta la ventana y pierde la mirada en la lejanía.

—Perdóname. No lo merezco, pero lo necesito —suplico.

—¿La sigues queriendo?

—Más que a nada, pero te ha elegido a ti.

Escucho cómo coge aire con fuerza y lo suelta despacio.

—Eso cree ella, pero se equivoca. Está tan desorientada como tú. Lo he visto. No entiendo cómo no me he dado cuenta antes.

—No... —intento explicar tantas cosas que se amontonan en mi garganta, pero no sale ninguna.

—Vete, Álvaro. Tal vez algún día podamos hablarlo.

Respiro y, tras unos breves segundos, giro sobre mi cuerpo y dejo de luchar contra lo que deseo: que mi hermano no me mire con rencor. Camino hasta la puerta y me detengo antes de cruzarla.

—Sé que te ama —Reconocerlo en voz alta me cuesta tanto como respirar bajo el agua.

—No más que a ti. Y eso no lo soporto.

—Lucharé. Quiero que lo sepas —Me sincero del todo.

—Si vuelves a hacerle daño, te mataré.

Llego a casa debatiéndome entre lo que dice mi cabeza y me dicta el corazón. Solo escucho barullos inconexos trazando líneas irregulares en mi mente.

Muy pocas cosas veo claras y muchas menos tienen sentido. Solo una de tantas resalta escrita con letras gruesas sobre lo demás. Mis intenciones no han cambiado a pesar de todo lo que ha pasado. Volví a por ella y no me voy a ir sin conseguirlo. «*Quiero que seas feliz. Si es él quien puede conseguirlo, tendré que aprender a dejarte ir*». Esto le dije el viernes en su cumpleaños antes de que todo se desmoronara; y la dejaría marchar si estuviera seguro de que sería feliz así.

Entro en la habitación y abro el segundo cajón de la mesita de noche. Saco de él la caja morada de terciopelo que guardé hace un par de semanas al llegar de París. Me la llevé con la intención de encontrar la oportunidad de ofrecerle el anillo que guardo en su interior. Como una promesa y una forma de perdón. Supe, no obstante, que no sería fácil volver a hacerla mía. Mía con mayúsculas. En cuerpo y alma.

Abro la cajita sobre mi mano izquierda y miro la sortija con anhelo.

Codiciando lo que un día tuvimos, lo que un día fuimos, lo que significamos el uno para el otro. Sentirse el centro del universo de alguien es una sensación maravillosa. Sentir a alguien como tu universo lo es aún más. Sin reservas, sin condiciones, sin ambicionar nada, solo la creencia de que tu mundo gira en torno a esa persona. Y dárselo todo, eso forma parte del juego, pero, cuando ese todo se convierte en recelo y desconfianza, el primer planteamiento consiste en descubrir cómo cambiar las cosas desde la base.

Daniel no confía en mí ni en el amor que siento por ella. Mi error fue de dimensiones descomunales, y todo el daño que le he causado no se olvida de la noche a la mañana.

Cierro el estuche y vuelvo a meterla dentro del cajón de la mesita de noche. No la guardo en la caja fuerte. Tal vez, algún día, no muy tarde, acepte mi regalo y toda la vida que deseo darle.

El domingo me despierta el sonido incesante de mi teléfono móvil. La luz entra a raudales por el gran ventanal. Me tapo la cara con el antebrazo y palpo sobre la mesita de noche tratando de que cese el estridente ruido. Descuelgo y me lo llevo a la oreja.

—¿Hasta cuándo van a durar tus vacaciones? —pregunta Jean con el tono desenfadado que siempre le acompaña, sin embargo, no me pasa desapercibido el toque duro e impaciente en su voz. Algo le preocupa.

—¿Desde cuándo trabajas los domingos? —contesto después de tragar saliva.

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio.

—¿Sucio? Tú no te has manchado las manos en tu vida.

Escucho su risa al otro lado de la línea mientras me incorporo, pero está distorsionada, esconde algo detrás de ella. Me siento en el borde de la cama.

Me toco el pelo y la cara con la mano que tengo libre.

—Dime cuál es la verdadera razón por la que llamas. —Para de reírse y en el tono se nota cómo estará cambiando su semblante a uno mucho más serio y contraído. Tras un breve silencio, contesta claro.

—Ha ocurrido algo.

—¿Qué pasa?

—Álvaro, no te pongas nervioso. Lo solucionaremos.

—¿Qué ocurre?

—No tenemos noticias desde hace un par de días, no se ha puesto en contacto con ninguno de nosotros en el momento acordado...

—¡Jean...!

—Lucie ha desaparecido.

Tras escuchar esto último, me pongo de pie, introduzco los dedos entre mi cabello y tiro de él.

—¿Qué?

Cojo un avión dos horas después con dirección a París. El trayecto se hace eterno. La preocupación no me deja pensar en otra cosa. No me perdonaría jamás que le pasara algo a Lucie. Es..., es especial. El jet privado de Jean me espera en el aeropuerto. Adrien me recoge y me lleva hasta mi apartamento en el barrio de Montparnasse. Noto que algo ocurre justo al pararme en la cancela de hierro de tres metros del portal. Nunca está abierta. Miro hacia arriba y alguien ha dejado una especie de gancho para inutilizar el cierre electrónico. Alzo la mano y lo aparto. Miro a la calle en todas direcciones y Adrien, que espera de pie junto al coche, me observa con interés.

—¿Ocurre algo, señor?

Niego con la cabeza y le repito que no tardaré demasiado.

Encuentro la puerta del piso abierta. Entro y solo veo enseres tirados por el suelo. El sofá rajado, los cuadros descolgados de las paredes. Miro a un lado y a otro comprobando que no hay nadie. Inspecciono la cocina, habitaciones y el cuarto de baño. La puerta de la terraza está cerrada y también las ventanas. Han debido entrar y salir por la puerta.

Cojo el teléfono y marco su número.

—Han estado aquí.

El lunes por la tarde aún no he dormido. No tenemos noticias de Lucie. Lo prioritario, que la encontremos. Muchas cosas están en juego, el peligro que corre, su vida, lo primero. Me tiro en el sofá del ático de Jean y una de las chicas que trabaja para él me sirve una taza de café. Me la bebo de un sorbo, y le pido algo más fuerte. Tres whiskies después, todo se ve de diferente forma. Mentira, nada ha cambiado, pero el túnel de canalización se ha abierto bastante. Cierro los ojos y su sonrisa triste me cruza la mente. Daniel...

Siempre la tengo presente; sin embargo, el problema que tenemos entre manos absorbe lo bastante como para obviar el hecho de que la echo de menos sin condiciones.

Saco el teléfono del bolsillo y escribo un mensaje a Dani. Siento la tentación de llamarla, pero desecho la idea. Entiendo que necesita tiempo después de lo

que ha pasado. Mi cansancio supera niveles de peligro, tanto, que me cuesta mover los dedos.

«Dani. No sabría por dónde empezar. Siento tanto lo que pasó... Estoy muy preocupado por ti. Me hubiera gustado estar hoy en Madrid, pero no he podido retrasar más el viaje. No volveré hasta el viernes. Dime que estás bien. Por favor, llámame».

Tiro el móvil sobre la mesita baja que tengo al lado y cierro los ojos. No espero que me conteste. Tal vez se ha dado cuenta que ninguno de los dos somos buenos para ella y ha decidido sacarnos de su vida. No me extrañaría que lo hiciera. Solo le hemos dado problemas y decepciones. Somos dos indeseables incapaces de quererla como se merece.

Lucie..., ahora mismo, encontrarla se encuentra en la *pole position* de mis preocupaciones. Un minuto después el móvil me anuncia que he recibido un mensaje.

«Estoy bien».

1

NI UN PERO MÁS

—Despierta, Oso Yogui.

Mmm, refunfuño y me quejo agazapada entre las sábanas de mi cómoda y calentita cama.

—Llevas dormitando tres días. Se acabó la hibernación. O te levantas, o le meto fuego a la habitación contigo dentro.

No sería capaz. Así que me giro, tiro del edredón y me cubro la cabeza.

Sara lo coge desde la parte de abajo y tira de él destapando mi cuerpo por completo.

—Pero... —Intento quejarme.

—De peros nada. Son las ocho de la tarde. A la ducha.

—Me he duchado esta mañana.

—Qué bien —ironiza. Pone los ojos en blanco—. A la ducha.

Qué desesperación. Resoplo. Me incorporo, me siento sobre la cama y la miro. Está frente a mí con los brazos en jarra.

—Vamos a salir —informa.

—No me apetece.

—Me importa una mierda.

—¡Oye! —La regaño.

—¿Qué? —Levanta los brazos exasperada.

—No voy a salir a ninguna parte.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No.

Conversación profunda, de esas que te marcan de por vida, valga la ironía.

—Llevas tres días dormitando la tarde y después ¡eres capaz de dormir la noche entera!

—Me levanto muy temprano para ir a trabajar. Estoy cansada. No le hago daño a nadie.

—Ñe ñe ñe ñe ñe ñe... —Me parodia—. Solo a ti misma. Tienes una hora para ponerte guapa porque ¡vaya cara que tienes!

—¡Eh! —Le llamo la atención.

—¿Miento?

Niego con la cabeza

—Pues eso. Solo soy sincera —responde con dureza. Tras unos segundos, parece que recapacita, se sienta en la cama a mi lado y me mira con condescendencia—. Cariño, tienes que reponerte. Solo quiero ayudarte.

—Me encuentro bien —procuro que una sonrisa asome a mis labios.

—No te lo crees ni tú, y lo entiendo, pero tienes que intentarlo. Yo estaré a tu lado.

La miro con gratitud.

—Soy un asco —Me tapo la cara con las manos.

—Lo haces lo mejor que puedes. —Me coge de las muñecas y tira—.

Vamos, Roberto nos recoge dentro de una hora.

Resignada, me levanto y camino hasta la ducha. Mi amiga lleva razón.

Mis días se basan en sueño y trabajo. No mucho más, ni siquiera salgo a comer con Berta y Victoria al mediodía. Llevo tres días inventando excusas rocambolescas que no creen—no tengo tanta imaginación – . Sin embargo, muy prudentes, no insisten y dejan que me revuelque en mi pena. Porque eso es lo que hago, ahogarme en un pozo sin fondo, aunque prometí no hacerlo.

Mis ganas de salir a alguna parte, equivalen a las que tengo de que una apisonadora me pase por encima. Solo deseo dormir y dar de lado lo que ha pasado. Olvidarlo a él como él me ha olvidado a mí. Y eso es lo que más me abruma en este momento, ser consciente de que Alejandro ya no me necesita.

Tal vez nunca me ha necesitado, solo lo creyó durante un tiempo. Lo que tardó en conocer quién soy en realidad. Alguien que exigió sinceridad cuando no supo darla, quien presumía de ser real mientras se escondía detrás de mentiras, quien se llenaba la boca de franqueza cuando solo escupía lo que le convenía. No me enorgullezco de mi comportamiento; he sido ruin, y me avergüenzo de cómo he llevado la situación, o mejor, de cómo no la he llevado. He dejado que todo sucediera, he creído controlar lo que me rodeaba a sabiendas de que, al final, esto pasaría. Es posible, y esta idea cada vez cobra más fuerza en mi cabeza, que Sara lleve razón y yo misma haya boicoteado mi relación con Alex. Tal vez soy la única culpable de dónde estamos ahora, a millones de kilómetros de distancia, en otros mundos, en universos paralelos.

Mi subconsciente lleva en silencio tres días. Ni siquiera intenta saludarme por las mañanas. No se atreve a mofarse de mi aspecto, ni siquiera cuando me miro al espejo y muestra la maraña en la que se ha convertido mi cabello.

Duerme, tanto o más que yo, entumecido por todo el dolor que me ayuda a soportar, compartiendo el malestar, la molestia y el tormento. Es difícil seguir adelante a sabiendas de todo lo que dejas atrás, de todo lo que podía haber sido y no será, pero sé que debo hacerlo. Por mí y por todas las personas que me quieren y se preocupan por mi bienestar.

Cierro el botón de mis vaqueros *Diesel*, me calzo unos zapatos de salón negros con tiras hasta los tobillos, me pruebo varias camisetas extra grandes, y elijo una blanca con una rosa negra en el pecho. *Eyeliner*, rímel y labios rojos con *Ruby Woo* de *Mac*, por supuesto. Descuelgo la cazadora *bomber* verde militar y salgo al salón, donde ya me espera Sara subida a unos tacones de aguja de doce centímetros.

Me mira de arriba abajo dándome un repaso. Bufo.

—Y ahí está mi atractiva amiga. —Me apunta con el dedo—. Parece mentira que la de estos tres días fueras tú.

—¿A dónde vamos?

—¿Qué más da?

¡Claro que da! Si no recuerdo mal, la última sorpresa terminó con infinitos daños colaterales. Yo soy una gran prueba fehaciente de su falta de cordura al decidir celebrar mi cumpleaños en casa de Alejandro e invitar a Álvaro. Está bien, ya estoy echando balones fuera y librándome de la culpa que, sin duda, me corresponde. Se me permitirá pensar, no obstante, que mi amiga no supo calibrar las posibles consecuencias de unirnos a los tres en una fiesta. Y con tres me refiero a Alejandro, a Álvaro y a mí. A mí bastante borracha, en concreto. Si en condiciones normales soy un completo desastre y, además de no filtrar, no controlo mis impulsos, con tres gin-tonics, mucho menos. Era de imaginar que podría ocurrir lo que sucedió. Y ¿qué sucedió? Que la bomba de relojería que llevaba dos meses palpitando junto a mí, explotó dejándolo todo desolado. Alejandro se enteró de mi historia con su hermano y

de lo acontecido en París. Sí, lo sé, y aquí. Porque a mí me gusta meter la pata varias veces, una no me parece suficiente... Así que, la noche que cenamos en el ático donde tantos días habíamos pasado juntos, me volví a acostar con él. Como para olvidarlo.

—No me gustan las sorpresas, y las tuyas ¡mucho menos!

Su móvil suena dentro del bolso negro con tachuelas plateadas a juego con los zapatos y el vestido hasta las rodillas. Lo coge y lo mira.

—Roberto nos espera abajo.

Pues allí se puede quedar año y medio. Yo de aquí no me muevo.

—No me moveré hasta que no me digas a dónde vamos. —Me cruzo de brazos, decidida.

—Últimamente te comportas más imbécil de lo que se considera normal.

—Ah, ¿sí? Pues tú sigues siendo igual de zorra.

Gira sobre sus tacones de aguja, abre la puerta y me mira mientras la mantiene abierta.

—Vamos al Rock-Rox. ¿Contenta?

Levanto el mentón, me hago la digna y camino hasta el rellano. Sara cierra detrás de mí. Bajamos en el ascensor haciéndole carantoñas al perrito de una de las vecinas. Nos despedimos de la dueña y del cachorro al salir a la calle y nos dirigimos hasta el todoterreno de Roberto que nos espera aparcado en doble fila. Sara se sienta delante. No me apetece pelearme con ella para conseguir manejar la radio del coche.

—Hola, ¿eres el tío bueno que sale en todas las vallas publicitarias en pelota picada y le mide la chorra metro y medio? Vestido no te reconozco — saluda mi amiga.

Roberto sonrío y le da un beso.

Nuestro amigo ha alcanzado fama desde hace unos días. El lunes se lanzó una campaña publicitaria de una marca muy conocida de ropa interior para hombres, y él fue el modelo escogido para representarla. En un principio, lo contrataron de fotógrafo, pero ha terminado brillando como protagonista indiscutible de la firma. No nos dijo nada, fue una sorpresa enorme cuando el martes por la tarde Sara me despertó de mi letargo para enseñarme las fotos que había hecho desde la clínica dental hasta casa. Yo no me había dado cuenta. Es cierto que llevo dormida cuatro días. Me dirijo a la torre todas las mañanas como una autómatas, no me doy cuenta de nada de lo que ocurre a mi alrededor.

—Hola, chicas —saluda Roberto. Me incorporo hacia delante y le doy un beso y un abrazo muy largo. De los que se dan a los amigos cuando hace tiempo que no ves. Escondo mi cara en su cuello y suspiro. Huele a hogar.

—Siento no haberte devuelto las llamadas —susurro junto a su oído. Nos separamos lo justo para mirarnos a los ojos —. Te quiero, lo sabes ¿no?

Asiente y sonrío. Cuando Roberto sonrío, yo también sonrío. Es instintivo.

Me tranquiliza y me transmite confianza. Me ha llamado y enviado mensajes cada día de la semana preguntando cómo estoy, pero la desgana me ha impedido atender al móvil. No lo he apagado por motivos de trabajo. Los artistas tienen mi número de teléfono, y con el traslado parece que ni siquiera duermen por la intranquilidad. Esto me recuerda que también he hecho caso omiso del montón de llamadas y mensajes del inspector Hidalgo. Insiste en que nos veamos, pero no tengo ni la menor idea de para qué. La información que posea de lo que pasó, lo normal es que lo hable con Álvaro. Vamos, digo yo.

—He reservado en Ingenio de Cervantes.

—¡Me encanta! —aplaude Sara.

—Creí que íbamos al Rox —contesto apática.

—Tendremos que comer. Que tú no lo hagas, no significa que los demás nos alimentemos del aire.

—Pufff —vuelvo a resoplar, la ignoro y me dedico a mirar por la ventana.

Notoria mi animadversión a cualquier plan que no implique sofá, cama y tele. Y mi compañera de piso se está hartando de mi actitud, «*hasta el mismo moño*», palabras textuales. Bueno, no, ella fue mucho más bruta. Yo también lo estoy, pero no reacciono. Me conduzco cual Bella Durmiente que espera a su príncipe azul para que la despierte del letargo con un beso. Lo sé, muy melodramático. Mi príncipe, ni es azul ni me busca ni lleva corcel banco; más bien todo lo contrario. Él conduce varios BMW y tiene la espalda y el brazo tatuados. Suspiro varias veces, cierro los ojos y pego la frente al frío cristal.

Pensar en Alejandro duele mucho, el recuerdo de lo que le hice y lo que debe sentir en este momento, me parte el pecho en dos. Yo mejor que nadie conozco lo que te hace una traición, cómo te transforma y cómo te destroza a ti y a tu entorno. Las cosas cambian de color y te das cuenta de que nada es lo que parece. Pierdes la fe. Varía tu percepción, la manera de sentir, de actuar, de reconocer a los demás. Descubrir que la persona a la que amas te miente es algo que no debería sentir nadie. Te desgarras, como si te abrieran el pecho con una navaja, metieran la mano, sacaran el corazón y lo partieran a trozos mientras tú sigues respirando y observando cómo te desangras.

Una lágrima rueda por mi mejilla, pero la limpio con el dorso de la mano antes de que mis amigos lo adviertan.

Los he perdido a los dos. Álvaro tampoco se ha vuelto a poner en contacto conmigo después del mensaje en el que me pedía que le prometiera que estaba bien. Y no lo culpo, yo no he hecho las cosas de manera correcta con él. Y ahora..., ahora no sé qué va a pasar. Una gran incertidumbre me recorre de pies a cabeza. Lo he utilizado de forma rastrea y me odio por ello.

—Dani. —Sara me saca de mi turbio ensimismamiento—. ¿Tinto o blanco?

¿Qué? No reacciono a la pregunta.

—¿Tinto o blanco? —repite.

Miro a mi alrededor y descubro que estamos dentro del bar junto a la barra, supongo que esperando mesa. Me ha pasado lo de todos los días, hago las

cosas por inercia, no porque sepa lo que hago.

—Tomaré agua.

—¡Venga ya! —Me ignora y pide tres copas de vino tinto.

Miro alrededor, y me quedo impresionada con la original decoración que envuelve el local, motivos cervantinos y una biblioteca de Quijotes en más de cuarenta idiomas. Camino hasta llegar a ella y, despacio, observo todos los libros. Crecí leyéndolo, me encantaba imaginarme a Sancho sobre su viejo burro acompañando a un Don Quijote de La Mancha en todas sus locas aventuras. Su fiel amigo. Miro a Sara y sonrío. Habla con Roberto, feliz mientras bebe de la copa de vino que el camarero le acaba de servir. Ella es mi Sancho, mi amiga fiel, mi compañera, la que me calma, la que controla mi locura. La que calibra mi vida. Giro sobre mis pasos y vuelvo a donde se encuentran. Roberto coge mi copa que espera solitaria sobre la barra y me la ofrece. Le doy un sorbo y le sonrío en un gesto agradecido.

Cenamos revuelto de setas con morcilla de Burgos, mousse de cabrales y entrecot. Todo exquisito y, mientras degustamos el postre, mousse de chocolate blanco y crema catalana quemada con azúcar moreno, le pedimos al camarero que le dé la enhorabuena al chef. Media hora después vamos camino del Rock-Rox, un pub situado muy cerca de la casa de Roberto. En Malasaña. Recuerdo muy bien la última vez que estuve allí, hace pocas semanas, Alejandro me quiso llevar a casa en la limusina y yo le pedí a Carlos que me trajera para cabrearlo. Jugando con fuego..., hasta que me quemé con mi propia llama.

Hay poca gente y lo agradezco. No me apetece en absoluto meterme en una lata de sardinas en la que respirar se convierta en una misión imposible, sobre todo si mi yo apático sigue prevaleciendo sobre los demás, aunque no haga ni diga nada. Duerme junto a todos mis «yoes», y mi subconsciente. Me siento tan sola, que a estos tampoco los escucho.

Nos sentamos en una esquina de la barra y Lola se acerca a saludarnos.

Roberto le da un abrazo y un beso en la mejilla y después Sara hace exactamente lo mismo.

—¿Recuerdas a Dani? Os presenté hace un par de semanas.

—Por supuesto. Hola, guapa. —Me da un abrazo demasiado efusivo para, a mi parecer, la relación que nos une.

La recuerdo. Imposible olvidarla. Me encantan sus brazos tatuados y su estilo *pin up*. Preciosa.

—Hola. —No se me olvida tampoco que se ha acostado con los dos. A la vez.

—¿Qué queréis tomar?

—Tres gin-tonics, por favor.

—Yo, una Coca Cola. —Modifico el pedido de Sara. Afortunadamente no empieza una trifulca conmigo sobre por qué no me tomo una copa de ginebra y me libro de escuchar cosas como «*si eres más aburrida, no naces*» o «*o te espabilas o lo hago yo a base de hostias*». No me apetece en absoluto beber ni que me echen la bulla.

—Ahora vuelvo. Voy al baño. —Mi amiga se disculpa educadamente, cosa rara en ella, y desaparece.

De fondo suena *Torn* de Natalie Imbruglia.

—¿Estás bien? —Roberto me mira y yo me encojo de hombros —. Siento mucho lo que pasó.

—No fue culpa tuya. —Fue mía. Por imbécil. He perdido a los dos únicos hombres que he amado y nadie tiene la culpa, solo yo. Boicoteé mi relación con Alejandro por miedo a que él lo hiciera antes. Cada día lo veo más claro.

Y me acosté con Álvaro porque quise, porque lo quiero y porque nunca lo he olvidado. Dudo que algún día llegue a hacerlo.

—Tuya tampoco.

—Claro que sí. Sabía que pasaría tarde o temprano y no hice nada para

evitarlo.

—No podemos manejar todo lo que sucede a nuestro alrededor. —Esto lo he escuchado ya antes.

—Me acosté con Álvaro. Tomé una decisión. —Le recuerdo.

—No estabas con él.

—Es su hermano. Dudo que eso importe. —Me toco la frente y suspiro—.

Mejor cambiamos de tema.

—Obviarlo no hará que desaparezca.

—Ah, ¿no? —Sonríó tratando de distender el ambiente.

—Estoy orgulloso de ti.

Abro los ojos asombrada.

—Siempre sigues adelante, pase lo que pase.

—No creo que dormir todo el día cuente como seguir adelante. —De todas formas, no me queda otra. Si yo le contara...

—Por supuesto que sí. Cada uno supera la pena como puede. —Me encojo de hombros, y miro en dirección a la barra. Lola se acerca hasta nosotros.

—Aquí tenéis, chicos. He tenido que ir un momento al almacén. —Y, al decir esto último, mira a Roberto con una sonrisa lasciva que no oculta en absoluto. Deja las bebidas delante de nosotros y se aleja a atender a otros clientes que la esperan.

—¿¡Os habéis acostado en el almacén!?! —No sé de qué me asombro.

Roberto se encoge de hombros mientras le da un sorbo a la copa y sonrío.

—Me acabo de liar con Lola en el almacén. —Sara llega hasta nuestro lado

con la cara colorada y la barra de labios difusa. ¿Qué? Pufff. Abro los ojos de par en par mientras ella brinda con nuestro amigo, sonrían y beben.

Vaya panda de salidos—. Vamos a bailar.

En el local hace demasiado calor, poco a poco la gente lo ocupa todo y no cabe un alfiler. Una chica se desmaya a nuestro lado, y un hombre muy fornido la coge en brazos y la saca del bar. Roberto habla con el que parece su novio, y nos informa de que ha bebido bastante y no ha cenado nada. No me tranquilizo, pero supongo que a todos nos ha pasado. A mí más de una vez. Y las últimas siempre ha estado mi Dios Griego del Sexo para salvarme.

Ya no.—Pena, penita, pena—. Respiro y parpadeo intentando no llorar. Sara lleva razón, soy un alma en pena que camina por inercia.

Me disculpo y aviso a los dos bailarines de danza erótica que tengo como amigos que salgo un momento a tomar el aire. Doy por hecho que me escuchan, pero observando cómo siguen en lo suyo, no lo afirmaré cien por cien. De todas formas, camino entre la marabunta empujando a alguna que otra persona. Es imposible salir de aquí. Después de cinco minutos de tiras y aflojas, subes y bajas, disculpas y malas caras, consigo ver a un par de metros la puerta de salida. En ese momento una mano tira de mí y me frena.

—¿A dónde vas, guapa? ¿Quieres compañía? —Me pregunta un hombre de unos treinta años bastante borracho.

Intento zafarme, pero no lo consigo. No me suelta el brazo. Cada vez me aprieta más. Comienzo por asustarme cuando otro hombre, este un poco más mayor, tiene que rondar los cuarenta, lo empuja y lo aleja de mí. El desconocido me mira serio. Le sonrío y le doy las gracias. Él no dice nada.

Solo hace una mueca que no llego a entender y se va.

Llego a la calle y respiro hasta llenar completamente mis pulmones de aire. Hace un frío que pela —ni en la Antártida ¡leñe!—, pero es justamente lo que necesito. A mi lado tres chicas charlan distendidas sobre sus últimas conquistas mientras se fuman un cigarrillo. Si no escucho mal,—sin querer, porque yo no soy cotilla... ejem ejem—, las tres se han calzado a un tal

Lorenzo al que denominan «*empotradorbuenfollador*» y ahí andan, poniendo notas a su verga y a otras cosas que no voy a nombrar. Apoyo la espalda en la pared y miro a ambos lados de la calle. Me encanta esta ciudad porque nunca duerme. No importa la hora que sea. Unos minutos después comienzo a tiritar. Decido entrar de nuevo, sin embargo, algo llama mi atención. Veo dentro de un coche a la persona que me ha ayudado a ahuyentar al borracho sentado en el asiento del conductor, fumando un cigarrillo como si no tuviera prisa en marcharse. Por un segundo me mira fijamente igual de serio que la vez anterior. No le doy demasiada importancia y me giro a empujar la puerta, pero en ese momento Roberto sale con mi chaqueta *bomber* en la mano.

—¿Te has vuelto loca? Hace demasiado frío —Me cubre los hombros con ella—. Estás temblando. Nos vamos. Sara está despidiéndose de Lola.

Cierro la cremallera con ribetes dorados y mi amigo, preocupado, me abraza para que entre en calor. Instintivamente miro hacia donde se encontraba el extraño y sigue observándome sin ningún pudor mientras habla por teléfono.

A las dos de la madrugada, deciden que es buena idea pasar por el Club Adara a tomar la última. ¿Buena idea? Intento negarme. Les explico lo poco que me apetece ir a un lugar propiedad de Alejandro, pero comienzan una extensa perorata de —sin—razones por las que me debería dar igual, el tiempo justo para subirnos en el coche y llegar a la puerta del presuntuoso local, como siempre, lleno de gente. La cola para entrar da la vuelta a la manzana.

—De verdad, no me apetece. Sois crueles. —Trato de dar pena a ver si dejan que me marche a casa—. Además, tengo que levantarme muy temprano —gimo al final.

—No seas aguafiestas ¡coño! Todos tenemos que trabajar. Una copa y nos vamos —Sara me agarra del brazo y cruzamos la calle.

«*Una copa y nos vamos*» ¿Cuántas veces he escuchado eso? Sí, tantas como se escucha por boca de esos amigos borrachos y fiesteros que todos tenemos. Esos que beben como cosacos, carecen de fondo y piensan que hemos creído su promesa. En serio, «*una y nos vamos*» significa «*siete y que nos meen los perros*». Una más y nos vamos, eufemismo universal de los bastante perjudicados y por tal motivo aparentan no caer en la cuenta. Y yo luzco

últimamente una personalidad de mierda.

—No podéis obligarme —lloriqueo, pero ninguno de los dos me hace caso.

Joan ve que nos acercamos y abre una de las cadenas dejándonos pasar.

—Buenas noches —le dice seco a Sara—. Daniel. —Se dirige formal a mí con un golpe de cabeza. «*Hola, soy la Reina*», pienso. Suspiro y vuelco los ojos. No hace falta que me trate con tanta cortesía, lo he visto casi desnudo en medio del salón de nuestro piso. Hace que me sienta mayor, o que dude si ostento un título nobiliario y no se me ha informado de ello—. Os llevaré al reservado.

—No es necesario —contesta Sara demasiado brusca—. Nos apetece estar abajo.

—Os llevaré al reservado —repite, seguro y duro, mirándola a los ojos.

—Gracias, Joan, pero yo cuidaré de ellas —media Roberto.

Dejamos atrás al seguridad enfadado y, mientras caminamos, giro la cabeza y me doy cuenta de que habla con alguien por el teléfono móvil sin dejar de mirarnos.

Adara tiene el aforo completo. Conforme nos adentramos en el Club, me arrepiento más y más de no haber aceptado que nos llevara a uno de los balcones. Cruzamos la pista de baile y paramos junto a los sofás vips de la planta baja. Sara pide dos gin-tonics y una Coca Cola a uno de los camareros, que se dirige a nosotros con estudiada deferencia. Me giro hacia la izquierda y veo el ascensor que lleva hasta el despacho de Alejandro y en el que he subido bastantes veces. Dos segundos, solo tardo dos segundos en darme cuenta de quién sale de él.

SOY UNA COTILLA, NO LO VOY A NEGAR

Algunas veces, nos ensimismamos y preocupamos tanto por escondernos del mundo a la espera de que se detenga, que no nos damos cuenta de que ese mundo sigue girando a nuestro alrededor a pesar de todos los pesares. Que no somos otra cosa que una mota de polvo en el universo y que a nadie le importa nuestro bienestar si no eres tú mismo el que se preocupa por él. No somos tan importantes. De nada vale encerrarse en una burbuja esperando que todo pase porque no lo hace. De nada sirve huir de tus miedos, porque te seguirán dondequiera que vayas.

Yo llevo una semana metida en una habitación, por las mañanas cambio mi dormitorio por la oficina, pero son las mismas cuatro paredes. Cuatro muros de hormigón armado, sin ventanas ni puertas, porque yo misma las he cerrado a cal y canto. Con la cal del miedo, la ira de la tristeza, y el canto del desconsuelo. Desespero de que me liberen de este sufrimiento, que alguien o algo haga las veces de parapeto. No quiero llorar más, aunque sé a ciencia cierta que no puedo evitar que me hagan daño.

La pretensión de ocultarse tras espesas cortinas no soluciona nada, es más, lo empeora todo, porque te hace vulnerable. Preferible salir al campo de batalla y luchar que esconderse a la espera de que te apresen. Y por esa razón, he dejado que estos dos descerebrados me arrastren hasta el Club Adara esta noche; porque no voy a huir, pero eso no significa que lo que veo a unos diez metros me entusiasme lo más mínimo.

El ascensor a nuestra izquierda se abre y una bella mujer sale de él acompañada de una cara que me resulta familiar. Conozco a la fémina antes incluso de que se gire. Rubia, alta, delgada... despampanante. Verónica, la

gerente, charla seria con su acompañante al que también reconozco. Marcus, el hombre para todo de Alejandro. Desaparecen tras una puerta al final de la barra donde nos encontramos. Parecen mantener una acalorada discusión. Me pongo nerviosa al instante al pensar que tal vez Alejandro se halle cerca.

Mezcolanza de sentimientos se arremolinan en mi estómago. Ilusión y dolor.

No estoy segura de cuál prevalece sobre el otro. Roberto se da cuenta del cambio en mi estado de ánimo; de apática antipática a asustada y temblorosa, me rodea los hombros con el brazo y me da un beso en la sien. Lo miro y sonrío tratando de obviar cierta posibilidad y ponerme histérica. No podemos controlar lo que nos rodea, pero sí la forma de actuar, así que decido ser una mujer fuerte y no perder el control. Lo consigo a duras penas.

Termino con el refresco de un trago, se aplaca la sed que me reseca la garganta y voy al baño más cercano. Suspiro exasperada al llegar al pasillo.

Presiento que no voy a aguantar la media hora que va a tardar en desalojarse el lugar. Cuento once personas que esperan tan desesperadas o más que yo.

Vuelvo a la barra y miro con impaciencia detrás de los sofás blancos de la zona vip. No estoy segura de que sea buena idea pulsar el botón del ascensor, ni si se abrirá, pero lo hago y en un instante, el maldito ascensor abre las puertas para recibirme. Mi yo kamikaze hace acto de presencia abandonando a mis yo es en la otra dimensión y me empuja hacia adentro sin preguntarme si es lo que deseo. Echarle la culpa de todos mis errores y locuras a otros, aunque sean parte de mí y lo sepa, es uno de mis mejores dones. ¡Oh, yeah!

Miro a un lado y solo veo monitores, al otro el cristal enorme que cubre la pared y desde donde se divisa todo el Club. Camino despacio y apoyo la palma sobre él. Cierro los ojos y un calambre caliente me recorre de pies a cabeza. Aquí he vivido uno de los momentos más morbosos que recuerdo.

Alejandro me hizo suya de una manera desmedida, brutal. Me dijo con voz desesperada y ronca que era suya, que le pertenecía y fue lo más excitante que había escuchado. No solo por lo que dijo, sino cómo lo dijo, un desgarró de dolor. Sé que nadie pertenece a nadie. Somos personas libres en esencia.

Sin embargo, sentirme de Alejandro de esa manera tan primitiva, en ese contexto, me excita a niveles que nunca antes había considerado y mucho menos experimentado.

Manos, saliva, gemidos, besos, dientes, susurros, gritos.

Trago saliva e inspiro profundamente intentando parar el calor que crece entre mis muslos. Lo hace un momento después al escuchar el ascensor ponerse en funcionamiento. Miro hacia la puerta de salida, llego hasta ella y tiro hacia adelante y atrás sin conseguir abrirla. Busco otra vía de escape. Veo la puerta del cuarto de baño entreabierta y corro hasta allí. Entro y la dejo tal y como estaba, un poco entornada. Una punzada en el bajo vientre me recuerda que necesito hacer aguas menores ¡o mayores! ¡Ya no aguanto más!

Levanto la tapa, me bajo las braguitas, me siento en el inodoro, y la satisfacción me pone los vellos de punta. Dispongo de unos segundos antes de que el ascensor vuelva a subir. Un minuto después escucho voces amortiguadas al otro lado de la habitación. Pego el oído a la puerta y trato de escuchar. No tengo que llamar a voces a mi yo cotilla, porque nunca me abandona. Se encuentra junto a mi yo detective privado, listo y preparado para desplegar nuestras depuradas dotes de espionaje.

—No creo que sea buena idea —dice una voz masculina, amenazante.

—No me iré sin más. No después de todo. —Verónica le replica. Me acerco al hueco que queda entre la hoja de madera y la pared y compruebo que el hombre es Marcus.

—Ya no tienes nada que hacer aquí.

—Me necesita.

En ese momento suena lo que debe ser el teléfono del *hombre para todo*, lo coge, se lo lleva al oído y escucha durante unos largos segundos.

—De acuerdo. —Es lo único que le dice al interlocutor. Cuelga, lo mete en su bolsillo y mira con dureza a la que hasta ahora era la gerente del Club.

No estoy segura de que ya lo sea. Hasta donde sé, Alejandro le compró su parte por medio millón de euros.

—Vete, Verónica. No me obligues a echarte.

—Como ya no le sirvo, se deshace de mí.

Un largo silencio. No escucho nada durante lo que me parece demasiado.

Comienzo por ponerme nerviosa y, justo antes de desmayarme, Verónica retoma la conversación.

—Está bien. Me iré, pero esto no quedará así —concluye. No me gusta el tono. Suena a amenaza y hay que tener los ovarios muy bien puestos para encararse con el armario empotrado que tiene enfrente. Resulta intimidante, poco menos que peligroso.

Escucho el ruido de tacones cada vez más lejanos y un portazo en seco.

Un momento después, Marcus desaparece en el ascensor. Casi me pillan. Lo hacen y me muero de la vergüenza. ¿Cuál podría ser la explicación? «*Hola, me he perdido*».

Llego hasta Sara y Roberto, que siguen junto a la barra enzarzados en una discusión sobre quién aguantaría más tiempo sin follar o, concretamente, sin tener ningún tipo de sexo. Mi respuesta es rotunda: ninguno resistiría más de cuatro días. Muchas horas son esas. Me preguntan dónde he estado y me excuso por tardar demasiado. Mi tour turístico por el Club no ha sido premeditado. Lo juro.

El viernes me despierto con un dolor de cabeza terrible. No he dormido más de cuatro horas. Me incorporo y un ardor incontrolable sube desde mi estómago hasta la garganta. Me levanto, rápida, y llego al baño justo a tiempo de vomitar dentro del inodoro. Los problemas no desaparecen porque se ignoren. Lo sé. Paso palabra.

Me meto en la ducha, y trato de refrescarme. De vuelta a la habitación, envuelta en una toalla y un poco más recuperada, escucho a los dos, esos que

renegaban del sexo hace escasas cinco horas, desatados tras la pared. Esta vez la echan abajo. Miro el reloj en el móvil y compruebo que tengo exactamente media hora para secarme el pelo, maquillarme, vestirme, desayunar y llegar al trabajo.

Ni de coña. Ni convirtiéndome en Superwoman me da tiempo.

Entro en la cocina como un torbellino. Cojo una taza de café para llevar con la frase «*Vivir es fácil si sabes cómo*» del armario y vierto el líquido caliente con prisas. Derramo parte sobre mi mano izquierda y grito de dolor.

La piel me arde. Pongo la mano bajo el grifo y Roberto llega hasta mí preocupado.

—¿Qué ha pasado?

—Me he quemado —me quejo.

—Deja que lo vea. —Coge mi mano y le echa un vistazo—. No parece grave, pero tal vez debería verte un médico y prescribirte alguna crema.

—Estoy bien, no te preocupes, *Doctorpuedovivirsinsexo* —le aseguro, por segunda vez, en menos de doce horas. Miro la herida y tengo la piel enrojecida. Puede que lleve razón y necesite que me lo vean. Me pasaré por la farmacia de camino. Tiro para soltarme de su agarre y cierro la taza con la tapadera—. No quiero llegar tarde.

—¿Comemos juntos? Tengo una reunión cerca de las torres.

—Llámame a lo largo de la mañana y quedamos. —Lo beso en la mejilla y me despido con celeridad.

—¡Hasta luego *Maricarmen!* —escucho a Sara gritar, justo antes de cerrar la puerta. Se ha levantado de muy buen humor. No me extraña. Cuatro días sin sexo..., no aguantaría ni unas horas. Estoy segura.

Cruzo el vestíbulo de La Torre de Cristal pasadas las ocho, me he visto obligada a parar y comprar algo dulce para sentar el estómago. Freno en seco antes de chocarme de frente con un grupo de personas paradas en medio del

hall. Rozo la mano con el abrigo de una de ellas y suelto un quejido de dolor.

La miro y la encuentro cada vez más hinchada. Espero a que el ascensor llegue a la planta baja y subo escondida al final. Mi rutina matutina. No deseo encontrarme con ninguno de los dos en un espacio tan pequeño. Ya me cuesta respirar con los cuatro metros repleto de gente. Con Alejandro y Álvaro compartiendo este espacio, no podría bombear oxígeno al cerebro.

—Buenos días, Dani. —Victoria me saluda simpática como cada mañana —. Estás guapísima. ¿De dónde es el vestido?

Miro hacia abajo comprobando qué he utilizado para cubrir mi cuerpo. Iba con tanta prisa que no lo recuerdo muy bien, no obstante, me doy el beneplácito al ver un vestido verde botella de terciopelo largo hasta el tobillo, cuello alto y mangas largas. No enseño nada de piel, pero se me pega al cuerpo como un guante.

—De Zara.

—Es precioso. —¡Y sexi!

—Gracias —digo con una sonrisa pagada.

Camino hasta mi despacho acelerada, miro y compruebo que el de Álvaro sigue herméticamente cerrado. Entro, entorno la puerta, me siento en mi mesa y respiro. Lleno los pulmones de aire y ordeno al oxígeno llegar a todos los rincones de mi cuerpo. Creo que dejo de respirar al entrar en el edificio cada día. Temo encontrarme con cualquiera de los dos y no saber cómo reaccionar.

La previsible situación me sobresalta, me pone muy nerviosa.

Berta entra poco después con un café capuchino en cada mano, su forma de darme los buenos días y animarme. Se sienta frente a mí. Aunque se fue de la fiesta poco antes de que pasara todo, sabe que algo ocurrió y que mi relación con Alejandro no se encuentra en su mejor momento. No ha preguntado, y yo he evitado hablar del tema. Con todo, mi estado de ánimo y varias miradas han sido suficientes entre nosotras para entendernos sin tener que dar explicaciones.

—¡Hola, chicas! —Victoria interrumpe nuestra conversación sobre las entrevistas que varios medios de comunicación nos solicitan. La publicidad siempre es buena, necesaria por rentable; así que le indico a mi ayudante y amiga que lo agende para media mañana. Realizaré las llamadas después—.

¿Tenéis ya modelito para la gran gala? —Se sienta junto a Berta. Se refiere a la fiesta de Navidad de MKD. Esa que no me apetece en absoluto y de la que, como ya he sido avisada por *la «Súper Detective Victoria»*, es imposible escapar. Me parece curioso cómo se entera de todos los cotilleos antes incluso de que ocurran, y parece no haberse percatado de que la relación entre el jefazo y yo ha terminado. Al menos, no del todo. Tampoco he hablado con ella, pero alguna vez durante estos días se ha dirigido a mí como la Primera Dama y yo, por no enfrentarme a la situación, no la he sacado del error. Berta tampoco lo ha hecho, que yo sepa. El evento se celebrará la semana que viene, unos días antes del día de Navidad. No sé mucho sobre el tema. Llevo toda la semana enterrada en papeles, a propósito, para esconderme, tratando de que el tiempo pase lo más rápido posible—. Si no es así, podemos ir de compras mañana. ¡He visto un vestido en una boutique de Malasaña que quita el hipo! —habla entusiasmada.

—¿No hay que ir disfrazada? —pregunta Berta, confusa. Yo también creo recordar que comentó que cada año trataba de una temática diferente.

—Por lo visto este año va de versos. —Nos miramos extrañadas—. Sí, sí, de versos. Al entrar nos darán un sobre con algún poema conocido sin terminar. Durante la noche tenemos que encontrar la otra mitad que podrá estar en posesión de cualquier persona.

—¿Y dónde será la fiesta? —pregunto distraída. Un primor si optan por la no obligación del disfraz.

—En el Hotel Silken Puerta Madrid. —Mala noticia lo que acabo de escuchar. Se me hiela la sangre. ¿En serio? ¿Qué le he hecho yo al puto universo? Hace años que trato de evitar pasar incluso por la puerta. Me trae recuerdos dolorosos que he tratado de olvidar. El hotel donde celebramos la fiesta de graduación. El mismo en el que encontré, o creí encontrar, a Álvaro acostándose con otra.

Joder. No podía ser en otro lugar.

Mierda de Karma.

En ese momento, mi móvil comienza a sonar y vibrar sobre la mesa. Echo un vistazo y leo el nombre de la persona que llama. Algo me dice que no debería seguir ignorando al Inspector Hidalgo; sin embargo, lo hago. Apago el altavoz evitando que suene y sigo la conversación que mantienen mis compañeras. Todavía guardo la nota que encontré sobre mi mesa del despacho el día que entraron en la galería sin saber qué hacer con ella, sin imaginar que pueda significar algo importante.

—Tengo que dejaros. La mañana se presenta movidita. ¿Nos vemos para el almuerzo? —se despide Victoria.

—De acuerdo.

—Yo no puedo. He quedado con Roberto —Me disculpo.

La recepcionista nos deja a solas y seguimos con el trabajo. Leo correos, devuelvo llamadas y concierdo una reunión para el lunes con un marchante de arte interesado en algunas de las obras.

A media mañana, entre llamadas a revistas, programas de radio y varios medios digitales, Roberto me envía un mensaje en el que me pregunta si nos vemos a las dos en María Antonieta, un bar de tapas no muy lejos de aquí. Le respondo con muchas caras sonrientes, cierro la aplicación de *WhatsApp* y dejo el móvil sobre la mesa. Otra vez siento el estómago revuelto. Me levanto y llego al baño justo a tiempo. Me refresco la cara y me doy un poco de colorete. Voy hasta la cafetería, que se ubica dos plantas más abajo, y que no suelo frecuentar, y compro una palmera de chocolate, me apetece algo dulce.

Espero al ascensor para subir de nuevo al piso 212; pero después de más de cinco minutos parada de pie, pierdo la paciencia y subo por las escaleras.

Me doy cuenta al instante que tengo que hacer más ejercicio. Desde que hui de las clases de yoga, me falta mucha elasticidad y resistencia. Debería poner remedio, soy muy joven para ahogarme después de treinta y seis escalones.

Me viene a la mente cierto Dios Griego del Sexo con una resistencia sobre humana... Mierda.

Mierda. Mierda.

A la una y media llaman a la puerta y Berta entra con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes una visita.

—Parece que hayas visto a los Reyes Magos.

—Roberto es un regalo mucho más agradable a la vista. —No sabía que lo veía de esa forma. Mi amigo es un bombón que gusta a cualquier persona que se sienta atraída por el sexo masculino, sin embargo, mi ayudante nunca había hecho ningún comentario al respecto, que yo recuerde.

Me levanto y este cruza la puerta de mi oficina hasta llegar a mí y darme uno de sus abrazos.

—Creí que habíamos quedado dentro de media hora en María Antonieta.

—He terminado antes y me he pasado a saludar —miente. Viene a comprobar cómo estoy. Y no me refiero a la quemadura de la mano que, por cierto, me duele una barbaridad. Quiere comprobar si cierto jefe que me ha dejado sola y desvalida ha vuelto y ronda el lugar.

—Salgo a comer. Si necesitas algo, llámame al móvil —se despide Berta de nosotros.

Por fortuna, María Antonieta no está repleto de gente. Se agradece poder hablar y respirar en un gastrobar tan moderno y pintoresco. No recuerda a la reina destronada a la que cortaron la cabeza. No. Todo lo contrario, una oda al color y a la alegría. Macetas amarillas, verdes, azules y rojas adornan todas las paredes y la vegetación crece en cada esquina. Tiene un patio interior cubierto por cristaleras que dejan traspasar la luz natural. Hoy luce un sol radiante a pesar de que el mes de diciembre nos acompaña desde hace varios días. Nos sentamos cerca de un bonsay olivo y pedimos una botella de agua.

A ninguno de los dos nos apetece tomar nada fuerte hoy.

—Tengo algo para ti. —Sonríe y deja una cajita sobre la mesa.

—No es necesario. —Le devuelvo el gesto y apoyo mi cabeza en su hombro. Estamos sentados casi uno al lado del otro.

—Es un regalo. Lo encargué para tu cumpleaños, pero no llegó a tiempo.

—No me extrañó que no me regalara nada ese día. A Roberto no le importan las fechas, él da cuando realmente lo siente, que, por suerte, es siempre—.

Vamos, ábrelo. No me hagas sentir mal.

Cojo la cajita azul con las manos y la abro con cuidado. Algo brilla en su interior. Lo toco con la yema de los dedos, doy un suspirito de satisfacción y lo saco. De mis dedos pende un precioso colgante de oro blanco y circonitas con mi nombre en un tamaño no muy grande.

Miro a Roberto que despliega una sonrisa de oreja a oreja. Me conoce bien y sabe cuánto me gusta.

—Gracias. —Me tiro sobre él y lo abrazo—. Es maravilloso. Me encanta —susurro junto a su oído.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. —Vuelvo a mi sitio y se la doy indicándole que me la ponga. Cuando ha terminado, me giro para que vea lo bien que me queda.

Nos traen la comida, cuatro tapas muy bien surtidas, y pedimos el postre.

Mientras degusto un trozo de tarta de galletas con chocolate, Roberto se sincera.

—No me voy a acostar más con Sara. —Lo miro extrañada. No porque no lo vaya a repetir, sino más bien no entiendo por qué me lo cuenta—. Solo quiero que lo sepas.

—No me importa —aseguro—. Sois mayorcitos para saber lo que os conviene.

—Quiero a Sara tanto como a ti. Tal vez no de la misma forma... —Me mira a los ojos—. Pero es mi mejor amiga y quiero lo mejor para ella. Creo que ese tal Mike le gusta de verdad, sin embargo, me utiliza para huir de él.

No me malinterpretes. No me molesta que me utilice para el sexo, yo también lo hago. —Se detiene unos segundos y piensa qué decir a continuación—.

Quiero que sea feliz, y no voy a dejar que se esconda detrás de mí.

Mike es el del culo prieto y digno de premios internacionales, poemas y serenatas. Lo recuerdo. Yo también vi entre ellos una química extraordinaria hace solo unos días, pero no he vuelto a verlo por casa ni he escuchado hablar de él. ¿Y qué pasa con Joan? Creía que entre ellos había surgido algo serio.

De verdad que lo creía.

—¿Qué dice Sara?

—Está de acuerdo.

Me encojo de hombros y terminamos de comer. Nos peleamos por ver quién paga la cuenta y salimos del local. Cubro mis ojos con los cristales ahumados de mis gafas de sol, le rodeo la cintura con el brazo y él lo hace sobre mis hombros. Hace un día precioso. El sol baña de luz cada rincón, ni una nube se vislumbra en un cielo que hoy me parece más azul, los pájaros cantan y un montón de pitufos azules bailan a nuestro alrededor. Vale, esto es coña, pero molaría mucho, siempre he sido fan de pitufo gruñón. Cruzamos un parque donde las hojas de los árboles se mecen al compás del poco viento que atraviesa Madrid. La ciudad hoy parece más feliz. Una inyección de vitaminas me recompone. Suspiro fuerte y Roberto se da cuenta.

—Estoy preocupado por ti —Me agarra de la mano y cruzamos juntos la avenida.

—Ya te he dicho que no pasa nada.

—Estás muy delgada y paliducha.

—Estoy cansada, solo eso. —Me planto frente a él justo en la puerta de la Torre de Cristal.

—Eso me recuerda que tengo otro regalo para ti. —Una sonrisilla traviesa le cruza el rostro. No entiendo cómo no me atrae sexualmente mi amigo *modeloderevista*. Saca del bolsillo un sobre pequeño y me lo ofrece. No espero a que me invite a abrirlo como hace unos minutos. Me quedo boquiabierta. Entre mis manos un billete de avión para dentro de dos semanas ¡a Granada! ¡Me encanta esa ciudad!

—Pero ¿estás loco? —Lo miro boquiabierta. Roberto ensancha su sonrisa —. ¿Qué voy a hacer yo en Granada?

—Pasear, comer, relajarte en unos baños árabes, darte un masaje...

—Pero... pero... —Me deja sin palabras.

—No vas sola. Tengo tres billetes más. —Lo miro, lo miro y me tiro sobre él y lo abrazo. ¡Iremos los cuatro! Sara, Sofía, él y yo. Es lo que necesito.

Alejarme de aquí. Escapar, y Roberto lo sabe.

Toda mi alegría se va al traste un segundo después, justo cuando veo salir de la limusina al Dios Griego del Sexo, ese que no consigo quitarme de la cabeza.

3

¿QUIERES CAFÉ? PUES TOMA TRES TAZAS

Hace exactamente una semana que no lo veo ni sé nada de él. Una semana de penurias, sollozos y autocompasión. Roberto lleva razón, doy pena. He debido perder varios kilos y el maquillaje hace mucho que me abandonó. Sin embargo, él... Alejandro, sigue siendo el mismo. Impresionante, impoluto.

Perfecto. Lleva un traje negro de tres piezas hecho a medida, un abrigo *Armani* del mismo color y el pelo perfectamente alborotado. Se detiene junto al coche y Carlos se acerca hasta él. Hablan durante unos segundos, el chófer asiente serio mientras el jefe le da órdenes. Mi corazón se dispara con tan solo recordar su voz. Me separo de Roberto sin soltarnos de la mano y nota mi nerviosismo. Me pregunta qué ocurre y yo intento sonreír, pero, como ya es costumbre, mi cuerpo no reacciona a mis súplicas cuando está cerca de él.

Levanto la mirada inconscientemente, o eso quiero pensar, hacia lo que me perturba y Alejandro la atrapa deshaciéndome por dentro. Sus ojos, más azules que el cielo que nos cubre, penetran en mí hasta llegar a sitios que solo él conoce. Inalterable, aparta la mirada y sigue caminando hasta desaparecer en el vestíbulo de la torre. Le acompañan dos guardaespaldas que no sobrepasan su altura. Todo mi mundo se vuelve gris, los pájaros se quedan mudos y los pitufos cantarines desaparecen por la alcantarilla. Nubarrones enormes vislumbro sobre el horizonte.

Argg.

Verlo me recuerda muchas cosas; que en realidad no he olvidado, solo he

pasado de ellas. Metí la pata hasta el fondo con él, le pedí sinceridad y le pagué con engaños. Me duele tanto haberle traicionado de esa forma, que he llegado a odiarme durante muchos momentos de esta larga semana.

Se me revuelve el estómago de nuevo, e inconsciente me llevo las manos al vientre. Otro tema que urge tratar.

Después de jurarle y perjurarle a Roberto que me encuentro bien y que no pasa nada, me armo de valor y entro en el edificio. Subo en el ascensor preguntándome si han aspirado el oxígeno aquí dentro. Cuando llega a la planta 212, me he convertido en un manojito de nervios incapaz de controlar las manos. Victoria se hace eco de mi estado y me pregunta si necesito algo.

Bromuro, pienso, o una puerta mágica a otra dimensión. Me escondo en mi despacho cual conejo huyendo de un halcón y cierro la puerta, como si eso me fuera a salvar de todo lo que me espera. No sé si porque la temperatura de mi cuerpo ha subido varios grados, o por el roce del abrigo, mi mano quemada comienza a arder y a dolerme horrores. Salgo al baño más cercano rezando a todos los dioses no encontrarme con Alejandro. No me importa qué dios de los tan nombrados se haga eco de mi petición, pero que me concedan lo rogado. Pongo la mano bajo el grifo, el escozor se atenúa y vuelvo a cobijarme detrás del ordenador. Después de una hora, me siento mucho más tranquila. El reloj marca casi las cinco de la tarde. Berta se despide de mí recordándome que debería irme ya porque es viernes, somos jóvenes, porque sí y porque hay que empezar un *finde tododisfrute*. Considero sus argumentos suficientemente convincentes, así que apago el ordenador y recojo el abrigo.

Justo antes de apagar la luz, Victoria aparece detrás de mí dándome un susto de muerte. Esta mujer debería llevar cascabel.

—Oh, lo siento ¿te he asustado?

—No te preocupes, pero ¿cómo consigues ser tan sigilosa con esos tacones?

—Práctica. —Se encoge de hombros divertida—. El señor Fernández quiere verte en su despacho —termina mucho más seria.

Karma ¿por qué me odias tanto?

Ahora sí que me ha atemorizado.

¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué?

«*Para joderte viva. Y no en el sentido que te gustaría*». Mi subconsciente, dormido desde hace una semana, hace una aparición estelar y por todo lo alto.

Bienvenido al mundo, donde la cruda realidad te abofetea varias veces cada día.

La tranquilidad, que había invadido mi cuerpo los últimos minutos al darme cuenta de que se acercaba la hora de irme y no me lo había cruzado por la planta, desaparece al instante. Las ganas de verlo en estos momentos son directamente proporcionales a las que tengo de que dos trenes de alta velocidad me arrollen y destripen en un choque frontal. Menos que ninguna.

Me gustaría poder decir que no y largarme de aquí a la chita callando, sin embargo, no puedo negarme. Es el jefe.

—De acuerdo, gracias.

—Que pases un buen fin de semana. —Se despide con una sonrisa de ánimo. Sabe más de lo que cuenta. Estoy segura.

Camino por los pasillos tratando de controlar la respiración. Si me descuido, hiperventilo. Me sudan las manos y las rodillas las siento de plastilina. Tal vez debería haber venido a verlo en cuanto tuve oportunidad y pedirle disculpas de nuevo. Si no lo he hecho, ha sido por prudencia. No es de esos hombres a los que se les puede avasallar. Nadie se acerca a Alejandro si él no quiere. Y sé que no desea que yo lo haga. Este pensamiento me lastima. Yo sí lo necesito a mi lado, pero no siempre tenemos lo que queremos. Lo aprendí hace ya muchos años, cuando las dos personas más importantes de mi vida desaparecieron para siempre cuando yo tan solo rondaba los dieciséis años. Toco la pulsera tratando de apaciguarme y lo único que consigo es ponerme más histérica al notar la flor y la casita que me regaló hace escasamente unas semanas. Mi lugar, él, se encuentra tan lejos de mí que casi no lo veo.

Natasha ha debido marcharse, su mesa duerme desierta. Me acerco a la puerta

de su despacho, totalmente cerrada, llamo con un temor difícil de definir y, tras escuchar un neutro pasa, empujo la madera y entro. Su olor, que inunda la habitación, me envuelve al instante. Huele a jabón caro, a limpio, a locura, a noches de sexo y desenfreno, a... él. Todos y cada uno de los poros de mi piel absorben su aroma y lo transforman en un relámpago que me recorre de pies a cabeza. Levanto la cara luchando contra mi cuerpo y noto que no se ha dado cuenta de mi reacción. Ni siquiera me mira, centrado como está en la pantalla de su ordenador. El relámpago se transforma en decepción. No se inmuta, no le afecta mi presencia ni lo más mínimo. Hace siete largos días que no nos vemos y él no parece haberme echado de menos.

No es que piense que lo normal hubiese sido lo contrario, pero... sí, sería lógico ¿no? Es imposible que me haya olvidado tan pronto, aunque me portara como lo hice.

«Como una auténtica cabrona».

No es necesaria tanta sinceridad, pero sí.

Me quedo plantada en medio de la habitación esperando que diga algo, pero no lo hace. Creo que es el minuto más largo que recuerdo —y lo he pasado muy mal durante mi vida académica esperando sentada las preguntas de un examen—. Miro hacia el ventanal por donde el sol se esconde tras los edificios y lo envidio. Eso me gustaría hacer a mí, agazaparme tras metros de hormigón y acero. Vuelvo la mirada hasta el imponente hombre, y me animo a mí misma a aguantar estoicamente el momento. Aprovecho para admirarlo y fustigarme con el hecho de que sea tan perfecto. Esos mullidos labios, la barba de varios días, el cabello sobre la frente, los brazos torneados. No lleva chaqueta, y la blusa blanca deja a la vista sus definidas formas. Freno sobre su pecho y siento su respiración subir y bajar a un ritmo mucho más lento que el mío. No conoce el nerviosismo. Desde luego no causo en él el efecto que él causa en mí.

—Señorita Sánchez. —Levanto la mirada y la suya me espera. Me ha pillado admirándolo, pero no me importa. No tengo nada que perder. No deseo nada si no lo tengo a él—. Siéntese. —La frialdad con la que me trata, y el tono neutro de su voz, me despedazan.

Tomo asiento en una de las sillas de cuero acolchadas delante de su mesa y le agradezco en silencio que no me permita seguir de pie. No descarto la posibilidad de desmayarme, y desde aquí el porrazo se minimiza. Le tengo mucha estima a mi dentadura. Entrelazo las manos sobre mi regazo y muevo los dedos sin saber qué hacer.

—El lunes tengo una reunión con *SunnyDay*. Me acompañará. —Lo miro extrañada. No entiendo por qué tengo que asistir—. Los chicos de las gafas —especifica, molesto.

—Los recuerdo —musito. Mi voz ha desaparecido junto a mi tranquilidad en algún lugar del núcleo de la tierra.

—Necesito que se lleve estos informes y los estudie. El proyecto ha avanzado bastante durante las últimas semanas y han realizado algunos cambios que me gustaría que repasara. —Los deja frente a mí. Poso las manos sobre ellos y los acaricio observándolos. ¿Me tiene que tratar con tanta formalidad? ¿Es necesario?

—Lo siento. —La disculpa sale de mi boca antes de que mi parte racional del cerebro la detecte. Levanto la mirada y, por un segundo, me da la sensación de que su imperturbable estado se tambalea, pero se recompone milésimas después y su mirada azulada se vuelve en instantes gris metálica.

Me arrepiento de lo que he dicho, pero mi yo kamikaze, que también ha vuelto de su viaje astral, parece que no porque sigue—. Sé que no hice las cosas bien, que te oculté...

—Me mentiste. —Me corta dejando de lado las formalidades. Sus ojos traspasan los míos y me duele. Nos quedamos en silencio durante unos segundos. Se levanta y camina hasta el ventanal dándome la espalda ampliando mucho más la distancia que nos separa. Y no me refiero solo a la física—. La veo el lunes a las ocho en el vestíbulo, señorita Sánchez. —Vuelve a tratarme de usted y me echa del despacho, de su lado y de su vida como si nunca hubiera habido nada entre nosotros.

Mi yo loca y descerebrada no piensa amilanarse y me obliga a levantarme y posicionarme detrás de él. Mi subconsciente y todos mis yoes han decidido

volver a la vez. Me gustaría que se largaran por donde han venido. Algo me dice que solo van a causarme problemas.

—Perdóname. —No es una súplica. Lo digo de corazón y con conocimiento de causa. Puedo sentir su pecho hincharse por completo y cuadrar los hombros a continuación.

—Está todo olvidado.

—No lo hagas, no te olvides de mí. —Esta vez sí ruego. No soportaría que eso ocurriera. ¿Eso es lo que he significado para él? ¿Tan fácil le ha sido? Si borrar de su mente lo que hice implica borrar a mí, prefiero que lo recuerde todo.

Se gira y atrapa mi mirada. En ese preciso instante, siento un pinchazo en la mano y suelto un pequeño quejido a la vez que la aprieto. Alejandro se da cuenta y la mira. Da un paso en mi dirección y me acobardo. Su olor penetra con más fuerza en mí llegando a cada rincón. Coge mi maltrecha mano con las suyas y la mira.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada. —Trato de restarle importancia—. Me he quemado con el café.

—¿Cuándo? —Su voz me atemoriza.

—Esta mañana. —Noto su tacto sobre el mío y un escalofrío me recorre.

—¿No has ido al hospital? —pregunta sabiendo la respuesta. Cada vez está más malhumorado.

Niego con la cabeza.

—Parece más de lo que realmente es. —Tiro del brazo y me suelto.

Me mira como si tuviera tres cabezas. Bufo. Camina hasta el armario donde cuelga la chaqueta y el abrigo. Se pone ambas prendas, coge el móvil que tenía sobre la mesa y se lo lleva al oído mientras avanza hasta la puerta.

—Prepara el coche. —Cuelga y me mira—. Nos vamos.

Bajamos en el ascensor en silencio. Me parece increíble que se haya enfadado tanto como para dar por finalizada nuestra charla y salir del despacho sin ningún tipo de explicación. No es que necesite darlas, pero ha sido brusco y desconsiderado. Me cuesta asimilar que no le importe en absoluto. Sin embargo, que me trate con la dejadez que trata al *mundanal ruido* me va a costar acostumbrarme.

Cruzamos el casi solitario vestíbulo y salimos a la calle. Creo que musito un «*hasta la semana que viene*» y paro a varios metros de la limusina que lo espera. Él no lo escucha porque ordena con voz ruda: —Sube.

—Gracias, señor Fernández. Prefiero ir en taxi. —Y con esto le quiero decir que no necesito que mi jefe, ese ser distante que tengo delante, me acompañe a ningún sitio.

—No te estoy preguntando —Se impacienta.

—No te he pedido que me lleves —replico.

—No hace falta. Alguien tiene que cuidar de ti si tú no sabes cómo hacerlo.
—Su tono condescendiente me cabrea.

«*Lleva razón y no sabe ni la mitad*»

Puff.

—Me voy a casa. —Me giro y camino. No llego a dar el segundo paso.

Me coge del brazo y me pone frente a él.

—No vamos a casa. Subes por tu propio pie o te meto a rastras. —Nos retamos con la mirada. Observo a la gente que pasea junto a nosotros y a los ejecutivos que a estas horas salen de la torre. No quiero hacer un numerito ni que lo haga él. Así que, claudico, suspiro, me suelto de un tirón y camino hasta el coche. Carlos abre la puerta, me saluda amable y me dice que se

alegra de verme. Alejandro entra detrás de mí.

Salgo del hospital Universitario Quirón después de una hora en la sala de un cirujano amigo de «*Don Controlador*» aguantando la charla que me han dado entre los dos sobre el cuidado de la piel, la importancia de acudir a tiempo a asistencia sanitaria tras un accidente y cuánto tengo que cuidarme la mano durante los próximos días. Me he sentido una niña pequeña traviesa que no sabe lo que hace. No es para tanto. No me desangraba.

—Gracias por acompañarme. —Me despido de Alejandro en la puerta de la clínica.

—Te voy a llevar a casa.

—Ya has hecho mucho por mí. Prefiero volver sola.

—Es tarde. Sube —Vuelve a ordenar.

Me mira. Quiere decirme que no tiene a la suerte.

Lo miro. Me gustaría decirle...

«*Que te lo coma todo*», termina mi subconsciente.

Pufff...

Puf.

Puf.

Lo hago. No me apetece discutir. Se sienta frente a mí y le dice al chófer que me lleve a casa. No especifica la dirección, Carlos sabe exactamente dónde vivo. La noche ha caído y luces de todos los colores alumbran Madrid.

Los cristales tintados de la limusina no imposibilitan que la radiante luz de esta ciudad lo traspase. Respiro y me doy cuenta de una cosa. No estamos juntos y él ha decidido no acordarse de mí. Me desespera su cabezonería y me frustra no poder acercarme a él, sin embargo, tengo que admitir que no desearía estar ahora mismo en ningún otro lugar que sentada sobre el cuero

de su limusina. A su lado. Me siento bien. Casi como si flotara...

—¿Te duele? —Me saca de mi ensimismamiento.

Miro la mano vendada y la dejo sobre mi regazo.

—Bastante menos. Tengo que agradeceréte a ti.

—Y a los analgésicos. —Levanta levemente el labio de un lado tratando de distender el ambiente.

—Sí, desde luego. —He tenido que inventar mil excusas para evitar que me metieran chutes y chutes de medicamentos varios en vena. Solo un poco de paracetamol para el dolor que no me ha sentado demasiado bien, o sí.

Vuelo como si me hubieran metido alguna droga de las buenas.

«¿Volvemos a pasar palabra?»

Por supuesto.

—Tengo sueño —susurro y cierro los ojos. Me pesan los párpados y todo el cuerpo. No lo puedo controlar. Ni siquiera entiendo por qué lo he dicho.

Estoy con Alex y eso me tranquiliza. Unido a un poco de paracetamol, viajo a un estado de inconsciencia que necesito. Llevo una semana muy estresada tratando de no caer al abismo.

Me despierta su olor momentos después, o son horas, no lo sé. Acomodo la cabeza en su pecho y rodeo su cuello con mis brazos. Me equivocaba al pensar que no había otro lugar mejor que a su lado en la limusina. Claro que lo hay. Abrazada a su cuerpo, sintiendo su calor. Camina conmigo encima.

Escucho el ascensor subir hasta lo que imagino nuestro piso y a Sara dejándolo pasar. Hablan algo entre ellos, mientras me deja sobre mi cama y me tapa con una manta.

—No te vayas —pido.

Pero se va. Lo sé porque dejo de sentirme tranquila y cómoda. Vuelvo a perderme entre la oscuridad lúgubre de mis noches solitarias.

Me despierto abotargada. La luz entra por las ranuras de la persiana de mi habitación a medio bajar. Anoche tuve un sueño extraño. Alejandro me trajo a casa en brazos y me dejó sobre la cama. Giro sobre mi cuerpo y un pinchazo en mi mano izquierda me despierta del todo. La pongo frente a mí y me doy cuenta del vendaje que la cubre. Ayer fui al hospital y Alejandro me acompañó. No fue un sueño, me quedé dormida en la limusina y él debió subirme al apartamento.

Llego a la cocina siguiendo el olor a café y me siento en uno de los taburetes muy cansada. Apoyo la cabeza sobre las manos encima de la mesa y espero a que Sara salga de la ducha y desayunemos juntas. La he oído al pasar por la puerta del baño. Son más de las once de la mañana, sin embargo, vuelvo a quedarme dormida casi de pie.

—Oso Yogui. —Deja el café bastante brusca delante de mi cara. Abro los ojos y veo mi taza favorita, la que compramos en el Corte Inglés de Preciados. Amarilla con una margarita blanca en el centro—. Tu estado zombi está empezando a preocuparme.

—Buenos días —ironizo y acepto el mote que me ha puesto desde que hiberno.

—Buenas tardes. Son las doce y cinco. Has dormido... —Mira al techo pensativa— ...más de catorce horas.

—¿No saliste anoche? —me parece raro que no lo hiciera y aprovecho para desviar la atención hacia ella.

—No me dejaron —contesta no muy contenta.

—¿Quién osó desafiar de esa manera a la muerte? —exagero.

—Muy graciosa. Y fue tu jefe, el moreno de ojos claros en concreto. —Me mira levantando las cejas. No sé por qué pregunto—. ¿Habéis hablado?

—No exactamente.

—Especifica.

—Me llevó al hospital. Después de tratarme como si no nos conociéramos.

—Suspiro, me termino el café y me levanto.

—Tienes que tomarte el antibiótico.

No sé de qué me habla. Levanta el bote y lo agita delante de mí.

—Lo dejó aquí junto a tu cuerpo adormecido. Me obligó a jurar que no saldría, no te dejaría sola, te tomarías el tratamiento al pie de la letra y te cuidaría. —Cuenta con los dedos a la vez que habla.

—No voy a tomar nada. —Sin avisar, el café sube por mi esófago y salgo corriendo hasta el cuarto de baño. Vomito dentro del inodoro. Cuando me incorporo, Sara me mira con los brazos cruzados bajo el vano de la puerta.

—No me encuentro bien. —Abro el grifo y me refresco la cara. Cojo el cepillo de dientes, echo pasta sobre las cerdas y lo introduzco en la boca frente al espejo. Sara sigue observándome sin moverse del sitio mientras froto y froto. Trato de ignorar su mirada inquisitiva. Me escruta. Escupo varias veces, me enjuago y me limpio con una toalla pequeña que saco del tercer cajón. La tiro a la ropa sucia y cierro la taza del váter que había dejado abierta. Giro sobre mi cuerpo y me dispongo a salir del baño, sin embargo, mi amiga no se retira para dejarme paso.

—Llevas así más de una semana.

—He debido pillar un virus gastrointestinal. — *Excusatio non petita, accusatio manifesta.*

Me mira a los ojos, clava sus iris negros en los míos y sospecho qué viene ahora.

—¿Sabemos quién es el padre de tu *virus gastrointestinal*?

4

VALE, ¿Y AHORA QUÉ?

No se le va una, ¡qué relista es mi Sarita! Recuerdo una vez, hace ya varios años, adivinó que me había liado con su amiga. Solo besos, no pasamos de ahí, y andaba bastante borracha, tanto como para no reaccionar sobre el hecho de que las mujeres no me atraen sexualmente en absoluto.

Pues lo supo antes de que se lo contara. No lo iba a hacer. Que conste. Me llevaría el secreto a la tumba, sin embargo, no fue así. Dice que tengo una cara muy transparente, incapaz de ocultar nada. Y estoy de acuerdo, algunas veces me asusta lo transparente que puedo llegar a ser.

—No sé de qué hablas. —Paso por su lado y salgo del baño.

—No me tomes por tonta.

—No lo hago.

Llego a mi habitación y abro compulsivamente los cajones buscando ropa interior. No cierro la puerta, no serviría de nada. La echaría abajo sin pensarlo dos veces. Ella nació así, su ímpetu la pierde. La admiro en muchos sentidos, en otros me desquicia. La de veces que nos hemos peleado en alguna fiesta por culpa de sus exagerados arrebatos.

—¿No piensas decírmelo? —escucho a mi espalda.

—¿Qué quieres que te diga? —Me giro hacia ella levantando la voz.

—Eres... eres...

—¿Qué soy? —La reto.

—¡Eres gilipollas! ¿Cuánto tiempo crees que lo podrás ocultar? —Levanta los brazos desesperada.

—Déjame en paz, —Salgo de la habitación. Camino hasta el baño, abro el grifo de la ducha y me quito la camiseta.

—¿Sabes quién es el padre?

—¿Puedes dejarme sola? Quiero ducharme. —Ignoro la pregunta.

—Por supuesto que no lo sabes. —Pone los brazos en jarra.

La miro. Me mira.

—No lo vas a dejar pasar ¿verdad? —Levanta las cejas y abre los ojos.

Claro que no. Me resigno. Suspiro. Me siento sobre la tapa del inodoro y me toco la sien. Abro el último cajón del mueble del lavabo, ese donde metemos los utensilios que no sirven para nada, pero que no tiras por si algún día necesitas, y saco el test de embarazo que me hice hace una semana. Lo dejo sobre el mármol—. Estoy embarazada. —Lo admito. Ante ella y ante mí.

Coge la prueba fehaciente de mi actual estado, la mira unos segundos, la deja donde estaba y cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Puedes explicarme cómo coño ha pasado?

¿De verdad quiere que se lo explique? Chica y chico se desnudan...

—¡¿Estás loca?! —Sigue.

Me incorporo, cojo el palito blanco con las dos rayas rosas y voy a la cocina casi desnuda. Lo tiro a la basura como si con ese gesto se acabara el problema, vuelvo a mi habitación, me pongo un chándal con prisas y me voy a la calle.

—¿A dónde vas?

No respondo, cierro la puerta de un portazo y bajo las escaleras demasiado deprisa.

No tengo muy claro por qué no le he dicho nada antes a Sara. Tal vez que lo sepa otra persona lo hace real. Tangible. Tal vez me avergüenza encontrarme en esta situación. Una cosa es aceptar que eres una descerebrada, y otra muy distinta admitirlo ante el mundo y exhibir todas tus debilidades. Mi amiga me conoce mejor que nadie, sabía que no podría ocultarle esto demasiado tiempo. Sin embargo, no creí que lo averiguaría tan pronto. ¡Yo lo sé de hace tan solo una semana!

Camino muy cabreada. Debería ser yo quien decidiera si contárselo o no, que se ponga así porque opté por la prudencia no es lógico. Solo quiero tomar decisiones al respecto antes de implicar a nadie en lo que me pasa. Mi amiga me estabiliza tanto como me vuelve loca.

Comienzo a correr, necesito soltar adrenalina. Cinco kilómetros después siento que alguien me sigue, una sensación rara que últimamente me acompaña a todas partes. No entiendo qué me ocurre. A lo mejor la paranoia forma parte del embarazo. He leído que las hormonas se revolucionan y te vuelves más protectora y desconfiada. Giro una esquina a la derecha y cruzo un callejón por donde no pasa nadie. Escucho un ruido a mi espalda y me asusto, sin embargo, no me detengo. Solo me quedan unos metros para salir de él y llegar a otra avenida principal. Acelero mucho más el paso y en la esquina choco con una mujer que lleva varias bolsas en las manos, haciéndolas caer. La ayudo a recogerlas, pido disculpas y vuelvo la cabeza hacia la solitaria calle buscando no sé muy bien el qué. O a quién.

Llego a casa empapada en sudor. Ahora sí que necesito una ducha y, ni Sara con su charla, evitará que me relaje bajo el grifo durante, por lo menos, media hora. Cruzo el salón mientras mi amiga se atiborra de comida china sentada sobre la alfombra mirando las noticias en la televisión.

Afortunadamente no dice nada. Me quito el vendaje de la mano con cuidado ya en el baño, me desnudo y me meto bajo la ducha.

Cuarenta y cinco minutos después, y ya más tranquila, salgo al salón en mallas y camiseta. Mi compañera de piso cambia de canal tumbada en el

sofá.

—Tienes comida en el microondas. —Me informa sin mirarme y sin dejar de hacer lo que hace. Zapping.

Caliento el recipiente de arroz durante unos segundos, lo cojo con una mano mientras en la otra llevo un vaso de agua y me siento sobre la alfombra.

La conversación llega antes de tragar el primer bocado.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunta tranquila.

¿Nunca?

—No lo sé. Quería asimilarlo antes.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—El lunes. Y tú ¿cómo te has enterado?

—¿De verdad me lo preguntas? No paras de vomitar, siempre estás dormida, no bebes alcohol y no quieres tomar antibióticos.

La miro extrañada. Vale que son indicios suficientes para sospechar algo, pero ella no es una experta en el tema. En devorar hombres por las noches – por la mañana y por la tarde– sí, pero ¿en síntomas de embarazo? Nunca deja de sorprenderme.

—Encontré la prueba de embarazo anoche buscando tiritas. —Levanta el dedo anular enseñándome una herida. Eso tiene más sentido—. Pero solo sirvió para confirmar lo que ya sospechaba. ¿Qué piensas hacer?

Resoplo. Eso quisiera saber yo. Qué hacer. Esto no se arregla pidiendo a la tierra que me trague y me escupa en las islas Phi Phi. Y, en el caso de que me tragara, al escupirme seguiría embarazada.

«No era necesaria la aclaración»

Por si acaso.

—No lo sé.

—¿Vas a tenerlo?

—Deja de agobiarme.

—Tienes que decidir pronto. ¿De cuánto tiempo estás?

—No lo sé.

—¿Sabes algo? —satiriza— ¿Has ido al médico?

Me atosiga a preguntas.

—Por esto no quería contártelo —Me cubro la cara con la palma de las manos.

—Quiero ayudarte. Solo... trato de entenderte.

—Pues no lo hagas. No me entiendo ni yo. —Aparto la comida y bebo un sorbo de agua—. Ni siquiera sé quién es el padre. Podría ser cualquiera de los dos. Parezco la protagonista de una jodida telenovela. —Cierro los ojos y me tiro de espaldas sobre el suelo. Sara lo hace a mi lado y entrelaza nuestras manos. Miramos al techo sin decir nada durante más de cinco minutos. Un canal de noticias veinticuatro horas es lo único que evita que el silencio nos envuelva.

—Te apoyaré decidas lo que decidas —Aprieta mi mano.

—Lo sé. —Le devuelvo el gesto.

El domingo transcurre mucho más tranquilo. Roberto y Sofía pasan por el apartamento por la tarde y vemos una película. Ellos la ven, yo duermo. Clara me llama para saber cómo estoy e informarme que volverá lo antes posible.

Tuvo que viajar a Londres por trabajo justo después de la fiesta de mi cumpleaños. Le aseguro que me encuentro perfectamente; una verdad a medias, y le obligo a colgar después de tres minutos de disculpas por su parte por no poder acompañarme en estos difíciles momentos. Me siento

afortunada por todas las personas que se preocupan por mí. Me sentí muy sola tras el fallecimiento de mis padres. Sin embargo, mis amigos han conseguido que ese sentimiento muy pocas veces vuelva a aparecer. Cuando lo hace, lo trato como a un viejo amigo al que ves de año en año. Intento disfrutar de su presencia lo que tarde en desvanecerse. Nada dura eternamente, para mal o para bien.

Recibo algunos mensajes de Fernando recordándome que lo llame cuando pueda. Necesitamos terminar de preparar la última voluntad de mis padres y quiere que me reúna con él y con un asesor financiero de su confianza. Me ha enviado más mensajes a lo largo de la semana, pero los he ignorado como voy a hacer con estos. No me siento preparada para ver mis cuentas tan abultadas. Necesito tiempo para asimilar todos los cambios que suceden en mi vida. ¿Cuatro millones de euros? ¿Estamos locos? ¿Qué hago yo con tanto dinero?

«Comprar zapatos».

No es mala idea la de mi subconsciente, pero creo que el destino de ese dinero no va a ser ropa ni complementos.

El lunes me despierto antes que el despertador suene. Es raro, aprovechar hasta el último segundo, agazapada en la cama, forma parte de mi día a día.

Normalmente la alarma suena dos o tres veces. La repetición automática es uno de los grandes inventos de los últimos tiempos. Sin embargo, a las siete me encuentro de rodillas frente al inodoro con la cabeza dentro. Las náuseas matutinas me visitan cada vez con más frecuencia, no me puedo imaginar hacer esto durante nueve meses.

«Has decidido tenerlo»

Ufff. No lo sé. Complicado saber qué hacer cuando ni siquiera tengo claro quién es el padre de la criatura.

«Ni claro ni oscuro, no tienes ni idea»

De todas formas, no estoy segura de ser capaz de deshacerme de él.

«O de ella»

O de ella. Repito en mi cabeza.

Ya perdí un bebé una vez ,y fue una de las experiencias más duras de mi vida. Cierto que no vivo la misma situación. Si decido frenar el embarazo, sería meditado y repensado. Sin embargo, la sola idea de barajar la posibilidad, me entristece. Por ese motivo no he pensado mucho en el tema.

Tengo la cabeza hecha un lío.

No sé nada de Álvaro desde un par de días después del cumpleaños. Si no recuerdo mal, dijo que volvería el viernes pasado, pero no tengo ni idea de si ha vuelto o no. No espero que se ponga en contacto conmigo, ni siquiera que me llame para decirme que ha vuelto, pero necesito hablar con él sobre la reunión de hoy con el marchante de arte. Tal vez lo llame luego.

Entre pensamientos inconexos, llego al vestíbulo de la Torre de Cristal.

Veo mi reflejo en uno de los espejos que cubren parte de las paredes y no me encuentro demasiado mal. Nadie diría que media hora antes tenía la cabeza metida en el váter. El maquillaje hace verdaderos milagros. Zapatos de salón negros, pantalón ancho gris, blusa blanca, chaqueta y abrigo negros, pelo suelto y labios rojos. Compruebo que nada se haya movido de su sitio y miro a un lado y a otro buscando al hombre de mis deseos y dueño de mi corazón.

Decenas de personas entran durante los minutos que espero allí de pie.

—Buenos días, señorita Sánchez —El chófer de Alejandro me saluda—.

¿Le importaría acompañarme?

—Buenos días, Carlos. —Sonrío y muevo la cabeza. Camino unos pasos delante de él hasta que me sobrepasa y abre la puerta del coche haciendo una reverencia para que entre. Mi corazón comienza a latir de manera desbocada.

No lo puedo controlar. La certeza de que me voy a encontrar con él, tiene ese efecto en mí. Me entusiasma, me excita, me hace feliz. Sin embargo, todas las sensaciones me abandonan por una sola en cuanto me siento sobre el mullido

cuero y me doy cuenta de que estoy sola. La decepción cubre como una manta todo mi cuerpo. Me hace daño verle y no poder acercarme a él, pero merece la pena el sufrimiento por todo lo bueno que me hace sentir.

Carlos arranca y se incorpora al tráfico. Durante unos minutos no digo nada esperando a que me saque de mi confusión, pero como no lo hace, pregunto desconcertada.

—¿A dónde vamos? —creí que había quedado con Alejandro para ir a una reunión, pero no lo veo por ninguna parte.

—Recogeremos al señor Fernández en seguida.

Casi una hora después; si no me he quedado dormida, ha sido por mi estado de expectación. Llegamos a Conde Orgaz-Piovera, una zona residencial muy cara a las afueras de Madrid. La conozco bastante bien, Sofía vive aquí.

Es más, creo que paramos en la puerta de un chalet en su misma calle. Tiene una valla blanca enorme rodeada de vegetación y una puerta de hierro de más de cuatro metros de altura. Me parece demasiado exagerado y presuntuoso.

Varias cámaras de seguridad rodean la propiedad. Escucho un ruido metálico y observo la puerta abrirse despacio, un coche espera para salir al otro lado.

Se detiene junto al nuestro y Alejandro sale de él con un maletín en la mano, vuelve la espalda y se despide de alguien a través del cristal. Marina de la Rosa lo mira con una sonrisa lasciva que me corta la respiración. Sin duda han pasado la noche juntos. No encuentro otra explicación. Me hundo en el sillón y en la desgracia. Puedo llegar a entender que se acueste con otras como si yo no hubiera existido, pero que me lo restriegue por la cara no.

Además de no ser necesario, es ruin y rastrero.

«Como lo que hiciste tú».

Ya estamos.

Entra en la limusina y se sienta frente a mí. Da los buenos días sin mirarme siquiera mientras descuelga el teléfono y se lo lleva al oído. Está imponente.

El pelo aún mojado le cae indomable sobre la frente. Huele a jabón y a limpio, sin embargo, esta vez no me transmite buenas sensaciones.

Pensar con quién ha pasado la noche convierte todo lo que mi cuerpo siente, cuando lo tengo cerca, en cobardía ante lo que me espera sin él. Mi teléfono suena dentro del bolso, lo saco, miro la pantalla, suspiro y lo vuelvo a guardar. Unos minutos después vuelve a sonar y hago exactamente lo mismo.

El inspector Hidalgo vuelve a la carga. Lleva todo el fin de semana sin llamarme y creí que se habría dado por vencido. Nada más lejos de la realidad. El dichoso aparato suena otra vez y lo ignoro. Alejandro termina con la llamada que atendía.

—¿No lo coges? —Parece que se hace eco de mi presencia por fin. Mi gozo en un pozo. Levanto la mirada y la atrapa con la suya. ¡Malditos infinitos ojos azules quema bragas!

—Se han equivocado —miento descaradamente.

—Tres veces. —Su tono me perturba. Inalterable— ¿Estás bien? —Mira mi mano.

—Mucho mejor, gracias.

Le ofrezco la documentación que me encargó estudiar el viernes y él la coge sin que el pulso tiemble como el mío. Sin embargo, no le hace demasiado caso, se centra en provocarme un infarto de miocardio con su turbada mirada.

—He hecho anotaciones en los márgenes y algunos cambios. Los diseños finales son demasiado serios para el público al que va dirigido. —Trato de centrar nuestra conversación en un asunto más profesional. En contra de todos mis pronósticos, abre la carpeta y la ojea con atención. Después de lo que me parece una eternidad, dice:

—Esto no son anotaciones, son obras de arte. —Vuelve a clavar su mirada en mí y esta vez noto su calor mezclarse con el mío. Es admiración, quién lo hubiera dicho—. Has hecho un buen trabajo.

—Creo que los colores deben ser más atrevidos... —Mi teléfono vuelve a sonar y me desconcentra—. Eh...

—Cógelo —ordena.

No quiero, pero lo hago. Decidida a ponerlo en modo silencio, lo saco del bolso y miro la pantalla. Me sorprende al no ver *inspector* escrito sobre el cristal. Es otra persona mucho más importante para mí, alguien al que quiero más de lo que me admito, un hombre con el que también he jugado sin proponérmelo, a quien le debo una disculpa y con el que necesito hablar.

Álvaro.

Descuelgo y lo atiendo.

—Buenos días, señor Llorens. —Con solo escuchar el nombre, a Alejandro le cambia el semblante a uno mucho más serio, aprieta la mandíbula y sus ojos se vuelven oscuros como la noche.

—Buenos días. Estás... ¿estás bien? Siento no haber llamado antes. He estado muy ocupado.

—No se preocupe.

—No me trates como a uno más, soy Álvaro. —Intento que la culpa no se adueñe de mí. No deseo que Alejandro se dé cuenta de todo lo que me afecta su hermano. Pasan unos segundos hasta que sigue—. Dani, yo...

—He concertado una reunión con Frédéric Bonnay a la una. Está interesado en algunas de las obras. —Corto lo que sea que me quiera decir. Si la frase empieza por mi nombre de pila, estoy segura de que acabará con algo personal que no me apetece escuchar.

—Voy saliendo del aeropuerto. Nos vemos en la Torre dentro de una hora.

—Capta lo que le he querido decir.

—No me encuentro allí. Acompaño al señor Fernández a una reunión. — Me arrepiento de nombrarlo antes incluso de terminar de hablar. Tratar de llevar

la situación sin morir en el intento me está costando horrores; no filtrar y decir estupideces es lo menos que podría pasar. Hablo con Álvaro mientras Alejandro me taladra con la mirada. Imaginaos la situación. Después de todo lo que pasó hace solo una semana y de lo que yo sé y ellos no, si no me da una apoplejía es por intervención divina.

No solo el ambiente en la limusina se enrarece, noto cómo al otro lado de la línea se hace un denso silencio.

—A él también lo tratas con cortesía... —Trago saliva sin saber qué decir—. Está bien, nos vemos a la una.

Lo único que escucho es el pitido tras la línea y la agitada respiración de Alejandro. Nadie que no lo conozca notaría su enojo, pero para mí es fácil reconocer el aire que exhala brusco hasta los pulmones, hincha su torneado pecho y sale despacio por su boca entreabierta. Guardo el móvil dentro del bolso y espero lo peor, pero no sucede nada.

Nada. Va a ser cierto que no le importo lo más mínimo y ha pasado página.

«Se acaba de acostar con Marina, claro que la ha pasado»

Me cuesta creer que haya hecho eso. Bufo para mí.

Carlos detiene la limusina junto al edificio de piedra que ya visitamos una vez. Baja del coche y me abre la puerta ceremonioso. Salgo y Alejandro lo hace por el otro lado. La gran puerta de madera castigada por el tiempo, nos recibe entornada. Detrás de ella, uno de los socios, Israel Bueno, nos espera para darnos la bienvenida. Comenzamos a caminar detrás de él y pasamos salas y más salas vacías. Me entristece la situación en la que se encuentra el edificio, demasiado bonito para merecer el abandono que aparenta.

La reunión transcurre sin incidentes. Ángel, Cristina e Israel aceptan mis consejos con gratitud. No estoy segura si porque verdaderamente les gustan los cambios en los diseños, o por miedo a que Alejandro se los coma. Lleva la hora entera a punto de morderlos. No ha hablado mucho, pero cuando lo ha hecho, hasta yo me he acobardado. Nos despedimos en la improvisada sala de reuniones y quedamos para la semana próxima. Fabricarán los primeros

modelos y les daremos el visto bueno.

—Los acompaño —Se ofrece Cristina.

—No es necesario —contesta Alejandro demasiado brusco. Cruza la puerta y yo lo hago detrás.

Volvemos por los destartalados pasillos, va demasiado deprisa y me cuesta seguirlo con estos zapatos. Agarro el bolso con ambas manos y trato de no perder pie y caer de bruces al suelo. De pronto frena y se gira hacia mí. Me detengo justo antes de chocar con su torso. Doy un pequeño suspiro por la impresión de tenerlo tan cerca y la respiración se me entrecorta. Su olor... me envuelve y me abraza. No le llego ni a los hombros. Yergo la cabeza sabiendo lo que me voy a encontrar. Sus ojos, coloreados de un gris plata, me esperan para acogerme. Noto su respiración sobre la mía. Da un paso en mi dirección y yo lo hago hacia atrás. Repetimos la operación hasta que mi espalda topa con una pared.

O POR NO QUERER

Tengo a Alejandro sobre mí. Me siento una joven gacela bajo las zarpas del rey de la selva. Podría hacer conmigo lo que quisiera. Él lo sabe. Yo lo sé.

Y eso me excita y me cabrea al mismo tiempo y a partes iguales. Levanta las manos y las apoya en la pared una a cada lado de mi cabeza. Noto el calor de su aliento en mis labios. Me mira. Lo miro. Muerdo con los dientes mi labio inferior y su mirada baja hasta mi boca. Abre unos milímetros la suya y pasa la lengua por ella. Inconscientemente levanto la mano y le acaricio la barba de varios días. Él cierra los ojos como si le doliera el tacto de mi piel, pero no se aparta.

—Alejandro... —musito. Aprieta la mandíbula y, a continuación, en un gesto brusco se separa—. Alejandro. —Lo llamo desesperada. Por un segundo he creído tenerlo conmigo. Ahora solo veo su imponente espalda.

Se gira con imperturbable mirada.

—¿Hablas con él? —Trata de controlarse, pero lo consigue a duras penas.

No estoy segura de a quién se refiere.

«Pues debes de ser tonta de remate»

—¿Hablas con Álvaro a menudo? —levanta la voz.

¿Qué? No es de su incumbencia. Es injusto. No puede no aceptar mis disculpas, hacerse el duro, pasar de mí y venirme con esto. No le importa si

he hablado con Álvaro en los últimos días. Sería lo normal, es mi jefe. Y esto es justamente lo que debería contestar, pero nooo. La prudencia no forma parte de mis virtudes. Me pongo nerviosa y dejo de filtrar.

«Por ahí no, Dani»

Por ahí sí, subconsciente.

—¿Te tiras tú a Marina a menudo? —Ya lo he dicho. Y he de decir que con conocimiento de causa. No sale de mi boca sin más. El filtro está inactivo, pero hasta mi otro yo me ha avisado de que no hacía bien y lo he ignorado a sabiendas.

El estropicio está hecho.

Le cambia el semblante a uno que no conocía; mezcla de dolor, enfado y desesperación, pero acompañado de una sonrisa mordaz e hiriente. A continuación, aprieta la mandíbula y convierte los labios en una fina línea.

Siento su corazón bombear dentro de la vena de su frente.

Suelta una carcajada sarcástica.

—Tiene gracia. Tú sí que te tirabas a mi hermano a menudo y nunca dijiste nada. Ah, sí. Espera. No encontraste el momento —ironiza—. Tal vez la culpa es mía, tuve la polla dentro de ti demasiado tiempo. —Le cruzo la cara de una bofetada. Gira la cabeza, se toca la mejilla, mueve la mandíbula de un lado a otro y me mira. Veo una llamarada amarilla arder alrededor de su iris. Transmite una furia desmesurada.

Viro sobre mis tacones y comienzo a caminar dejándolo atrás. Después de unos cuantos pasos, me coge del codo poniéndome frente a él.

—No vuelvas a hacer eso —sisea.

—No vuelvas a hablarme así jamás —respondo.

Bufa. Me suelta. Se mueve nervioso.

—Querías hablar, ¿hablemos! —brama.

—No tengo nada que decirte si me vas a faltar al respeto.

Pone su cara a la altura de la mía.

—¡Te acostaste con él! ¡Más de una vez! ¿De verdad crees que puedo olvidarlo?

—No estábamos juntos. —Me defiende sin argumentos.

—Tú no crees que eso importe —responde seco—. ¿Por qué lo hiciste? —
Noto su aliento sobre el mío—. ¡Contesta!

—No... no lo sé.

—Sé sincera conmigo y hazlo contigo. No creo pedir demasiado.

Miro sus labios y subo a sus ojos.

—Lo quiero, pero nada comparado con lo que siento por ti.

—No se puede querer a dos personas a la vez. No de esa forma.

—Álvaro fue muy importante durante mucho tiempo. Despedirme de él me ha costado años. Darme cuenta de lo que significa para mí ha sido un proceso lento y doloroso.

—¿Y qué significa?

Me gustaría poder contestar su pregunta. Sin embargo, mis palabras no le gustarían. Con Álvaro conocí el amor, el verdadero, el que corre por las venas haciendo bombear fuerte el corazón, el que hace crecer mariposas en el estómago, el que te saca sonrisas sin intención, ese que te hace soñar despierta..., ese que posee el poder de destruirte. Fue mi primer amor, juntos descubrimos un mundo lleno de rincones maravillosos. Aprendí a ceder, a dar, a recibir, a claudicar, a confiar en otra persona. Fueron tantos los momentos que vivimos juntos, tantas las situaciones que compartimos, que siempre será dueño de una parte de mí. Imposible sacar de tus recuerdos, tu

cuerpo, tu vida e incluso tu alma, a una persona que la marcó de tal manera que te hizo, en parte, ser como eres.

—Se acabó. —Termina con la conversación, da media vuelta y camina hasta la puerta.

El trayecto en la limusina transcurre en silencio. Voy concentrada en no llorar. Lo único que me apetece es sentarme sobre su regazo, abrazarlo y besarle mientras le pido disculpas una y otra vez. Él mira por la ventanilla abstraído. Su teléfono suena repetidas veces y lo ignora. Después de mucha insistencia contesta brusco y dando órdenes. Lo único que saco como conclusión; después de tratar parecer distraída, pero curiosear la conversación, es que queda con alguien para comer fuera de la ciudad.

Carlos aparca junto a la torre de cristal, baja del coche y me abre la puerta ceremonioso. Antes de decidir salir, digo unas últimas palabras. Se las debo.

—No he hablado con Álvaro desde mi cumpleaños. Me preguntó por mensaje unos días después si estaba bien y le contesté. Eso es todo. —Suelto cada palabra sin mirarle y me dispongo a salir. Su voz me para.

—No me he acostado con Marina desde que te conocí —contesta con la mirada en un punto fijo de la ajetreada avenida.

Bajar de la limusina, subir las 212 plantas y sonreír a los compañeros que me saludan no me costaría tanto si no supiera con quien me voy a encontrar dentro de media hora. Salgo del ascensor y no veo a Victoria en su sitio. Me he acostumbrado a su simpático saludo. Recuerdo la primera vez que subí aquí y la vi. Le puse el sobrenombre de *Rubia Número Uno*, o *Una*, de las *modelos de Victoria Secret*. No me cayó bien, pero el contexto era bien distinto. De todas formas, no me enorgullezco de ello. Es inaceptable juzgar a las personas sin conocerlas, aunque he de reconocer que algunas veces acierto. Casualidad, estoy segura. Porque casi siempre me equivoco y meto la pata hasta el fondo. Con ella me ha pasado. O eso espero.

Aún no sabría decir si somos amigas, en principio nos llevamos bien y me río bastante con ella, es una persona muy positiva y risueña. Todo lo contrario a lo que me pareció cuando nos conocimos. Tal vez mi actitud contribuyó a

que no tuviéramos *feeling*. Entré por esas puertas cabreada, decidida a pedir explicaciones a Alejandro sobre por qué había ropa interior que no conocía en uno de los cajones de la cómoda de su habitación. Sin embargo, esto dejó de tener importancia en cuanto conocí a Marina de la Rosa, su prometida. No puedo describir con palabras lo que sentí en ese momento. Creí que deseaba casarse conmigo, me había hecho partícipe de su decisión, no de un modo que yo toleré, pero que había aceptado y reconocido como una muestra de amor hacia mí. Puede que sea difícil de entender. A Alejandro le cuesta mostrar sus sentimientos, acostumbra a exponer ante los demás solo la parte que a él le conviene enseñar. Evita agradar a nadie. No solo se muestra Dios en la cama, también en los negocios. Por eso ha conseguido llegar donde está. Mientras el resto del mundo se entretiene y pierde el tiempo, los hombres como él detectan una oportunidad, la desarrollan y la llevan al éxito. Ganan dinero, poder y respeto.

Escucho parlotear a varias personas en el despacho de Berta. Asomo la cabeza por la puerta abierta. Victoria y mi ayudante charlan sobre algo que se me antoja muy divertido. La *Rubia Número Uno* tiene algo entre las manos.

—Buenas tardes, chicas. —Trato de animarme y mandar a paseo a mi yo depresiva, mi parte más yonki del Dios del Sexo, que gimotea sobre una camisa blanca imaginaria de Alejandro. A esta le cuesta desprenderse de su olor mucho más que a mí.

«*Eso es... mentira*»

Me pongo los ojos en blanco.

—Hola, Dani. Mira qué vestido más maravilloso se ha comprado Victoria.

Camino hasta donde se encuentran. Berta me sonrío desde su silla y la recepcionista enseña la prenda de pie a su lado. Llego hasta ella, la toco y observo los colores y el tejido. Mezcla de morados, verdes y azules muy claros. Con un gran escote y tirantes de cola de ratón, largo hasta los tobillos —si me lo pusiera yo, rozaría el suelo—y con un poco de vuelo.

—Es precioso.

—Lo compré el sábado en la boutique que os comenté. En Malasaña. Raúl me acompañó.

Sale con el primo de Berta desde hace un par de semanas. Ella misma los presentó. Según me han comentado, se encontraron por casualidad y congeniaron desde el principio. Parece que desde que se conocieron, no han pasado mucho tiempo separados. En el brillo de sus ojos puedo ver que se está enamorando de él. No sé si darle la enhorabuena o apremiarla para que se aleje del chico antes de que eso pase. Me he convertido en una suicida sentimental.

—¿Habéis decidido qué os vais a poner para la fiesta? —sigue.

—Creo que cualquier cosa que tenga en el armario. No puedo gastarme mucho dinero si quiero viajar estas navidades —contesta Berta. Victoria la mira como si fuera un bicho raro. A continuación, todas las miradas se dirigen a mí. A punto estoy de decir que no pienso ir a ninguna parte el jueves por la noche, mi plan consta de tres partes: chocolate, cama y... más chocolate.

—Yo haré lo mismo. —Me encojo de hombros y zanjo el tema.

—¿Qué? De eso nada. No dejaré que mis dos mejores amigas dentro de esta empresa vayan hechas un adefesio. Nenas, sois muy guapas, pero eso no es suficiente para deslumbrar en esta gran ciudad. A las seis os espero en el vestíbulo para patearnos todo Madrid si es necesario. Pero os juro que vosotras. —Nos señala con el dedo— Estrenareis modelito y dejaréis a todos impresionados y con la boca abierta —termina y, con su vestido en la mano, desaparece tras la puerta a lo Escarlata O'hara.

Berta y yo decidimos dar nuestro brazo a torcer y dejar que nos arrastre por las calles de Madrid buscando algo especial que ponernos. No me entusiasma la idea, sobre todo porque había decidido escaquearme y hacer como si el evento no se celebrara. Esa noche me encontraría mal con total seguridad y tendría que quedarme en casa. Lo sé. Un plan poco currado, pero que permitiría no tener que pasar la noche sufriendo entre Alejandro, Álvaro y las trocientas mujeres que querrán llevárselos a la cama. Y estoy segura de que esto pasará. Los dos atraen a las féminas como abejas a la miel.

Imposible resistirse a sus encantos. Por ello me encuentro yo así ahora. Por no poder elegir entre los dos.

«*O por no querer*»

Yo qué sé.

—Por cierto. —Mira su reloj y luego a mí—, el señor Llorens te espera en la sala de reuniones dentro de veinte minutos.

—¿Podrías atender al señor Frédéric Bonnay y llevarlo allí cuando llegue?

—Trato de no suspirar delante de Berta. Asiente, le doy las gracias, me despido hasta la hora de comer y giro sobre mis tacones.

Me siento detrás de mi mesa y enciendo el ordenador. Apoyo la espalda en el sillón y cierro los ojos intentando no inventarme un cólico nefrítico e irme a casa. Lidiar con Alejandro y Álvaro el mismo día no puede ser bueno para la salud. ¡Y menos aún en la misma mañana! No veo a mi primer amor desde la noche de mi cumpleaños. Le dije que lo quiero y que siempre lo querré, pero que lo guardo como uno de los recuerdos más maravillosos y nada más.

Tuvimos nuestra oportunidad y no la aprovechamos. No buscaré culpables, ya no. Pero ¿por qué esta desazón al pensar que voy a volver a verlo? ¿Por qué me tiemblan las manos y se me acelera el corazón? Llevo años tratando de resolver la ecuación, pasando por alto que la causa de la alteración de los factores corresponde a mis pocas ganas de elegir olvidarlo. Caigo en la cuenta de algo que dijo aquella noche antes de que Alejandro nos descubriera besándonos y todo se convirtiera en un caos. «*Me fui para salvarte. Si no volví fue porque no tuve otra opción*». No le he dado importancia hasta ahora.

¿Se fue para salvarme? Tal vez crea que fue así y que dejarme serviría para no convertirme en su madre, una mujer depresiva por la falta de cariño de su marido que decidió quitarse la vida en un trágico final. ¿Es esa realmente la razón por la que se fue? ¿Y no volvió porque no tuvo otra opción? En cinco años nunca tuvo la oportunidad de venir a verme ¿quién o qué se lo impedía?

Millones de preguntas sin respuesta me cruzan la mente a la velocidad de la

luz.

Abro el correo y tiro el spam. Uno de ellos llama mi atención. Lo abro y leo.

De: Nerea González Baena.

Hoy a las 08:12 horas.

Asunto: Fiesta de Navidad.

Le adjunto la Invitación para la Fiesta de Navidad de MKD que tendrá lugar el próximo jueves a las 22:00 horas en el Hotel Silken

Puerta Madrid.

Por favor, imprima el documento y llévelo consigo para tener acceso al evento.

Gracias.

Sin más, reciba un cordial saludo.

Nerea González Baena

Directora Ejecutiva Eventos GonBah

En el momento en que termino de leer, escucho sonar mi móvil que guardo aún dentro del bolso. Lo cojo y observo un mensaje de *WhatsApp*. Es del inspector Hidalgo.

«Estimada señorita Sánchez. Necesito hablar con usted sobre algo importante. La espero esta tarde a las 21:00 horas en el Café Oita. Calle Hortaleza, 30. Por su seguridad, no falte. Y no le diga a nadie a dónde va».

Cierro la aplicación y guardo el teléfono de nuevo en el bolso con un gesto demasiado brusco para lo sensible que son estos cacharros de última generación. Podían disponer de una aplicación de tele transporte a algún lugar de la tierra donde tomar el sol y mojitos sea la mayor preocupación.

Asistiré a la cita y olvidaré este tema. Lo que querrá decirme se escapa a mi conocimiento. No tengo ni la menor idea. Si ha descubierto algo sobre el robo en la galería, lo más lógico es que lo hable con Álvaro, no conmigo.

A falta de dos minutos para la una, camino hasta la sala de reuniones donde el señor Bonnay me espera. Entro y lo veo sentado en una de las sillas leyendo algo que sujeta con la mano derecha y a Berta dejando documentación sobre la mesa.

—Buenas tardes, señor Bonnay. —Llego hasta él y le ofrezco la mano. Se levanta, nos saludamos y me disculpo porque Álvaro no haya llegado aún. Mi ayudante se despide después de preguntarme si necesitamos algo más y... lo huelo antes de girarme. Una suave brisa fresca se introduce por mi nariz activando recónditas partes de mi cerebro.

«Y otras zonas...»

Mierda.

Entra introduciéndose el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Un mechón de cabello castaño le cae sobre la frente, y sus mullidos labios se curvan en una profesional sonrisa. Está guapísimo. Su tez morena contrasta a la perfección con el traje de dos piezas gris perla con la corbata a juego.

—Disculpad mi demora. —Estrecha su mano con la de Frédéric—. Un placer conocerlo en persona, he oído hablar mucho de usted. —Me mira a mí—. Señorita Sánchez... —Agacha la cabeza en un casi imperceptible gesto.

La reunión dura poco más de una hora. Nos hace partícipes del interés que le suscitan algunas de las obras y sus artistas, o eso he entendido. La mayor parte del tiempo la he pasado distraída tratando de no ahogarme en la oscuridad de los ojos negros de Álvaro. Su forma de negociar, de hablar de arte..., me he dado cuenta de lo que le apasiona su trabajo. Álvaro y yo siempre hemos tenido muchas cosas en común, entre ellas el amor y la admiración por la destreza y la maestría de un gran artista a la hora de expresar sus sentimientos. Pero hay muchas más, como la devoción inexplicable por la ciudad de París cuando todavía ni la conocíamos, o el francés. O el gusto por el chocolate. Recuerdo una tarde de primavera, al salir de la facultad, tumbados sobre mantas en la terraza de su ático. Nos comimos varias tabletas de lo que para nosotros es el más exquisito manjar. Mientras el sol se ponía en el horizonte, jugamos a querernos y prometimos hacerlo siempre. Qué inocentes.

«—Sabes mejor que el chocolate —ronroneó con sus labios saboreando los míos—. Estaría besándote cada segundo del resto de mi vida. —Bajó por la mandíbula y el cuello hasta morder uno de mis pezones sobre la ropa. Di un pequeño gemido y él sonrió. Se arrodilló entre mis piernas, cogió mi camiseta negra por el dobladillo y la subió dejándome el vientre a la vista.

Lo acarició y gemí. Agachó la cabeza y regó de besos toda la zona. Unos minutos después, y cuando se hubo sentido satisfecho, me bajó las braguitas y levantó mi mini falda hasta la cintura. Se quedó contemplando mi zona más íntima durante unos segundos que se me antojaron eternos. Subió por mi cuerpo hasta atrapar mi turbia mirada. El corazón me latía con fuerza. Por supuesto, no era la primera vez que me veía así, expuesta, sin embargo, noté

algo muy diferente que nos rodeaba. No sé, como si el oxígeno se solidificara. Me abrió las piernas todavía más y unió nuestros labios. Solo se escuchaban nuestras respiraciones alteradas sobre el lejano tráfico. Volvió a mirarme y bajó poco a poco saboreándome entera hasta llegar a mi monte de Venus. Traté de cerrar las piernas, pero él las mantuvo abiertas. Nunca nadie antes me había besado tan abajo. No es que no me agradara, no lo sabía aún. Simplemente en ese sentido también era virgen hasta que lo conocí a él.

—Tranquila, te gustará —dijo con voz ronca y sensual.»

Suelto un suspiro demasiado impetuoso en voz alta, y me doy cuenta de que los dos hombres que tengo delante de mí me miran con atención. Me muero de la vergüenza, aunque trato de disimularlo. Álvaro se despide del señor Bonnay y lo acompaña hasta el pasillo después de hacerlo yo también.

Cierra la puerta y camina acortando la distancia que nos separa.

—¿Estás bien? —pregunta sin denotar ninguna clase de emoción.

Claro que sí. Solo recordaba cómo eras capaz de hacerme delirar mientras introducías tu lengua ahí abajo.

Asiento con la cabeza.

Llena un vaso de agua y me lo ofrece.

—Pareces ofuscada.

«Yo diría sofocada. Caliente. Excitada. Turbada»

Mi subconsciente lo define a la perfección. Perdí el hilo de la conversación antes de que empezara. Frédéric pensará que trabaja con una completa inepta. No he sido capaz de expresar una frase coherente en lo que ha durado la reunión.

Últimamente soy incapaz de controlar mi libido. La imaginación calenturienta que me acompaña me pone de cero a cien en décimas de segundo. Me levanto frente a él y, justo antes de despedirme y correr como

liebre sobre la llanura huyendo de un águila, escuchamos a escasos metros a nuestra derecha:

—¿Interrumpo algo?

¿Alejandro no tenía una comida importante fuera de la ciudad?

6

NO PUEDO CON LOS DOS.

MEJOR DE UNO EN UNO

¿Qué demonios hace aquí? Lidiar con ellos de uno en uno ya es difícil.

Pero tenerlos a los dos a la vez frente a mí, haciendo además preguntas que ni borracha me atrevería a contestar, resulta prácticamente imposible. Borracha perdida, un estado que parece que tardaré en rememorar. Eso me recuerda que cualquiera de los dos hombres que tengo frente a mí, puede ser el padre del bebé que crece en mi interior. A ver cómo salgo del inesperado embrollo.

Este podría ser el momento de decirles *«Hola chicos, me alegra tener la oportunidad de hablar con los dos. No es nada importante, no os preocupéis.*

Estoy embarazada, pero no tengo ni idea de quién puede ser el padre. Sabéis que me acosté con los dos en un corto periodo de tiempo. Así que... ¿cómo lo hacemos? Esperamos a que nazca y vemos a quién se parece más, solución no muy práctica porque como hermanos cabe la posibilidad de que herede rasgos de cualquiera de los dos. O mejor, interrumpo el embarazo y problema solucionado. Perdonad. No debería haber dicho nada. Olvidadlo».

Lo más inteligente es optar por el silencio ya que el nerviosismo volatiliza el filtro. Encontrarme en medio de los dos y hablar no es buena idea. Cualquier tontería puede salir de esta linda boquita.

«Despídete y sal de aquí cagando leches». Mi subconsciente me aconseja con

sabiduría.

—Yo... yo... ya me iba. —Cojo el bolso y lo cuelgo sobre mi hombro izquierdo.

En un gesto duro, Alejandro levanta el brazo impidiéndome el paso.

—Tengo que hablar con los dos —dice en un tono neutro.

Oh, oh.

—No creo que sea el momento —interrumpe Álvaro.

Alejandro hace caso omiso a su implícita petición y sigue hablando.

—La semana que viene me acompañarás a una reunión. —Clava sus ojos en los míos. Asiento con la cabeza. No es nada fuera de lo común, lo hago a veces. Esta misma mañana he estado con él fuera de Madrid—. En Nueva York. Volveremos el día antes de Navidad. —Me llega la mandíbula al suelo.

Ha dicho Nueva York, no he podido escuchar mal a metro y medio de su imponente cuerpo.

—No puedes hacer eso —contesta brusco Álvaro.

—Salimos el lunes a primera hora. Carlos te recogerá —sigue ignorando a su hermano.

—La necesito aquí. El traslado de la exposición se realizará pronto.

Alejandro le lanza una mirada que tensa el ambiente hasta casi dejar sin oxígeno la habitación.

—Señorita Sánchez, puede irse —dice mi dios sin desconectar la mirada de la de Álvaro.

Salgo de la sala de reuniones y cierro la puerta. Sin embargo, mi yo más cotilla, ese que destaca entre los demás, me ordena a voces que escuche tras la sofisticada madera.

Lo hago.

No lo hago.

Lo hago.

No lo hago.

El debate dura unos segundos. Lo hago. ¿Alguien dudaba?

Pego la oreja cerca de la ranura, pero no escucho absolutamente nada. Mi improvisado plan A no surte efecto. Al retirarme, una luz se enciende dentro de mi cerebro. Algunas veces las grandes ideas llegan cuando menos las esperas. Paso al plan B. Camino hasta el final del pasillo y llego hasta la puerta que da a la escalera de incendios. Abro y subo dos escalones para topar con otra que llega a una habitación colindante a la sala donde se encuentran. Entro con sumo cuidado, de puntillas atravieso la estancia, llego a otra puerta que la une con mi destino y me escondo detrás de la hoja que, afortunadamente se encuentra entornada. No me siento bien con lo que hago, por si alguien se lo pregunta, pero a situaciones desesperadas, medidas *«locasdelcoño»*.

—Pero no era necesario que vinieras. Dejar tirado a Bennet, no nos conviene
—habla Álvaro enfadado.

—Me importa una mierda ese imbécil —contesta Alejandro en el mismo tono
—. Marcus sospecha que están cerca.

—Llévatela no es la solución.

—Es lo mejor.

—¿Para quién?

—¿Crees que lo hago por mí?

Álvaro agacha la cabeza y apoya las palmas de las manos sobre la mesa.

Parece derrotado. Algo le pesa sobre los hombros.

—No es culpa tuya —el tono de Alex ahora es condescendiente.

—Sí lo es. Si le pasara algo...

—Eso no va a ocurrir.

—Lo siento. —Se incorpora y mira a su hermano.

—No lo sientas y arréglalo.

Alejandro se gira y camina hacia la salida. Se detiene cuando escucha las palabras de su hermano.

—Voy a seguir luchando por ella.

Desde donde me encuentro, solo veo su espalda. Unos segundos después desaparece tras la puerta sin decir ni una palabra más.

—Hola chicas, siento llegar tarde. —Me siento junto a Berta y Victoria que comen en el gastrobar al que ya somos asiduas.

—No sabía que vendrías. —Berta me hace sitio a su lado y llama al camarero.

—Tengo un hambre atroz. Me comería un oso sin afeitarlo. —Y es cierto.

Un oso entero supongo que no, pero un jabalí... Mmm —qué apetito más raro—, siento como si no hubiera comido en todo el día.

«No lo has hecho».

Me tomé un café.

«Que vomitaste después».

Aparto a mi subconsciente de un manotazo imaginario.

—¿De qué hablabais? —pregunto.

—He hecho una lista de las tiendas que vamos a visitar. Solo tenemos tres horas hasta que cierren.

—¿En algunas se puede comprar zapatos? —Eso salvaría la tarde.

—Por supuesto ¿por quién me tomas? Os voy a poner tan guapas que no os reconocerán.

—¿Nos estás llamando feas? —Berta sonrío mientras deja la Coca Cola sobre la mesa.

—No. Sois dos bellezones, pero no os lo toméis a mal, podéis sacaros mucho más partido. Gastar un poco de dinero en ropa no os vendría nada mal. —Y se queda tan pancha. Creí que le gustaba mi ropa, me halaga a menudo.

Miro a mi amiga y rompemos en carcajadas. El día está siendo una mierda, sin embargo, la comida resulta de lo más divertida. Pido un montadito de lomo ibérico y una botella de agua y hablamos sobre las virtudes que sí tenemos.

«*Algunas serán*».

—Por cierto —interrumpe mi ayudante—, me ha dicho Raúl que te acompañará a la fiesta. —Victoria asiente feliz.

—No sabía que podíamos llevar acompañante—El camarero pone el agua y una copa ante mí.

—Lo indican en la invitación. —Se encoge de hombros—. siempre ha sido así. ¿Llevaréis a alguien? —Creo que se arrepiente al instante de lanzar la pregunta. Agacha la cabeza y pincha una zanahoria.

—Puedes invitar a Roberto —hago como la que no se hunde en el asiento y tiene ganas de ahogarse con la botella de *Font Vella*,— no sería imposible, en un capítulo de CSI dijeron que solo necesitas un centímetro de agua para morir ahogada. Esta información me dejó impactada—.

—¿Yo? Estás loca. —Berta me mira con recelo.

—Venga. Seguro que dice que sí.

—Casi no lo conozco.

—Es muy buen tío. —Lo vendo bien.

Le enumero una a una todas las virtudes del que considero casi mi hermano mientras terminamos de comer.

Suena el teléfono y descuelgo sin mirar quién llama mientras entro en mi despacho.

—¿Sí?

—Hola, Dani. —Es Fernando.

—Hola, disculpa que no te haya llamado. —Dejo el bolso sobre la mesa esperando que no me recrimine la de llamadas que he ignorado.

—Entiendo que tengas reparos en formalizar la documentación, pero no te portes como una cría. Estás obligada a aceptar lo que nuestros padres dejaron para ti. —Me regaña con tono de hermano mayor responsable y cumplidor.

—Papá y mamá no me dejaron cuatro millones de euros. —Me sigue sorprendiendo ser dueña de tal cantidad de dinero—. Juraría que has sido tú —contesto a la defensiva.

—No tengo ganas de discutir contigo. Apunta esta dirección.

Suspiro. Cojo un post-it rosa y me preparo. Escribo lo que dice sin saber cuál es el fin.

—Nos vemos mañana a las diez allí. Te presentaré a mi asesor financiero.

Te aconsejaré qué es lo mejor.

—¿No lo puedes hacer tú? O... quédatelo. No lo quiero.

—Hasta mañana —ignora mi último intento de seguir siendo pobre.

Dejo el teléfono sobre la mesa y el almuerzo me sube hasta la garganta.

Corro hacia el baño y vomito toda la comida. Enterita. Un jabalí de los de Obélix completo. Me lavo la cara y, blanca como las paredes de parte de esta planta, bajo hasta la cafetería dos pisos más abajo. Descarto el ascensor y opto por las escaleras. No me apetece que me vean convertida en fantasma de la ópera al que se le ha corrido el rímel. Desciendo los escalones de dos en dos hasta que resbalo y planto las posaderas en el suelo.

¡Ay!

Miro hacia arriba y me encuentro un semblante demasiado serio acompañado de un traje Armani negro de dos piezas, corbata del mismo color y camisa blanca. Lo he visto hace escasas dos horas, sin embargo, desde aquí abajo impone mucho más. Mmm. Me lo comería a bocaditos. Despacito.

Empezaría por el cuello, bajaría por su pecho, su torso, vientre, oblicuos... le lamería la polla desde la base hasta la punta...

«*Necesitas echar un polvo*».

Estoy de acuerdo.

Alejandro me coge de las manos y me levanta dejándome frente a él.

Siento el latir de su corazón muy cerca del mío. Palpita con fuerza, pero no está nervioso. Yo, en cambio, soy un manojito de nervios.

—Podrías tener más cuidado. Has estado a punto de rodar por las escaleras.

—Mierda de tono cabrón que me pone a cien. Es curioso que no me moleste cuando me regaña y, en las mismas circunstancias, sí me incomoda que lo haga Fernando.

Querrá decir que el escalón ha estado a punto de tirarme por las escaleras.

Mi equilibrio era perfecto hasta que «*apareció*» delante de mí. ¡Mi vida transcurría tranquila hasta que Alejandro surgió de la nada como un huracán!

—Coge el ascensor la próxima vez. Es más seguro.

—¿A qué te refieres? Estamos en el piso 212, si alguna vez se descuelga, la muerte está asegurada. —Dramatizo. No es que piense que eso vaya a ocurrir, pero ha hecho ademán de irse y no quiero. Huele demasiado bien.

—Aquí no hay cámaras de seguridad.

Frunzo el ceño. No tengo ni idea de por qué eso me debería importar.

Me mira.

Lo miro.

No hay cámaras de seguridad...

Comienza a hacer calor.

Mucho calor.

El ambiente se vuelve más denso, las rodillas me flaquean y mis ojos brillan reflejados en los suyos. Ahora mismo me agacharía, le abriría la bragueta y lo haría correrse en mi boca. Ya lo he comentado antes ¿no? Sí, salida perdida.

Ninguno de los dos dice nada. Escuchamos la puerta de arriba cerrarse y unos pasos bajar con rapidez a nuestro lado. Una mujer muy atractiva lo saluda cordial y sale por el piso inferior.

—Será mejor que me vaya. —Lo rodeo y lo dejo atrás. Y él me deja marchar, he de decirlo. Porque todos sabemos que con solo una palabra o un gesto mi cuerpo deja de hacerme caso para rendirse a sus pies.

La cafetería parece el desierto de Gobi. Ni un alma en sus mil quinientos metros cuadrados. No exagero sobre su enormidad. Rodeada de cristales, muestra la ciudad a vista de pájaro. Imagino que todas las plantas se asemejan. Y lo del desierto lo digo también por la cantidad de arena que hay por todas partes. El motivo, parte del bar se encuentra en obras. Un hombre con un mono azul pasa por mi lado cargado de trastos y me da un pequeño empujón. Ni disculpa ni nada. ¡Viva la educación! Me acerco a la barra y pido una caña de chocolate. La atenta camarera me la ofrece y, al pagar, descubro que me he dejado el bolso arriba. Palpo mi ropa y busco un posible

escondite de monedas sueltas. A punto de pedir disculpas, alguien deja un billete de cinco euros sobre la barra justo a mi lado. Levanto la cabeza y me encuentro con Álvaro.

—Gracias —sonrío.

—No lo hago por ti. Es la última. Tendremos que compartirla. —Tuerce la boca en un gesto que dice muchas más cosas de las que me gustaría.

—No comparto mi dulce.

—Prácticamente es mío. Lo he pagado yo.

Bufo.

—Trato hecho —claudico. Mi vida por un poco de chocolate.

La cojo, abro el plástico y le ofrezco la mitad.

—Sentémonos un rato.

—Tengo mucho trabajo.

—Te doy unos minutos de descanso —sonríe.

Cruzamos hasta una zona limpia donde los albañiles no han empezado a trabajar y nos sentamos frente a frente. Unos plásticos blancos cuelgan desde el techo hasta el suelo. Diferencian el desierto de Gobi de la Casa Blanca. El salón presidencial debe estar tan limpio como esto.

—Tienes un poco de chocolate aquí. —Con un dedo limpia la comisura de mis labios y se lo lleva a la boca.

En un gesto casi progresivo aparto la cabeza y termino de retirar el chocolate yo misma.

—Supongo que quieres hablar. —Voy al grano. Está siendo un día demasiado largo.

—Chica lista.

Van a volverme loca entre los dos. Necesito unas vacaciones. Y las necesito ¡ya!

—Pareces cansada.

—Lo estoy.

—¿Cómo lo llevas?

Bien, pero a veces me quiero morir.

—No debe ser fácil tener que lidiar con los dos. Me hago cargo —sigue.

¿Fácil? La física cuántica me parece mucho más liviana que enfrentarme a Álvaro y Alejandro todas las mañanas. Si esto dura mucho tiempo, me plantearía engrosar las listas del paro. Total, soy rica.

—¿Qué quieres? —pregunto.

—Que seas sincera.

—Lo soy. Si tú también lo hubieras sido hace seis años, no nos encontraríamos en esta situación. — *Mardita* lengua que me pierde.

—¡Wow! —Se toca el pecho como si le hubiera disparado una flecha justo en el corazón—. Tocado y hundido.

—Estoy segura de que necesito mucho más para hundir el acorazado ruso en el que te has convertido. —Le doy un bocado al dulce. Nunca ha sido un enclenque, sin embargo, ahora su trabajado cuerpo recuerda a un modelo de ropa interior masculina; pero de esos a los que se le puede rallar queso sobre el abdomen. Nada que ver con el chico que conocí.

—Sigo siendo el mismo. Y... —Me clava su mirada—, Sigo sintiendo lo mismo. No voy a darme por vencido.

No soy la única que ha pensado ser directa en la sobremesa del lunes.

¡Qué bien! Ironizo para mí.

—Creí que esto ya lo habíamos hablado.

—Ya..., soy un bonito recuerdo. Solo eso, ¿no?

«*Venga, contesta. Sácanos de dudas a todos*». Mi subconsciente me mira con los brazos cruzados y la espalda sobre una pared esperando la aclaración.

—Álvaro, siento lo que pasó...

—No te creo. Es imposible.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque solo me siento completo cuando estás cerca de mí.

En otro momento, tras escuchar estas palabras de la boca de Álvaro, me hubiera sentido la mujer más afortunada del universo, pegaría saltitos rodeada de griterío de ángeles con grandilocuentes «oes» acompañados de los acordes de algún instrumento celestial —no se me viene ninguno a la mente... ¡Sí! ¡Un arpa! —. Sin embargo, ahora no sé cómo sentirme. Mi cuerpo se mueve en un vaivén de sensaciones que alteran constantemente mi estado de ánimo.

—Álvaro... —repito su nombre tratando de concentrarme—, yo... no sé qué decir. —Me toco la sien.

—Dime que lo pensarás.

—Tengo que irme.

Llamo al ascensor, pero tarda demasiado en llegar. Opto por las escaleras de nuevo. Subo los escalones como los bajé, de dos en dos. Antes de llegar al primer rellano, me tropiezo y caigo de rodillas al suelo. ¡Joder! Que termine el dichoso día ya. Empiezo a dudar si sobreviviré al lunes. Una mano me rodea la muñeca y me levanta. Esta vez la de Álvaro.

Ha salido detrás de mí.

—Te has podido romper algo. Deberías utilizar el ascensor.

Otro con la dichosa cantinela.

Puff.

Esas vacaciones, ¿dónde están?

Y ESTE, ¿QUÉ ES LO QUE QUIERE?

A las ocho de la tarde nos hemos pateado la Calle Serrano; donde no compramos nada, Gran Vía, la Red de San Luis y Plaza del Callao. Me duelen las piernas y no me siento la planta de los pies. Victoria es una chiflada de las compras, como imaginaba. Conoce todos los tipos de tela, colores que yo no sabía que existieran y el nombre de los diseñadores más cosmopolitas en orden alfabético. En un par de zapaterías me he dado un caprichito. Después del día que llevo, creo que merezco un poco de mimo. A falta de pan, buenos son zapatos. O algo así.

Al final, me he comprado un vestido rojo agarrado al cuello y cuerpo de sirena, fruto bendito de la caminata que nos hemos dado. Berta ha optado por el azul marino y Victoria... Victoria lleva dos pantalones, tres blusas, una chaqueta, maquillaje, pantis, rímel y trescientos pares de zapatos.

A las ocho y veinte me despido de ellas y las dejo tomando unas cervezas en uno de los bares donde hemos terminado exhaustas. Dentro de media hora he quedado con el inspector Hidalgo, y quiero pasar por casa a dejar las bolsas. Cojo un taxi que me espera en la puerta del apartamento mientras subo y aprovecho la parada para vomitar en la soledad de mi cuarto de baño.

Llevo toda la tarde aguantando las ganas.

Son las nueve y doce minutos cuando entro en el Café Oita. El aroma a pan recién hecho, azúcar tostada, chocolate y levadura, entre otros, me inunda y reconforta. Sacudo la cabeza de lado a lado desperdigando gotitas de agua

alrededor. Caen chuzos de punta. La cafetería me espera casi vacía, solo un par de parejas charlan delante de una taza de café cargado con millones de sensaciones. Adoro este sitio. Las paredes de piedra, el suelo de madera y el destartado mobiliario hacen que te sientas como en el salón de casa de tus abuelos. Posee esos colores tan agradables a la vista y tan reconfortantes.

Solo lo he visto una vez, pero el aire de agente de autoridad que lo rodea no da lugar al error. Espera sentado sobre un sillón chester de los años cincuenta. Se da perfecta cuenta de mi presencia. Me mira y, con un gesto de cabeza, me invita a acercarme.

—Siéntese, por favor. —Intenta ser educado, pero desprende una superioridad que no me gusta. En él no.

Tomo asiento en una silla de estilo francés dorada.

—¿Desea tomar algo?

—No, gracias, prefiero que me diga cuál es la razón de su insistencia.

Estoy muy ocupada. —Y preferiría dormirar tumbada sobre mi sofá que escuchar lo que usted me quiera decir. El día está siendo interminable. El agotamiento me aflige.

—¿Qué relación le une al señor Llorens?

—No sé por qué querría saberlo.

—Créame. Le interesa ser sincera conmigo.

—Es el dueño de la galería de la que soy directora, pero eso ya lo sabe. — Suelto de un tirón. No por lo que ha dicho, solo deseo que me deje en paz lo antes posible. Y no me gusta su tono.

Da un sorbo a la taza de café y la deja sobre la mesa sin prisas. Me mira y levanta suavemente una ceja. Espera más información, información de la que ya está al tanto, estoy segura.

—Fuimos pareja en la universidad, ¿algo más?

—Me gustaría que confiara en mí. Solo quiero ayudarla. ¿Por qué está tan a la defensiva?

—No alcanzo a adivinar la razón por la que necesitaría su ayuda. Si sabe algo sobre el intento de robo en la galería, debería hablarlo con el señor Llorens. No entiendo qué hacemos aquí.

—Supongo que no sabría decirme qué ocurrió aquel día. —Clava su mirada en la mía y sigue—. El que entró en la galería, sabía lo que buscaba y estoy seguro de que no se fue sin conseguirlo. No nos consta, sin embargo, que se llevaran nada, a menos que su jefe trate de ocultarnos algo. —Intento disimular mi confusión. ¿Qué va a ocultar Álvaro? Entraron a robar y se presentó una denuncia. Es cierto que nos consta que no se llevaran nada, tal vez no encontraron lo que buscaban. O tal vez...—. O sí lo hallaron, pero al señor Llorens no le interesa que se sepa. En cualquier caso, no me queda otra opción que investigar en más direcciones. —No me gusta su tono condescendiente y amenazador.

—¿Qué trata de decirme?

—No la conozco, pero estoy seguro de que es una mujer inteligente y sabe lo que le conviene.

«*Se nota que no te conoce*».

Pongo los ojos en blanco mentalmente.

—Disculpe, inspector...

—Jorge —me corta.

—Lleva razón. —Lo ignoro—. no me conoce, no sabe quién soy. ¿Qué le hace pensar que voy a ayudarle?

—No tiene otra opción. Solo hay una razón por la que se negaría. Y, sinceramente, no creo que usted esté implicada.

¿En qué? ¿De qué coño está hablando?

—Tengo que irme. —Me levanto de la silla y cuelgo el bolso de mi hombro izquierdo.

—¿Se va? —Sonríe cínicamente.

No debería haber venido.

—Le parecerá raro, pero... no me gusta que me acusen de no tengo ni idea de qué y mucho menos que me amenacen. —Espero que suene con el mismo cinismo que él ha utilizado.

—Le interesa escucharme.

—No tengo nada que hablar con usted. No voy a hacerle de chivo expiatorio.

—Álvaro Sanz Llorens no es la persona que usted cree —dice su nombre completo.

Me giro y camino hacia la puerta. Lo escucho levantarse.

—Puede estar en peligro.

Por un segundo detengo el paso, sin embargo, no llego a parar. Salgo del café y tomo una bocanada de aire. No me sigue. Encuentro la calle desierta.

Lo que cae del cielo no se puede llamar lluvia sino manto de agua intensa que no deja ver nada. El corazón me late desbocado por el intenso momento que he pasado dentro. Desde que me senté, supe que la conversación no sería amena. Pero que terminara diciéndome todas esas cosas, no me lo esperaba.

¿Álvaro no es la persona que creo? ¿Si estoy implicada? ¿En qué?

Miro al final de la calle y veo un taxi doblar la esquina. Salgo corriendo junto a la carretera y lo paro. Pido a Zeus, Urano, o al dios griego que corresponda, que no permita que me alcance un rayo. Tomo asiento empapada y le doy las buenas noches al pobre hombre que saluda resignado mientras mira la tapicería del coche.

—¿Qué tal el día? —Sara me saluda desde el sofá mientras cruzo el salón

dejando un reguero de agua por donde paso.

Un puto desastre.

—Voy a darme una ducha. Estoy helada.

Me quito la ropa y la dejo sobre el suelo del cuarto de baño. Tardo más de dos minutos en entrar en calor bajo el chorro de agua caliente.

No sé qué me ha querido decir el inspector Hidalgo, pero en absoluto me ha gustado su tono ni su forma de hablar de Álvaro. Con todo lo que tengo encima, ni lo sé ni me interesa. Me queda poco para dejar la Galería, MKD y... Madrid.

Me tiro sobre el sofá enfundada en un pijama celeste polar de dos piezas y unos calcetines hasta las rodillas; sí, pijama por dentro, calcetines por fuera.

—Deberías secarte el pelo.

Me encojo de hombros mientras le doy un buen bocado a un trozo de pizza.

—¿Qué estás viendo?

—Nada, cambia si quieres.

Cojo el mando a distancia y comienzo a buscar algo que valga la pena ver en televisión. No es que me apasione la programación de ninguna cadena un lunes por la noche, sin embargo, me apetece ver algo que no me deje pensar demasiado. Tal vez me ayude un programa de esos rosas, así me distraería un poco olvidando todo lo que me ha acontecido hoy. Me planto en la cadena que emiten la película Love Story. Ese libro fue una de las primeras novelas románticas que leí. Me hizo llorar tanto, que me prometí no volver a leer historias tristes nunca más. Aunque trata de una pareja joven que se ama y lo demuestran hasta el final, no termina bien. Y no me gustan los finales donde no se lea que fueron felices y comieron perdices. El autor de un libro inventa el final a su antojo... ¿quién querría que terminara mal? Para dramas ya está la vida. La mía, por ejemplo. Embarazada sin saber quién de mis dos grandes amores es el padre. Quiriendo a rabiar a dos personas a la vez y, según el

inspector Hidalgo, en peligro. Esto último no lo entiendo muy bien.

—No tengo ganas de llorar. No dejes esta película —pide Sara.

Lleva razón, no es buena idea ver un drama ahora. Cambio de canal y dejo un debate sobre la monarquía en general y la Casa Real Española en concreto.

Un tema tan manido que no le vamos a hacer mucho caso.

—¿Dónde has estado?

—Comprándome un vestido para la fiesta de navidad de MKD. Ha sido el día más largo desde que tengo conciencia.

—¿Cuándo es?

—¿La fiesta?

Asiente con la cabeza mientras mastica de forma exagerada.

—Este jueves.

—¿Y has ido sola?

—¿A dónde?

—De compras.

Estamos espesitas hoy.

—No. Con Berta y Victoria. Vic es una loca de las compras.

—¿Quién?

—Victoria. No podía con las bolsas que llevaba. Y eso que ella ya se había comprado el vestido. Seríais buenas amigas.

—Dijo la sartén al cazo. —Llena los vasos de agua—. ¿Cómo has pasado el día? ¿Has tenido nauseas?

—Un poco, sí. ¿Durarán mucho tiempo?

—Pues después de mis tres embarazos, no sabría decirte.

Le doy un codazo en el costado y nos reímos.

—¡Qué idiota eres!

—¿Has pensado qué vas a hacer? —Su tono cambia a uno mucho más serio.

Paso palabra.

—Deberías ir al médico —insiste.

En eso lleva razón, pero me da miedo. No estoy muy segura de qué. Puede que aún no me lo crea y considere mi situación una odiosa pesadilla de la que despertar lo más tarde mañana por la mañana. Mi ruptura con Alejandro, el daño que le he hecho, mi embarazo... Que un profesional de la medicina me diga lo que ya sé, enviará al traste mi esperanza de que esto no esté pasando.

—Mañana por la mañana llamaré a mi ginecóloga.

Día nuevo, vida nueva. Enn... *nop*. Qué más quisiera yo. El martes me levanto peor que el lunes. Llevo media hora en el cuarto de baño tratando de recomponerme cuando Sara llama con los nudillos a la puerta.

—¿Estás bien? —Asoma la cabeza.

—Tengo ganas de morirme.

—¿Solo eso? Te he hecho una infusión.

—Gracias.

—Estamos acompañadas —dice críptica—, no salgas en pelota picada. — Y cierra la puerta tras de sí.

Me doy una ducha rápida, me pongo un vestido blanco recto de mangas acampanadas con volantes de *Missguided* y unas botas de terciopelo negro

hasta las rodillas a juego con el abrigo. Me seco el pelo y lo dejo suelto.

Maquillaje, colorete, *eyerline*, rímel, labios rojos y lista para comerme el mundo. Uff, ¿comer? Se me vuelve a remover el estómago.

Entro en la cocina metiendo el móvil en el bolso y me encuentro con una escena que muchos definirían como pornográfica: Sara sentada sobre la encimera con Mike de pie entre sus piernas. Todo lo que veo son manos y lenguas.

Carraspeo. Se separan después de unos segundos demasiado largos para mí. ¡Un día de estos me quedo ciega! He visto escenas mucho peores, más explícitas, pero no tan intensas. He sentido las ganas que se tienen, esa ansia del otro y la impresión malsana que se te queda en el cuerpo al darte cuenta de que nunca tendrías suficiente, que jamás te saciarías de él. Me apeno al pensar que esos besos yo no los puedo dar.

Alzo las cejas buscando a mi amiga que aparta la mirada. Oh, oh. Esto es más serio de lo que yo pensaba. Y ¿cuándo ha llegado el del culo perfecto?

Porque parece que lleva aquí bastante tiempo dada la poca cantidad de ropa que cubre su perfecto y musculado cuerpo. Me entran ganas de aplaudirle.

—Te vas a resfriar. —Le digo divertida.

—Hola. —Se acerca e intenta darme dos besos. Supongo que ya me considera su amiga. Sin embargo, le paro con cara de asco y señalando su desnudez. Sonríe—. Voy a vestirme. —Desaparece tras la puerta de la cocina.

—No hace falta, chato. Te necesito desnudo para lo que quiero hacerte después —grita mi amiga, salida como si llevara meses sin probar carne humana.

—¿Cuándo ha llegado? —Me siento en un taburete.

—Entró anoche de madrugada. A hurtadillas. Cuando me desperté, tenía su cabeza entre mis piernas y la lengua en mi vagina —deja una taza delante de

mí.

Pongo mala cara.

—¿Por qué tienes que ser tan explícita?

—Tú has preguntado.

—Me hubiera conformado con un... Anoche.

Se encoge de hombros.

—¿Tiene llave? —caigo en la cuenta.

Me ignora.

—¿Le has dado una llave? —Esto no había ocurrido nunca.

—Me dijo que salía muy tarde de trabajar, pero que se moría por meterse entre mis piernas y hacerme delirar. No me pude negar. Y... me daba penilla.

—Excusas baratas. Conmigo puedes ser sincera. —No me contesta.

Cambio de tema—. Estuve hablando con Roberto.

—¿Te dio el regalo? —sonríe como si recordara algo.

—Sí. Parece que nos vamos de viaje. —Le acompaño en el gesto.

—Será genial. Solo espero que no potes sobre otra viejecita en un autobús.

Tendría que poder emborracharme para que eso ocurriera. Aunque la idea no me parece tan descabellada si tenemos en cuenta que ahora puedo vomitar en cualquier momento del día, no necesito beber hasta perder la consciencia para dejar el regazo de una pobre señora como si le hubiera derramado encima una olla de potaje. Qué asco. Comienzo a salivar y me tapo la boca con la mano. Eso ocurrió hace mucho tiempo, en uno de nuestros viajes relámpago a una playa preciosa del sur de España, Punta Umbría por más señas.

—Me ha dicho que lo vuestro se acabó.

—Nunca hubo nada, cariño. —Se da la vuelta y enjuaga las tazas que han utilizado para el desayuno bajo el grifo—. Solo sexo. Roberto es muy bueno en la cama—. Gira de nuevo hacia mí—. Además de mi mejor amigo.

—No quiero saberlo. —Termino de beberme la infusión y meto la taza en el lavavajillas. Es capaz de ponerse a relatarme cómo se la mete por el culo.

Me despido de ella con un beso en la mejilla. Se me hace tarde.

—Llama al médico —me recuerda justo antes de cerrar la puerta.

Salgo del ascensor pasadas las ocho y media. No solo se me ha hecho tarde, según las normas de esta estricta empresa, llegar después de las ocho es pecado mortal. Razón suficiente para quemarte en la hoguera. Espero no tener que confesarme con el gran Dios. No me gustaría tener que revelar ninguno de mis pecados. Saludo a Victoria, que se encuentra tras el mostrador, y me dirijo hasta mi despacho. Me doy cuenta de que el ordenador está encendido, probablemente olvidaría apagarlo. Algo llama mi atención.

Uno de los cajones del pequeño archivador que tengo a mi derecha tiene uno de los cajones abiertos. Me levanto y, después de mirar en su interior buscando no sé exactamente el qué, lo cierro.

—Buenos días, jefa —Berta me saluda con voz cansada.

—Me parece que no has dormido demasiado.

—Victoria anoche no solo fue la que más compró, también la que más bebió. —Se sienta derrotada frente a mí—. Después de marcharte, cenamos en un garito indio de Lavapiés, de ahí ya salimos bastante perjudicadas. Nos dieron un licor... Fenny creo que se llama. Me duele la cabeza solo de pensarlo. — Hace un gesto con la mano.

—Vete a casa si quieres. Yo estaré fuera toda la mañana, no hay mucho que hacer aquí.

—Oh, no, no. No puedo. Tengo que hacer varios recados al señor Llorens.

—¿Te ha pedido que recojas sus camisas de la tintorería? —bromeo.

—Tengo que entregar varios paquetes en persona por toda la ciudad. No entiendo por qué no los enviamos por correo urgente. Creo que no le caigo bien y solo quiere putearme.

—¿Tienes las direcciones? Tengo que salir, a lo mejor alguno me pillará de camino. Puedo ayudarte.

—¿Harías eso por mí?

Efectivamente, una de las direcciones se halla cerca del despacho del asesor financiero con el que he quedado, así que me encargo de uno de ellos.

A las nueve y cuarto salgo de la Torre de Cristal y pillo un taxi. Tardamos diez minutos en llegar al destino. Pago al taxista, y cruzo la calle de solo dos carriles después de cerciorarme que no viene ningún coche. Al poner los pies sobre la acera, algo llama mi atención. El humo de un cigarrillo sale por la ventanilla de un coche aparcado unos metros más atrás. Un hombre en su interior me mira sin tratar de disimularlo, sin embargo, no dice ni hace nada.

Entro en el moderno edificio con el paquete en la mano y camino hasta que, un simpático portero de discoteca con traje de diseñador italiano, me para con un toque de voz. Le explico a qué he venido y me dice que él se encargará. Durante diez minutos trato de que entienda que soy una profesional y que prefiero hacerlo yo misma. Me indica la planta a la que tengo que subir, no sin antes registrarme como si estuviera a punto de entrar en un bis a bis. Pero ¿qué se ha creído? Cuando me ha tocado por debajo de las nalgas, le he dicho que si seguía subiendo le pateaba el culo. Pasar tanto tiempo con Sara deja secuelas, desafiar a la muerte es una de ellas.

Salgo del ascensor seis plantas más arriba y, antes de poner un pie fuera, escucho su voz. O ¿debería decir sus voces?

¿QUIÉN ME MANDARÍA A MÍ?

Levanto la mirada, y al final de un pasillo muy largo veo las siluetas de varias personas, todas ellas hombres, que salen de una de las habitaciones.

Dos de ellos son Álvaro y Alejandro, los reconocería hasta con los ojos cerrados. Sus olores, tan iguales y tan diferentes, distorsionan la realidad de mi alrededor cada vez que entran en contacto con mis pituitarias. ¡Malditos hombres perfectos!

Podría quedarme a saludar, pero no me gustaría dejar en evidencia a Berta, ya que el trabajo se lo han encargado a ella y puede parecer que no quisiera, o no pudiera, hacerlo. Vale, por eso y porque no me apetece, en absoluto, encontrarme con mis *criptonitas* a estas horas de la mañana y a la vez. Hay cosas para las que este cuerpecito jamás estará preparado. Así que, con la destreza y celeridad de un mago profesional desaparezco detrás de la puerta que tengo más cerca de mí. Me quedo junto a la madera y mi yo cotilla me obliga a pegar la oreja. Escucho la voz de Alejandro amenazar a alguien y decir algo así como que matará a quien meta la pata. Otro, que no conozco, le contesta que eso no ocurrirá, y Álvaro se despide de un tal señor Roca.

Segundos después, cuando creo que se han marchado, vuelvo a escuchar a Álvaro agradecer a su hermano lo que está haciendo por él.

—No solo lo hago por ti.

—Lo sé. Te lo agradezco de todos modos.

—¿Sabes algo de Lucie?

—Tenemos a todos buscándola. Nunca ha desaparecido durante tanto tiempo.

—¿Estás bien? Sé lo que significa para ti.

No escucho nada durante unos segundos.

—No sé ni cómo me siento. Ella está con nosotros desde el principio, sabe a lo que se expone, sin embargo..., si le pasara algo, no me lo perdonaría.

—¿Es posible que sepan algo?

—Si es así, estamos jodidos. No...

Dejo de escuchar lo que dicen conforme se alejan. Espero un minuto agazapada, y me aseguro de que se han marchado. Giro sobre mí misma, cierro los ojos y apoyo la espalda contra la puerta. Suspiro. Cuando los abro tengo cuatro pares de ojos observándome divertidos. No sé si reírme, llorar, disculparme o salir corriendo como si no hubiera pasado nada. Dos hombres mayores y dos mujeres de mi edad, me miran sin entender muy bien qué está pasando. Podría explicarlo. Decirles que me escondo de mis dos jefes, que además son mis ex parejas y posibles padres del bebé que espero. Uno, segura. Mi vida se ha convertido en una pintura de Dalí. Impactante y surrealista.

Empiezo por disculparme.

—Lo... siento. No quería interrumpirles... Solo... Pensé... —comienzo a ponerme nerviosa.

—No te preocupes, chiquilla. —Un hombre enchaquetado, de unos sesenta años, me echa una mano dada mi poca maña para salir del embrollo. No puede ocultar el acento del sur—. Siempre es agradable ver a una mujer guapa. Puedes interrumpir siempre que quieras. Es más, te contrataría para que lo hicieras.

Me ruborizo y comienzo a hiperventilar.

—Un vestido precioso ¿*Missguided*? —Sonríe la del pelo cobrizo.

—Dejadla —dice la otra mujer. Entre ellos hay mucha complicidad, esa que solo te la da los años y la confianza—. Vamos, te acompaño fuera. —Se levanta y camina hasta mí.

La mujer, morena y delgada, me acompaña hasta una máquina de la que saca dos botellas de agua. Me ofrece una.

—Soy Rosa.

—Daniel, encantada. Gracias por sacarme de ahí antes de que me diera algo.

—Perdona a mi jefe, hay que conocerlo. —Abre la botella y bebe.

—Es simpático.

—Eso parece. —Sonríe—. Pero me grita más que mi marido.

Nos reímos.

—No es culpa suya, yo estaba muy nerviosa.

—Ya sé que te escondes de algo, pero tranquila, no tienes que contarme nada —dice divertida.

—Es una larga historia.

Charlamos durante unos minutos sobre el frío que hace en Madrid en estas fechas. Ellos vienen de una ciudad muy al sur y allí la temperatura es muy diferente. Nos despedimos y busco el destinatario del paquete que he venido a entregar.

—Siento llegar tarde.

Fernando me mira con cara de reprimenda. Ya estamos. Vale que son pasadas las diez y media. Vale que no he podido avisar de mi retraso. Pero no se acaba el mundo, solo es media hora. Nada puede ser tan importante que no pueda esperar treinta minutos. Si por mí fuera, los cuatro millones de euros

podrían quedarse donde están ahora. En las abultadas cuentas de mi hermano.

—Vamos. Ángel nos espera.

Cruzamos varios pasillos decorados con pinturas renacentistas hasta llegar a una sala donde una chica se levanta a saludarnos.

—El Señor Dueñas les atenderá ahora.

Fernando camina delante de mí y después de llamar a la puerta, la abre y entra. Yo lo hago después.

—Creí que no vendrías —dice el señor Dueñas desde su mesa.

—Siento llegar tarde. Hemos tenido problemas. —Se disculpa Fernando.

Me planto a su lado con cara de no haber roto nunca un plato y miro al gestor financiero. No es como me lo esperaba. Un hombre de unos cuarenta años muy atractivo se levanta y camina hasta llegar a mí y me ofrece la mano.

—Un placer conocerla, señorita Sánchez. Fernando me ha hablado mucho de usted.

—El placer es mío. —Su apretón es fuerte y seguro.

Lleva un traje negro con blusa blanca y sin corbata hecho a medida. Tiene unos ojos marrones impresionantes y el pelo castaño muy corto. Sonríe y nos pide por favor que nos sentemos. La explicación sobre cuáles son los pasos a seguir y qué debo hacer a partir de ahora dura casi una hora. Trato de centrarme en lo que dice, pero son varias las veces que pierdo el hilo. Que me diga dónde tengo que firmar y me voy.

—El nuevo año comenzará con una incertidumbre económica difícil de manejar. Lo importante es decidir y saber arriesgar. Hay que ser inteligentes y aceptar solo el riesgo que se esté dispuesto a soportar. Pero sin él no habrá rentabilidad.

—¿Está hablándome de inversiones?

—Sería lo más sensato si no quiere perderlo todo en cuestión de pocos años.

—Pero... no sé...

—No te preocupes, por eso te he traído aquí. —Fernando me da un apretón en la rodilla.

—No ha sido un mal año para las bolsas. — «¿Qué bolsas? ¿Las de basura? ¿Las de la compra?»—. Aun así, en España hemos terminado en negativo. En Europa, la bolsa más rentable ha sido OBX de Noruega con un +14.61% seguido el FTSE Londinense, a pesar del Brexit, con un +11,40%...

Decir que no tengo ni idea de lo que habla sería quedarme corta. Entender chino mandarín me parece algo más plausible que saber qué dice el señor Dueñas. Diez minutos después estoy a punto de coger un lápiz de encima de la mesa y clavármelo en el cuello. El asesor sigue hablando mientras Fernando le debate algunas de las cuestiones.

—... punto de inflexión con el cambio entre el euro y el dólar...

Punto de inflexión los que han tenido lugar en mi vida, no los que por lo visto suceden entre una moneda y otra. No lo entiendo. El dinero es dinero.

Nunca me he enterado del valor de uno y otro. El porqué de las subidas y bajadas y por qué a todos nos afecta que una empresa de Estados Unidos venda todas las acciones por debajo de su precio real de mercado. A mí todos los días me cuesta el pan lo mismo: una barra, noventa céntimos.

—Vale. —Les corto la charla.

Fernando y Ángel me miran sin entender qué quiero decir.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando. Lo dejo en vuestras manos.

Haced lo que queráis —enfatico mis palabras con un gesto de manos—.

Entendedme, si seguís así, me volvéis loca.

Me duele la cabeza, el estómago me demanda a gritos algo dulce y necesito ir

al baño. O termina la tortura medieval a la que me están sometiendo, o los asesino a los dos con la grapadora.

«O lo haces tú, o lo hago yo».

Parece que a mi subconsciente tampoco le parece divertido.

—Daniel, tienes que tomarte esto en serio. Es importante. —Y ahí está otra vez mi hermano mayor y responsable.

Me estoy agobiando.

Le suena el teléfono, se disculpa y sale de la habitación.

—Está bien. Iremos viendo cómo lo hacemos. No se preocupe. —Ángel intenta animarme.

—Gracias. —Me toco la sien con las manos.

—No tiene por qué dárme las. —Sonríe. Coge una tarjeta y me la ofrece—.

Llámeme cuando lo necesites. No importa la hora del día.

—¿Trata igual de bien a todos sus clientes?

—Solo a los que me caen bien. —Amplía su sonrisa y yo lo imito.

Hablamos sobre mi hermano durante unos minutos. Eso, y qué hacer con mi dinero – *mí*, me suena raro– es lo único que tenemos en común.

—Fernando es una gran persona.

Lo es.

Salgo de allí mucho más tranquila o, al menos, reconfortada. Ángel parece un hombre seguro y buen conocedor de lo que se trae entre manos. O eso quiero pensar, ya que ahora mismo no tengo ni puta idea de dónde se encuentra mi mano izquierda. Sobra decir que no se me ocurre qué hacer con tanto dinero.

Es difícil entenderme, pero no solo me refiero a la dichosa herencia. Desde luego no sabría qué hacer con tantos euros. Me preocupan más, muchísimo más, otros aspectos de mi vida. Mi vida, interesante o no, es mía, y debo empezar a poner orden dentro de ella. Si fuera un cubo de Rubik, no tendría dos amarillos juntos, ni verdes ni rojos ni blancos, y tardaría como un trillón de años en colocarlos en su sitio. Menos mal que no lo es, porque creo que jamás podré cuadrarlos. Siempre me ha parecido imposible, no me creo que nadie pueda hacerlo, aunque lo haya visto con estos ojillos que mi madre me regaló.

Roberto me retó una noche a contarle mi secreto más vergonzoso si lo conseguía. Y sí, está al tanto del episodio más pusilánime de mi vida que no voy a descubrir. Dejadme que guarde algo para mí. Solo diré que se trata de algo escabroso, y ahí termina mi confesión. Llamadme un día, haced el cubo de Rubik y os lo cuento. Lo prometo.

Fernando me acompaña en el coche de vuelta al trabajo. Cuando se da cuenta de donde paramos, le cambia la cara. Preferiría que no dijera nada, pero no me va a preguntar qué deseo yo, él abre la boca y escupe sapos y culebras. Es muy buena persona, o un demonio cuando quiere. Y no me lo dice como un hermano mayor, lo dice como un padre que acaba de pillar a su por siempre virgen hija con las manos metida en el tarro de galletas; —si cambiamos galletas por *«polla del vecino diez años mayor que ella»*. Esto no me ocurrió a mí, el mal trago lo pasó una amiga hará unos quince años. Ella se salvó de ser castigada durante todo el verano a acompañar a la abuela a hacer calceta. El que no se libró fue el muchacho que vivía en la casa colindante. No me quedó claro si quedó eunuco o salvó su hombría. Total, que Fernando empieza a ladrarme algo así como que si he perdido la cabeza, si no he aprendido nada, o si mi única intención en esta vida es matarlo lenta y dolorosamente.

—¡Mírame cuando te hablo! —grita al final.

Cierro los ojos echando de menos una vida normal. De esas donde te levantas, pasas ocho horas en un trabajo aburrido que haces de forma mecánica, llegas a casa, te bebes un vino con tu compañera de piso, lees, vas a yoga, cenas, te acuestas y vuelta a empezar. O llegas a casa, besas a tu marido, a tus hijos, despides hasta mañana a la asistenta, haces el amor y

duermes con la mejilla apoyada sobre el terso torso del hombre de tus sueños.

Normal o no, una vida sin sobresaltos y en la que un día cualquiera no se convierte en veinticuatro horas eternas y horrorosas.

—Daniel.

Uy, uy, uy. Que no ha acertado mi nombre.

—¿Qué?

—¿En serio me lo preguntas?

«Claro que sí, guapi», me dan ganas de contestar, pero no lo hago. Podría provocarle una embolia y mis sobrinitos son demasiado bonitos y simpáticos para quedarse sin padre tan pronto.

—Fernando, ya soy mayorcita. Sé lo que me hago.

No tengo ni puta idea.

—¿Trabajas para Alejandro Fernández?

Sí. No. No lo sé. Para su hermano, que es Álvaro. Ese al que le tienes tantas ganas desde que me dejó al terminar la universidad. Y, por inercia, para Alejandro, ese que te extorsionó y te robó la empresa que más te importaba. No pinta bien, no, pero esa es la verdad.

—Aquí podrá haber cientos de empresas ¿Qué te hace pensar eso?

—Voy a decirte una cosa, y espero que lo entiendas. No voy a poder cuidar siempre de ti. Tienes treinta años y una vida. Sin embargo, no puedo dejar que hundas tu carrera profesional. ¿Qué estás haciendo? Y no me mientas, te conozco muy bien. Algo grave te ocurre y sé que él tiene algo que ver.

Agacho la cabeza y después lo miro.

—Trabajo para él. En realidad, para su hermano; pero por motivos de seguridad, la exposición la trasladamos aquí. —Trago con dificultad

esperando su reacción—. Confía en mí.

—No es que no quiera hacerlo. Es que no puedo. —Se toca la sien y cierra los ojos. Respira hondo y me mira—. No es una persona transparente. No lo conoces en absoluto.

Me gustaría decirle que sí que lo conozco. Conozco todos los colores de sus ojos. Desde el azul cielo cuando está feliz, gris metálico excitado o negro intenso cuando su enfado llega a cotas de montañero profesional. La manera en la que se toca el cabello cuando está nervioso, o las cuatro sonrisas que guarda según para quien sea. La sexual, la «*no juegues conmigo o te aniquilo*», la «*mira qué malo soy y lo bien que me lo paso*», y la que solo le he visto un par de veces y más me conmueve, esa que no reconoce tener porque él es un tipo duro: la de «*echo de menos a mi madre, pero no me gusta admitirlo*». Conozco lo tierno que puede llegar a ser, conozco cada parte de su cuerpo como si yo misma hubiera ayudado a crear su mapa.

Conozco su olor, su forma de caminar, el ángel derrotado de su espalda, el cariño desproporcionado por su hermana, lo que siempre ha cuidado de su hermano, su gran corazón, lo que le pesan los errores del pasado, lo responsable que se siente de todo lo que pasa a su alrededor. Conozco su boca, sus labios, su sabor..., lo que me hace sentir con tan solo mirarme.

—Me he enamorado de él. —Decido ser sincera con la única familia que me queda.

Durante un momento se me pasa por la cabeza lo que me diría mi madre.

Tal vez, Alejandro no fuera santo de su devoción, desde luego, seguro que no. Si supiera lo que me hizo, pero por inventar, inventemos que nunca se enteraría y solo supiera que me he enamorado perdidamente de un hombre que también lo está de mí. Me diría que me quedara en el lugar donde quisiera estar, que no me moviera de él, aunque La Gran Ola se acercara para ahogarnos a todos. Mi padre me abrazaría y hablaría con él para dejarle claro que, con su hija no se juega. Estoy segura. Mi padre, aunque un poco hippie, siempre fue muy protector.

Y Fernando... Fernando está a punto de explotar por combustión espontánea.

—¿Estás loca? ¿Es una broma? ¿Ahora es cuando te ríes y me gritas inocente? —grita descontrolado.

Estoy harta de que todo el mundo me chille y me diga lo que tengo que hacer.

—No tienes de qué preocuparte. Él no quiere ni querrá saber nada de mí.

—Me dejas mucho más tranquilo —responde con una ironía que me molesta.

Agarro la manecilla de la puerta y la abro. Me dispongo a salir cuando escucho una disculpa sosegada.

—Dani, solo... me preocupo por ti.

—Me gustaría que mi hermano me entendiera y me apoyara. No son momentos fáciles para mí.

—Lo... siento. De verdad —repite—. Dime que vendrás a cenar a casa el día de Nochebuena.

¿A qué otro sitio podría ir? Un año lo pasé con Sara y su madre. Estuvo bien, pero me sentí mal por abandonar a mi hermano. Sé que él tiene su familia, dos hijos y una mujer que lo adoran. Sin embargo, en un día tan especial, a nuestros padres no les gustaría vernos separados.

—Claro. —Me dispongo a salir.

—Por favor, Dani. Dime que tendrás cuidado.

Asiento con la cabeza y salgo de allí. Pero reconozcamos que, tener cuidado, nunca se me ha dado bien.

Salgo del coche cabizbaja. No soy yo la que camina sobre los zapatos de tacón. Es la Dani que perdió la fe cuando un inesperado accidente de coche, terminó con la vida de sus padres y con la felicidad tal y como la conocía.

Esa Dani, la que tuvo que aprender a vivir de nuevo, la que creció sintiéndose sola, a la que le daba miedo ser feliz por si algo o alguien se lo arrebataba.

Dani, la que se escondió detrás de un montón de ganas de vivir por temor a no saber hacerlo. La misma que desapareció al conocer a Álvaro y enamorarse tanto de él, que se olvidó de que podía ser muchas otras personas.

Algo llama mi atención. No puedo explicarlo porque ni yo misma entiendo esa fuerza que me une a él. El hilo rojo lo llaman algunos. La única diferencia es que el mío tira en doble dirección y, al final, me partirá en dos.

9

NO SIGNIFICA QUE NO LO MEREZCA

Imaginaos la escena. De pie frente a la Torre de Cristal. La lluvia que comienza a caer. Gente pasando a mi alrededor a toda velocidad. Una pequeña brisa que empieza a convertirse poco a poco en un viento huracanado. Olor a asfalto mojado. El ruido incesante del tráfico en la avenida... Y yo, sin poder dar un paso, plantada sobre los adoquines respirando con dificultad con la mirada clavada en lo que sucede a cámara lenta a escasos metros de mí. Alejandro la tiene asida por la cintura y ella le dice algo al oído acompañando sus palabras con una risa que puedo escuchar desde aquí a través del gentío. Comienzan a caminar con la mano de este sobre la espalda de Marina de la Rosa y desaparecen dentro de la limusina.

Me quedo observando el coche hasta que el tráfico lo engulle. Alguien me cubre el cuerpo con lo que me parece un abrigo, y entonces descubro lo calada hasta los huesos que me encuentro.

Miro a la persona que tengo al lado y él hace lo mismo. No decimos nada.

Me empuja levemente con su mano abierta sobre mi cintura y me lleva dentro para refugiarnos de la tormenta. Subimos en el ascensor en silencio, algunas

veces no hace falta decir nada para estar a gusto con otra persona y yo, en este momento, no sé por qué, siento mucha calma.

Llegamos a la puerta de mi despacho, abro y me giro hacia su cuerpo que percibo detrás de mí. Me quito el abrigo y se lo ofrezco.

—Gracias.

—Me destroza verte llorar.

—No lo estaba haciendo.

—No es preciso derramar lágrimas para saber cuándo una persona se rompe por dentro. Solo hay que saber escuchar.

Entro en la oficina sin saber qué decir. Él lo hace detrás. No lo echo de mi lado y él no se va, los dos sabemos que no me apetece estar sola en estos momentos.

Paramos en medio de la estancia frente a frente.

—No entiendo por qué haces esto. —Suspiro derrotada.

—¿Quererte?

—Álvaro...

—Escúchame. —Me corta. Da un paso acortando nuestras distancias y me acaricia las mejillas—. Sé que lo quieres. Lo he visto con mis propios ojos, pero también sé que me quieres a mí, y eso es suficiente. Entiendo que pienses que lo nuestro está acabado, que yo lo destrocé hace mucho, y no te voy a quitar razón. Fui un imbécil que no supo cuidarte y quererte como te mereces, pero no voy a cometer dos veces el mismo error. Ya te aparté una vez, no volveré a hacerlo. —Coge mi barbilla y me levanta la cara clavando su mirada en la mía. Sonríe dulce—. Si me dejaras, te daría todo lo que tengo.

Tal vez no sea demasiado, pero me quedaría sin nada porque tú fueras feliz.

La reacción que tengo a continuación cuesta entenderla. La única explicación

que encuentro es que necesito darle ese abrazo que se perdió en el tiempo, que quise regalar y no pude, que tanto soñé y lloré de ganas. Soy de las que están convencidas de que nunca se debe dejar de hacer lo que el corazón dicta en cada momento porque puedas equivocarte, hazlo, y si eso ocurre, siempre existe la forma de rectificar. Sin embargo, si no actúas, nunca sabrás lo que pudo ser y no será. Y puede que no tengas otra oportunidad.

Hundo mi mejilla en el pecho de Álvaro y le rodeo la espalda con los brazos. Fuerte, sin contención. Él hace lo mismo y enreda sus manos entre mi cabello. Mi cuerpo pegado al suyo como hace muchísimo que no estaba. No es físico, es espiritual, intangible, algo que no se ve, pero tan real que lo puedes palpar. Ahí está, la otra parte del hilo rojo tirando en otra dirección.

Y ahora sí. Rompo en un llanto demoledor que asola mi corazón, pero a la vez trae paz a esa parte de mí que se contenía. Álvaro besa mi sien, me aprieta más fuerte, me dice cosas muy dulces al oído. Su respiración, la mía... amplificadas por el silencio, empujadas por mis sollozos, lo envuelven todo. Su calor, el mío... aumentado por lo que sentimos amplifica cada sensación.

Trato de vocalizar. Las palabras, sin embargo, han desaparecido por completo. Y tengo tantas cosas que decir...

—Sshh. No hace falta que digas nada. Puedo hablar por los dos, puedo arreglar esto por los dos, puedo querernos por los dos hasta que te des cuenta de que no concibes vivir sin mí. Puedo darte el aire que te falta, el resuello para seguir, aliento hasta que entiendas que, lo nuestro, no terminó la noche de la graduación. Nunca terminó.

Mis lágrimas, tan perdidas como yo, ruedan desorientadas por mis mejillas. Álvaro las limpia, primero con la yema de los dedos, después con unos besos cálidos y tiernos.

—No voy a pedirte nada que no puedas darme. Confía en mí. Déjame cuidar de ti mientras descubres lo que sientes.

Y yo tengo tantas ganas de que cuiden de mí que le digo que sí y lo dejo convencerme para darnos una oportunidad como amigos. Y ¿qué hacen lo

amigos? Quedar para hacer cosas juntos. Y ¿cuándo? Pues esa misma noche.

A las nueve en mi casa.

Loca del coño, sí señor.

La tarde la paso respondiendo correos de representantes de artistas cada vez más excéntricos, ignorando las incesantes llamadas del inspector Hidalgo y comprobando por qué el registro de obras vuelve a descuadrar. No creo en fantasmas, pero algo muy al estilo «*cuarto milenio*» pasa aquí. O eso o el sistema informático se está volviendo loco. Llamo al departamento correspondiente, y un tal Miguel, de no muy buenas maneras, me dice que el sistema funciona a la perfección, que él mismo se encarga de que no haya errores y el problema debe provenir de otro lado. ¡Cómo no sea que unos liliputienses entren por las noches y cambien unas obras por otras, no lo entiendo! En realidad, no falta nada, el total siempre arroja ciento veinticuatro. No entiendo cómo los números no casan con su correspondiente pieza. Es para volverse loca.

A las cinco, Berta entra preguntando dónde he comido. Ella ha tenido que hacerlo en un puesto de hamburguesas callejero en un polígono industrial a las afueras junto a un montón de naves propiedad de, palabras textuales, «*un millar de chinos todos iguales*». Le intento hacer comprender que ellos pensarán lo mismo de nosotros. Sin embargo, lo único que recuerda de la experiencia es la claustrofobia que se ha apoderado de todos sus sentidos al pensar durante varios minutos que no sabría salir del laberinto que conformaban los edificios.

—Me voy a casa —termina la perorata.

—Yo también.

—Estás pálida ¿Te encuentras bien?

Eso me recuerda que tengo que llamar a mi médico y coger cita para... yo qué sé. Depende de lo que me diga, decidiré. A lo mejor no estoy embarazada y todos los síntomas son psicósomáticos. Mi cuerpo actúa conforme a una creencia aprehendida, arraigada firmemente en mi psique más oculta.

«¡Qué oculta ni qué ocho cuartos!»

Berta me deja sola antes de darme cuenta. Tiene tantas ganas de tirarse en su sofá, que sale escopetada por la puerta. Así que me resigno y admito que no puedo aplazarlo más. Del género tonto, o medianamente imbécil, alargar la agonía de algo que puedes manejar, digo yo.

—Consulta de la doctora Del Toro, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, Maka. Soy Daniel Sánchez. Me gustaría coger una cita.

—Hola, Daniel. ¿Qué tal estás? ¿Va todo bien?

—Eh... Creo que sí. Tengo que hablar con Lucía.

—¿Es muy importante? —Escucho el sonido de unas páginas rozar con otras —. Lo digo porque no tengo hueco hasta finales de mes. Entre los días de puente, las vacaciones y citas atrasadas..., pero puedo meterte si es urgente.

—Está bien, cuando sea posible. —Supongo que esperar un par de semanas no me va a matar.

Llego a casa sobre las siete de la tarde, me he entretenido en el Mercado de San Miguel. Me encanta pasarme por allí y adquirir delicatessen. No me pillaba muy de camino, pero quería comprar algo de fruta, últimamente me apetece mucho. Manzanas, plátanos y peras. Solo me desagrade la cantidad de turistas que se aglomeran entre sus pasillos desde la reforma de 2009. No es el más barato de la ciudad, sin embargo, siempre está a reventar.

Sara entra como un elefante en una cacharrería unos minutos después, mientras coloco la compra en los armarios de la cocina. Parece enfadada.

Pasa de largo sin percatarse de mi presencia, me ignora olímpicamente.

No me extrañaría nada que se hubiera convertido en una profesional en este sentido, últimamente no le gustan las opiniones que vierto sobre su forma de manejar, o rechazar, sus sentimientos.

«Habló el maestro liendre, que de todo sabe, pero de nada entiende».

Pongo los ojos mentalmente en blanco mientras coloco las manzanas en el frutero.

Escucho abrir y cerrar armarios, portazos, suspiros que podrían derribar una pirámide de cartas desde varios metros de distancia, seguidos de «*argg, joder y puta mierda*». Está cabreada y sé a ciencia cierta que, cuando mi amiga se pone de aquella manera, mejor que no me pille cerca. Así que cojo una pera y una botellita de agua y me dispongo a esconderme en mi habitación. ¡Mierda! No me da tiempo, Sara entra en la cocina antes de marcharme de allí.

Podría obviar su estado de ánimo y encerrarme en mi dormitorio hasta que se le pase, pero en el manual de *bestfriend* uno de los primeros temas que se estudia es «*atención a una amiga enojada*», seguido por «*apoyarla y ayudarla en los momentos difíciles*», y yo soy una buena amiga, como ella lo es conmigo. No puedo correr en dirección contraria como si nada. Con mi casi hermana no puedo hacerlo. Decido quedarme y que el huracán «*Saraencabronada*» arrase la poca energía y el casi ausente ánimo con el que me he levantado hoy.

Comienza a abrir y cerrar cajones a portazos sin sacar nada de ellos, creo que ni siquiera mira lo que hay dentro. Hace lo mismo con el armario de los platos y con el frigorífico. Decido que ya es hora de que deje de destrozar la cocina como seguro que ha hecho hace un momento con su dormitorio.

—Podrías comprarte un saco de boxeo. —Sugiero antes de dar un mordisco a la pera—. El mobiliario de esta casa te lo agradecería.

—Y tú podrías cerrar el pico.

—Sí, eso también —suelto con sarcasmo—, pero no quiero.

Para de destrozar muebles y se toca la sien.

—El mundo está lleno de locos. Estoy harta.

Me encanta la locura que habita el mundo. Y a ella también, la reina de la chifladura. Así que algo grave debe haber ocurrido para que esa reflexión

salga de su boca.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Pues parece que te hayan pedido matrimonio. —No se me ocurre otra situación peor para ella. Claro que puede negarse y punto. No es tan complicado, pero para Sara una pedida de mano sería una falta de respeto a la libertad, la razón y la inteligencia, palabras textuales de su afilada lengua.

—No estoy para bromas.

—No estaba bromeando. —No del todo.

—Joan no deja de insistir. —Se sincera—. No acepta que no lo quiera.

¡No deja de presionarme!

—Porque sí lo quieres, y hasta él se ha dado cuenta.

—¿Y tú qué sabes? —Levanta considerablemente el tono de voz; y el anterior ya me parecía demasiado alto.

—Sé que te niegas a aceptar que sientes algo por él. Sé que tampoco Mike te es indiferente y sé que utilizas a Roberto de parapeto. ¡Sé muchas cosas!

—incido en el verbo, SÉ bastante de ella, la conozco mejor de lo que piensa.

—Roberto es mi amigo. Solo nos hemos acostado juntos. No es tan difícil de entender ¡Claro que lo quiero!

—Pero los otros dos no lo son. Deja de hacerme creer que no sientes nada por ellos.

—Ya... —No me gusta el desprecio con el que comienza a hablar. Va a arder Troya, lo estoy viendo—. Como tú. Es curioso. Crees que se puede amar a dos personas a la vez y ¡es imposible! Deja de engañarte con lo que sientes por Alejandro y por Álvaro. Además, ¡no es lo mismo!

—Claro que no lo es —siseo entre dientes. Trato de digerir su último comentario mientras trago saliva. Dejo la pera a la mitad sobre la encimera y me encaro con ella—. ¡Eres imbécil! No estoy comparando mi situación con la tuya ¡No se parecen! ¡En nada! —incido—. Solo trato de hacerte comprender que eres humana y puedes sentir como todos ¡No te puedes esconder para siempre detrás de Roberto! ¡No es saludable!

—Deja de decir que me escondo, ¡al menos yo no salgo corriendo!

¡Otra vez! No me lo puedo creer.

—¿Qué diferencia hay? —Respiro—. Hablarme de Alejandro y Álvaro cuando solo trato de ayudarte es un golpe bajo. Además, no puedes sacar el tema de mi traslado cada vez que discutimos.

—¿Por qué?

—¡Porque no es justo! —La conversación comienza a dejar de ser interesante.

Cojo la fruta que he dejado frente a mí y la tiro a la basura. Qué cansancio.

Siempre lo mismo. Salgo de la cocina, voy a mi dormitorio, me cambio de ropa y vuelvo al salón donde mi amiga se ha dispuesto a destrozar ahora el mando a distancia.

—¿Quieres estarte quietecita, hija mía?

—¿A dónde vas?

No contesto.

—A ver qué tontería se te ocurre hacer ahora. —¿A mí?

—¿Yo soy la que hace tonterías? ¿En serio? —contesto mientras doy vueltas por la habitación.

—¿Qué buscas?

—El maldito móvil.

Se levanta, desaparece en la cocina y vuelve con él en la mano. Se lo quito de un tirón sin mirarla ni darle las gracias. Lo meto en el bolso y me dispongo a escapar del apartamento y de mi enloquecida amiga. Me saca de quicio.

Necesito calma y hacer desaparecer este desasosiego, y aquí no lo voy a conseguir. Últimamente lo único que hacemos es discutir. Ahora mismo solo se me ocurre un lugar donde encontrarlo. Quizá no sea El Lugar; o tal vez esté confundida, y no puedo asegurar que no me arrepienta poco tiempo después de estar allí. Probablemente me he vuelto completamente loca, pero si recordamos que he quedado con él dentro de un rato, no parece tan descabellado ¿no? Solo voy a adelantar el momento. Sin embargo, algo me dice que, salir corriendo a cobijarme entre sus brazos puede sentar un precedente muy peligroso. Meter la pata sabiendo que la metes ¿está prohibido? No, ¿no? Pues eso. Mundo de los errores mayores y repetidos ¡allá voy!

ACLAREMOS LAS COSAS

Cinco años y medio antes.

Un peso familiar recae sobre mis hombros durante todo el trayecto hasta el aeropuerto. No tengo que pensar demasiado para saber de qué se trata. Lo llevo conmigo desde hace ya varios meses. Es una mezcla de sensaciones. La culpa, el mayor lastre. Solo hace un día que no la veo, parece mejorar poco a poco, pero no consigo borrar de mi mente el dolor en sus preciosos ojos claros cuando creyó que la engañaba. De eso hace pocas semanas, pero mi pesadez me acompaña desde que comencé a pensar que lo mejor era alejarme de ella. Que mi madre se quitara la vida abrió muchas heridas que suponía cerradas. El odio por mi padre se acrecentó y, ahora soy consciente, el que siempre he tenido hacia mí también. Nunca me gustó la imagen que irradiaba, de perfecto hijo de Marcos Sanz, un gran empresario catalán que surgió de la nada y creó un imperio. Solo tiene eso, dinero. Nada más. Porque mi padre carece de muchísimas cosas, y amar a su familia es una de ellas. Él adora el poder y así seguirá siendo. Alguna vez he dudado si mi decisión de estudiar Bellas Artes la tomé por convicción propia, o por hacerle daño. Pero siempre llego a la misma conclusión, amo tanto el arte y todo lo que lo rodea que no podría haber sido de otra manera. Lo hice por mí. Y eso me tranquiliza.

Llevo poco equipaje, una mochila ajada por el tiempo a punto de rajarse por cargar con mucho más peso del que puede soportar. Como yo. Intentando respirar a cada paso, asimilando que los metros que dejo detrás son lazos que

rompo con ella. Miro el billete de avión, que agarro entre las manos como si fuera el único salvavidas y estuviera en medio de la tormenta perfecta. A punto de ahogarme, así me siento.

La T4 me recibe refrescando la mente, el calor sofocante del mes de julio en Madrid contrasta con la temperatura aquí dentro. Escucho por los altavoces la llamada a la sala de embarque y camino entre el gentío ajeno a todo lo que me ocurre. Gritos, risas, carros, niños, globos, flores, carteles, luces, besos, máquinas de cafés, de refrescos, caras de alegría, de cansancio, de esperanza. Yo dejo muchas de esas cosas aquí. Dejo los cafés más sinceros que tomaré sentado en el suelo con un libro en la mano, mientras mi atención recae sobre sus mullidos labios y sonrojadas mejillas. Dejo el sonido de nuestras risas tumbados en la terraza del ático donde he vivido durante estos cuatro años. Dejo besos dulces, apasionados, distraídos, divertidos..., pero siempre dados con el corazón. Mordiscos, miradas, el sonido de su respiración entrecortada mientras duerme. Sus manos, su fina piel, la curva de sus pechos, la silueta de su cadera desnuda junto a mí en la cama. Dani es capaz de detener la rotación de la tierra con un solo parpadeo. Paró mi corazón, y ahora trato de arrancarlo a duras penas.

El teléfono suena en el bolsillo de mi vaquero gastado, lo saco y decido ignorar la llamada. No me apetece en absoluto escuchar a mi padre tratar de convencerme para que vuelva a Barcelona y abandone mis sueños en París.

Aprovecho para apagarlo y olvidarme del mundo durante unas horas.

Me acomodo junto a la ventanilla del asiento veinticuatro, y dejo mi vieja mochila sobre mi regazo. La abro y saco la cajita morada de la que tanto trabajo me cuesta desprenderme. Lo he intentado; tal vez, vender el anillo mate parte de todo lo malo que siento, pero no he sido capaz. La abro y el brillo del oro blanco contrasta con el color del zafiro perfectamente engarzado. Pensé guardarlo en el ático junto a todas sus pertenencias, esas que ni siquiera he tenido valor de devolver, sin embargo, no he podido.

Necesitaba tenerlo cerca. Como si parte de ella se hubiera quedado plasmada en la joya, aunque ni siquiera tuve tiempo ni valor de dársela.

Lo nuevo y el resplandor de la gema se refleja en mis pupilas negras dando

un poco de luz a toda la oscuridad. Sonrío triste.

—Una preciosidad de anillo. Se sentirá muy afortunada. —Escucho una voz avejentada y dulce proveniente del asiento de al lado. La miro, y noto que puede ver el desconuelo que mis ojos negros irradian. Su semblante se vuelve un poco más velado.

Desconecto nuestras miradas, cierro la cajita y guardo el anillo en el fondo de mi bolsa.

—¡Oh, lo siento! No suelo equivocarme. Tu cara solo puede significar dos cosas. O no te has atrevido a preguntarle, o la respuesta no ha sido la esperada. Lo que no entiendo es por qué te has dado por vencido. Los guerreros como tú luchan hasta caer de rodillas, y algo me dice que vienes de perder una gran batalla sin haber combatido lo suficiente.

Puedo elegir callarme, optar por ignorar a la señora entrometida de pelo blanco y ojos grises, que me habla como si me conociera y supiera cuáles han sido mis pasos hasta llegar aquí, pero algo me dice que hablar sobre ello, quizá, no sea del todo malo. La miro. Me llama la atención un lunar que adorna su barbilla y las arrugas que bordean su boca sin dejar de hacerla bonita.

—Me voy para no volver. Icé la bandera blanca.

—Las guerras no terminan porque un bando se dé por vencido. Mientras la otra parte tenga sed de venganza, podrá librarse mil batallas.

Mil batallas. Yo he perdido una y las ganas.

—No soy bueno para ella.

—Muchacho, permite que te dé un consejo. Los guerreros se quitan la armadura al terminar la lucha, y algo me dice que tú aún la llevas puesta. Y

no es porque te dé miedo que te pueda hacer daño, te atormenta hacérselo a ella. Tomar decisiones cuando las heridas siguen abiertas no es buena idea.

Tú has elegido huir, y estoy segura de que no eres de los que salen corriendo

y dejan a los compañeros recibiendo metralla —dice con la sabiduría que solo la experiencia puede darte.

Es justo lo que había pasado. Intenté no hacerle daño e hice todo lo contrario.

—Soy un cobarde —musito para mí, pero me escucha.

—Abandonar al ser amado por confiar en que así será más feliz, no se puede considerar cobardía.

—No intente justificarme, no me conoce. No sabe lo que soy capaz de hacer.

Avisan del despegue, y me abstraigo con la melodía de *Can't Stop* de Adam Leving y una lista de canciones que guardo en mi Ipod. El camino pasa rápido. Antes de darme cuenta, el piloto avisa de que en poco más de cinco minutos aterrizaremos en París.

El ajetreo de los pasajeros buscando sus maletas de mano en el pasillo no me permite pasar y despedirme de mi compañera y consejera durante el trayecto.

El calor al salir a la calle asfixia. Camino hasta la parada de taxi más cercana y me aproximo a uno de ellos. Justo cuando voy a subir, la señora del lunar en la barbilla y ojos grises llega hasta el mismo con idéntica intención.

Nos miramos y sonreímos.

—Suba usted. Yo cogeré el siguiente.

—Además de guerrero, caballero. —Me ofrece la mano—. Mathilde Bones. Adivina profesional.

—Ni lo uno ni lo otro. —Se la estrecho—. Álvaro Sanz. Un auténtico pusilánime.

—Hermoso nombre. Y no creo que lo seas. Tú eres de los que luchan y no se dan por vencido. Estoy segura de que la guerra no ha terminado para ti. Y

ten en cuenta que, el miedo te obliga a conocer de ti mismo los más oscuros rincones. Y cree a una vieja que ha vivido lo suficiente para saber que,

probablemente, no te gustará lo que encuentres, sin embargo, forma parte de lo que eres. Acéptalo y sigue adelante.

La veo alejarse tras el cristal del taxi que se pierde entre un mar de automóviles que inundan la calzada. El bochorno que el sol de las doce de la mañana del mes de julio produce sobre el asfalto casi hace que la suela de mis zapatillas de deporte se derrita sobre él.

Solo necesito girar la llave del apartamento para saber qué me voy a encontrar. Nada. Una inmensa y absoluta nada. La Nada que todo lo destruye, como la de la *Historia Interminable* que arrasaba todo a su paso. Esa que destrozaba el mundo y solo daba oportunidad a la imaginación para recuperarlo. El frío del salón me abraza y me da la bienvenida acompañado, únicamente, por un destartalado sofá; el único que he podido comprar.

Sobrevivir sin el apoyo económico de mi padre no será fácil, pero prefiero pasar hambre antes que pedirle ayuda. Los ahorros se agotan cada día y no sé cuánto tiempo voy a aguantar. Me planto en medio del salón y observo las paredes, vacías... como yo. Y es justo en este momento cuando todas mis barreras se rompen, me dejo llevar y hago lo que llevo tanto tiempo necesitando hacer. Caigo de rodillas al suelo y lloro. Lloro la pérdida, la frustración, el temor. Le doy permiso a esa parte de mí que necesita sacar todo fuera.

Los días pasan despacio. Faltan dos semanas para el comienzo del Máster en Mercado del Arte en el que me he matriculado, y el que dejará mi cuenta bancaria a cero. Me urge buscar un trabajo y es lo que hago. Comienzo a poner cafés en un pintoresco lugar cerca de casa. El tiempo libre lo paso pintándola. Si, pintándola. A ella. No sabría decir cuándo he empezado a hacerlo. Una tarde cualquiera, como la de hoy, la dibujé bajo un árbol, delante de un cielo azul con una docena de hojas volando alrededor de su cuerpo. Siempre de espaldas, me duele esbozar su cara. Otro día la pinto en el parque de Luxenburg. Otro sentada en un banco en una estación de tren, rodeada de maletas viejas con pegatinas de todos los lugares que ha visitado ya y los que le gustaría visitar. A ninguno de ellos la acompaño. Ni yo ni nadie. Va sola, un cortejo de tristeza la ampara.

Esa mañana me levanto bastante más animado, hoy comienzan las clases, y tengo la esperanza de que las horas no se conviertan en años. Mis actos son mecánicos, cada uno de ellos, desde que me levanto hasta que me acuesto.

Todos los días. Ducha, vaqueros, camiseta, zapatillas de deporte, desayuno y trabajar en la cafetería. Hoy cambio esto último por la Universidad. Parece que fue ayer cuando abandoné Madrid y de eso hace ya dos meses. Esperaba que el tiempo adormeciera mis heridas, pero me equivocaba. Nada duele menos, nada se olvida. Su imagen grabada en mi mente solo cambia de color algunas veces, según mi estado de ánimo.

Cojo el autobús hasta la Facultad de Bellas Artes esperando que las cosas mejoren, pero solo necesito ver el edificio a lo lejos para darme cuenta de que todo me va a recordar a Dani. Rememoro en mi mente imágenes de la primera vez que la vi. Entré en clase de Análisis de la Forma y ella hablaba con el imbécil de Sergio sentada en la primera fila. Ese tío me cayó mal desde el principio. Siempre quiso algo con ella esperando a que yo la cagara para acercarse y aprovechar el momento. Ahora tiene vía libre si quisiera. El desconocimiento de lo que esté ocurriendo en su vida me quema por dentro.

Podría llamarla... decirle que me arrepiento, pedirle perdón y postrarme a sus pies. Tal vez no sea demasiado tarde. Borro la idea de mi mente antes de que coja forma. Me fui por una razón, y fue lo mejor. Es lo mejor. Tengo que repetirme la frase en más de una ocasión. Pasaron varias semanas hasta que me atreví a hablar con ella. Esa mañana entró en clase bastante tarde –como casi todos los días–, y se sentó a mi lado después de tropezar con la mochila de un compañero. No pude decirle nada, me quedé mudo;—algo que nunca me había ocurrido. Esa misma tarde volví a verla y me armé de valor. Antes de conocerla nadie me había cohibido de esa manera. Daniel leía un libro tumbada sobre el césped mientras escuchaba música. No lo pensé. Si lo hacía, me echaría atrás. Me senté a su lado y le pregunté qué leía. No me importaba en absoluto lo que fuera, solo trataba de entablar conversación. No fui muy original, sin embargo, no importó porque no se dio cuenta. Le quité los cascos de los oídos y se asustó.

—Pero ¿de qué vas?

—¿Qué lees? —pregunté haciendo caso omiso a su agitada respiración.

—Y tú eres...

No pude creer que no me conociera. ¿Se hacía la interesante? Ese truco lo inventé yo. Sonreí pérfido.

—Álvaro.

—Y te sientas a mi lado porque...

¡Venga ya!

—Nos conocemos de clase.

—No nos conocemos. Es más, creo que te reías de mí.

No me reía de ella. Trataba de que no se diera cuenta de cuánto me ponía.

—Veo que me recuerdas. Algo es algo.

—Atrévete a quererme.

—¿Qué? —pregunté desconcertado. Durante unas milésimas de segundo no estuve seguro qué quería decir.

— «*Atrévete a quererme*». Es el libro que estoy leyendo.

Nuestras miradas conectaron y lo que sentí fue bestial. Un calambre subió desde mi estómago hasta las mejillas. Las orejas me ardían. Sus labios mojados... quería besarla. Tenía que parar aquello. Sin saber qué hacer, me tumbé a su lado, puse en funcionamiento mi iPod y me centré en cosas que no me gustaran en absoluto. El pescado crudo, la crema de calabaza, los calcetines rotos, el insistente llanto de mi hermana pequeña... ¡Joder! Mi corazón no dejaba de latir desbocado con solo pensar que su cuerpo descansaba a pocos centímetros del mío. Al cabo de unos minutos, me levanté y me fui. Pero antes de marcharme, me llevé la novela que yacía sobre el césped a nuestro lado. Me pareció una buena forma de conocerla mejor.

No tardo en encontrar la clase donde se impartirá el Máster. La sala, no muy

grande, se encuentra casi al completo. Tomo asiento en una de las pocas sillas que queda vacía distribuidas en forma de semicírculo, y gracias al cual todos los participantes podemos vernos las caras. Una chica rubia y pequeña se acomoda a mi lado.

—Hola, soy Lucie. —Se presenta en francés.

La miro y sonrío. Tiene unos ojos redondos muy simpáticos.

—Encantado, Álvaro.

—¡Español!

Asiento con la cabeza.

—Mi último novio era de un pueblo de Huesca.

La profesora nos da la bienvenida y explica los temas que trataremos durante los próximos meses y lo que pretende conseguir con la forma de estructurar el contenido. Apuntamos el listado de trabajos y exposiciones a realizar y las fechas correspondientes. Marieta Fiquet, así se presenta nuestra mentora, nos aconseja que nos agrupemos de tres en tres para que el curso se nos haga más fácil y ameno. Lucie me propone ser pareja de tareas al instante y no me niego. No conozco a nadie. Cuatro horas más tarde; cuatro horas con todos sus minutos, termina la clase y mi nueva amiga me invita a comer algo en la cafetería. Quizá es la soledad la que me empuja a acompañarla hasta allí. Hacemos cola, bandeja en mano, hasta que por fin logramos elegir platos y pagar en caja. Nos sentamos en una de las mesas del jardín. Todo lo rodea una frondosa vegetación que refresca el ambiente.

Antes de comenzar a comer, un chico de nuestra misma edad cubierto de tatuajes se acerca a la mesa y, sin pedir permiso, toma asiento a nuestro lado.

—Hola, os he visto en clase. ¿Necesitáis a alguien más para el grupo de trabajo? Me encantaría formar parte de él. Mi nombre es Jean, Jean Domine.

LOS ERRORES DE TRES EN TRES

Hace mucho tiempo que no vengo a este piso sola y por decisión propia.

La última vez que recorrí el trayecto me consideraba una persona muy distinta de la que soy ahora. Creo que he cambiado en bastantes aspectos y no me refiero al físico; que supongo que también. Voy más allá. Mi personalidad, modelada por los avatares del destino, podría aguantar de una forma más estoica y menos dramática cualquier vicisitud que se presente.

Alguna vez he escuchado que las personas no cambian, que somos quienes somos desde que nacemos y es imposible convertir a alguien en otro ser. No le doy credibilidad a esta afirmación. Yo no tengo nada que ver con quién fui hace quince años. No reaccionaría igual ante una misma situación. No lo haría. Así que este mantra me repito una y otra vez mientras recorto la distancia entre mi casa y la suya. «*No pasa nada. Solo somos amigos y los dos lo sabemos*». Elbert Hubbard dijo una vez que «*todo hombre es tonto de remate al menos durante cinco minutos al día*». Que «*la sabiduría consiste en no rebasar dicho límite*». ¿Es una tontería lo que estoy a punto de hacer?

Probablemente sí. Y quizá ese límite lo sobrepaso en demasía desde hace un par de meses. Así que me pienso tonta de remate durante más tiempo del que se considera aconsejable.

«*El primer paso para mejorar es reconocerlo*».

Bah.

Pulso el botón del portero automático del ático de Álvaro reiteradas veces sin obtener respuesta. Ni siquiera se me ha ocurrido llamarlo para avisar de que vendría. Y, haciendo alarde de mi tontuna, no he caído en la cuenta de que, probablemente, no esté. Cojo el teléfono y marco su número. No contesta. Repito la operación sin tener éxito. El reloj de mi teléfono móvil marca las veinte y treinta y un minutos. Miro a ambos lados de la calle sin saber qué buscar. No entiendo por qué no me he abrigado más. Apoyo la espalda en el frío cristal que recubre la puerta y me abrazo tratando de entrar en calor. Tal vez vaya a mi casa a buscarme directamente desde donde quiera que se encuentre en estos momentos y donde haya pasado la tarde, o el día entero. Cierro los ojos intentando concentrarme y decidir la posible mejor opción. Me quedo y confío en que regrese pronto. O me marchó a casa y lo espero allí. Sin embargo, voy a tardar más de media hora en llegar. Suspiro.

La humedad me cala los huesos.

—¿Qué haces aquí? Creí que te recogería en tu piso. —Escucho su voz muy cerca de mí. Abro los ojos y lo miro.

—Tengo frío —acierto a decir entre castañeteo de dientes. Costumbre, necesidad o locura... me hundo en la profundidad de su mirada casi sin darme cuenta.

Destruye la distancia que nos separa, me abraza y apoyo la cabeza en su pecho. Me cobijo en su calor.

—Estás helada ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Lo huelo. Mmm.

—Unos minutos, pero he venido caminando.

Me agarra por los hombros y me mira a los ojos preocupado.

—Vamos arriba. Tienes que entrar en calor.

La temperatura sube bastantes grados dentro del ático. La calefacción lleva puesta varias horas, estoy segura. Si Sara se entera del malgasto energético, lo denuncia a *los vigilantes del medioambiente* – no me lo invento, andan por todo el mundo—. Álvaro desaparece tras el pasillo de las habitaciones, y yo

me acomodo en el sofá sin deshacerme de la chaqueta. Mi cuerpo sigue destemplado, aunque el calor aquí supera los veinticinco grados.

El tacto familiar del sofá me relaja y vacilo si eso debería asustarme. Cierro los ojos y me dejo llevar. Inclino la espalda y descanso la posición.

Mi « *amigo* » aparece ante mí con unos vaqueros, una sudadera roja de los *Likers* y unas zapatillas *Converse* blancas. El flequillo le cae sobre la frente y las mejillas me saludan sonrosadas. Impresiona. Parpadeo varias veces esperando que no sea una aparición mariana. No lo es. Sigue de pie, con la sonrisa en los labios, las cejas levemente arqueadas preguntándose qué coño estoy mirando embelesada con la boca abierta —esta observación es cosecha propia. Debo parecer un meme de esos que corren por la red—.

—¿Qué quieres cenar? —Me saca de mi experiencia religiosa.

—Ehh. Cualquier cosa.

—¿Comida china? —pregunta ilusionado, sabe que me encanta. Sin embargo, con tan solo imaginarla me dan arcadas. Y, cómo no, lo ve en mi cara.

—Está bien. Creí recordar que te gustaba. ¿Pizza?

La repartidora de comida a domicilio lo mira de arriba abajo mientras espera que Álvaro le pague. Sí, es real. Un modelo de Calvin Klein en carne y hueso. Maldito cabrón. Qué bueno está. Y acalorado, aún más. Llevamos media hora; lo que han tardado en traer la pizza, discutiendo sobre música.

Los dos nos proclamamos seguidores incondicionales de Adam Leving. Sin embargo, no nos ponemos de acuerdo si con el paso del tiempo ha mejorado, o solo cambiado el estilo, lo suficiente como para empatizar más con el público. No le permito que critique al que considero el mejor cantante de todos los tiempos. Sí, no lo dudéis, que esté como un queso y lleve tatuajes le suma muchos puntos. Después de mucho batallar, consigo que ponga una de sus últimas canciones. Por los altavoces suena *Sugar* mientras camino a la cocina a por un par de vasos de agua y canto cual grillo pisado; nunca se me ha dado bien. Cuando vuelvo con uno en cada mano, choco con su duro torso

y casi tiro las cajas de las pizzas que agarra al vuelo.

—¿Agua? Pensaba abrir un buen vino.

—No es necesario, gracias. Guárdalo para una verdadera cita. —Bocazas.

Soy una maldita bocazas. Algunas veces me cortarían la lengua y se la daría de comer a los cocodrilos. No he filtrado y juro que no estoy nerviosa —. Lo siento. No quería decir eso... Yo...

«Cierra el pico, no la lées más».

Una sonrisa enorme le cruza el rostro.

—Tranquila. Sé perfectamente qué quieres decir. Nada de vino. —Deja la comida sobre la mesa baja del sofá y se incorpora —. Pero yo prefiero una Coca Cola. ¿Te traigo una?

—Beberé agua —le enseño los dos vasos antes de depositarlos sobre el cristal.

Abro las cajas, pongo un cojín en el suelo y apoyo las rodillas. El olor a comida me llega tan adentro, que no puedo esperar a que Álvaro vuelva con su bebida para empezar a comer. ¡Qué hambre me ha entrado de repente!

Cojo un trozo y me lo llevo a la boca. Después de unos segundos ya lo he engullido, porque eso es lo que hago, tragarlo como si fuera el último alimento que quedara en la tierra tras un gran holocausto —tipo *The Walking Dead*—. Pero es que con el siguiente hago lo mismo. Me chupo los dedos y me encuentro con su cara observándome con una sonrisa imposible de describir; diría que es un cupcake de chocolate caliente y crujiente galleta.

—Si tardo un par de minutos más, ceno solo. —Se sienta junto a mí. Abre la lata de Coca Cola y le da un buen trago. La escena la veo a cámara lenta, ¿recordáis el anuncio de Coca Cola Light de hace varios años donde un obrero sin camiseta se la bebe mientras algunas mujeres miran atónitas, y calientes como perras, desde una ventana? Pues así la vivo—. Sigue, no pares por mí —bromea.

—Tengo hambre. —Me excuso. Parpadeo y hago lo que dice. Cojo otro trozo y me lo llevo a la boca.

—Estás muy guapa —suelta como si nada.

Lo miro.

Me mira.

—¿Qué? Solo digo lo que veo.

—Si vamos a empezar con eso, me voy.

—Si vamos a empezar con qué. —Sonríe.

—Álvaro...

—Te veo... diferente. ¿No puedo decirlo?

—Hoy ha sido uno de los días más largos de mi vida, necesito... Me apetece pasar la noche con un amigo, no con un ex novio. —Un ex novio por el que sería capaz de volver a perder la cabeza y posible padre del bebé que llevo dentro.

—Vale, lo siento. Olvidaré por unas horas lo mucho que te quiero.

—¡Álvaro! —Sonrío. No puedo evitarlo.

—Es broma. Que te quiero es cierto, pero trataré de no recordarlo.

«Nosotras también lo vamos a intentar».

Puff.

Terminamos con las dos pizzas tamaño familiar media hora después. La conversación versa sobre cosas banales, como cuántas veces han repuesto la serie *Friends*, o quién de los dos es capaz de aguantar más la respiración debajo del agua. Esto último nos lleva a sobrevolar momentos importantes para ambos, pero sin profundizar en ellos.

Me asombra poder tratarlo con normalidad después de lo que acabamos de hablar. Una tarde de verano, en la piscina de uno de los compañeros de facultad, casi me ahogo por tratar de ganar en una inconsciente competición para comprobar quién aguantaba más sin salir a la superficie. Lo pasé muy mal y Álvaro se asustó tanto, que quiso llevarme al hospital después de vomitar medio litro de agua saturada de cloro durante la siguiente media hora.

—¿Por qué has venido? —me pregunta mientras introduce en su boca una cuchara cargada de helado de chocolate.

—Habíamos quedado —respondo haciendo exactamente lo mismo.

—Habíamos quedado que iría a tu casa a recogerte. Estabas huyendo de algo o de alguien. Espero que no sea...

Dejo la tarrina sobre la mesa y vuelvo a sentarme a su lado.

—Últimamente discuto mucho con Sara. No sé... Es raro.

—¿Por qué?

—¿Por qué discuto o por qué es raro?

—Por qué discutes.

—Por ti.

«*Eso es sinceridad*».

—No quiero decir que tú tengas la culpa. —Trato de explicarme—.

Solo... desde que apareciste de nuevo en mi vida...

—Ya, no tienes que explicarme nada, supongo que no le caigo bien.

—No demasiado.

—¿Lo sabe todo? —El ambiente se densa un poco.

—La conocí poco después de que te fueras. Y la considero mi hermana.

Hemos vivido muchas cosas juntas.

Cuando me doy cuenta, su brazo roza el mío y nuestras manos están demasiado cerca. Giro la cabeza y me encuentro con sus ojos negros.

—¿Qué quieres hacer ahora?

Besarte durante unos segundos y que se hagan eternos. Quiero saborear y recordar lo felices que fuimos juntos. Deseo pensar que nuestra historia no ha terminado y aún el destino nos guarda una oportunidad bajo todo lo malo que nos ha ocurrido.

«A.MI.GOS».

—Se está haciendo tarde. Debería irme —musito.

—Puedes pasar la noche aquí.

—No creo que sea buena idea.

Siento su respiración sobre la mía.

—¿Te apetece quedarte? Solo dime si te apetece. —Entrelaza nuestros dedos.

Sí, no tengo ganas de volver a casa y discutir de nuevo con Sara. No tengo ganas de dormir sola. Necesito sentir a alguien. Necesito sentirte a ti.

Miro nuestras manos agarradas y algo se despierta dentro de mí. Una voz con tono añejo me grita tan fuerte que no entiendo lo que dice.

—¿Sería muy egoísta por mi parte decirte que sí?

Álvaro me agarra de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él. Rodea con sus brazos mi cintura y me abraza. Apoyo la cabeza en su hombro y lleno de oxígeno los pulmones. Me traslado a otro momento de mi vida donde solo estábamos los dos. Cuando solo éramos dos. Nada ni nadie más existía.

—Duerme conmigo esta noche —susurra junto a mi oído.

—Álvaro...

—Solo dormir... Solo... déjame abrazarte.

—No lo hagas más difícil

—¿Más difícil que esto?

Me incorporo lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—Te quiero... ojalá no fuera así, pero no puedo evitarlo. A mí también me gustaría que fuera de otra manera —susurra con sus labios sobre los míos.

—No se trata de ti y de mí. Ya no. —Ahora está Alejandro, tu hermano, por el que mi corazón palpita a la vez que lo hace por ti. Y los dos lo sabemos.

—Nunca me perdonaré haberte dejado sola.

—Nunca lo estuve. No le des más vueltas. —Acaricia suavemente mi espalda con la yema de los dedos.

—Me gustaría..., me gustaría que el tiempo parara ahora. Quisiera manipular a mi antojo los minutos... los segundos... los días. Congelar este momento para siempre.

—¿Por qué querrías hacer eso? A veces lo eterno... —dice mi Alicia interior.

—...Dura solo un segundo. —Termina el conejo blanco—. Para verte y tocarte cuando quisiera. Eres lo más bonito que mis ojos podrán ver nunca.

—Nuestros labios se miran—. Me gustaría parar el presente para que nunca fuera pasado.

—¿Y el futuro?

—No me importaría no tenerlo si no vas a formar parte de él.

—No digas eso.

Deja de abrazarme y se incorpora lo justo para agarrar su sudadera por el dobladillo y sacarla por la cabeza. No me muevo. No puedo. Sigo a horcajadas sobre él que me mira ahora con el torso desnudo. Al principio no lo entiendo, la sangre se hiela en mis venas lentamente a la vez que todo mi cuerpo arde.

—Tócame —me pide bajo una tupida capa de súplica.

Al ver que no lo hago, me agarra por las muñecas y posa la palma de mis manos sobre su caliente torso. No puedo apartar la mirada de su morena piel.

Él cierra los ojos al mismo tiempo que nuestros cuerpos toman contacto.

Parece dolerle la situación, sin embargo, puedo notar el latir de su corazón acelerarse a mi cercanía. Abre los ojos y me mira.

—Soy yo. Álvaro. No hay nada más.

Se me vienen a la mente muchas imágenes de ese Álvaro del que me enamoré. Ese que me despertaba por las mañanas besándome el cuello. Ese que leía a mi lado mientras no lo hacía. Con el que podía pasarme horas tumbada sobre el sofá besándonos sin llegar a nada más. Mi primera vez. El muchacho que lloró en el cuarto de baño aterrorizado y perdido. Creo que esa fue la última vez que lo tuve cerca de mí... hasta hoy. Hasta ahora.

De repente nos levanta a los dos y me agarra por las caderas. Yo rodeo con mis piernas su cintura y me aferro a sus hombros. Camina hasta la habitación conmigo encima sin apartar su mirada de la mía. Solo ilumina la estancia la luz de la ciudad que entra por la ventana, bañando nuestros cuerpos de una sensualidad desmesurada. Me suelta y me deja de pie junto a la cama. No decimos nada. No hace falta. Agarra el dobladillo de mi camiseta y me la saca por la cabeza muy despacio, esperando mi negativa que no llega. Agarra la cintura de mi pantalón y se agacha hasta sacarlo por mis piernas. Se incorpora y se deshace del suyo. Admiro su cincelado cuerpo que se impone frente al mío. Siento su pecho subir y bajar con fuerza.

—¿Confías en mí?

Asiento con la cabeza.

Me agarra de la mano y me sube a la cama, me tumba sobre ella y él lo hace a mi lado. Lleva mi espalda a su pecho y me rodea en un abrazo la cintura. Siento su aliento junto a mi cuello. Susurra y me estremezco.

—Tú eres mi presente. Ahora no hay nadie más.

ESA SENSACIÓN

De repente abro los ojos. Acabo de tener una pesadilla. Alguien quería hacerme daño y lo conseguía. La piel me arde y siento unas gotas de sudor rodar por mis mejillas y mi cuello. Miro hacia abajo y sus manos me rodean en la misma posición que hace unas horas, también aprietan igual de fuerte.

La luna llena nos observa desde el otro lado de la ventana, allá a lo lejos, en el cielo, apartada de todo lo terrenal y humano. Una luz blanquecina, que se me antoja arrebatadoramente celestial, ilumina nuestros cuerpos casi desnudos y acoplados a la perfección el uno con el otro. Escucho su respiración sobre la mía y su pecho rozar mi espalda. Una quemazón súbita asciende desde el estómago, pasa por el esófago y se instala en garganta y boca quemándolo todo a su paso. Me levanto demasiado deprisa y me mareo.

Sentada sobre la cama, trato de calmar mi sed tragando saliva, pero la operación consigue el efecto contrario y me produce una arcada. Corro hasta el cuarto de baño y llego justo a tiempo de vomitar dentro del inodoro. Apoyo las rodillas en el suelo y me aparto el pelo. Espero no despertar a Álvaro, no quiero que me vea así. Sí, supongo que ha presenciado escenas mucho peores, sin embargo, entre nosotros no existe ahora la misma relación. ¿Y qué relación tenemos ahora? Yo tampoco sabría decirlo. Es difícil ponerle nombre a las cosas que ni siquiera deben llevarlo. Definir los términos de nuestra amistad no se nos da nada bien. Somos amigos, sin embargo, la situación es mucho más compleja.

Me lavo la cara, los dientes y las manos. Vuelvo al dormitorio y me planto en medio de la habitación admirando el cuerpo de Álvaro enredado entre las sábanas blancas. Su respiración acompasada me tranquiliza y ralentiza la mía.

Tumbo mi cuerpo junto al suyo y, como si estuviera despierto y me esperara, reacciona a mi presencia y me abraza de nuevo atrayéndome hacia él. Giro sobre el mío y rodeo su cintura con mi brazo apoyando la cara en su pecho.

—¡No! —Un grito desgarrador a mi lado me sobresalta.

—¡No! ¡No, no la toques! —Abro los ojos y me encuentro el cuerpo de Álvaro moviéndose descontrolado sobre la cama. Me arrodillo junto a él y trato de despertarlo.

—Álvaro, despierta.

—¡No! ¡Lucie! ¡No dejaré que te ocurra nada!

—Álvaro, es solo una pesadilla —me siento a horcajadas sobre él y lo zarandeo.

Abre los ojos y me mira. Su cuerpo se queda inerte y respira con dificultad. Se incorpora de sopetón tratando de coger aire. Tras varias bocanadas, le pregunto.

—¿Estás bien? —Acaricio el cabello que cae húmedo sobre su frente.

Me mira aterrorizado.

Lo miro asustada.

Me agarra de la cintura.

Me coge en brazos.

Camina conmigo hasta la ducha, apoya mi espalda en los fríos azulejos, abre el grifo y el agua empapa nuestros cuerpos. Me envuelve con sus brazos poderosos y esconde la cabeza en mi cuello. Pienso que esto no es buena idea, pero se escapa de mi conocimiento la razón por la que no lo paro. En esta posición pasamos los siguientes cinco minutos. Álvaro comienza a regar de besos mi cuello, mi mandíbula, el perfil de mis labios...

—Álvaro... —musito y me aparto.

—Lo siento... —Une su frente a la mía y cierra fuerte los ojos—. Te necesito tanto...

—¿Ocurre algo? —Le agarro las mejillas y lo insto a que me mire—.

¿Quién es Lucie? —Me posa sobre el suelo de la ducha, cierra el grifo y me deja sola dentro.

Salgo, tomo la toalla que él me ofrece, me seco y visto en silencio. No escucho nada, solo mi respiración y la lluvia que cae sobre la ciudad. La habitación espera vacía, me calzo las zapatillas de deporte e intento peinarme el cabello mojado. Sé perfectamente dónde puedo encontrar el secador de pelo. Abro el tercer cajón del mueble blanco del baño y allí está. No ha cambiado de lugar, todo sigue en su sitio. Como si estos años no hubieran pasado, como si solo lo hubiera soñado. Abro una cajita azul y lo que veo dentro me transporta unos años atrás.

«—¡Álvaro! —grité desde el baño sin obtener respuesta—. ¡Álvaro!

¡Vamos a llegar tarde!

Me agaché para hacerme la lazada de los cordones y, cuando me levanté, lo encontré de pie frente a mí con una enorme sonrisa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No sabes lo que acabo de encontrar —abrió la palma de la mano y dentro de ella vi el pendiente en forma de fresa que perdí hace más de un mes.

—Estaba junto a la cama en la habitación de invitados —Siguió sin perder la luminosidad de su rostro—. Me pregunto cómo llegó allí... — Cambió el semblante a uno más pícaro. Debí perderlo en una de nuestras discusiones, me escondí en aquel dormitorio para cabrearlo y entró como un torbellino haciéndome reír. Se abalanzó sobre mí en la cama y en menos de dos minutos perdí hasta las bragas. Y el pendiente, sí.

—¿No te alegras? —se extraña de mi reacción.

—He perdido el otro.

—¿Qué?

—Lo dejé dentro de una figurita de papel en el salón y Clara lo debió tirar sin saber que estaba ahí.

—Vaya... Y yo que creí que me verías como tu gran héroe. —Me levanté y lo abracé.

—Lo eres... —Lo besé—. Dámelo, lo guardaremos aquí esperando que aparezca el otro.»

Y aquí sigue... Lo cojo con la mano y lo miro. Por él sí que no han pasado los años. No lo recordaba tan pequeño, no sé..., es raro. Yo he crecido y él no. Y no me refiero a mi físico. Mi fuero interno ha cambiado tanto, que hasta lo veo de otro color. Percibo otras formas que antes no veía. Lo dejo donde estaba y giro sobre mi cuerpo. Me encuentro con Álvaro a un escaso metro de mí.

—Llévatelo, es tuyo.

—Nunca encontré su gemelo. —Me encojo de hombros quitándole importancia al hecho de haberlo encontrado en el mismo sitio donde lo dejé —. Debo irme. Tengo que pasar por casa a cambiarme de ropa.

Son más de las ocho de la mañana. Voy a llegar tardísimo a la oficina y no es buena idea enfadar al gran jefe. Nunca lo es.

—Te llevo a casa, te espero y vamos juntos.

—No te lo tomes a mal, pero no es buena idea.

Una sombra le cubre el gesto.

—¿No quieres que nos vea juntos?

—No voy a discutir contigo por él. Otra vez no. —Paso por su lado y salgo

del baño.

Camino hasta el salón, cojo el bolso y compruebo la hora en el móvil que marca cuarenta minutos más de lo que esperaba. ¡Mierda! Llego tarde sí o sí.

—Te dejaré en casa y me iré. Alejandro no tiene que saber que hemos pasado la noche juntos. —Camina hasta la puerta con las llaves del coche en una mano. Lleva un traje de chaqueta de dos piezas azul marino con una blusa de un azul más claro, sin corbata. No me gusta su tono.

—No ha pasado nada —contesto a la defensiva.

Frena en seco y se gira hacia mí. Clava su mirada en la mía.

—¿Eso crees? —Silencio—. Por supuesto que no —escupe.

Levanto el mentón y salgo del piso. Álvaro lo hace detrás. Subimos en el ascensor en silencio. Durante el trayecto en coche no musitamos palabra. Tal vez me equivoqué al ir a su casa anoche. Un patinazo, quizá, al dormir con él.

A toro pasado, se me revela toda una cadena de acontecimientos desafortunados. La marea de negros paraguas que afloran tras los cristales contribuye al desánimo. ¿Por qué no utilizamos colores más divertidos para días tan cerrados y tristes como los de hoy? La lluvia incesante lo inunda todo.

Detiene el coche en la puerta de mi apartamento.

—No lo hagas —pide mientras agarra el volante con ambas manos y cierra los ojos.

Lo miro confusa.

—No te arrepientas del tiempo que pasamos juntos —aclara y me mira—.

Aunque discutamos, aunque me duela... Para mí ese tiempo significa muchas cosas, y todas ellas me hacen sonreír. No lo cambiaría por nada.

—Álvaro... yo... —decido ser sincera—. Yo tampoco lo cambiaría.

Cuando estoy contigo, soy feliz, pero no puedo olvidar a Alejandro de la noche a la mañana. Lo quiero. Y es tu hermano. Me da miedo volver a equivocarme, no quiero hacer las cosas mal otra vez.

Cruzo el vestíbulo de la Torre de Cristal pasadas las nueve. Una sensación ingrata de impaciencia me recorre el cuerpo. Todas las mañanas subo en el ascensor aguardando a que ocurra algo. Trato, no obstante, de no mover la balsa donde me encuentro en medio de un río, presintiendo que va a volcar por circunstancias ajenas a mi voluntad y sobre las que tengo las manos atadas. Las ondas que produce una piedra al caer a un estanque, por muy pequeña que sea, origina una perturbación, un desplazamiento de todas las moléculas y, aunque tras su paso parezca que no ha tenido consecuencias, nada sigue en su lugar, todo se ha movido. Todo ha cambiado. Eso es exactamente lo que ocurre cada día en mi vida. Nada parece relevante, pero todo lo es.

«Estás embarazada ¿Te parece irrelevante?»

Ya veré.

Envío un saludo a Victoria y me lo devuelve con un gesto de la mano mientras atiende una llamada telefónica con la otra. Cuando llego a mi despacho, me encuentro con una visita inesperada en la puerta.

«A ver qué coño hace esta aquí».

Puff. Eso mismo me pregunto yo. Resoplo con ganas, pero intento ocultar la antipatía que siento hacia ella. El enemigo nunca puede darse cuenta de nuestras debilidades.

—Buenos días, señorita Dugués. —Le regalo una sonrisa muy, pero que muy falsa.

—Buenos días, señorita Sánchez. —Ella me regala otra igualmente hipócrita —. El señor Llorens quiere verla en la sala de juntas dentro de una hora.

«El señor Llorens quiere verla en la sala de juntas dentro de una hora», repito en mi cabeza con tono desdeñoso parodiándola como si fuera una niña

pequeña. Álvaro me acaba de dejar en mi casa hace una hora, no entiendo por qué no me ha informado él.

—De acuerdo. —Entro en mi oficina dejándola fuera. Pero fuera. Cierro la puerta en sus narices sin preguntarle si desea algo más.

Tengo automatizada las acciones. Enciendo el ordenador, leo correos, contesto, envío a la papelera. Devuelvo llamadas. Justo al colgar en la última, suena mi teléfono. Lo miro. Un mensaje de Sara.

«14.00 en Temaka. He reservado yo, pero pagas tú».

«Ok». Contesto de manera simple.

No deseo dar pie a que comience antes de tiempo la charla que quiere darme. Charla que me va a salir bastante gravosa económica y anímicamente.

Esta mañana no me han dado arcadas, no todavía, no voy a cantar victoria tan pronto. Pero chica precavida vale por dos, –dos... mierda–, así que, camino de la sala de juntas, me como una galletita que he metido en el bolso antes de salir de casa. El estómago hace bastantes horas que no se rebela contra mí. Quizá no esté embarazada... solo ha sido una alucinación.

«Tus ganas».

Y las tuyas, créeme.

Abro la puerta de doble hoja de madera justo antes de callar a mi endemoniado subconsciente y un trozo del dulce se me queda atravesado en la garganta con lo que veo. Comienzo a toser y a mover el pecho espasmódicamente.

Álvaro se levanta y camina en mi dirección.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. —Trago varias veces—. Me he atragantado con una galleta.

—¿Has desayunado?

—Eh... sí —Alejandro nos mira imperturbable desde el otro lado de la sala. Nos espera de pie, con las manos metidas en los bolsillos del traje que parece cosido a su cuerpo.

Debí portarme fatal en mi otra vida.

—Siéntate —pide Álvaro cuando llegamos a la gran mesa. Él lo hace a mi lado. Tras unos segundos que parecen horas, Alejandro camina hasta nosotros y toma asiento justo en frente. No entiendo muy bien qué hacemos aquí. Los tres.

—¿Podemos empezar ya? —habla el Dios Griego bastante enfadado e impaciente—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Como sabrás, mañana es la fiesta de navidad de MKD en el Hotel Silken Puerta de Madrid —Álvaro clava su mirada en la mía en un gesto indescifrable. Indudablemente sabe que me afecta—. Se trata de un acontecimiento al que muchos medios de comunicación le ponen gran interés, por lo que representa una magnífica oportunidad de promoción para nuestros artistas. Hemos pensado exponer las obras allí. Este año la temática es la poesía, fusionaremos ambas formas de expresión...

—Mañana. No va a dar tiempo. —Me concentro en el problema y trato de olvidar que Alejandro me mira como si ya no le importara y ambos se estén dando cuenta de mi dolor.

—Organiza el evento la mejor empresa de la ciudad. Ponte en contacto con ella en cuanto puedas para empezar a trasladar las obras. —Deja sobre la mesa una tarjeta de visita y me la acerca arrastrándola por la brillante superficie—. Este es su teléfono. Llegarán para el traslado... —Mira el reloj de su muñeca—... dentro de diez minutos.

Todo esto parece una locura, pero no seré yo quien lo diga. Se le podía haber ocurrido antes. Y... ¿qué hace Alejandro aquí? Aún no ha dicho ni una palabra a excepción de una queja. No lo entiendo.

Llaman a la puerta y abren.

—Señor, disculpe. Su próxima reunión empieza dentro de dos minutos. —
Natasha nos interrumpe—. Marina de la Rosa lo espera en recepción.

Mi cuerpo reacciona con arcadas al escuchar ese nombre, una respuesta natural. No lo puedo controlar. La cara se me vuelve de un color blanquecino.

—En seguida voy. —La despide demasiado atento y simpático comparado a como la trata normalmente. Hasta le regala una pequeña y sensual sonrisa.

Cambia el semblante a uno más serio y enfadado para dirigirse a mí—. Dos escoltas te acompañarán en todo el proceso. Nunca estarás sola con ninguna de las obras.

—No hace falta. No lo entiendo...

—No necesitas entender nada —contesta con un desprecio que me araña hasta el alma. Se levanta y su imponente cuerpo me abruma—. No tengo que preguntarle cómo hacer mi trabajo, señorita Sánchez. —Aprieta la mandíbula—. Marcus, mi hombre de confianza, también te acompañará. Pídele lo que necesites.

Mira a Álvaro.

—Te veo luego.

Este asiente con la cabeza mientras su hermano abandona la sala dejándonos solo.

—¿Necesitas saber algo más?

Niego con la cabeza.

—Me parece una locura. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Es una larga historia.

—Está bien. Tú eres el jefe.

—Yo te ayudaré. Lo haremos juntos. —Y la última palabra la dice bajo un

susurro que me pone la piel de gallina. Alarga la mano y toma la mía.

—Álvaro...

—Gracias por lo de esta noche.

—Gracias a ti por cumplir tu palabra.

Me prometió que solo dormiríamos y eso es lo que ha ocurrido. Me gustaría decir que no ha pasado nada más, pero, como él dice, me engañaría a mí misma. Entre nosotros siempre ocurren muchas cosas difíciles de enumerar.

La que se suponía una mañana medianamente tranquila, se convierte en un profundo caos. Llego a mi despacho y Berta y Victoria me esperan en la puerta con directrices ya dadas. Las dos, al tanto de todo, se ponen a trabajar codo con codo sin hacer preguntas. Llamo a la directora de la empresa de eventos encargada de la fiesta y quedo con ella después de comer en el hotel donde se celebrará la cena. La empresa de mudanzas especializada llega con media hora de retraso, lo justo para que comience a darme un síncope. Por suerte, hacen acto de presencia justo antes de perder los nervios por completo. Álvaro llega al almacén y observa el color que está cogiendo mi cara; blanco brillo. Me pide el albarán y me aconseja que descanse un poco.

Me niego en redondo y sigo inspeccionando que a las obras no les pase nada.

No tengo tiempo ni para pensar en que Alejandro en estos momentos está con su ex prometida en algún lugar de la gran ciudad —en un hotel, una cama, una encimera, un sofá...—. Puff. También pienso en ponerme en contacto con Sara para decirle que no podré comer con ella hoy. La llamo y ¿sabéis lo que me dice? *«Tendrás que comer ¿no?, vamos, digo yo. Estás embarazada ¡joder!*

¿Tengo que ser yo quien te diga que tienes que cuidarte? Te veo a las dos en Temaka. Gástate algo de esos cuatro millones que te guardas en el banco, zorra agarrada» y cuelga. No me deja tiempo para rebatirle, así que decido que asistiré a la comida, pero no me entretendré demasiado.

El taxi me deja en la puerta del restaurante con diez minutos de retraso, la hora justa para ver cómo Alejandro agarra de la cintura a Marina de la Rosa y

esta le da un beso en los labios.

Mecagoen...

ERES MI HEROÍNA

Podría decir que me hundo en un lodo espeso, pero tal afirmación no describe lo que mi cuerpo y mi alma experimentan ante lo que sucede a escasos metros delante de mí. Se asemeja a una explosión atómica que deja mi interior desolado. El beso, corto, no irradia amor ni deseo; al menos por parte de él. Pero un beso siempre es un beso, y muy pocas veces no significa algo. Mi madre me decía que siempre besara con el corazón. Aunque fuera a un amigo, que los besos se regalan y que nunca se piden por favor. Me entristece no haberle hecho caso en esto último. Si mi mente no recuerda mal y no distorsiona la realidad, yo le he rogado a los dos grandes amores de mi vida en algún momento que me besaran y, curiosamente, no me arrepiento.

Expresé lo que sentía y necesitaba. Error o no, lo hice porque mi cuerpo me lo pedía, fiel a mis sentimientos.

Dos grandes amores, eso es lo que son. Negarlo no entra en mis planes.

De nada serviría. Aceptar la realidad y seguir adelante. Eso me propongo hacer. Los quiero, nunca lo he dudado. En qué se diferencia lo que siento por cada uno de ellos, cada día lo tengo menos claro. ¿Se puede medir el amor? A veces la pregunta más sencilla requiere una compleja y difícil respuesta. Yo no sabría calibrarlo. Cierto que mi corazón late desbocado cuando ve a Alejandro, pero el latido no difiere mucho de lo que me ocurre cuando Álvaro anda cerca. Cuantificar el amor no resulta sencillo, no sabría hacerlo porque no tiene medida. Los amo, así de simple y de complicado a la vez.

Espero agazapada en una esquina a que la parejita desaparezca dentro del local y, después de unos minutos, lo hago yo. Indico al asistente con desgana

el nombre de mi amiga y me lleva hasta ella que me espera con una copa de vino en la mano.

Me siento en frente sin poder ocultar mi cara de desconcierto. Me aterroriza que mi amiga empiece a darme la charla y a ponerse pesada porque anoche no dormí en casa; pero me preocupa más lo que mis ojillos grises acaban de ver.

—Poner esa cara de pena no te funcionará conmigo. No me das ninguna.

—Me advierte.

—Agua, por favor —le pido al camarero que pasa por nuestro lado y aprovecho para ignorarla.

—Por supuesto, señorita. Finé, Tasmanian Rain, Lauquen Artes o Aquadeco.

—Me ofrece el joven simpático. Debe estar hablando de marcas de agua. A ver cómo le digo que no conozco ninguna, que no tengo ni idea de lo que habla.

—La que usted decida —atajo.

—En seguida se la traigo.

—Gracias. —Cojo la servilleta y me la pongo en el regazo. A continuación, me enfrento a Sara. Para qué esperar. Alargar la agonía solo sirve para demorar el sufrimiento.

—Anoche no pasó nada. —La mejor defensa es un buen ataque.

«No tienes ni puta idea de guerras».

—No me digas, ¡dormiste en la calle!, pobrecita... —Abre mucho los ojos fingiendo sorpresa. Desde luego podría haber estudiado arte dramático.

Me toco las sienes. La cabeza me va a estallar con tantos problemas. Mi subconsciente los enumera de uno en uno y casi pierdo la cuenta. Las lágrimas se agolpan detrás de mis ojos.

«1. *Estás embarazada.*

2. *No sabes quién es el padre.*

3. *Amas a dos hombres a la vez.*

4. *El beso que acabas de presenciar.*

5. *La exposición de mañana en la cena.*

6. *El traslado de la misma a París y el tuyo a Barcelona.*

7. *La charla que está a punto de darnos tu amiga. Sí, a las dos, yo también tengo que tragármela, aunque la maravillosa idea de dormir con Álvaro fuera solo tuya.*

8. ...»

—Estoy hecha un lío. Tienes razón. Los amo a los dos.

—Y estás embarazada —apunta con inquina.

—¿Crees que podría olvidarlo? —pregunto, retórica.

—Me alegro de que, por fin, lo reconozcas abiertamente, pero no cambies de tema. Pasaste la noche con Álvaro y ¿qué hicisteis? ¿calceta?

—¿Tan raro te parece acostarte con un hombre y no mantener relaciones sexuales?

—Raro rarísimo, yo no podría. —Da un sorbo a su copa de vino—. Os queréis, os deseáis... ¿y no pasó nada? Eso se lo cuentas a otra.

—Dormimos abrazados, semidesnudos y nos dimos una ducha esta mañana que, seguro, significó más que si hubiéramos follado. Pero no, no lo hicimos. Y yo también me pregunto por qué no pasó. Aunque yo le pedí que no forzara nada, no entiendo cómo no ocurrió. Todo lo que nos unió hace casi diez años no ha desaparecido por mucho que me empeñe.

Mi amiga me mira sin decir nada, un silencio demasiado largo, sus ojos dicen más cosas de las que calla.

—¿Qué?

—Nada. Solo me preguntaba... ¿Dónde queda Alejandro en todo esto?

Hace pocos días...

—Alejandro está comiendo en la sala de al lado con su ex prometida, Marina de la Rosa, a la que ha besado justo antes de entrar aquí —suelto de un tirón.

—¿Qué?

—Eso.

—¿Qué? —repite cada vez más alto.

—Que Alejandro está comien...

—Te he oído —me corta.

—Entonces... ¿por qué preguntas?

Sara se levanta de repente y se aleja.

—¿A dónde vas?

—A cortársela.

—¿Ya no recuerdas con quién dormí anoche? —Me pongo de pie y grito a su espalda bastante fuerte. Una pareja que come a nuestro lado me mira sin ningún disimulo.

Tiro la servilleta sobre la mesa y la sigo. Tengo que pararla. Antes de darme cuenta, veo a Alejandro y a Marina a lo lejos. Me quedo rezagada para que no me vean. Mi amiga la loca es capaz de cualquier cosa. Por favor, que no haya un cuchillo afilado cerca.

«Estamos en un restaurante. Lo normal es que haya. Y muchos».

Madre mía, madre mía. Empiezo a imaginarme el local lleno de sangre.

Sara se acerca donde se encuentran, mira alrededor y sé que se le ocurre algo, lo intuyo por el gesto de su cara. Si fuera un dibujo animado, ahora mismo tendría una bombilla sobre la cabeza. Un camarero sirve vino en la copa de Alex en el momento en que esta llega a él, disimula un encontronazo, lo empuja y provoca que el líquido oscuro caiga sobre el regazo del hombre al que amo.

Sara levanta las manos y se tapa la boca exagerando el gesto de preocupación.

—Oh, disculpe señor. Qué desgracia. No ha sido mi intención... Soy muy muy torpe —dice con demasiado dramatismo. Coge una servilleta de tela y comienza a limpiarle la blusa y el pantalón. La cara de Alejandro lo dice todo. La reconoce al instante, sin embargo, no dice nada.

La mato. Yo la mato.

Todos mis yoes y mi subconsciente nos miran descojonándose de la risa.

—Dios mío. Esto no lo arregla ni la mejor lavandería, yo podría limpiárselo en casa..., si se quitara la ropa... —Sigue escondiendo la sonrisa sin dejar de refregar ¡Cómo lo está poniendo!

Sonrío. Las mesas de alrededor miran el espectáculo con incredulidad.

—No se preocupe, puedo hacerlo yo. —Alejandro trata de apartarla con educación, pero ella sigue a lo suyo. Refriega y requeterrefriega.

Comienzo a carcajearme y me tapo la boca. Mi risa, sin embargo, llega a sus oídos, mira en mi dirección y nuestras miradas se encuentran. La suya, dura. La mía, divertida. Trago saliva e intento dejar de reír, pero no puedo.

Levanto las cejas y dejo de esconderme. ¡Te lo tienes merecido! ¡Por cabrón enchaquetado engreído!

«Eres un poco injusta».

Cállate y no jodas la marrana.

Marina se levanta y llega hasta él. Le pregunta si está bien, pero le hace puto caso. Sigue observándome sin ningún disimulo. Justo antes de girarme, atisbo que tuerce la boca en una casi imperceptible sonrisa. Una sonrisa devastadora y sensual, de esas que incendian bragas y humedecen las partes bajas.

—¡Estás loca! —digo a Sara cuando llega a la mesa y se sienta.

—Jajajaja, ¿has visto su cara? El cabrón ha simulado que no me conoce.

—Lo has dejado hecho un cristo. Va a tener que tirar el traje. Te has llevado cinco minutos frotándole la entrepierna —río a carcajadas.

—Tenía que aprovechar. Qué duro está el cabrón.

—¡Te has recreado! —Levanto los brazos.

—Tenías que haber visto la cara de esa tal Marina. Me ha quitado las manos a zarpazos.

Las risotadas nos acompañan durante el resto de la comida. Mis sentimientos encontrados corren de un lado a otro, desorientados.

—Gracias.

—Bah, no tienes por qué darlas, haría cualquier cosa por ti.

—Por un momento creí que serías capaz de cortársela.

—Y soy capaz.

—Menos mal que no lo has hecho —bromeo.

—¡Por supuesto que no! Muy pocos tíos la tienen como un misil. Son una especie en extinción. No le haría eso a la humanidad.

Llego a la planta 212 pasadas las tres y media de la tarde con energías renovadas. Lo que se presagiaba como una comida tediosa y complicada por la charla que mi amiga quería darme, se ha convertido en una comedia digna de un Globo de Oro.

«Y el Globo de Oro a la mejor actriz de reparto es para... Sara La Loca».

Ni siquiera el «facturón» del almuerzo ha estropeado el momento de las carcajadas. La botella de agua ha costado veinticuatro euros, ni uno más ni uno menos. Supongo que son gotas de cielo filtrada con un arcoíris y enfriada en los fiordos noruegos. O pis de ángeles. Qué locura. Si lo sé, pido un refresco. Esto, sumado a cinco platos de un menú degustación especial para estos días vísperas de Navidad han hecho un total de... unos Manolo Blahnik.

Dinero no me queda en la cartera, lo que sí tengo es una amiga completamente loca ¡todos deberíamos tener una! Te alegra los días más tristes y consigue que olvides que el amor de tu vida; o uno de ellos, besa a otra en cualquier acera. Bueno, vale, no lo he olvidado. Sería imposible, pero consigue que, durante una milésima de segundo, escueza menos. Algo es algo.

Sigo sonriendo. No puedo evitarlo. La que ha liado en un momento. El camarero me ha dado pena, se ha sentido culpable por lo ocurrido y lo ha pasado muy mal. Si no ha pedido disculpas veinticinco veces, no lo ha hecho ninguna. Victoria me saluda desde el fondo del pasillo con un gesto de mano indicándome que nos vemos dentro de unos minutos. Me encuentro a Berta ordenando la sala donde hasta hace unas horas almacenábamos las obras. La habitación vacía me parece mucho más grande y desangelada. Mi ayudante me informa, «*En media hora, Nerea González nos espera en el hotel donde se celebrará la fiesta*». La ayudo a terminar y cerramos las oficinas. Paso por el baño a refrescarme y beber un poco de agua, pero me encuentro con el cartel de «*Vaya al más cercano, estamos limpiando*». Así que camino hasta el que se encuentra casi al otro lado de la planta. Cerca del despacho de Alejandro. Cruzo el pasillo sin encontrarme a nadie. Me parece raro no ver a gente trajinar de arriba abajo, pero no me quejo. La idea de topar con alguna sorpresa no me fascina en absoluto.

Berta, Vic y yo bajamos en el ascensor solas. Parece que la gente haya

desaparecido. Cruzamos el vestíbulo y llegamos a la calle. Discutimos entre coger un taxi o caminar hasta la parada de autobús más cercana. Nuestra charla llega a su fin cuando dos hombres, de dos metros de alto cada uno, paran a nuestro lado.

—Señorita Sánchez, el coche las está esperando —dice uno de ellos, más concretamente Marcus.

Lo miro extrañada, sin embargo, recuerdo que Alejandro me ha puesto vigilancia sin ningún tipo de explicación ni razonamiento y, ¿sabéis qué?, yo estoy muy cansada para discutir, así que claudico sin titubear.

El trayecto lo hacemos en pocos minutos. En un *pis pas* nos plantamos en las puertas del Hotel Silken Puerta de Madrid. No me muevo, solo miro el imponente edificio. La luz anaranjada de la puesta de sol, allá en el horizonte, se refleja en la pared acristalada convirtiendo la escena en idílica; aunque no lo sea ni de lejos. Los clientes y transeúntes pasan por mi lado ajenos a mi desconcierto, como si no pasara nada.

«*Porque no pasa. Supéralo*».

Eso intento.

—Nunca había estado aquí antes —habla Berta a mi lado.

Yo sí. Hace muchos años. En este lugar, Álvaro me partió el corazón. Me dejó creyendo que me protegía. Las consecuencias de su decisión todavía causan estragos en nuestras vidas.

—Mi hermano trabaja en recepción —contesta Victoria.

—No sabía que tuvieses un hermano.

Siguen con su charla durante unos minutos mientras trato de acompasar mi respiración.

—Creo que deberíamos entrar —aconseja mi ayudante—. Llegamos tarde.

Cruzar aquella puerta, convierte mis pulmones en botijos de cerámica con

miles de agujeros que dejan escapar el poco aire que consigo inhalar. Soy una de las personas que piensan que no hay nada más triste que una canción de Adele; sin embargo, mi mente reproduce una y otra vez *My heart will go on* de Celine Dion. Sabéis perfectamente qué canción es. La de la película Titanic, esa en la que el protagonista muere por salvar a su amada, y cientos de personas pierden la vida en las frías aguas del Atlántico frente a las costas de Terranova de una manera trágica y devastadora. Pues esa música, deprimente y apocalíptica, resuena en mi interior. La banda sonora de mi vida... Mi yo más penoso hace acto de presencia sin reparar en detalles.

El vestíbulo no ha cambiado nada, lo percibo invadido de tonos tristes.

Los sillones, los cuadros, las lámparas y las alfombras adornan lo que me parece un lugar enojoso y sombrío. Comprendo, no obstante, que esta percepción, personal e intransferible, proviene de las funestas consecuencias de lo que experimenté aquí. En realidad, el hotel es maravilloso.

Victoria aparece a nuestro lado acompañada de un hombre cuya cara me resulta familiar...

¡Me cago en la puta!

—Chicas, os presento a mi hermano Emilio. Ellas son Daniel y Berta, compañeras y amigas.

El tono blanco de mi piel se vuelve rojo tirando a morado. No sirvo para estas cosas, el disimulo nunca se me ha dado bien. Dicen que soy un libro abierto y llevan toda la razón. Aun así, trato de ocultar que estoy a punto de morir ahogada y consumida por la situación.

Chupitos, necesito chupitos.

«No puedes».

Hay que joderse.

Emilio saluda a mi ayudante y a continuación se acerca a mí. Me coge de la cintura, me atrae con familiaridad y me estampa dos besos que resuenan por

todo el vestíbulo. Tal vez el octogenario de la otra esquina no lo haya escuchado.

—Qué alegría volver a verte. —Sonríe.

—¿Os conocéis? —pregunta Vic.

No. Digo, sí. Hace poco más de un año tuvimos una aventura. Nada serio.

Nos acostábamos cuando nos apetecía, que durante varios meses fueron muchas veces y en bastantes sitios raros. Le gusta follar en lugares donde le puedan ver y yo... me dejaba llevar por el momento. Al muchacho no se le da mal empotrarte contra la pared de un cuarto de baño público, o en los vestuarios de un gimnasio, o entre dos coches en un aparcamiento, o en el almacén de un bar repleto de clientes borrachos... Lo que se dice un empotrador, pero nada comparado con lo que he conocido después, nadie se acerca ni remotamente al nivel en el que se encuentra Alejandro. Mierda.

Cambio el rumbo de mis pensamientos y vuelvo a Emilio.

«Sí, será lo mejor».

Una tarde me invitó al cine —el nombre de la película no lo recuerdo, ahora entenderéis por qué—, y antes de que terminaran los anuncios del comienzo, me había arrastrado al pasillo por donde sale la gente al terminar la proyección. Afortunadamente yo llevaba falda y nos metimos en un recoveco detrás de una cortina negra bastante deshilachada, de no haber sido así, un grupo de varias personas que salieron antes de tiempo despotricando del film nos hubieran cogido con las manos en la masa, en plena faena.

Vamos, que el chico no se corta. Si tiene ganas de follar, folla. El sitio le es indiferente y yo... lo pasaba bien. Nos divertimos juntos, tengo que reconocerlo.

—Sssí —siseo colorada como un tomate maduro.

—Somos viejos amigos. —Me guiña un ojo mientras responde sin perder la sonrisa ni separar su cuerpo del mío.

—Vaya, el mundo es un pañuelo. —Victoria sonrío como si hubiera descubierto el secreto de la felicidad—. Tenéis que contarme toda la historia después. —Me guiña un ojo.

En ese preciso momento, Alejandro entra en el recibidor acompañado por Marcus; que nos había dejado en la puerta, y otro hombre al que no reconozco. Giro la cabeza en su dirección y él se queda mirando el punto exacto en el que la mano de Emilio agarra mi cintura. ¿Te molesta? Pues imagina que me ves besándolo.

«*Te vio, besando a su hermano*».

Mierda de subconsciente que todo lo recuerda.

Vuelvo a donde estábamos y apremio a las chicas para irnos. El hermano de Victoria se despide de nosotras y se ofrece amable para cualquier cosa que necesitemos. Le damos las gracias y nos dirigimos al salón donde se celebrará la fiesta.

Nerea González Baena, una mujer rubia muy atractiva, pero no demasiado alta, se presenta como la directora de la empresa GonBah, encargada de preparar el evento. Nos informa de todo lo realizado hasta ahora y lo que queda por hacer. La empresa de mudanzas coloca las obras en sitios estratégicos. Reviso dónde han situado cada una y ordeno que se hagan varios cambios hasta quedar satisfecha con el resultado. Berta ayuda a Victoria a revisar la lista de invitados y comprobar que el protocolo se ha seguido correctamente. El lugar queda precioso. Vinilos de poesías de todas las épocas adornan las paredes. Echo un vistazo alrededor y una llama mi atención. Siempre tuve debilidad por Bécquer.

Podrá nublarse el sol eternamente;

Podrá secarse en un instante el mar;

Podrá romperse el eje de la tierra

Como un débil cristal.

¡todo sucederá! Podrá la muerte

Cubrirme con su fúnebre crespón;

Pero jamás en mí podrá apagar

La llama de tu amor.

A las ocho de la tarde aún ultimamos detalles con Nerea. El deseo de marchar a casa y despatarrarme en la cama supera mis ganas de comer; que son muchas. En un momento dado me quedo sola en la sala, las chicas salen a pedir algo de beber en recepción. Veo cómo un par de obreros cogen con dificultad un cuadro que debe pesar al menos trescientos kilos. Me acerco y les ofrezco mi ayuda que aceptan con gratitud. Cojo la obra por un lateral y trato de levantarla. En ese momento se le escapa por el otro lado a uno de ellos y todo el peso recae sobre mi persona. Agarro fuerte sin amilanarme evitando que caiga al suelo y se rompa hasta que el hombre vuelve a cogerla por la esquina. Cuando por fin la colocamos en su sitio, un fuerte dolor se instala en mi cintura, me rodeo el vientre con las manos y caigo de rodillas al suelo.

¿PUEDO DORMIR UN POCO MÁS?

Un pinchazo intenso me rodea la cintura y se vuelve más profundo al final de la espalda, casi sobre los riñones. Miro hacia arriba y me encuentro con la cara de preocupación de los dos hombres a los que he ayudado. Les pregunto si le ha pasado algo al cuadro y me responden, con incredulidad, que se encuentra en perfecto estado.

—¿Está usted bien? —Uno de ellos se agacha y posa su mano sobre mi espalda. Cierro los ojos al sentir otro fuerte aguijonazo.

Berta y Victoria llegan corriendo hasta donde me encuentro.

—Dani, ¿qué ha pasado? —preguntan las dos casi al unísono.

—Yo... lo siento... Se me ha resbalado... —intenta explicar el obrero, apurado.

—Estoy bien. —Trato de levantarme y lo consigo a duras penas.

—¿Seguro? Tienes bastante mala cara. —Victoria me ~~des~~anima a la vez que me agarra del brazo.

—Solo ha sido un tirón, necesito... —Inspiro—... necesito sentarme.

Entre las dos me llevan a uno de los sofás que rodean la estancia. Tomo asiento con cuidado y bebo un poco de agua. Vic llama a su hermano, y este se acerca para ver qué ha ocurrido. Me ofrece todo tipo de medicamentos y

cremas. Me decido por un paracetamol y un poco de zumo de naranja. Emilio lo trae en pocos minutos y se sienta a mi lado. Consigue convencerme de que me tumbe boca abajo y me levante la camiseta lo justo para que él pueda darme un pequeño masaje y comprobar que no se trata de nada grave.

Después de cinco minutos le agradezco lo que hace, logra calmar bastante el dolor. Victoria y Berta nos dejan solos mientras buscan a Nerea para informarle de nuestra inminente marcha. A punto estoy de quedarme dormida sobre el mullido sofá cuando un carraspeo grave me despierta de mi relajado embelesamiento.

Levanto la mirada y me encuentro directamente con la suya. Me incorporo y me bajo la camiseta. Le doy las gracias a Emilio por lo que acaba de hacer y este se despide de mí con un corto, pero demasiado amistoso, beso en la mejilla mientras me susurra al oído que espera verme mañana. Puedo comprobar cómo el color de los ojos de Alejandro cambia de azules a grises y de ahí a un intenso negro. Me pongo de pie y comienzo a caminar dispuesta a ignorarlo, no hay nada que pueda decir al respecto. No compartimos nada, él prefiere que sea así y, por lo que pude ver esta mañana, ha pasado página. Yo también, me miento.

«No te lo crees ni tú».

Me confirma mi subconsciente.

Levanto imaginariamente el mentón y hago alarde de mi dignidad en un mundo donde aún la mantengo intacta.

Qué enervante y doloroso a la vez.

No tengo más remedio que pasar justo por su lado, su olor, a un millón de cosas deseables y comestibles, me envuelve. Cierro los ojos como si esa acción pudiera salvarme de no morir ahogada aplastada por toda su *mardita* perfección. Cuando creo que tengo opciones de escapar de él y de su odioso magnetismo, me agarra del brazo y me para.

—¿Qué cojones crees que haces? —Ladra apretando la mandíbula. Unos segundos más así y se destroza la dentadura.

—¿Qué cojones crees que haces tú? —Me envalentono. Mi yo valiente tira del brazo arrancándolo de sus deseables garras.

«*Ole tú*».

—No vuelvas a tocarme nunca —sigo. La imagen de él besando a Marina me convierte en una mujer muy temeraria.

Salgo de la sala, del hotel y del parking casi sin respirar. Tomo aire justo antes de llegar al coche de los guardaespaldas. En un principio me niego a subir, comienzan dándome explicaciones; ahora hay dos y ninguno es Marcus, pero no deben estar muy acostumbrados a tener que darlas, porque después de la primera deciden que es buena idea y factible opción cogermme en brazos y meterme a la fuerza. Imaginaos las caras de Berta y Victoria.

Menudo panorama.

Tardo más de una hora en llegar a mi apartamento, aprovecho el transporte gratis para acercar a mis dos amigas a sus respectivas casas. El reloj digital de la pantalla de mi teléfono móvil marca más de las nueve de la tarde cuando cruzo la puerta y me encuentro a Sara de rodillas sobre el sofá comiéndole el pene; he decidido ser fina un rato, no os acostumbréis, a Mike. Os voy a decir una cosa. Si Alejandro muriera, su especie no se extinguiría, aún quedaría otro espécimen digno de estudio. No otro que el hombre con la boca abierta y ojos cerrados que gime delante de mí. Doy un fuerte portazo y, para mi sorpresa, los dos pegan un pequeño respingo y miran en mi dirección — normalmente nunca se percatan de mi presencia cuando se hallan en esas circunstancias—. Mi amiga deja lo que está haciendo y se limpia el labio con el dorso de la mano.

Hago una pequeña mueca de asco con el rostro.

—Siento molestar —ironizo.

Mike se levanta y dando saltitos se pone los pantalones. ¡Madre del amor hermoso! La verga comienza a moverse de arriba abajo mientras lo hace. El calor sube hasta mis mejillas y le echo una mirada de reprimenda a mi amiga.

Esta se encoge de hombros y sonrío. Unos segundos después, yo también lo hago. Veo cómo el dueño de esa monstruosidad le da un beso y se despide de ella con demasiado cariño.

La noche pasa tranquila. Sara prepara algo de comer mientras yo me doy una ducha y me pongo cómoda. No hablamos demasiado durante la cena. Le cuento el pequeño tirón que me ha dado en la espalda, y se ofrece a llevarme al hospital. Declino su oferta explicándole el masaje que me ha dado Emilio, obviando quién llegó al final y me ladró como si tuviera derecho a hacerlo.

Decidimos ver una película en blanco y negro y subtitulada que reponen en una cadena pública y, para no variar, al finalizar terminamos las dos llorando a moco tendido como si la muerte de la hermana de la protagonista la hubiéramos sufrido nosotras. Supongo que es normal; y racional, la reacción de nuestro cuerpo a ciertos estímulos externos. La empatía que sentimos hacia el dolor de otras personas, aunque sea ficticio en el caso de una película, es parte de ser humanos, natural, y crece en nuestro organismo conforme lo hacemos nosotros mismos. No resulta difícil ponerse en la piel de otro e imaginar lo que puede sentir al perder a alguien. Todos en algún momento de nuestra vida hemos pasado por algo parecido.

En uno de los anuncios me pongo a pensar en lo que el destino me tenía preparado a lo largo de los años. Por las vicisitudes que he tenido que pasar y todo el apoyo recibido por las personas que me rodean y, sin las cuales, no habría sido capaz de llegar a donde estoy ahora o, al menos, de llegar con todas las piezas. Miro a Sara y, aún sonándose los mocos de una forma bastante bruta, me parece la persona más adorable que me podré encontrar jamás. El ser humano no es bueno por naturaleza. Mentira su bondad, y, aunque una vez lo creí, la vida me demostró que erraba en mi apreciación.

Todos disponemos de oportunidades para elegir qué hacer, cómo actuar y la manera de manejar la mayoría de situaciones; aunque algunas se escapan al libre albedrío. Y no todos actuamos igual, al contrario. Ante un mismo hecho, aparece desde la bondad más admirable hasta la maldad más execrable.

Elección. Todos la tenemos.

Los derroteros de mis pensamientos me llevan hasta Alejandro y su forma de

actuar ante lo ocurrido. No lo culpo por alejarse de mí y decidir que Marina es su opción más viable y segura. Una mujer de su círculo social, educada desde que nació para ser la sombra de un hombre como el gran CEO

Alejandro Fernández. Llego a pensar que, al fin y al cabo, lo sucedido es lo mejor para todos, pero algo no me cuadra. ¿Se ha olvidado de mí de un día para otro? ¿Se puede hacer eso? Para la que cuenta la historia resulta increíblemente difícil olvidar al hombre que amó hace diez años, imposible desterrar de mi mente al que amé hace solo cinco minutos.

No. No me lo creo. Algo está pasando y he de averiguar de qué se trata.

Jueves. Una semana antes de Navidad. Hace frío y tengo los pies helados.

Y, sí, ni putas ganas de levantarme. Hoy es el día de la gran fiesta de MKD y aún me queda un trillón de cosas por hacer. Me duele la espalda, los riñones y el alma. Sobre todo, esto último, y el paracetamol no sirve para el mal de amores, os lo digo yo. Y sí, también me encanta quejarme. Disfruto flagelándome, por más que comprenda que de nada sirve el masoquismo.

Tengo que levantarme, he de ir a trabajar al « *pasaje del terror* », encontrarme con *ELLOS* y asistir a esa fiesta en la que cualquier cosa puede ocurrir. Mi gozo en un pozo. Mierda *pa* mí.

Dejo de dar vueltas en la cama quince minutos después. Gruño para mis adentros y me levanto de un salto. O lo hago así, o me pueden dar las doce de la mañana en posición horizontal. Hoy es de esos días que podría salir ardiendo la casa y yo me quedaría acostada un poco más.

Pongo música en el móvil, y lo conecto por bluetooth al altavoz en forma de lata de Coca Cola que Roberto me regaló hace algunos meses. Doy al play en mi lista aleatoria y comienza a sonar *Welcome to the Jungle* de GunsN

Roses. ¿En serio? Me tiro sobre la cama riendo a carcajadas abrazándome a mí misma. Tiene mucha gracia.

Una ducha, y medio kilo de rímel y *eyerline* después, llego a la cocina vestida con un pantalón pitillo gris, blusa blanca, tacones negros de seis centímetros

y chaqueta de ejecutivo abierta color carbón. Me recojo el pelo en una cola alta detenidamente despeinada. El día promete ser largo y agotador. Mejor prepararse para la batalla.

—Buenos días —saludo a Sara que vuelve a pelearse con un electrodoméstico. Esta vez con la tostadora.

—No se me dan bien estos chismes —sisea entre dientes.

—Creo que con la vitro todavía no te has enfrentado.

Sirvo los cafés en nuestras tazas preferidas mientras ella gana el segundo round y, tras un último golpe, la enciende por arte de magia. Se gira y sonrío forzada.

—Muy graciosa ¿Tostadas?

—Me hubiera conformado con unas galletas Oreo.

—No hay, te las has comido todas. Como no controles el peso, te vas a poner como una foca. Una amiga de mi madre engordó treinta y cinco kilos en el embarazo. No cabía por la puerta de su casa, tuvieron que romper el marco para que saliera el día que se puso de parto. En serio.

—Aún no sé qué voy a hacer... —Echo azúcar y remuevo la leche—.

Tengo que pensarlo.

—¡Oye! Hoy es la fiesta de navidad de la empresa ¿no? —Cambia de tema. Mi cara le ha dado pistas fiables sobre lo poco que me apetece hablar de ello.

Asiento con la cabeza mientras doy un sorbo al café e intento centrarme en su aroma y su sabor.

—¿Quieres que te ayude a vestirme? ¿O con el peinado?

—No es necesario, pero si lo hicieras, te lo agradecería.

—¿A qué hora tienes que estar allí?

—Creo que a las nueve.

—Vale, tenemos tiempo. Puedo llegar a casa a las siete.

No puede ser. Esto no puede estar pasando. Cierro varias veces los ojos y los abro esperando que sea un sueño. Me pellizco el brazo durante unos segundos cada vez más fuerte. Joder. Es real. No se trata de una pesadilla de esas que suelo tener y tras la que me despierto sudando. Espera, aún hay una posibilidad. Aguanto la respiración con la esperanza de despertarme antes de morir asfixiada. Bueno, solo sería la sensación de estarlo, pero me despertaría, que es lo importante. Nada. Toda la confianza puesta en esta última maniobra se va al traste unos segundos después, exactamente los veintisiete que tardo en abrir la boca e inspirar una gran bocanada de aire. El ascensor ha dejado de moverse entre la planta ciento treinta y cinco y ciento treinta y seis. No me gustan los sitios pequeños, cerrados y con mucha gente.

La lanzadera posee más metros cuadrados que el salón de mi casa, pero le faltan ventanas... mierda. O cambio los pensamientos, o comienzo a gritar como una loca y asesino al pasaje para no tener que compartir el oxígeno.

Divago.

Abro el bolso y cojo una botella de agua, le doy un sorbo y la guardo. Me la bebería entera, pero no estoy segura del tiempo que tendré que aguantar aquí. La gente; que no yo, comienza a ponerse nerviosa y a hablar demasiado alto. Le pregunto a una señora un poco mayor si se encuentra bien y me contesta que no le gusta la idea de estar suspendidos a más de cien pisos de altura. Es irónico. Llevo años tratando de no caer en un abismo imaginario, y ahora estoy a punto de hundirme en uno tan real que, si ocurriera, no quedaría de mí ni un trocito entero. Animo a la mujer, asegurándole que es imposible que la lanzadera caiga en picado y, cuando termino mi charla explicándole las altas medidas de seguridad que lleva un cacharro de estos —sí, le digo cacharro—, el ascensor pega un zarandeo y nos movemos. Todos, incluida yo, por supuesto, damos un grito seco y nos agarramos a lo primero que pillamos; y lo primero que yo pillo es un brazo duro y recio que me resulta más familiar de lo que me gustaría. Abro los ojos y me encuentro con los de Alejandro que me observan endurecidos. No me había percatado de su presencia, en el habitáculo puede haber treinta personas, pero me parece curioso no haberlo

sentido. Su cuerpo siempre atrae al mío sea donde sea, sea como sea.

«Y así ha ocurrido».

Llevas razón.

Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada. Por nada del mundo me apartaría y dejaría de tocarlo. Sin embargo, algo en su rostro me dice que no lo haga, así que lo suelto, le pido disculpas con un susurro inaudible y me retiro de su lado. Él sigue sin decir ni una palabra. La lanzadera comienza a ascender, y tras un minuto llega a lo que decido, en ese instante, que será mi destino. Son pocos los que quedan dentro cuando bajo en la planta 210. Casi no podía respirar, y tal vez sea buena idea pasarme a tomar un café y algo dulce por la cafetería.

Entro en mi despacho, y Berta ya me espera para recordarme la lista de tareas del día de hoy. Me invita para que la acompañe a la manicura a la hora de la comida y acepto encantada. Por lo visto, si vamos las dos, nos hacen un cincuenta por ciento de descuento a cada una. Me miro las manos y me doy cuenta de que, efectivamente, es una gran idea, mis uñas me lo agradecerán y lucirán preciosas.

A las doce de la mañana recibo una llamada de Fernando. Me invita a comer a casa el fin de semana y me promete que no sacará el tema de Alejandro. Acepto encantada, tengo ganas de ver a mis sobrinos y comérmelos a besos. Justo cuando voy a colgar, me llega un mensaje de texto de Clara. Mañana por la mañana vuelve a Madrid y quiere que salgamos a tomar algo por la noche. Le contesto que la esperaré en el apartamento a la hora de cenar, le mando un beso y me despido de ella para poder seguir con las tareas.

Toc, toc.

—Adelante —digo mientras leo varios documentos a la vez.

Victoria entra con cara de circunstancia.

—¿Ocurre algo?

—El señor Fernández quiere verte en su despacho. Está bastante enfadado esta mañana.

Ni que eso fuera una novedad. Últimamente vive en un mosqueo permanente.

—No te preocupes. He aprendido a manejarlo —sonrió triste.

—Ha discutido con Álvaro... por su padre.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Creo que no.

Me levanto y cojo el bolso. Será mejor que no lo haga esperar.

Camino por los pasillos al lado de Victoria respirando con dificultad. Me animo repitiendo en mi mente que, aguantar cualquier cosa que me quiera decir, o ladrar, forma parte de mi trabajo en la galería desde que nos mudamos a la Torre de Cristal; y más concretamente a las instalaciones de MKD. Lo aguantaré estoicamente y volveré a mi cubículo con la cara muy alta.

«Y la dignidad; y las bragas, intactas».

Y eso.

Llego hasta la mesa de Natasha, y esta me invita a pasar después de preguntar por el pinganillo al Dios Irascible y Controlador si está preparado para recibirme. Llamo a la puerta y, tras escuchar un hosco adelante, me adentro en la que siempre consideraré la cueva del lobo.

Paro en medio del gran despacho rodeado de cristales desde donde se puede ver toda la ciudad. La luz entra reflejándose en su pelo y definiendo cada uno de los músculos que se mueven bajo la camisa blanca. Mira la pantalla del ordenador, concentrado, como si yo no estuviera de pie a un par de metros de él deseando que la tierra me trague.

Levanta el mentón y nuestras miradas se encuentran. No dice nada, aprieta la mandíbula y agarra el reposabrazos con las manos hasta que los nudillos se le

ponen blancos.

—Acércate —ordena con voz áspera y sexi.

Mierda.

Camino unos pasos, los justos para frenar delante de la mesa. El pelo le cae sobre la frente, sin embargo, lo que me distrae es la barba de dos días que ahora se toca con suavidad.

—Ven aquí. —Sigue cambiando el tono a uno más rudo y enfadado. No le gusta tener que repetirse.

Aprieto los puños y respiro hondo. Hoy me siento valiente.

—Lo que quiera decirme puede hacerlo desde ahí.

Escucho el rechinar de sus dientes. El oxígeno de la habitación desaparece y el ambiente pesa tanto que me aplasta el pecho. Tras unos segundos, curva la boca convirtiendo su gesto en una sonrisa dura. Se levanta con parsimonia, va al mueble donde tiene las bebidas, abre el frigorífico invisible y coge una botella de agua. La abre y bebe sin prisas. Veo cómo sucede todo por el rabillo del ojo, pero él sabe que no pierdo detalle. Ignorar el grácil movimiento de su musculado cuerpo no entra dentro de mis planes. Juega mi yo kamikaze. Deja la botella sobre una mesa y camina hasta parar justo a mi espalda. No me muevo, cierro los ojos y contengo el aliento.

—¿Te gusta jugar? —susurra demasiado cerca de mi oído. No me toca, pero puedo apreciar su calor rodeando mi cuerpo.

—No sé a qué te refieres —mi voz tiembla.

Pone sus manos sobre mi cintura y muy pero que muy despacio me gira poniéndome frente a él. Sigo con los ojos cerrados e intentando no respirar, sin embargo, ya os he dicho que mi récord máximo bajo el agua son veintisiete segundos, después de eso, me muero.

—Abre los ojos —ordena.

Niego con la cabeza.

Me aprieta fuerte sobre la piel con los dedos.

Los abro y su mirada me espera convertida en gris plata.

—Vamos a hablar claro. No te follo porque no quiero, no porque no pueda.
—Noto el calor de su aliento en mis labios—. Estoy harto de esto. Tal vez no lo sepas todavía, pero elegiste a Álvaro cuando lo besaste y voy a aceptarlo. Es mi hermano. Haría cualquier cosa por él. Y haría cualquier cosa por ti.

—Te vi besando a Marina —musito mirando sus sabrosos labios que se humedecen a pocos centímetros de los míos. Ni yo misma entiendo qué quiero conseguir, pero sale de mi boca sin poder pararlo.

—Es lo mejor para todos. Dejémoslo estar. —Trata de zanjar el tema.

—Tú ya la tienes a ella ¿es eso? —Se me pasa por la mente una idea que provoca que la bilis suba desde el estómago hasta mi garganta—. ¿Vuelve a ser tu prometida?

—No digas estupideces. —Se aparta y da un paso aumentando nuestra distancia—. Si por mí fuera, te trasladarías a Barcelona hoy mismo.

Esta última frase se me clava en el corazón como una estaca afilada.

—No es necesario...

Suena el teléfono y me callo. Alejandro rodea la mesa y se lo lleva a la oreja. Durante unos minutos habla con su interlocutor, momento que aprovecho para recuperarme de su cercanía y de lo que acaba de decir. Quiere que me vaya, no desea tenerme cerca. Está claro que lo nuestro ha terminado para él.

Cuelga y me mira.

—Si no tiene nada más que decirme, tengo que volver al trabajo.

—Siéntate —dictamina sin titubear.

Lo reto sin hacerlo, pero esta lucha la pierdo. Sus ojos atraviesan los míos diciéndome que no tiene demasiado a la suerte.

Teniendo en cuenta que es mi jefe, lo hago.

—El lunes viajamos a Nueva York, volveremos el jueves por la mañana.

—El jueves es Nochebuena —me quejo tentando a la suerte.

—Natasha te dará los detalles del viaje. —Sigue ignorando mi lamento—.

Saldremos a primera hora. Vamos en mi jet privado, así que lleva el equipaje que necesites.

Durante cinco minutos aumenta mi listado de tareas pendientes en unos doce renglones.

—Eso es todo. Llama a Victoria y que te informe sobre el cambio en la seguridad de la fiesta de hoy. Ha habido problemas y Álvaro se ausentará todo el día.

—¿Por qué me has puesto escolta? —Cambio de tema ahora que ha terminado de darme órdenes.

—Porque puedo.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Puedes irte. —Me echa sin ningún tipo de tacto.

Durante unos segundos ninguno dice nada, solo nos retamos con la mirada. Me levanto recordando que me prometí salir con la dignidad intacta.

Giro sobre mis zapatos de tacón y enfilo la puerta.

Su voz me frena justo antes de salir.

—Señorita Sánchez —me interpela. Me vuelvo y me encuentro con su indescifrable mirada—. Dígale a su amiga que me debe un traje de más de

tres mil euros. —Comienzo a girarme, pero me para de nuevo—. Espero que se divierta esta noche en la fiesta. No se pase con los gin-tonics. —Y esto último es una advertencia en toda regla.

HACE UN AÑO Y TE SIGO OLIENDO

Cuatro años y medio antes.

—Vamos tío, si la tienes en el bote.

—No me interesa.

—¿Eres gay? ¿Es eso? —me pregunta Jean mientras abre una lata de cerveza
—. No me importa...

—Claro que no. —Lo corto—. Si fuera gay, ya lo sabrías.

—¿Entonces? No sales con nadie desde que te conozco, y de eso hace ya casi un año.

Exactamente trescientos cuarenta y cuatro días y pocas horas. Ese es el tiempo que hace que dejé Madrid para venir aquí. Y solo un día más que no la veo a ella. No tuve cojones suficientes para acercarme y despedirme, solo hubiera empeorado las cosas. Sin embargo, quise verla una vez más y la perseguí por la calle durante unos minutos. La vi tan triste que me odié por ello. Un año llevo en la ciudad que he convertido en mi casa a la fuerza.

Luchando cada día por no volver, arrodillarme y pedirle perdón. Descubrí

hace ya muchos meses que soy un idiota redomado, y lo acepto. Que soy un cobarde, me está costando asimilarlo un poco más.

Le va bien, ha empezado a salir con otros chicos y parece que se ha olvidado de mí. Me costó varios meses convencer a Clara para que me diera alguna información sobre ella, no obstante, la entiendo. Me porté como un cabrón con su mejor amiga y no merezco lo que hace por mí. No le caigo bien, pero hablamos con educación y nos respetamos. Le he prometido no volver a acercarme a Daniel si ella atiende mis llamadas de teléfono. Y con eso me conformo, con saber que la vida le sonrío y es feliz.

—No digas estupideces. No tiene nada que ver.

—¿De qué habláis? —Lucie llega hasta nosotros con tres bocatas envueltos en una especie de bolsa de papel y los deja sobre la mesa. Se sienta a mi lado. Pasaríamos mucha hambre si no fuera por ella.

—Jean cree que soy gay porque no me acuesto con nadie.

—Jean cree que puede tirarse a Carla Bruni. No tiene credibilidad.

—Gracias. —Le agradezco el apoyo con un beso en la mejilla—. Tú eres mi única chica. —Le guiño un ojo.

—Mis padres nos invitan a cenar el jueves.

—No puedo, he quedado con Gabriela. Algunos necesitamos follarse de vez en cuando —dice Jean mientras me mira con una ceja enarcada.

—Pues llama a mi madre y le dices que no vienes —presiona Lucie.

—Está bien, iré. Pero solo porque hace el aligot más exquisito que he probado.

No claudica por eso, sino porque adoramos a la señora Yount. Nos trata como si fuéramos de la familia, siempre nos cuida y se preocupa por nosotros. Además, nos encanta pasar tiempo con ella hablando de arte y de política. La considero una gran mujer. Una señora de los pies a la cabeza.

Elegante, divertida y educada.

La semana transcurre con bastante lentitud, como casi todas. La tutora del Máster habla con nosotros acerca de los trabajos que hemos entregado y que considera muy buenos, tanto que nos propone publicarlos a través de una plataforma universitaria que apoya este tipo de proyectos. El miércoles salimos a celebrarlo y nos tomamos unas cervezas. Jean intenta convencerme sobre formar parte de un trío con un bombón de mujer que nos lo propone abiertamente. Me niego en rotundo y pienso que bromea con fantasías sexuales o ha perdido totalmente la cabeza.

—¿Estás loco? ¿Lo has hecho alguna vez?

Se carcajea de la cara que pongo y sigue bebiendo como si su estómago fuera un camión de mercancías peligrosas.

Lucie llega hasta nosotros seguida de una amiga que nos presenta como Eve. Se conocen desde la infancia, compartieron colegio y posteriormente instituto. La separación llegó cuando eligieron carreras totalmente distintas, esta estudió económicas. Trabaja en el departamento financiero de una multinacional y, tal y como habla, le apasiona su profesión. Charlamos durante toda la noche y lo paso bien, el único inconveniente proviene de aguantar a Jean haciéndome señas para que me la tire. A las dos de la mañana llega Gabriela y, por suerte, desaparecen.

—Buenas noches, señora Yount, gracias por invitarnos. —Le beso la mejilla.

—No sé cómo deciros que me llaméis Mónica. —Sonríe mientras me echa la reprimenda—. Me hacéis mayor de lo que soy.

La madre de Lucie puede sentirse de muchas maneras, sin embargo, no creo que diga en serio lo de creerse mayor. Desde luego no lo es, pero además aparenta mucha menos edad de la que tiene. Nunca se la he preguntado, mi madre me educó como un caballero, lo saqué haciendo cuentas cuando su hija nos contó lo joven que se quedó embarazada su madre. Todos sabemos contar, hasta los que hemos estudiado Bellas Artes.

Nunca me deja de sorprender la inmensidad de la finca, yo crecí en una gran

casa donde era fácil perderte por los pasillos, pero esta le gana con creces. La primera vez que vine aquí entendí de dónde le viene a Lucie el gran amor que siente por el arte. Cada pared de cualquier habitación no tiene nada que envidiar a ningún museo que se precie. Mirar las obras de cada rincón te transporta a muchas épocas diferentes, algunas de ellas complicadas de soportar.

—Jean, he hecho aligot para acompañar a la carne —comenta mientras camina delante de nosotros.

—Gracias, Mónica. —Le agradece mi amigo

—Seguro que no coméis nada caliente desde la última vez que estuvisteis aquí. —El inmenso salón lleno de luces y con una gran mesa en medio se abre ante nosotros.

Lleva razón. Sobrevivimos a base de bocadillos, latas de refrescos y cerveza.

—¿Dónde está papá? —pregunta Lucie.

—En su despacho, hija mía. Siempre en su despacho.

Mi amiga desaparece por las escaleras dando saltitos y sonriendo. Me encanta verla tan feliz, adora a su padre y él la adora a ella. Solo hay que verlos juntos. La niña de sus ojos, se suele decir.

La cena transcurre amena y relajada entre conversaciones de todo tipo.

Desde lo que hicimos la última vez que fuimos a esquiar los tres juntos, hasta nuestro futuro más inmediato. Me incomoda hablar sobre lo que espero que me depare el destino, no porque no desee ser feliz y alcanzar mis sueños, sino porque ya lo tuve todo entre las manos y lo dejé escapar sin pensar que perderlo todo, quizá no me satisficiera en absoluto. Que es lo que está ocurriendo. Ya sabía que pasaría, perderla a ella conllevaba perder todo lo demás, dejé en Madrid mucho más que mis sueños, también mi vida.

Me detengo en la puerta del apartamento de Lucie pasadas las doce de la noche. Me cuesta muchas promesas convencer a Jean para no salir de

marcha, no me apetece tomar unas copas rodeado de gente que no conozco de nada. Además, dejar la cocaína no ha sido fácil. Llevo un año limpio y no entra en mis planes volver a probar esa mierda, no obstante, siempre estoy alerta.

—¡Mierda! Joder.

—¿Qué ocurre?

—No he cogido llaves —Lucie pone su bolso boca abajo y lo que hay dentro cae sobre su regazo.

—¡Pero si llevas de todo!

—Menos la llave —chasquea con la boca.

—¿Dónde está Cristina? —pregunto por su compañera de piso.

—Con su novio en los Alpes Suizos.

Meto una marcha y me incorporo al tráfico.

—Un día vas a perder la cabeza. —Sonrío.

Entramos en mi apartamento de Montparnasse muertos de risa recordando una vez que nos perdimos en una escapada a Pontoise, una ciudad en el valle del río Oise, y que algunos consideran capital del movimiento impresionista.

Camille Pissarro vivió en ella durante más de quince años y artistas como Vincent van Gogh o Gustave Loiseau trabajaron en la zona. Caminamos hasta la catedral gótica de Saint Maclou y, cuando nos dimos cuenta, no sabíamos dónde nos encontrábamos ni dónde habíamos aparcado el coche.

Llovía a cántaros y Lucie resbaló cayendo de culo sobre un charco de barro.

—Has dejado el apartamento precioso —comenta mientras se tira en el nuevo sofá.

Voy a mi habitación y cojo unos pantalones cortos y una camiseta que le

sirvan de pijama. Lucie no es muy alta, pero le valdrá. Le ofrezco la ropa y me sonrío con gratitud. Sus ojos marrones, especiales por la luz y alegría que desprenden, me miran divertidos.

—Tu ropa me está enorme —contesta a sabiendas. Ha dormido aquí muchas más veces antes, aunque hace tiempo de la última vez.

—Deja de quejarte. ¿Quieres un café? ¿Un vaso de leche con cola-caó tal vez? —bromeo.

—Eres imbécil. Quiero dormir. —Se levanta y camina hasta la habitación de invitados.

Me doy una ducha rápida, me pongo el pijama y voy a ver si quiere algo antes de dar el día por finalizado. La luz de la habitación llega al pasillo y escucho ruido dentro.

Veó a mi amiga con una foto en las manos y se me cae el alma a los pies.

Me acerco a ella veloz y se la quito. La miro durante una milésima de segundo y la guardo donde estaba, en una especie de caja de plata que heredé de mi madre dentro de un cajón que Lucie ha tenido que abrir para encontrarla. Recuerdo el momento que inmortaliza la foto, Dani me sonreía mientras yo intentaba hacerle cosquillas con una Polaroid en las manos revolcándonos en mi cama del ático de Madrid.

Lucie me mira como si hubiera descubierto que la tierra es redonda.

—Es por ella... Es por ella ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—Por eso no sales con nadie, esa chica... Ella es la que no deja que seas feliz.

—No sabes lo que dices —contesto realmente molesto—. ¡Eres una metomentodo!

—¡Oye! No tienes que contarme nada si no quieres. Pero no es necesario que

me insultes.

—Joder, Lu. No me gusta hablar de mi vida.

No, nunca le he contado a nadie lo que pasó. Hablar de Dani, y de cómo me comporté con ella, me hace sentir una mierda de persona, pero además tendría que explicar por qué la dejé y actué de esa forma; y decirle a alguien que mi madre se quitó la vida voluntariamente y que el cabrón de mi padre tuvo la culpa, no me apetece lo más mínimo.

Salgo del dormitorio entre un millón de contradicciones. Hablar de ello con alguien quizá me sirva para desprenderme un poco de su recuerdo, y Lucie, junto con Jean, es mi mejor amiga. Una hora después de acostarme no consigo dormir, hacía meses que no me permitía ver una foto suya y ahora recuerdo por qué. Me incorporo y me siento sobre el filo de la cama.

—Yo tampoco puedo dormir —susurra Lucie caminando descalza hasta donde me encuentro. Toma asiento a mi lado y apoya la cabeza en mi hombro —. No te enfades conmigo, no lo soporto.

—No estoy enfadado. Lo siento. —Le doy un beso en la mejilla y la abrazo —. Aún no he aprendido a hablar de ella. —Admito de alguna forma que ha dado en el clavo en casi todas sus conclusiones.

—Es muy guapa.

Lo es. Suspiro con ganas. Cojo aire con fuerza y a continuación lo expulso.

—Ella no es la culpable de que yo no sea feliz. Por eso me he molestado tanto lo que has dicho. Fui yo quien la dejó.

Le cuento todo, con pelos y señales. No dormimos demasiado, vemos el amanecer desde mi cama. Conseguimos que el sueño nos envuelva cuando los primeros rayos de sol atraviesan la ventana.

A la mañana siguiente llamo a Clara, hace pocos días que hablamos por última vez y nunca lo hacemos tan a menudo, pero después de lo de anoche siento una necesidad imperiosa de saber de Daniel. Como siempre, no me

recibe con mucho agrado, no obstante, siempre le agradeceré que aceptara nuestro trato. Ella me informa y yo no me acerco a ella.

—Sigue bien. No ha cambiado mucho desde la última vez que llamaste.

Hablo más contigo que con ella —ironiza.

—¿Qué ha pasado con el trabajo? —ignoro su forma de decirlo. Me llama pesado sin especificarlo.

—De momento nada.

Meses después terminamos el Máster y nos graduamos con honores.

Cenamos con los compañeros y Marieta Fiquet, nuestra profesora y tutora durante estos meses de estudio, nos cita a Jean, a Lucie y a mí unas semanas después de una forma un tanto críptica. Me resulta muy raro que no nos emplazara en su despacho en la universidad, así ha sido siempre durante este año. No me alerta que quiera hablar con nosotros, sino el hecho de que el lugar de la cita se sitúe en las afueras de la ciudad, por añadidura difícil de encontrar.

MADRE DEL AMOR HERMOSO

Qué ilusión me hace asistir a una fiesta donde Alejandro y Álvaro actúan como anfitriones. Tengo tantas ganas de llegar al evento, que no quepo en mí de gozo y satisfacción. Me cago en la leche agria y *cortá*. No pierdo la esperanza de que el nivel del mar suba tantos metros que se trague la península ibérica al completo –pero sin víctimas de por medio, no tengo tanta maldad–. Podría empezar a llover e inundarse la ciudad, o ¡nevar!, nevar mucho y sin parar. O... yo que sé..., que una escuadra de naves extraterrestres a lo Independence Day se pose sobre el cielo de Madrid y las autoridades comuniquen que no podemos salir de casa hasta nuevo aviso hasta dentro de cuarenta años o más.

Me siento como cuando mi padre me obligó a ir a cenar a casa de unos amigos cuyo hijo odiaba porque me hacía la vida imposible –entonces no tenía nombre, ahora se llama bullying–. El muy cabroncete me tiraba del pelo, me subía la falda o escupía en mi refresco, hasta que un día le metí un petardo en el bolsillo del pantalón de los de a peseta; yo debía tener seis o siete años, era consciente ya de que no quería desgraciarlo de por vida. Y

surtió efecto, jamás volvió a acercarse a mí, ni aunque yo repartiera caramelos el día de mi cumpleaños.

Me miro en el espejo de nuestro cuarto de baño de arriba abajo, y clavo los ojos en mi vientre prácticamente plano. Pongo la palma de la mano abierta sobre él y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. En una tienda escondida de una recóndita calle de esta ciudad compré hace tres días un vestido rojo,

corte sirena y amarrado al cuello. Se pega a mi cuerpo a la perfección. No es un Prada ni un Valentino. No tiene ni nombre ni apellidos, pero no le hace falta. Su tejido, fino, liso y de gran calidad lo hace realmente impresionante.

Zapatos negros, bolso negro con adornos plateados y chaqueta también plateada. Sara me ha recogido el pelo después de ondularlo un poco con las tenacillas. Maquillaje *Chanel* –para ocasiones especiales–, labios rojos –ya sabéis la marca–, sombra de ojos en tonos grises *Oriflame* y *eyerline* negro *Smashbox*.

—¡Madre del amor hermoso! —grita Sara desde el sofá.

—¿Qué? —pregunto mirándome y girando sobre mí misma creyendo que, como mínimo, se me ha corrido el rímel o el vestido se ha roto por algún lado.

—Estás despampanante.

Suspiro aliviada. Mierda de nervios pre fiesta de los demonios.

—Pero cambia esa cara. —Aconseja mi amiga demasiado sonriente. Algo se me escapa—. Parece que estés estreñida.

Bufo mientras camino hasta la cocina a por un vaso de agua. Vuelvo con él en la mano y la miro.

—¿Por qué no me acompañas? —pregunto.

—Porque ya tienes acompañante.

—¿A qué te refieres?

En ese momento suena el timbre de casa y Sara se levanta a abrir la puerta.

Cuando lo veo, me quedo de piedra. Últimamente pierdo la cabeza demasiadas veces e incluso admito tener lagunas. Si siempre he sido despistada, cuando me estreso lo soy aún más. Pero recordaría que he quedado con Álvaro en que viniera a recogerme para asistir juntos a la cena de navidad de MKD. No podría olvidarlo.

—Hola —saluda natural y sonriente con las manos metidas en los bolsillos. Lleva un traje negro de Armani cosido al cuerpo con blusa blanca y sin corbata. El *dresscode* por el forro. Porque él lo vale.

Miro a mi amiga pidiendo una explicación.

—A mí no me mires. —Levanta las manos—. Yo solo lo he dejado subir.

—Pasa por mi lado antes de desaparecer en su dormitorio y susurrarme al oído «*lo buenorro que está el mamón*». Cierto, pero eso no explica qué hace aquí; aunque sí que mi amiga salida lo haya dejado subir.

—Perdona...

—Se hace tarde, tenemos que irnos. —Mira su reloj de miles de euros.

Álvaro es un hippy con dinero, de esos a los que se les llena la boca proclamando la igualdad de oportunidades, pero se gasta un dineral en un cacharro que lo único que hace es dar la hora.

«*Tú te lo gastas en zapatos*».

No tanto.

Me sorprende lo que ha cambiado en estos años. Antes luchaba porque la cultura llegara a todos los sectores de la sociedad, ahora viste de Armani y compra y vende arte. ¿Cuándo se convirtió en lo que odiaba?

—Tú y yo no habíamos quedado —digo segura achicando los ojos.

—Voy a llevar a una amiga a una fiesta a la que, casualmente, estamos los dos invitados.

—Lo siento, pero ya tengo acompañante. —Me tiro un farol.

Me clava la mirada y frunce el ceño. A continuación, sonrío enseñando esa dentadura blanca y perfecta rodeada de unos mullidos labios.

—Mientes.

—Claro que no. —Me cruzo de brazos—. Llegará en seguida.

Camina unos pasos hasta llegar a mí.

—¿Quién es? —Arquea una ceja divertido.

—Un amigo.

Vuelve a sonreír, levanta la mano y me acaricia el rostro. Me estremezco.

—¿Sabes que no se te da bien mentir? —No contesto—. Cuando lo haces el corazón se te acelera, te sonrojas y parpadeas más de lo normal. Tenemos dos opciones, me voy solo y nos vemos allí, nos saludamos como jefe y empleada y pasamos el uno del otro; o hacemos el trayecto juntos, dos amigos que van al mismo lugar a pasarlo bien y a disfrutar.

—Elijo la primera opción —digo con la boca pequeña.

—Prometo no sobrepasarme —contesta pícaro. Y como no cambio el semblante serio, él también lo transforma a uno más formal y sigue.

—¿Sabes lo que ocurre? Que anoche dormí contigo y no me puedo quitar tu olor de dentro, lo intento, pero no se va. Se ha agarrado tan fuerte que prefiero dejarlo estar porque además así te siento más cerca.

—Álvaro, no lo vas a dejar estar ¿verdad? —suspiro.

—Jamás.

La limusina nos deja frente al hotel. Nada más bajarnos del coche Álvaro busca mi mirada, pero yo la aparto. Los dos sabemos qué significa este sitio para mí y... para él. Aquí terminó nuestra «gran» historia de amor; esa que empezó enamorándonos como dos locos y acabó, al parecer, sin ninguna razón. Álvaro llega a mi lado, me coge de la mano y nos pone frente a frente.

Agarra mi mentón y levanta mi cara obligándome a que mis ojos, brillantes de emoción, encuentren los suyos, ávidos de perdón.

—Déjame borrar esta noche todos esos malos recuerdos que te evoca este

lugar. Déjame borrar esas sensaciones y así podamos ser libres los dos.

Libres para empezar. Dame una oportunidad contigo. Durante estos seis años yo no he dejado de pensar en ti, me aferraba a tu recuerdo, era lo único que me ayudaba a seguir, mientras tú hacías todo lo contrario. Combatías contra el sentimiento que te unía a mí tratando por todos los medios de olvidar cada momento. Por favor, sé justa con nosotros. —Tiene gracia, él no lo fue—.

Hay una razón por la que no vine antes y espero poder contártela algún día.

Mientras... solo recuerda por qué el destino desea que estemos aquí, juntos.

Tal vez debamos limpiar emociones hasta deshacernos de las que nos han hecho infelices durante demasiado tiempo.

—Nunca he luchado contra lo que sentía por ti. Te amaba tanto que supe desde el principio que de nada valdría. Llevas razón en que he tratado de olvidar, pero solo para que doliera menos. Sin embargo... da igual todo... las cosas han cambiado, Álvaro. No puedo negar lo que siento por él. No te puedo mentir, lo... lamento. —Agacho la cabeza como si lo que digo me avergonzara.

—No te disculpes. —Vuelve a levantarla y sonrío—. Vamos a entrar, vamos a pasarlo bien y todo lo demás... vendrá después.

Entramos en el vestíbulo ya abarrotado de gente, mi brazo sobre el brazo de Álvaro. Al contrario de lo que se me pasa por la cabeza, no acaparamos ninguna mirada; o muchos están al tanto de nuestra –no–relación, o a nadie le importa lo que hagamos o dejemos de hacer. Me ilusiona pensar en esta segunda opción. Entrometerse en la vida de los demás debería estar penado por la ley, incluso opinar sobre ella. Que cada cual haga y deshaga como crea conveniente sin tener que verse presionado por el qué dirán. Así debería ser, pero ni de lejos. No vamos a engañarnos, a todos nos preocupa ciertas opiniones ajenas; que no todas. Sin embargo, como soñadora empedernida, me encanta pensar en un mundo sin prejuicios, donde todos vivamos libres, hagamos lo que nos apetece sin sentirnos coaccionados por ideas que unos pocos se sacaron de la manga mientras se creían reyes del mundo, proclamándolas como verdades únicas y universales.

Supongamos que Álvaro me engañó, que de alguna manera lo hizo.

Supongamos que decido perdonarlo, que de alguna manera lo hago.

Supongamos que decidimos darnos otra oportunidad aceptando lo que pasó y recibiendo un futuro incierto, pero convirtiéndonos en luchadores de sumo capaces de pelear contra todo y contra todos para conseguir algo tan normal como la felicidad. Nadie, NADIE debería juzgarnos por nuestras decisiones personales. Decisiones que tomamos tras haber vivido una serie de circunstancias únicas que los demás desconocen. No esperes que todos entiendan tu viaje, especialmente si nunca han tenido que recorrer tu camino.

Esto no es mío, lo vi en *Facebook* esta mañana durante mi descanso para el café, pero es exactamente lo que trato de expresar.

Suponer que Álvaro y yo hemos decidido darnos otra oportunidad es mucho suponer, así que digamos que Berta ahora solo me mira arqueando una ceja porque no entiende muy bien que no le haya contado que vendría acompañada por nuestro jefe, mi ex novio y hermano de mi último amor, dueño y señor de todo lo que nos rodea cada mañana.

—¿Estás bien? —Álvaro me pregunta con voz preocupada bajo un susurro que escucho a través del murmullo que nos rodea, el cristal de las copas chocar unas con otras y risas distraídas no muy lejos de donde nos encontramos.

—Necesito una copa de vino. —Una copa de vino... ¿podría dañar al feto? Y si... ¿solo le doy un sorbo?

—Espérame aquí, la traigo en seguida.

—Álvaro. —Lo paro—. Prefiero una Coca Cola. Muy fría.

—¡Estás... estás impresionante! —Berta me sonrío con una copa de cava en la mano.

—Igualmente, señorita. —Le devuelvo el gesto acompañándolo de una divertida reverencia—. ¿Aún no ha llegado Victoria?

—Sí, la he visto hace un momento con Raúl.

Un chico de mediana altura, delgado y con el pelo verde llega hasta nosotras, se presenta como Joel, de la empresa GonBah, y nos invita a acercarnos al stand donde nos entregarán un pergamino cerrado con la mitad de un poema que leeremos después. El chico, muy simpático y amable, nos acompaña a uno de los laterales de la sala y, tras entregarnos lo que será una gran sorpresa en esta fría noche del mes de diciembre en Madrid, nos informa que podemos ir pasando a la sala donde se celebrará el evento y que se inaugurará dentro de pocos minutos. Álvaro aparece con mi bebida en una mano y saluda a Berta demasiado profesional. Esta se encoge de hombros ante mi arqueado de cejas y sonreímos. Vale que es su jefe, pero yo vengo agarrada de su hombro y estamos en una fiesta. Digamos que el trato formal puede bajar a un cincuenta por ciento de intensidad.

Antes de irnos, Joel le da un pergamino a Álvaro después de desnudarlo con la mirada y darse cuenta de que me he percatado del gesto. Le guiño un ojo y asiento con la cabeza. *«Sí que está bueno, sí»*.

Entramos en la sala casi los últimos; y digo casi porque dos personas cruzan el vano de la puerta justo después. Alejandro y Marina de la Rosa hacen acto de presencia con el brazo de esta enganchado como una miserable garrapata al de él. Se lo cortaba, lo digo en serio. Aunque sé que no tengo derecho a hacerlo. Yo vengo en la misma posición con Álvaro, no obstante, mi odio hacia ella; y hacia el mundo en general, me convierte en una persona ruin y rastrera incapaz de ser justa ni encontrar medida a situaciones totalmente normales.

Me doy cuenta cómo Álvaro me mira por el rabillo del ojo mientras yo agacho la cabeza tratando de ocultar la envidia y los celos malsanos que me quemán en el estómago. Mi sorpresa es mayúscula cuando al reponerme del susto me encuentro con la impertinente sonrisa de Marina a un metro frente a mí y al semblante imperturbable de Alejandro a su lado.

—Siguen sin irte las formalidades —le dice Alex a su hermano, con una voz ruda y grave.

—Me ahogaba el nudo de la corbata —responde este bastante más

distendido.

—No me refería a eso. —Aprieta los dientes.

—Cariño, tengo mucha sed. Vamos a tomar algo. Además, mis padres nos esperan. —Marina ronronea como una gata en celo a Alejandro.

En ese momento, una lámpara de lágrimas del salón de dos metros de largo por tres de ancho le cae a la arpía sobre la cabeza desperdigando sus sesos de pacotilla por todo el suelo de la sala.

Vale, pura invención, pero qué gustazo, ¿no opináis lo mismo? Me encanta el surrealismo en la literatura. Romper con lo real y llegar a lo absurdo, pero mis ganas de que esto ocurra me parecen muy racionales y lógicas.

Desaparecen después de que Alejandro avise a Álvaro sobre algo que no he entendido muy bien. Quiere hablar a solas con él de algo importante, es lo único que he sacado en claro.

Una hora tardo en aburrirme de socializar con los presentes. Una curiosidad que a estas cosas llamen fiesta, no tienen nada que ver con lo que yo considero pasarlo bien. Para nosotras una fiesta es un momento de alegría y algarabía donde hacer el ridículo resulta requisito indispensable y primordial. Si no puedes meter la pata repetidas veces hasta avergonzarte, no es una juerga propiamente dicha. Tenía una amiga en la universidad que pensaba que ninguna salida se consideraba una verdadera juerga si no llegabas a casa después de las cuatro de la madrugada. Ahora tiene dos niñas y se conforma con poder salir de vez en cuando, aunque sea de día. Y no, aquí no puedo perder la cabeza. Está mal visto hacerlo en una cena de empresa, donde, además todos saben que eres o fuiste la novia del gran jefe.

Después de tres Coca Colas y dos Fantas de naranja, y un montón de miradas de desprecio hacia el dios del sexo y su acompañante, decido ir al baño a hacer pis antes de «*mearme como una vaca-burra delante de todos*».

Palabras de Victoria. Y me parecía fina cuando la conocí. Ella y Berta me acompañan contoneando el cuerpo por toda la sala. Siento las miradas sobre nosotras, en concreto una que me abrasa la piel y, por supuesto, a la que

ignoro.

Media hora tardamos en retocarnos y charlar sobre la horrorosa fealdad del vestido de Natasha a la que las tres odiamos a muerte. Le cuento a Victoria mi primera impresión de ella –muy parecida a la que me llevé de la tía que ahora despellejamos sin compasión– y nos echamos unas buenas risas.

Menos mal que se toma a guasa que la llamase «*pelandrusca de tres al cuarto*». Supongo que me perdona porque siempre lo hice en la soledad de mi habitación. Salimos del aseo y caminamos unos cuantos metros sobre nuestros tacones de infarto hasta llegar a una sala bastante menos concurrida que la anterior. Comemos unos cuantos canapés que una simpática camarera nos ofrece. Después del tercero, paté de pato con *nosequé*, me percaté de algo que ocurre en una esquina bastante apartada de donde nos encontramos. Me disculpo un momento ante mis amigas y, con la excusa de hablar con uno de los artistas sobre un tema de trabajo, me escabullo entre la semi penumbra de la fiesta activando todas mis dotes de detective privado.

Me sitúo estratégicamente, entre una gran cortina y un posa bandejas más grande que yo.

—Tampoco juegas limpio llevándotela contigo a Nueva York. —Álvaro aprieta la mandíbula.

—Yo no estoy jugando a nada. Necesitamos alejarla de aquí. Me estoy hartando de que tus mierdas la salpiquen a ella —contesta Alejandro en el mismo tono.

—Tú ya la manchaste con las tuyas...

—¿Y por eso crees que puedes hacer la mismo? —lo corta mosqueado—.

Estamos destrozándole la vida. —Frunce el ceño haciendo aparecer dos líneas de preocupación sobre su rostro.

—Ahí te equivocas, yo solo quiero formar parte de ella.

—Aunque eso la mate. Somos dos putos egoístas.

El éter se apodera del espacio que confluye entre ambos llegando hasta mí en forma de desgarró. Puedo sentir la admiración que Álvaro ha tenido siempre por Alejandro transformada en incomodidad. Son hermanos, por dios. ¿Qué estoy haciendo?

«Cagarla. Más claro, el agua».

—¿Tienes noticias de Lucie? —Alejandro pregunta cambiando el tono a uno menos beligerante y mucho más conciliador.

—Viajo el lunes a París. Jean está siguiendo algunas pistas.

—Aléjate de ella. No voy a repetirlo...

—Señorita —escucho demasiado cerca de mí. Giro la cabeza y un camarero me mira divertido con varias bandejas en las manos—. Le importaría apartarse un poco para poder...

—Sí, sí. Disculpe. —Agacho la cabeza y salgo de allí antes de que mi posición sea descubierta.

—¿Dónde has estado? Te has perdido a Vic llamando *putaca* a Natasha.

Casi se tiran de los pelos. —Berta me mira por encima de su copa mientras bebe.

—Vaya, hubiera sido todo un espectáculo —contesto.

—Esa zorra engreída..., la odio. Ha intentado de todo para escalar puestos en la empresa. Dicen que se la chupaba al señor Fernández todas las mañanas mientras él se tomaba el café... —Cuando se da cuenta de lo que ha dicho, es demasiado tarde. El alcohol... que te mata las neuronas; y ella ya lleva mucho en sangre—. Oh, mierda. Lo siento, soy una bocazas. Son habladurías.

Son... ya sabes, leyendas urbanas tan extendidas como la mamada de la Lewinsky a Clinton. Un tópico. Secretaria le hace una mamada al jefe... — Conforme habla, mete más la pata.

—Está bien..., te hemos entendido —corta Berta con un poco de guasa.

—Joder, soy una estúpida. Perdóname, Dani. Cuando bebo, no sé lo que me digo. Mi padre siempre me dice que valgo más por lo que callo que por lo que hablo.

No entiendo muy bien por qué, pero me hace gracia. Es cierto que, si sigue hablando, al final la lapido. Así que las tres rompemos a reír y me sirve a la vez para deshacerme de la tensión acumulada durante todo el día. Esa misma que me susurraba al oído que algo iba a salir mal.

«*Que saldrá*», me dice mi subconsciente que todo lo vaticina.

LAS FIESTAS Y YO NO NOS LLEVAMOS BIEN

Dos de la madrugada. Segunda visita al baño. Muy pocas veces frecuentado si sumamos todo el líquido que he bebido desde que llevo aquí encerrada. Confinada entre cristales, luces de diferentes colores, lámparas de varios miles de euros, cortinas tejidas con telas importadas de Italia y un montón de gente guapa forrada de euros. «Tú, también». Lloriqueo para mí.

Me encanta darme pena. Me meto en uno de los cubículos y escucho un pitido en el móvil. Lo cojo. Tengo dos mensajes sin leer que no he escuchado por la música. Y son... de él.

Los leo.

No los leo.

«Las dos sabemos que los vas a leer»

La intriga me puede.

«Estás preciosa». Dice el primero.

«Te arrancarías el vestido y lo dejaría hecho jirones». Reza el segundo.

Mierda. Este último consigue que un sudor frío me recorra la frente y se me contraiga el estómago. Curioso que haya tenido tiempo de escribirlos con la zorrasca de Marina agarrada a su brazo durante toda la maldita noche. Por supuesto, no le contesto.

«No te pega hacerte la digna», me dice mi subconsciente, siempre simpático.

Espera que me explique, no adelantes acontecimientos, le replico.

No me faltan ganas de hacerlo, pero lo que le diría me dejaría la dignidad por los suelos, algo así como «dime en qué habitación me esperas», o...

«eres un cerdo engreído que cree que puede hacer conmigo lo que quiera y, ojo, claro que puedes». Mejor guardo el aparato infernal de los cojones y me olvido de su existencia.

Escucho a alguien llorar en el habitáculo de al lado; o eso, o un gato se ha colado por la ventana. Salgo y llamo con un par de breves toques a la puerta.

No contesta. Pregunto si se encuentra bien y, entre sollozos, una mujer joven musita un corto «ya salgo». Unos segundos después abre con cara de circunstancias y los ojos un poco hinchados.

—¿Necesitas algo?

—Oh, gracias. Estoy bien —me contesta Nerea, creo recordar que se llama, bastante compungida.

—Me ha parecido que no lo estabas. Espera... tienes un poco de rímel aquí.

—Cojo un trozo de papel y lo limpio.

—Gracias. La vida es un asco. —Se mira al espejo—. Mi ex marido ha venido a la fiesta a refregarme por la cara que tiene una amante. Si pudiera, le cortaba los huevos.

—Si vas a sentirte mejor, hazlo. —Consigo hacerle sonreír—. Pero habla con propiedad. La vida es maravillosa, son los tíos los que no valen nada.

En ese momento la puerta se abre y Marina y Natasha hacen aparición estelar. Vaya par de pijas imbéciles redomadas envueltas en papel de celofán caro. Nos miran de arriba abajo —igual que nosotras a ellas, por supuesto—.

—Siento la interrupción —dice Marina sin sentirlo. Después habla dirigiéndose a Nerea con un desprecio desmesurado.

—No hay *Macallan* en la barra. Y yo solo bebo esa marca. No tardes en arreglarlo. Tu empresa tiene muy buena reputación y esta no es una fiesta cualquiera. Lo que hagas mal hoy, te puede hundir...

—Whisquera pajillera —susurro apoderada por el espíritu de Sara hormonada hasta las cejas.

—¿Decías algo? —me pregunta levantando el mentón.

Que te daba dos hostias y me quedaba tan pancha.

—Que ya nos vamos. Aquí de pronto huele demasiado mal.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a la prometida de Alejandro Fernández?

—Nerea sonrío entre asombrada y divertida—. Pero... ¿tú quién eres? —
Caminamos hacia la fiesta.

—Esa tía es gilipollas. —Es lo único que se me ocurre decir ante sus preguntas. Tengo dos opciones, contarle todo y que entienda que Alejandro es más mío que suyo; me siento mal por pensar tan egoísta, o pasar del tema y que saque sus propias conclusiones.

Las dos reímos y comentamos lo que acaba de pasar en el baño de señoras cuando Alejandro se acerca a nosotras y nos da las buenas noches educado.

Joder, que se instale un sensor para avisar de su llegada y dar tiempo a mi cuerpo a acostumbrarse a su presencia.

Y, en este preciso momento, Nerea encuentra las respuestas a sus preguntas. Su mirada va del señor Fernández a mí y viceversa, asintiendo mientras encaja todas las piezas. Ya sabe quién soy. Y qué tipo de relación me une a él.

—Me marchó. Voy a ver qué ocurre con el *Macallan* antes de que la *señorita* se atragante con un puerro cocido —me susurra y le sonrío. Me cae bien al instante.

Durante unos segundos no decimos nada. Ninguno de los dos se atreve a abrir

la boca sin meter la pata. Está bien, esto me ocurre a mí porque soy una bocazas que no filtra cuando se pone nerviosa. Él..., no acierto a adivinar por qué no habla.

—¿Lo pasas bien? —pregunta poco después, justo antes de beber de su copa.

Tan bien que prefiero morirme a seguir con esta tortura. Si por mí fuera, me iba a casa a odiarte como te mereces, cabrón engréido enchaquetado que me cambia a la primera de cambio por una guarra que bebe whisky caro.

Puafff, el cabreo que he pillado.

«Tú has venido con Álvaro».

¡Solo como amigos! Replico a mi sub –de ahora en adelante lo llamaré así, por la confianza y eso–.

—No tanto como tú —respondo mirando al final de la sala donde un grupo de parejas bailan al son de *Every breath you take* de The Police. Adoro esta canción, tanto que no quiero escucharla en este momento tan desagradable. Manchará el recuerdo que guardo de ella y las sensaciones que me causa cuando la escucho. A partir de ahora será la banda sonora de la noche en que Alejandro dio por zanjada nuestra historia. Lo veo venir, va a ser así.

—Solo trato de ser buen anfitrión.

—Pues se te da de vicio. —Miro en otra dirección dando un sorbo a mi refresco—. Marina disfruta como si esto fuera una cena en el Palacio de Buckingham y ella Lady Di y tú el jodido príncipe Carlos.

¿Veis? ¿Qué hago? ¿Me corto la lengua? Soy una puta bocazas que no calibra lo que sale por su boca.

—Lo siento. No tienes que explicarme nada. —Trato de arreglarlo.

—No. No tengo que hacerlo —responde enfadado—. Tú vienes con él como si nada. Ya has elegido. —Vuelvo la cabeza y clavo la mirada en la suya, que me recibe oscura como la noche.

—Somos amigos. Y no sabía que tuviera más de una opción. Tú elegiste por los dos al no darnos otra oportunidad —escupo enrabiada.

—Hace dos putas semanas... —Empieza, pero se detiene. Aprieta la mandíbula y se resiste a contestarme como en realidad le apetecería. Me lo dicen las dos llamaradas que reflejan sus ojos—. Me engañaste con mi hermano... y dos semanas he tardado en verte saliendo con él. Creí que te conocía, me creí sabedor de verdades absolutas que luego fueron mentiras. — Levanta la voz al final sin poder evitarlo.

—Grítame si quieres. Nunca me perdonaré lo que pasó aquel día. No me enorgullezco de ello. Lo siento, si hubiera una forma de volver y cambiarlo, lo haría.

Alejandro me coge de la muñeca, tira de mí y nos mete a los dos en una especie de despacho muy pequeño sin ventanas. La semi oscuridad nos envuelve y de repente no puedo respirar. Tengo la espalda pegada a la puerta y su cuerpo sobre mí.

—¿Sabes qué es lo que más me duele? —sisea con su boca a escasos milímetros de la mía. Su aliento me sobrevuela y me estremezco. Miro sus labios sin poder evitarlo—. Que no lo harías. No cambiarías nada. Aún no te has dado cuenta de por qué lo hiciste. —Me coge de la cintura y me aprieta.

Respiro hondo. No porque me ahogue; que también, sino para introducir y llevar hasta cada célula de mi cuerpo ese olor suyo tan personal y narcótico.

Cierro los ojos sintiendo el calor de su pecho sobre el mío.

—Déjame salir, Álvaro se preguntará dónde me encuentro. —Reacciono.

—Él te tuvo anoche. ¿No me merezco yo esta? —No me gusta el desprecio en su voz y... ¿cómo sabe que dormí en su casa ayer?

—Alejandro..., no nos perdamos el respeto. No hagamos de lo nuestro algo sucio y que duela recordar —susurro, temblando.

Pega su frente a la mía y me rodea el cuello con las manos acariciando mi

mandíbula con todos los dedos.

—¿Dolor? Dolor es pensarte a su lado. Dolor es no poder besarte cuando me apetezca. Dolor es no despertar abrazándote, oliéndote. —Roza con su nariz mi mejilla—. Follarte, no poder sentir cómo te mojas con mis caricias...

—Alejandro debió de ser poeta... *Ens, sip.*

Me humedezco sin remediarlo. No quiero, pero hay sensaciones que no podemos manejar, y a mí últimamente se me escapa todo lo concerniente a este hombre que me marea con un vaivén de emociones. No me perdona que besara a su hermano en su cocina —y lo entiendo a la perfección. Fui una hija de la gran puta que no midió las consecuencias de un acto que creía que no las traería—. No obstante, tampoco me ignora, ni se olvida de mí. O tal vez deba decir que no me ignora a cada momento, lo hace a ratos, cuando a él le parece se acerca y, cuando lo cree conveniente, pasa de mí como si no me conociera. La bipolaridad debe ser genética.

Soy yo la que asalto su boca sin compasión, sin florituras ni pudor. O debo decir que las hormonas me empujan a agarrarlo por el cuello y atraerlo más a mí. Alejandro me rodea con ambas manos la cintura y me levanta en una especie de abrazo, camina hasta topar con una mesa y me deja sobre ella.

Sigue besándome como si el día de mañana no existiera, como solo se besa cuando la desesperación es mayor que el deseo.

—Para, para, para.

«*Pero ¿qué haces? ¿has perdido completamente la chaveta?*». Mi sub es el primero en quejarse de mi intención de frenar esto, para mi sorpresa.

Alejandro me mira con la respiración cortada y los labios hinchados.

—Esto no es buena idea —sigo—. He venido con él, es tu hermano y yo...

—Tengo que aclarar cosas antes de seguir metiendo la pata. Me levanto de la mesa y me aliso el vestido—. No quiero que nos perdamos el respeto.

«*¿Qué dices, loca? Quieres follar, pues folla*».

Reprendo a mi subconsciente por su falta de sentido común. Deseo que Alejandro me ame como siempre lo ha hecho, pero esta no es la manera.

Estoy segura de ello.

No lo miro directamente, sin embargo, él sí lo hace, siento cómo me taladra la espalda. Me vuelvo hacia él.

—Perdóname y vayámonos a casa juntos. —Sale de mi corazón. Lo deseo con todo mi ser, en serio, pero no así. No ensuciando de nuestras mierdas lo bonito que queda de nosotros. Lo que podemos ser algún día y no seremos por maltratarnos como lo hacemos. Si me perdona sin condiciones, lo dejo todo por él, hasta mi medida.

—No puedo. —Parece seguro.

—Pues no tenemos nada más de qué hablar. Hemos hecho muchas cosas mal. O nos perdonamos, o lo dejamos pasar. Pero este tira y afloja solo hará que nos odiamos. Y yo no quiero hacerlo. Te amo demasiado.

Salgo de la habitación con la respiración agitada, abriendo y cerrando los ojos en un continuo parpadeo tratando de mantener mis lágrimas a raya, apretando los puños, aguantando las ganas de calzar una hostia al primero que se cruce en mi camino y/o me ladre; y preguntándome cosas como si será cierto que del amor al odio solo hay un paso, qué sentimiento es más profundo de los dos y las formas de romper esta dinámica tan dañina en la que nos vemos envueltos y en la que hemos entrado solitos y por decisión propia.

Mea culpa.

Y sua culpa.

Culpa de los tres.

Llego al centro de la sala y miro a ambos lados buscando a Álvaro con la sola intención de despedirme de él. Quiero irme a casa, lo deseo con todas mis fuerzas. La noche para mí ha llegado a su fin.

—¿De qué habéis hablado? —Con una sola pregunta me informa que sabe de dónde vengo y con quién.

—Quiero irme a casa.

—Está bien. Vamos.

—No te estoy pidiendo que me acompañes. Solo quería que lo supieras.

Nerea comienza a hablar desde el centro del escenario y su voz llega a todas partes a través de los altavoces. «*Buenas noches, gracias a todos por venir...*» comienza diciendo y pierdo el hilo. La idea de marcharme sigue delante de mí tirando de mi brazo en una única dirección: mi cama.

Alguien más sube y se planta junto a ella. Una mujer empieza a recitar una poesía y a continuación alguien del público la termina por ella. Todos aplauden y las dos personas unidas por el más bello arte salen a bailar juntos al centro de la sala. Muchos dicen que la poesía les aburre, otros admiten no entenderla... La poesía solo hay que sentirla, dejarse llevar por lo que transmite. Yo la concibo como una pintura, llena de colores y formas. Parece contradictorio, pero al leer un poema, si cierras los ojos, verás hasta dónde unas cuantas palabras engarzadas te pueden transportar.

Escucho a alguien decir mi nombre y a Berta llegar hasta mí y animarme a coger mi pergamino y subir. No quiero. Me aterra plantarme sobre el escenario y exponerme ante todos los presentes. Mis sentimientos, tan a flor de piel, me sobrevuelan como luciérnagas alumbrándolo todo.

— «*No sabes cómo necesito tu voz...* —me escucho a mí misma a través de los altavoces. Levanto la cabeza y veo a la multitud delante de mí a un metro más abajo. ¿Cómo he llegado aquí? Vuelvo la vista al papel y sigo—, ...

necesito tus miradas y aquellas palabras que siempre me llenaban, necesito tu paz interior, necesito la luz de tus labios ¡Ya no puedo... seguir así!» — Termino y trago intentando calmarme. Antes de conseguir tranquilizarme, una voz grave al fondo de la sala me vuelca el corazón.

— «*...Ya... No puedo, mi mente no quiere pensar, no puede pensar nada más*

que en ti. Necesito la flor de tus manos, aquella paciencia de todos tus actos. Con aquella justicia que me inspiras, para lo que siempre fue mi espina, mi fuente de vida se ha secado con la fuerza del olvido... Me estoy quemando, aquello que necesito ya lo he encontrado, pero aun... ¡Te sigo extrañando!»
—Termina Alejandro.

Sabias las palabras de Mario Benedetti. Nos amamos. Nos quemamos.

Nos extrañamos. Nos morimos por absorber la luz de los labios del otro.

Se escucha algún que otro abucheo de trabajadores desorientados que piensan que aún seguimos juntos. Nuestra ruptura, por fortuna, no se ha notificado a toda la empresa mediante una nota interna. «¡*Toooongo!*», «¡*Esto no es serio!*» y «¿*Quién ha repartido los pergaminos?*» son ejemplos de las gracias que sobrevuelan el lugar bajo la irresponsabilidad de algunos que se han pasado con las copas.

Alejandro llega arriba, me ofrece la mano, la acepto, bajamos del escenario y paramos justo en medio de lo que se supone la pista de baile.

Comienza a sonar *I don't want to miss a thing* de Aerosmith. ¿En serio? – Armageddon, no digo más – .

Me agarra por la cintura en un gesto demasiado tímido para lo que acaba de pasar dentro de lo que se puede definir como «*armario grande*» y mis brazos; totalmente en contra de mi voluntad... ejem, ejem, rodean su cuello.

Su olor me reconforta. No importa lo que yo pretenda, mi cuerpo siempre tiene opinión propia al respecto. Comenzamos a movernos al son de la melodía rodeados de otros que, como nosotros, han encontrado a su pareja.

Por encima de la música, alguien en nuestra misma situación de hace un momento comienza a recitar a Quevedo.

«A fugitivas sombras doy abrazos;

en los sueños se cansa el alma mía;

paso luchando a solas noche y día
con un trago que traigo entre mis brazos.

Cuando le quiero más ceñir con lazos,
y viendo mi sudor, se me desvía,
vuelvo con nueva fuerza a mi porfía,
y temas con amor me hacen pedazos».

—Hay quien lo define como la gloria excelsa de los españoles. — Alejandro debe referirse a Quevedo.

—Otros dicen que solo fue un misógino muy productivo literariamente hablando, y que su animadversión por Góngora ayudó a que se hablara de él.

Eran los colaboradores del Sálvame del Siglo de Oro.

—Volcar tu odio contra alguien que embellecía el mundo con sus letras y su arte no es propio de ti.

—Tal vez no me conozcas lo suficiente. No tengo porqué respetar a alguien solo porque fuera un puto genio. —Nos retamos con la mirada y, durante unos largos segundos, no decimos nada. El silencio se hace tan grande, que hasta dejamos de escuchar la música, el murmullo y el recitar de poesías. Casi nos engulle.

—Te conozco lo suficiente para saber que tú tampoco me has perdonado.

Ni a mí por utilizarte ni a él por abandonarte y dejarte sola, ni a ti misma por creer que puedes perdonar cuando en realidad no es así. Te conozco para saber qué esperar de ti... que, aunque podría ser todo, prefiero que no sea

nada. No, no te perdono porque soy un hombre testarudo y orgulloso; y tú no lo haces porque aún no estás preparada. Cuando lo estés... tal vez... puedas descubrir a quien amas realmente. Mientras, aléjate de nosotros, será lo mejor para todos.

—No sé cómo podría hacerlo teniendo en cuenta que los tres trabajamos juntos y que el lunes tú y yo —énfasis esto último— viajamos cuatro días a Nueva York.

—Queriéndolo, Dani. Para alejarte de alguien, solo hay que quererlo.

—Tú lo sabes hacer muy bien. Por eso ahora ella. —Marina—. te acompaña a todas partes.

—Me conviene. Y a ti también.

—No me pongas como excusa para echarle un polvo a esa arpía. Hazlo y punto, pero... yo no tengo nada que ver.

Me mira. Lo miro. Frunce el ceño. Quiere decir algo, pero se contiene.

—¿Qué? ¿Follar ya no es divertido? —Mi fuerte no es la contención.

—No desde que no es contigo.

Me hundo en la jodida miseria. Si habla tan seguro de que un mete saca ya no le satisface como antes, es que ha tenido que hacerlo y comprobarlo ¿no?

Me suelto de un tirón y salgo corriendo del salón, del hotel y... ¡de mi mierda de vida! Vale, esto último no puedo hacerlo, pero si pudiera ¡lo haría!

Álvaro sale a la calle detrás de mí, pero no llega a alcanzarme. Nada me frena, nada me detiene hasta que me encuentro con Roberto junto a su coche.

—¿Qué... qué haces aquí? —No me gusta su mirada velada, envuelta de algo que hace mucho que no veo: miedo.

—Llevo llamándote al móvil más de una hora. Sara ha tenido un accidente.

—¿Qué...? ¿Está bien? ¿Le ha ocurrido algo?

FRÍO. MUCHO FRÍO

—Papá y mamá... ya no están.

—¿Qué... qué quieres decir con eso?

—Lo siento, Dani. El doctor ha hecho lo que ha podido.

No lo entendía, o no lo quería entender. Me negaba a creer lo que Fernando me decía casi sin mirarme a los ojos. ¿A dónde habían ido?

¿Volverían algún día? Tenía edad suficiente para comprender lo que la muerte significaba, sin embargo, algo dentro de mí no lo aceptaba. Tardé años en hacerlo. Superar la pérdida de dos seres queridos de una forma tan trágica, sin esperarlo y a la vez, cuesta horrores, nunca se llega a asimilar del todo.

Las luces del hospital parpadeaban, convirtiendo la sala donde nos encontrábamos en un lugar lúgubre y tenebroso. Paredes blancas, mesa blanca y sillón negro, pero a mí todo me pareció de repente de este último color. Una oscuridad intensa me envolvió y caí al suelo de rodillas. Lloré, lloré durante mucho tiempo. Todo cambió de una forma brutal. Un hecho tan trascendente consigue que te replantees la vida y todo lo que conlleva VIVIRLA. Porque sentir la muerte tan cerca lo desplaza todo de sitio, incluso la fina línea por la que caminas, el eje que te sostiene.

Fernando y yo salimos del hospital cogidos de la mano, dejando atrás mucho

más que los dos cuerpos inertes de nuestros padres. Allí se desvaneció una parte importante de nosotros, de las que te centra, te acompaña, te calma, donde te cobijas cuando en ningún otro lugar te sientes seguro.

Roberto y yo entramos en el hospital cogidos de la mano, dejando atrás los miedos, la histeria y los recelos. Allí abandonamos esa parte que te convierte en una persona cobarde porque, en este momento, necesitamos solo la que te transforma en valiente, aunque te estés muriendo por dentro.

Llueve, la tormenta empezó a convertirse en huracán cuando el corazón volcó en mi pecho. Así que atravesamos la sala de urgencias calados hasta los huesos. La fina tela del vestido se pega a mi piel congelando hasta mis sentidos, sin embargo, no siento el frío, ni el calor, no podría notarlo ni aunque me encontrara dentro del mismísimo infierno; que, por cierto, se tiene que parecer mucho a esto. Solo la mano de Roberto asida fuerte a la mía, agarrándome con ganas transmitiendo toda la fuerza que siempre le acompaña, me mantiene en pie.

Creo que pregunta por ella en el mostrador. No puedo asegurarlo, los oídos me pitan hasta cubrir cualquier ruido. Una enfermera camina delante de nosotros; porque creo que es lo que hace, acompañarnos. Paramos en otra sala repleta de sillas y allí, al fondo, Sofía llora desconsolada. Se levanta cuando se da cuenta de nuestra presencia y corre hacia nosotros envolviéndonos en un abrazo que me marea. Roberto trata de calmarla e intenta sonsacarle qué ha ocurrido. No llegamos a buen puerto en nuestro intento de averiguar por qué Sara se encuentra en esta situación. Sus sollozos, aunque cada vez más espaciados en el tiempo, no la dejan coordinar dos palabras seguidas. Nos sentamos a su lado y mi amigo me mira impávido —o muerto de miedo, no puedo asegurarlo—. Los segundos parecen minutos, los minutos horas y las horas días. Conozco el sentimiento, todo se ralentiza hasta casi interrumpir el tiempo. Jorge Luis Borjes escribió: «*El tiempo es la sustancia de la que estoy hecho*». Somos fragmentos de momentos, de segundos vividos, de minutos olvidados, de risas que duran horas y lágrimas cargadas de memoria que todo lo recuerdan. A veces, un instante parece eterno y una eternidad un suspiro. Depende de la situación, y de cómo la vivimos, todo se alarga o se abrevia. El tiempo es relativo. Un minuto puede

parecer un viaje maravilloso o una tremenda pesadilla sin fin. Así vivo yo ahora lo que está ocurriendo. Como un mal sueño que no termina.

—¿Familiares de Sara García Puentes? —dice alguien con una especie de bata blanca tras cruzar una puerta metálica de dos hojas a tres metros de nosotros.

Roberto reacciona por los tres y se levanta.

—Somos sus amigos.

—Necesito hablar con un familiar directo.

—Es mi hermana. —Me incorporo decidida y no tomo medida de lo rápido y fuerte de mi acto. Me mareo y agarro el brazo de Roberto para no caerme.

El médico me mira suspicaz, no obstante, decide aceptar lo que le he dicho y comienza a hablar en lo que me parece otro idioma. Chino mandarín probablemente. Cuando ve mi cara de desconcierto cambia a un castellano para lerdos, sin conseguirlo del todo.

—Su hermana tiene una fractura en la muñeca izquierda y un par de costillas astilladas. Acabamos de operar su rodilla izquierda y todo ha salido bien, aunque necesitará mucha rehabilitación para recuperar la movilidad al completo.

Millones de preguntas me cruzan la mente a la velocidad de la luz. Una, otra, otra, otra. Fogonazos de los que ni siquiera me doy cuenta. Las palabras se amontonan en mi cerebro sin dejar salir ninguna. ¿Está bien? ¿Se recuperará? Lo que cuenta no parece tan grave, no concuerda con su mirada.

La explicación a mis miedos llega a continuación.

—Lo que más me preocupa es el traumatismo craneoencefálico severo por el que le hemos inducido el coma. Las fracturas en el cráneo pueden causar hematomas en el tejido cerebral. Tiene lo que los médicos llamamos «*lesión de contra golpe*», sin embargo, no creemos encontrarnos ante una *lesión axonaldifusa*. Para que me entienda, no tiene daño en células nerviosas

individuales ni pérdida de conexiones entre las neuronas. De todas formas, no puedo asegurarle nada. Hasta que no despierte no sabremos los daños ocasionados por el atropello.

Me pierdo entre toda la marabunta de datos; para mí inconexos, que el doctor nos da de golpe y porrazo. ¿Lesión axonal qué? ¿Interrupción entre neuronas? ¿Esperar a que despierte? ¿Y cuándo será eso? Todo se repite en mi cabeza una y otra vez durante unos segundos hasta que una palabra frena mis pensamientos en seco. Atropello. ¿Sara ha sufrido un atropello?

—¿Podemos verla? —Esto es lo único que deseo ahora. Estar a su lado y no dejar que se sienta sola.

—La paciente no es consciente de nada, y ahora mismo aún está en recuperación de UCI. —El médico, acostumbrado a dar este tipo de noticias, sabe a ciencia cierta cuáles son mis preocupaciones más inmediatas—. La enfermera le acompañará dentro de unos minutos para que la vea a través de un cristal. Por ahora tendrá que conformarse con eso. Pero, por favor, no se vayan. La policía viene de camino a tomarles declaración.

Miro a Roberto como si él tuviera el secreto de la juventud eterna, sin embargo, la mirada que me devuelve es de estar tan perdido como yo. Clavo mis ojos en Sofía en modo gánster de pacotilla diciendo «*empieza a cantar o saco el serrucho y te corto los dedos uno a uno*». Voy a preguntarle qué es lo que ha ocurrido cuando una voz desconocida nos interrumpe.

—Buenas noches, soy el inspector Bayona. Deben ser los familiares de...

—Mira una especie de libreta—... Sara García. Siento mucho lo que ha pasado. ¿Quién de vosotros es Sofía?

—Yo... —Se incorpora, por fin. Hasta ahora no había dado signos de seguir en este mundo.

—¿Estaba usted presente cuando ocurrió todo?

—Ssss.... Sí.

—¿Podría contarme qué sucedió? Cualquier cosa que recuerde, por insignificante que parezca, puede ser importante.

Nuestra amiga sigue en su viaje astral camino de algún planeta desconocido de un universo paralelo a millones de años luz y no atina a decir nada.

—Entiendo el estado de *shock* en el que se encuentra. Normal en estas circunstancias. Solo quiero ayudarles y coger a quién ha hecho esto. —Saca una tarjeta del bolsillo interior derecho de su chaqueta y nos la ofrece.

Roberto la coge—. Vayan mañana a comisaría y les tomaré declaración con más tranquilidad.

—Disculpe inspector. —Lo interpela Roberto. El único con un poco de lucidez entre tanta locura—. Ha dicho «*coger al que ha hecho esto*», ¿qué quiere decir exactamente?

—Aún no manejamos datos suficientes para confirmarlo, pero tenemos sospechas de que no ha sido fortuito...

—Negro. —Lo corta Sofía—. Un todoterreno negro con los cristales tintados. No paró... Sara... estaba tumbada sobre la carretera cubierta de sangre... —Comienza a llorar de nuevo.

—Llévenla a casa y que descanse. Los espero mañana a las diez de la mañana. La dirección está en la tarjeta. También mi teléfono, llámeme a cualquier hora si recuerda algo relevante. —Mira a Sofía.

Sonidos. Luces que se apagan y se encienden. Silencio. Murmullos a mi alrededor. Fogonazos. Flases. Unas ruedas de plástico duro rodando sobre las baldosas. Una camilla con alguien encima. Más silencio. Susurros. Frío.

Asfalto. Lluvia. Motor de un coche. Olor a humo. Palabras sueltas. Calor.

Unos brazos. Destellos de luces. Oscuridad. Resplandor. Frenos. Semáforo en rojo, cambio a verde. Movimiento. Frío. Lluvia. Calor. Rugido de ascensor.

Olor a hogar. A Sara... ausente.

Roberto me deja sobre el sofá y comienzo a llorar recordando la imagen que llevo grabada a fuego de su cuerpo inactivo sobre una camilla, rodeada de tubos, la cara hinchada, repleta de arañazos y casi todas las extremidades cubiertas de vendas, incluida su cabeza. Han sido solo unos minutos los que me han dejado verla, y ahora, no estoy segura de qué hubiera sido mejor, el recuerdo de Sara sobre esa cama de hospital completamente destrozada me acompañará siempre. Lo guardaré con esas vivencias que duelen.

—Tomaros el café. —Roberto aparece con dos tazas humeantes y nos las ofrece. Giro la cabeza y me doy cuenta de que Sofía tiembla sentada a mi lado. No estoy segura si muerta de miedo o de frío.

—No creo que sea buena idea. —La cafeína para estos casos es contraproducente. No es condición *sine qua non* estudiar medicina para saberlo.

—Es descafeinado. Necesitáis entrar en calor.

Después de media hora de suspiros y pequeños sorbos de café con leche, aún no hemos dicho una palabra. Creo que nunca hemos estado los tres juntos bajo tanto mutismo. Ninguno se atreve a decir nada, aterrados aún por la posibilidad de que Sara no despierte. Sacudo la cabeza para alejar los pensamientos más negativos. Por supuesto que despertará, por supuesto que seguirá siendo la misma, y por supuesto que volverá más zorra que nunca a decirme las cosas a la cara con esa jodida claridad que gasta. No concibo que suceda de otra manera.

—Discutía con la gerente del club...—Sofía rompe el éter en que hemos convertido el pequeño salón del apartamento—. ¿Cómo se llama? Virginia...

Ve....

—Verónica —confirmo.

—Bailábamos en la pista del club Adara cuando Sara desapareció. No recuerdo si fue mucho tiempo o no. Fui a buscarla al balcón donde nos tomamos las primeras copas y en el que habíamos dejado nuestras cosas...

No estaba. Escuché voces más arriba y subí. Gritaban en el pasillo. —Calla unos segundos y sigue—. Dani... Discutían por ti. Decían algo sobre Alejandro y tú. Sara estaba encolerizada y... asustada, no sé. Eso me pareció.

Verónica trató de agarrarla, pero Sara se soltó y salió corriendo. Repetía una y otra vez que tenía que hablar contigo, que debías saberlo... y salió corriendo del club. La alcancé en la puerta y la paré. Traté de razonar con ella, pero las dos íbamos muy bebidas. Me empujó y cruzó la carretera... —Me mira circunspecta—. Iba a buscarte... quería hablar contigo...

Mi cuerpo lo recorre la sensación que supongo debe sentir alguien de Ciudad del Cabo en Groenlandia. Frío. Mucho frío. En un instante se me congela hasta el sueño. El reloj marca exactamente las cinco de la mañana cuando Sofía comienza a recordar y suelta una bomba que explota empujando el eje de la tierra unos palmos. ¿Soy la culpable de que mi amiga, mi hermana, se encuentre postrada en coma, con varios huesos fracturados y con traumatismo craneoencefálico en la cama de un hospital?

—¿Qué estás... diciendo? —pregunto bajo un susurro envuelto de miedo.

—No lo recuerdo muy bien. Sara...

—Ha sido culpa mía —La corto.

—Vamos a ser racionales —intercede Roberto—. Tú no tienes la culpa de nada.

—¡Iba a buscarme! —grito.

—Dani, por favor. Piensa.

—¡No puedo dejar de hacerlo!

—Ha sido un accidente, no podías haberlo evitado —responde mi amigo.

—El inspector Bayona ha dicho que puede ser intencionado... —Pierdo la vista en un punto de la pared. ¿Quién querría hacer daño a Sara?

—Aun así, no entiendo cómo encajar tu culpa en todo esto. Vamos a dormir

un poco y mañana veremos las cosas con más claridad.

Oscuridad. Frío. Silencio. Murmullos. Calor. Más silencio. Un portazo.

Olor a café. Luz. Sol atravesando la ventana. Agua cayendo. Más frío, viento helado. Mi cuerpo desnudo dentro de un iglú. Castañear de dientes. Pies fríos.

Una alarma sonando. Negro. Repetición. Negro. Repetición. Negro.

Repetición. Pasos que se acercan.

—Dani, despierta. —La voz de Roberto llama mi atención.

—Umm —Me duele la cabeza.

—Se hace tarde. Tenemos que ir a comisaría.

¿Comisaría? Declaración. Inspector. Hospital. Accidente. Tubos. Vendas.

Sara...

Me incorporo de golpe. Con tanto ímpetu que mi frente choca con el torso de Roberto sentado a mi lado. Todo comienza a dar vueltas, la habitación gira convertida en una noria de esas en las que subía de pequeña. Cierro los ojos y me agarro la cabeza.

—Date una ducha. Te esperamos en la cocina.

No encuentro palabras adecuadas para describir mis sentimientos en este momento, o todas las cosas—la mayoría apocalípticas—, que me cruzan la mente. El miedo nace de la fragilidad humana, de no vernos capacitados para enfrentar una realidad que nos abruma. Todo desordenado, así veo mi alrededor, alejado de la belleza que siempre irradia, asemejándose más a un paisaje siniestro e inhóspito, que al mundo inocente y bondadoso en el que creemos que vivimos. No dudo que la emoción que recorre mis huesos sea natural, pero no tengo claro por qué la siento. Deriva de la percepción de amenaza. El terror es un acto autoinmune del ser humano para defenderse, pero... ¿de qué? Se escapa a mi conocimiento y raciocinio quién ha podido querer hacer daño a Sara y por qué. No dispongo de ninguna idea coherente

que me ayude a comprender lo que ocurre.

Llamo a Berta para avisarla de que no iré a trabajar después de comprobar que tengo en mi móvil, de ella y del teléfono de la oficina, varias llamadas perdidas. No le cuento que voy a comisaría porque mi mejor amiga yace en coma inducido en la cama de un hospital por... mi culpa. Sacudo la cabeza y trato de alejar esos pensamientos negativos que me acercan a senderos muy peligrosos. Aún no sabemos nada, sin embargo, no puedo dejar de pensar en por qué el inspector tiene tan claro que no ha sido un accidente, y en por qué no desaparece de mi mente la idea de que yo —no entiendo cómo ni por qué—, tengo algo que ver. Que quisiera hablar conmigo justo antes de que la atropellaran, lo más probable, que sea casualidad. O no.

Entro en la cocina arrastrando los pies, veo a Roberto introduciendo en el lavavajillas los utensilios que ha utilizado para el desayuno y a Sofía sentada sobre una banqueta, con la vista perdida en algún punto de la pared, con una taza humeante en la mano. La luz de la mañana entra por la ventana, sin embargo, una tenebrosa oscuridad se instala en la habitación. Mi amiga ni se inmuta ante mi llegada, solo suspira y da pequeños sorbos al café. Roberto me pregunta qué me apetece desayunar y le contesto, casi sin escucharme la voz, «*un zumo de naranja*», pero puedo hacerlo yo. Me insta a que siga sentada, y unos minutos después me lo planta delante junto a un par de tostadas con mantequilla. No tengo apetito, pero, si no quiero vomitar por los pasillos de comisaría, debería comerme lo que me ofrece y, por si fuera necesario, llevarme un paquete de galletas en el bolso.

—¿Estará bien? —pregunta Sofía cerrando los ojos.

—Por supuesto que sí. Esto no es nada para ella. —Nos anima nuestro amigo—. Voy a terminar de vestirme y nos iremos. —Sale de la cocina y desaparece en el diminuto cuarto de baño.

—Sofía... —No me escucha—. Sofía... —Le toco el brazo y me mira—.

¿Has recordado algo más sobre lo que ocurrió anoche? —Sus iris de color negro se agrandan y su tez coge un color blanquecino.

—Siento preguntarte, cariño. Pero vas a tener que contestar ahora al

inspector, así que, tal vez, sea buena idea que lo hablemos antes.

—Solo... solo lo pasábamos bien.

—¿Recuerdas qué le dijo Verónica? ¿De qué hablaban?

Deja la taza sobre la mesa y comienza a darle vueltas.

—Decían algo sobre Alejandro y sobre ti. Creo haber escuchado también el nombre de Álvaro, pero no logro poner en pie la conversación. Discutían...

mucho. Nunca he visto así a Sara. Tan... preocupada. Fue imposible razonar con ella... Cruzó la calle y... —Comienza a llorar.

—Está bien. —La abrazo y le doy un beso en la sien. Voy a decirle algo que considero importante cuando Roberto entra con las llaves del coche en la mano y nos apremia para marcharnos.

Definiría la comisaría como un lugar inhóspito, frío y desagradable. Quizá otra persona percibiría cosas diferentes, pero a mí me parece, por las circunstancias, un sitio horrible. Un agente de policía nos invita a sentarnos en una sala con paredes blancas y sillones azules sin decoración alguna. Los tabiques solo quedan adornados por un par de murales donde se dan consejos de cómo se comportan los buenos ciudadanos fomentando los valores cívicos.

Nos informan que el inspector Bayona llegará enseguida, que esperemos, él mismo nos llamará para hablar con nosotros y tomarnos declaración. Roberto se disculpa un momento y se va al baño.

Ahora o nunca.

—Sofía, tengo que pedirte un favor —digo segura. Ella me mira—. No cuentes por qué discutía Sara, ni siquiera tienes que decir por qué salisteis de la discoteca. Di que os ibais a casa. Confía en mí. No hables de Verónica, ni de Alejandro ni de Álvaro. No los metamos en esto por ahora. —Algo me dice que debería hablar con Alejandro sobre lo que ocurre antes que con la policía, de otra manera, tal vez lo esté metiendo en un lío.

Me mira durante unos segundos.

—Pero... Dani...

—Por favor, Sofía —suplico.

—Está bien. No te preocupes. No diré nada.

La charla que el inspector Bayona mantiene con Roberto y conmigo no dura demasiado, no se me ocurre qué decir para ayudar a aclarar el asunto.

Me enfado cuando insiste en que pensemos quién puede querer hacer daño a Sara. No se me ocurre ninguna razón por la que alguien hubiera querido atropellar a mi amiga, no tiene enemigos, al menos que yo conozca. Pregunto varias veces por qué cree que no ha sido un accidente y no que el conductor por miedo; o por indeseable, se ha dado, simplemente, a la fuga. No sería la primera vez, pero parece que hay testigos que cuentan que el coche pasó varias veces a lo largo de la noche por la avenida, incluso aparcó en la puerta durante lo que estiman más de media hora. Como si la estuvieran esperando.

A ella... o a mí, caigo en la cuenta. Me he sentido vigilada en muchos momentos durante estos últimos meses, en otras muchas ocasiones también perseguida. Tal vez no sean imaginaciones mías, quizá debería tener cuidado.

Alejandro ya me hizo partícipe de todos los enemigos que querrían, de alguna forma, hacerle daño, y cabe la posibilidad de que se lo hagan a través de mí.

Con Sofía tardan mucho más, desaparece detrás de una puerta con cristal ahumado y hasta dos horas después no la volvemos a ver. Nos informa que ha tenido que contar con pelos y señales todo lo que recordaba de la noche anterior. Cada movimiento, cada persona con la que se cruzaron, cada lugar donde estuvieron.

Justo al salir me encuentro con alguien que no esperaba. El inspector Hidalgo me mira con semblante serio.

MIRANDO HACIA ATRÁS

Dos años antes.

—No lo hagas.

—No me toques más las pelotas, Jean. Voy a ir a por ella y ni tú ni nadie me lo va a impedir.

—No puedes meterla en esto. Si la dejaste para que fuera feliz, ¿qué te hace pensar que este mundo le gustará?

—Lo voy a dejar. Ya no me divierte.

—No puedes irte y ya está. Sabes que no funciona así.

Suspiro y me siento sobre el gran sofá de la casa de mi amigo.

—Aun no entiendo cómo me convenciste para esto. —Me toco la sien.

—No hizo falta, te fascina tanto como a mí.

—Disculpe, señor. La señorita Young acaba de llegar. —Antes de que Chisca termine de hablar, vemos a Lucie aparecer corriendo hasta llegar a mí y tirarse encima, me empuja hacia atrás y la abrazo. Ella no para de besarme toda la cara.

—Ya sabemos quién es tu favorito, pero ¿yo no merezco tu cariño? —La pincha Jean con tono lastimero. Lucie se levanta sonriendo y le da un abrazo de oso.

—Os he echado de menos —dice con su sonrisa perenne—. ¿Qué ocurre?

—Se da cuenta de mi cara desencajada.

—Díselo, seguro que «*doña sabelotodo*», tiene algo que opinar al respecto.

—No digo nada y Jean sigue—. Quiere dejarlo y buscar a Daniel.

Nuestra amiga abre los ojos y la boca de par en par, circunspecta.

—Vaya, parece que ha ocurrido lo impensable. Lucie no sabe qué decir.

—El francés se cruza de brazos.

—No lo voy a dejar. Solo quiero... necesito hablar con ella.

Cambiamos de tema, y Lucie nos cuenta que está bien y que dejemos de preocuparnos tanto por ella. Le regaña por cómo se toma lo ocurrido hace poco más de un mes y trato de hacerle entender que no puede saltarse el protocolo cuando le venga en gana. Le podía haber costado la vida. Llamo a Marieta para cerrar algunos temas y decirle que me voy a España, que no cuente conmigo los próximos días.

Llego a Madrid derrotado. El cansancio, no solo físico, hace mella en mí cada día. Al principio París me dio vida, pero, poco a poco me merma demasiado. Cada vez que vuelvo a esta ciudad, supone para mí una inyección de adrenalina. Respirar el mismo aire que ella respira me incita a seguir adelante, aunque el impulso dure solo unos meses. Últimamente ha transcurrido medio año sin verla. Pienso en más de una ocasión que seguir esta rutina de seguimiento no me sienta nada bien. Observarla desde la lejanía duele y me rompe por dentro; sin embargo, se ha convertido en una droga, necesito hacerlo para vivir. Recordar u olvidar, con ese dilema vivo y muero.

Entro en el ático con los auriculares puestos y al quitármelos de un tirón suena *Corre* de Jess y Loy. Incluso me molesta tener esta canción en mi lista

de reproducción, a veces parece que me gusta sentirme así de mal ¡joder! soy un maldito masoquista. ¿Por qué me fui? ¿Por qué la dejé? Corrí, eso fui lo que hice, y correr es lo que hago ahora, pero en dirección contraria, hacia donde ella se encuentra. Siento, además, que Dani también corre sin mirar atrás, aunque ni siquiera lo sepa, ... cada vez más lejos de mí. Hay mañanas que me levanto y me convengo de que lo mejor para los dos aún no ha llegado, aceptando, incluso, que nada más nos una nunca. Pero ese pensamiento no dura más de unos segundos. Ella sigue su vida y yo... sigo la suya tratando de... no olvidar. He vuelto por el amor de mi vida y no me iré sin recuperarlo.

Trazo un plan que consta de tres partes, encontrarla, arrodillarme ante ella y rogarle que escuche lo que tengo que decir durante, al menos, dos minutos.

Apunto como plan B agarrarme a su cuerpo y no soltarla hasta que me perdone; aunque no creo que surta efecto después de los tres años que han pasado desde que la dejé. Tampoco tengo mucha fe en el plan C; raptarla llevármela y retenerla como mi rehén para siempre. Se me ocurren muchas más opciones, pero ninguna de ellas lo suficientemente buena como para alzarme con la victoria en esta contienda. La batalla de Waterloo, una pelea de colegio al lado de lo que me espera esta tarde. Le veo muchos flecos sueltos a mi plan.

Salgo del ático con las mismas esperanzas que tenía Marco de encontrar a su madre, infinitas. Pero yo soy mucho menos ingenuo, y entiendo el grado de dificultad al que me enfrento. Marco recorrió medio mundo buscando. Yo llevo otro medio a mis espaldas huyendo. No pinta bien, no.

Sé dónde está, y lo sé porque soy un jodido loco. Así que camino por la acera con las manos metidas en los bolsillos y con la mano derecha palpo la cajita que compré hace ya más de tres años. Dentro contiene un anillo, pero para mí encierra mucho más; un montón de ilusiones, esperanzas y miedos que trato de sobrellevar, nivelando una balanza que no destroce lo poco que me queda. Apoyo la espalda en la fachada de un hotel y espero que salga de la biblioteca. Viene cada semana, conozco todas sus rutinas, saber lo que hace cada día se convirtió hace tiempo en mi razón de ser, y de estar. Una hora después, sale y mi corazón comienza a latir desbocado. La encuentro mucho más delgada que la última vez que la vi. Lleva un libro en una mano y el

móvil en la otra, teclea con maestría y rapidez, sonrío y vuelve a teclear. La admiro y no lo hago por su belleza inusitada, no. Me cautiva su forma de caminar, el brillo de sus ojos grisáceos, el grácil movimiento de su pelo.

Todo, toda ella me deja anonadado. Me incorporo para salir en su busca y cruzar la acera hasta encontrarme con ella, pero algo me frena, como si una fuerza sobrenatural tirara de mí y no me dejara moverme. Escucho mi teléfono dentro del bolsillo de la chaqueta de cuero. Lo saco y veo de quién se trata. Descuelgo mientras sigo a Dani por la avenida, sin perderla de vista, desde la otra acera. Alejandro comienza a hablar sin saludar siquiera.

—Sé que estás en Madrid. Necesito que vengas y termines de arreglar tus asuntos. Estoy hasta los cojones de dar la cara por ti.

—Hola, hermano. Me alegra saludarte —digo con desdén—. Ahora no puedo. Tengo algo importante que hacer.

—Me importa una mierda qué tengas que hacer. Tu padre está aquí y necesita hablar contigo. No puedes ignorarlo toda la vida.

Marcos lleva más de tres meses tratando de contactar conmigo. Lo ha intentado de todas las formas posibles. Por teléfono, email, presentándose en mi casa, acosando a mis amigos. Y no, no me apetece que me avasalle enumerándome las razones que él cree que tiene para que lo deje todo y me vaya a trabajar con él. Me duele hasta mirarlo, me recuerda una parte de mí de la que me gustaría desprenderme, esa parte que no reconozco, aunque me acompañe hasta que me muera.

—Tengo que colgar. —Meto el móvil de nuevo en el bolsillo y bajo de la acera situándome entre dos coches, lugar y momento idóneos para acercarme a ella y abordarla. Daniel se detiene delante de un escaparate con la mala suerte que mi silueta se refleja en él. Todo pasa en milésimas de segundos. La cara le cambia de repente, se gira y nuestras miradas se encuentran. En ese instante, un todoterreno negro frena a mi altura ocultándome a su mirada atónita. La puerta del coche se abre y Alejandro me mira desde dentro.

—Entra en el puto coche —dice malhumorado después de esperar un par de segundos a que yo lo hiciera por mi propia voluntad. Y de nuevo esa fuerza

sobrenatural y desconocida; *fatum* tal vez, me empuja al asiento y cierro la puerta. Debería correr hacia Dani y arrodillarme, pero no lo hago. Y

no es porque no quiera.

Enfrentarme a Marcos no ha sido plato de buen gusto. Mis ganas de partirle la cara casi superan a mi control por no hacerlo. He estado a nada de destrozarle la nariz. No me voy a hacer cargo de sus empresas. Ni siquiera deseo saber qué va a ser de ellas cuando él fallezca. Mi madre murió por todo el tiempo que él dedicó a ellas. Por mí como si las vende a un euro cada una, las regala o las quema en un arrebato de locura. A Alejandro no lo entiendo, me presiona para que me ocupe de los asuntos familiares cuando sabe el odio que siento por el cabrón de mi padre y por todo lo que lo rodea. Deberían dejarme en paz, vivir mi vida como quiera.

Después de darme una ducha en el ático, salgo decidido a llevar a cabo el plan A. Aún puedo hacerlo, mis expectativas siguen intactas. Miro el reloj digital de la pantalla del móvil, marca las diez y media de la tarde noche. Me coloco frente al edificio de apartamentos donde vive el amor de mi vida.

Confío que la suerte me acompañe y Daniel salga esta noche de viernes, rara vez se queda en casa. Por suerte no tengo que aguardar demasiado, unos minutos después la luz de mis días ilumina la calle junto a su compañera de piso. Se quedan inmóviles en el arcén esperando a alguien. La oscuridad de la noche, la poca iluminación de la calle y algunos coches que tengo delante de mí, consiguen que pase desapercibido, sin embargo, el silencio que nos envuelve se alía conmigo y puedo escuchar parte de la conversación que mantienen.

—A veces creo que estoy volviéndome loca —dice Dani mientras se aparta un mechón de pelo de la cara. Lleva las mejillas sonrosadas, puede que el maquillaje y el colorete acentúen sus rasgos, pero es preciosa con la cara lavada. Una imagen suya se me viene a la mente de repente. Ella, recién levantada, tumbada debajo de mi cuerpo y yo empujando entre sus piernas, suave, haciéndole el amor. Sus labios entreabiertos llenan la habitación de suspiros, «*te quiero*» y «*te amo*» susurrados al oído. Su cara, aún adormilada, limpia y sin impurezas, la adornan largas pestañas, labios torneados y el brillo radiante de sus ojos. Nos corrimos de forma lenta y casi dolorosa. Fue

colosal. Se me pone dura solo de pensarlo.

—Todos lo estamos, al menos un poco ¿de qué sirve estar cuerdo en un mundo de perturbados? —contesta Sara. Conozco su nombre, sé donde trabaja, por dónde se mueve y hasta las marcas de ropa que usa. Creo que se conocieron justo después de nuestra ruptura, pero no puedo asegurarlo. Por esa época aún me escondía en París, como lo hago ahora, pero sin salir de allí.

—Juraría que era él. Tal vez fuera una visión, desapareció un momento después. Bah, no me hagas caso. No es la primera vez que me pasa. Pero... parecía tan real...

Un coche negro para justo delante de ellas, sonrían y las pierdo de vista dentro.

Pago al taxista con rapidez y los sigo. Son cuatro, a Roberto y Sofía casi no los conozco, solo sé que existen y forman parte importante de su vida.

Entran en un pub y yo lo hago a continuación. La cogeré, la sacaré a solas e intentaré que me escuche. Pondré en práctica mi plan de pacotilla. Pero justo antes de atravesar la puerta, el sonido de mi teléfono móvil me frena.

Descuelgo después de ver el número desde el que llaman, apretando los dientes.

—Marieta, no es buen momento —digo intentando controlarme. Sigo enfadado con ella por poner en peligro a Lucie en la última operación. No me gusta su forma de proceder en muchas ocasiones.

—Para ti nunca lo es —responde sin dar importancia a mi comentario.

—Di lo que tengas que decir y déjame en paz.

—Tienes que volar a Nueva York esta misma noche. Jean te necesita.

—Jean sabe cuidarse solo. No creo que él esté de acuerdo en que me llames para acudir en su auxilio.

—Sois los dos exactamente iguales —suspira—. Hemos tenido un problema con el envío. No llegó a Chicago y Jean está detenido. Tienes que sacarlo antes de que lo encuentren.

—Llama a Landon. —Nuestro contacto en Estados Unidos.

—No logro dar con él.

—Ve tú misma. —Sigo con inquina. No le perdono lo ocurrido hace un mes.

—Sabes que iría si pudiera. Pero es demasiado arriesgado.

—Está bien. —Me resigno.

—A las once y diez. Tienes que estar preparado.

—Allí estaré. —Voy a colgar cuando escucho tras la línea: —Álvaro... —titubea—. Hemos tenido que poner protección a Noelia. Te dije que no te acercaras a ella hasta que esta operación terminara.

¿Qué? Fui a visitar a mi hermana hace unos meses a Inglaterra. Llevaba un año sin verla. Sabía que existía la posibilidad de que me siguieran, pero puse todos los medios a mi alcance para que no fuera así.

—Como le ocurra algo... yo mismo me encargaré...

—No va a ocurrir nada, pero ha sido una irresponsabilidad ponerla en peligro. Ahora saben cómo pueden hacerte daño. Aléjate de todos durante un tiempo, no sé qué hacer para que me entiendas.

Esa noche tomo una de las decisiones más difíciles y duras que recuerdo.

Una de esas que cambian el rumbo de tu destino y, a pesar de la trascendencia, tengo claro cómo debo actuar. Apartarla para siempre y no volver a acercarme a ella, al menos no lo suficiente como para poner en peligro su vida. Todo lo que me rodea está manchado de mentiras y secretos.

No quiero, no puedo consentir que mi mierda la salpique. He hecho muchas cosas mal a lo largo de mi vida, esto voy a hacerlo bien. Así que llego al ático

derrotado, camino directo a la caja de seguridad, me arrodillo, la abro y, tras despedirme con una sonrisa triste de todas las promesas que quería hacerle y el futuro que deseaba darle, guardo la cajita con el anillo de compromiso que, durante estos años, me ha acompañado de una forma o de otra. No volveré a sacarlo, no quiero verlo más. Se acabó. Romperé lazos y añadiré distancia, aunque se me vaya el alma a otro mundo, pero ella estará segura en este.

El vuelo transcurre revisando informes. Últimamente nos arriesgamos demasiado. Lo que al principio me pareció divertido, se ha convertido en un juego temerario. No me perdono haber puesto a Noelia en peligro. Desde que descubrieron quien soy, todo a mi alrededor se ha desfigurado. Contacto con Lucie y me informa que me espera en Nueva York. No hace falta que me diga dónde, acordamos el lugar de encuentro en momentos delicados como estos.

Cuando llego al punto convenido, un piso con moqueta gris en el barrio italiano, Lucie me espera sentada sobre una silla rodeada de varios monitores.

Me abraza y me besa en la mejilla.

—Ha sido culpa mía. No pude sacarlo del país a tiempo.

—Estas cosas ocurren —digo mientras mi amiga y compañera me pasa unas fotos—. ¿Dónde está ahora?

—En un apartamento de Manhattan. Pero, como ves, bien custodiado.

Miro las instantáneas y lo compruebo. Las tiro sobre la mesa, abro un armario y cojo mi arma.

—Vamos, sacaremos a Jean y todo se solucionará.

Dos días después y con la satisfacción del trabajo bien hecho, vuelvo a Madrid acompañado por Lucie y Jean. No fue difícil sacar a nuestro amigo de la cárcel. Recuperar el paquete nos costó mucho más, sin embargo, conseguimos hacernos con él sin incidentes. El bienestar de Lucie me preocupa bastante, me ha sido imposible convencerla de que volara directamente a Francia. Este lugar no es seguro para ella, pero ¿cuál lo es?

Todo se complica cada día un poco más. No sabría asegurar que esto vaya a terminar bien. No me gusta no controlar la situación, y desde hace tiempo ocurren cosas que se escapan de mis manos.

Subimos al ático y dormimos durante toda la noche. El estrés acumulado y las horas sobrevolando el Atlántico consiguen que las preocupaciones pasen a un segundo plano, al menos durante unas horas. A la mañana siguiente me paso por el despacho de Alejandro para terminar de arreglar los asuntos pendientes que dejé hace dos días. Mi hermano no está al tanto de lo que hago, pero algo se huele; no ha llegado a ser uno de los empresarios más importantes del país por casualidad. Se preocupa por mí y lo entiendo, sin embargo, yo no me inmiscuyo en sus asuntos y no deseo que él lo haga en los míos. Soy mayorcito para saber lo que me hago, y si escogí esta vida fue porque encontrar algo que me hiciera feliz me salvó la vida. Nuestra conversación transcurre mucho más serena que la anterior. Me despido de él y vuelvo al ático a comer con Lucie y con Jean, pero no los encuentro. Llamo varias veces sin obtener respuesta. Poco después recibo un mensaje de Marieta: «*Vuelas a Berlín esta misma tarde. El equipo salió hace poco más de una hora*». Por eso no puedo contactar con ellos, sobrevuelan Europa en estos momentos.

TAL VEZ PUEDAS ESCUCHARME

No me apetece. Pero ni lo más mínimo. Las ganas de charlar con el inspector Hidalgo ahora son equiparables a que me pique un enjambre de abejas por todo el cuerpo. Quiero ver a Sara y quiero verla ya. Me siento pequeña, todo lo que está ocurriendo me sobrepasa por momentos. Recuerdo que una mañana, hace ya mucho tiempo, me hice la enferma para no ir al colegio. Puse el termómetro junto a la lámpara y fingí que me dolía la tripa.

Lo hice más de una vez, para ser sincera, y me libré de tener que aguantar al profesor sustituto hablar sobre cuentos chinos. Pues ahora, de pie sobre las escaleras de la puerta de comisaría, solo deseo cobijarme bajo el edredón de mi cama y que el mundo al completo se olvide de que existo durante un tiempo. El policía me da las buenas tardes y yo hago un gesto con la cabeza.

No puedo escapar, su posición me corta el paso. Roberto y Sofía me miran desde unos metros más adelante. Pido a mis amigos que me esperen en el coche y me dejan sola.

—Esperaba encontrarla por aquí.

Yo a usted no, pienso.

—Si tiene un momento, me gustaría comentarle algo.

—Estoy muy ocupada, gracias. En otra ocasión. —Ni yo misma entiendo la animadversión que siento hacia este hombre. Desprende algo... no me gusta.

Trato de rodearlo y caminar, sin embargo, me lo impide agarrando mi brazo. Freno en seco y lo miro. No me asusta, pero no me agrada encontrarme en esta situación. Me hace daño.

—Lo de su amiga no ha sido un accidente, estoy seguro. —Me mira a los ojos. Contengo la respiración—. Alguien ha querido hacerle daño. Y apostarí a que no es casualidad que usted sea su mejor amiga.

Tenso el cuerpo y trato de soltarme de su agarre, sin conseguirlo.

—No entiendo por qué alguien querría dañarme. —Nunca, jamás le he hecho nada malo a nadie. ¿Por qué querrían hacérmelo a mí? Un kiosquero me gritó una vez que le pagaría de una forma u otra la chocolatina que acababa de robarle, pero no creo que se acuerde de mí —han pasado veinte años—, ni que me reconociera por la calle, ni que por aquello pase todo esto.

Desvarío.

—Aún me queda mucho trabajo para descubrir por qué, pero hágame caso.

Ni Alejandro Fernández ni Álvaro Llorens le convienen. Aléjese de ellos si no quiere...

—Si no la suelta inmediatamente, yo mismo me encargaré de enterrarlo tres metros bajo tierra. —Alejandro habla seguro y duro, justo detrás de Jorge. Este lo hace inmediatamente y se gira para enfrentarse a él.

—Vaya, ¿sabe usted que podría meterlo en la cárcel por su amenaza?

—No lo estoy amenazando, solo lo aviso de lo que podría ocurrir si vuelve a acercarse a ella —responde el hombre de mis sueños, sin parpadear.

—No está en condiciones de enfrentarse a mí.

Alejandro tuerce la boca en una sonrisa cínica. Sé de buena tinta que le partiría la cara aquí, en la puerta de comisaría, y no le importaría las consecuencias.

—Vámonos. —Me mira y alarga su mano en mi dirección. La agarro y tira de mí pegándome a su cuerpo. No puedo explicar la sensación. De repente me tranquilizo, cada célula de mi piel se relaja y todo lo de alrededor desaparece como por arte de magia. Como taparme con el edredón de mi cama hace quince años. No puedo evitar olerlo y que su aroma, a menta, a limpio y a él, me transporten a un lugar envuelto en felicidad—. No volveré a repetirme. Si se acerca a ella, le mato. —Se dirige de nuevo al inspector, que calla como respuesta.

Cruzamos la calle agarrados de la mano, ni él me suelta ni yo he tratado de hacerlo. Me encuentro con Roberto y Sofía esperando de pie junto al coche.

No he hablado con Alejandro de lo que vamos a hacer a continuación, pero no hace falta. Ha venido a por mí, y no me va a dejar irme a casa. Les pido a mis amigos que se vayan sin mí. Roberto no deja de mirar nuestras manos, entrelazadas con fuerza. Sofía me da un beso y nos despedimos.

Saludo a Carlos que me espera con la puerta de la limusina abierta, me siento y Alejandro se acomoda a mi lado. Aún no hemos cruzado ni una palabra, pero, no me suelta. Cierra la mampara y el ambiente se densa, comienzo a respirar trabajosamente y mi pecho sube y baja acelerado. En un movimiento grácil, y como si yo pesara lo mismo que una pluma, me coge por la cintura, me levanta y me sienta a horcajadas sobre él. Nuestras miradas se encuentran hartas de buscarse días atrás. Levanto las manos y le acaricio el rostro. Él cierra los ojos como si le doliera. Introduzco los dedos entre los mechones de su pelo y los vuelve a abrir. Pego mis labios a los suyos, lo beso sin desesperación y él me besa sin prisas. Nos desahogamos, dejándonos llevar. Siento cómo aprieta la mandíbula y me aparto. Tal vez no sea buena idea. Quizá no quiera que lo haga.

—Lo siento —me disculpo bajo un murmullo casi inaudible.

Alex me acaricia los muslos, sube por los brazos, la clavícula, el cuello, la cara, los labios... baja recorriendo las mismas zonas y un pequeño gemido se escapa de mi boca. El calor de sus manos va introduciéndose por toda mi piel. Ardo poco a poco.

—Te echo de menos —lo miro a los ojos, sin obtener respuesta alguna.

De repente, me sujeta del pelo y lleva mi boca a la suya con urgencia.

Algo despierta en él. Introduce su lengua, que se enreda con la mía. Nada se escucha dentro del coche, solo nuestras agitadas respiraciones. Le rodeo el cuello con los brazos y lo pego más a mí. Su pecho choca con el mío.

Comienzo a quitarle los botones de la camisa, pero con otra de sus manos coge las mías y las lleva detrás de mi espalda manteniéndolas allí. Me impide que lo toque. Me alejo, lo miro y me encuentro con el color gris de su mirada.

El azul ha desaparecido para dar paso a ese tono que me indica lo enfadado y excitado que está. Me empuja hacia atrás dejando mi espalda pegada a uno de los enormes asientos. Me besa, nos besamos con desesperación. Boca, labios, saliva, dientes, lengua. Se incorpora y se arrodilla delante de mí. Me quita los zapatos, se deshace de mis pantalones, dejándome en ropa interior. Besa mi tobillo, mi pierna derecha, la rodilla, el interior de los muslos, hasta que llega a mi monte de Venus que muerde sobre la tela. Gimo y me retuerzo. Coge mi braguita por ambos lados y la baja despacio sin despegar sus ojos de los míos.

La guarda en el bolsillo de su pantalón justo después de olerlas. Lo veo desabotonarse el pantalón y bajarse la cremallera. Sucede todo a cámara lenta. El pantalón del traje gris le resbala unos centímetros, se baja el bóxer, y con la mano derecha se agarra la enorme polla. No se acerca a mí, no me empala. Comienza a tocarse sin despegar su mirada de la mía a la vez que respira con dificultad. Entrea los labios y jadea. No sé a qué está esperando para empujar dentro de mí. Me lee el pensamiento y sonrío tenso.

—Deseas que te folle —asegura ronco.

«No, estamos esperando a que termines tú solo para tirarnos a las vías del tren». Mi sub piensa lo mismo que yo. Últimamente nos compenetrarnos bastante.

Se acerca y me roza los labios vaginales con la punta de su miembro. Un escalofrío me recorre el cuerpo y gimo. De repente entra en mí y mi piel tira en todas direcciones acoplándose a su grandeza. De su boca sale un jadeo ronco que rebota en los cristales de la limusina. Con la palma de las manos toco su duro cuerpo, los hombros, el pecho, sus brazos. Él comienza a entrar

y salir con rotundidad. No me está haciendo el amor. Me folla como él solo sabe hacerlo. Me agarro a sus hombros para no caerme del asiento.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale una y otra vez

Su manos me agarran de las caderas tan fuerte que me dejará marca, estoy segura de ello.

Entra y sale.

Entra y sale con estocadas

precisas, rotundas, certeras.

Gimo. Gime. Gemimos.

Lo muerdo. Me lame el cuello. Siento que el orgasmo crece dentro de mí.

Cierro los ojos con fuerza y se da cuenta de lo que ocurre.

—Córrete, no te resistas —ordena entre dientes.

Jadeo.

Jadea.

Jadeamos.

No necesito más para dejarme ir. Cada célula de mi piel estalla como pequeñas bombas atómicas. Una espiral de sensaciones explota llegando a cada esquina de mi cuerpo, escapando por los poros de la piel. Dos estocadas después, se corre él alargando mi orgasmo. Me llena. Me completa. Su cuerpo cae sobre el mío aplastando mi pecho. Unos segundos después se incorpora y sale de mí. No entiendo muy bien por qué, pero me siento vacía, sola y desamparada. Se sube la ropa interior y los pantalones. Cuando creo

que se va a sentar y a pasar de mí por completo, me ayuda a vestirme. Me sube la braguita, levanto el culo para ayudarlo y después me pone los pantalones y los zapatos. Se sienta y yo lo hago a su lado. El chófer avisa en ese momento que hemos llegado. Ni siquiera me he dado cuenta de que nos movíamos. Miro a través del cristal y veo la puerta del hospital a pocos metros. Giro mi cara hacia la suya, sorprendida.

—¿Cómo te has enterado? —No contesta. Repito la pregunta y obtengo el mismo silencio—. ¿Por qué has ido a comisaría? —insisto.

—Por ti. —Le brillan los ojos.

—¿Sabes lo que ocurrió anoche? ¿Cómo...?

—Lo sé todo sobre ti. Vamos a ver a Sara, después podremos hablar.

—No tengo por qué escucharte, no eres sincero conmigo y lo que acaba de pasar... no volverá a ocurrir. Si no quieres perdonarme, perfecto. Pero no juegues conmigo. —Me duele la cabeza.

—Señor, hemos llegado. —Escuchamos a Carlos por el altavoz.

Alejandro sale y mantiene la puerta abierta para que yo también lo haga.

Insiste en acompañarme, pero le pido que me deje hacer esto sola. Después de diez minutos de discusión, consigo que ceda a mi deseo.

Entro en la sala de espera de la UCI arrastrando los pies. Veo a Sofía sentada en una incómoda silla con las manos en la cara. Se levanta al verme.

—Roberto está con ella ahora. —Me explica.

—¿Cómo ha pasado la noche? —pregunto asustada, esperando que la respuesta no me destroce un poco más. He sentido miedo muchas veces a lo largo de mi vida. El pánico por la posibilidad de perder a una persona a la que amas te cambia por dentro. Conmigo lo hizo. La traición de Álvaro la viví como un duelo. Para mí el Álvaro que conocía murió para dar paso a otra persona.

—El médico saldrá dentro de un momento y hablará con nosotros. La enfermera nos ha dicho que no ha habido cambios.

La espera se alarga más de una hora. Sesenta minutos interminables, intensos, que se convierten en una lenta agonía. Me debato entre seguir sentada o irrumpir en la UCI y exigir que alguien nos informe del estado de Sara. Voy al baño, me refresco y una arcada sube hasta mi garganta. Necesito comer algo. Me paso por la cafetería, compro un par de cafés y unos dulces y vuelvo con Sofía. Me recuerda que es casi la hora del almuerzo y preferiría algo salado, pero ante mi cara de reprimenda, decide callarse y comer lo que he traído. Miro el reloj y, efectivamente, lleva razón. Marca más de las dos de la tarde. Roberto sale con la cabeza gacha y cara de desolación. Lo abrazo y le susurro al oído que se pondrá bien. Lo digo de verdad, segura de ello. No conozco a nadie más fuerte que Sara. Si alguien puede salir de esta, es ella.

La madre de Sara llega poco después, intenta no romperse, pero termina llorando y abrazándonos a todos. Trato de consolarla, sin embargo, no deja de sollozar. No la critico. No puedo imaginarme lo que debe sentir una madre al ver su hija postrada en una cama de hospital con magulladuras y hematomas por todo el cuerpo, y luchando por seguir junto a nosotros. Me toco instintivamente el vientre y cierro los ojos.

El médico por fin se digna a hablar con nosotros. Tendrá sus razones para no haber salido antes, sin embargo, a mí solo me apetece ahogarlo con el estetoscopio que lleva colgado del cuello. La paciente sigue estable y eso es bueno. La inflamación de los tejidos cerebrales parece ir disminuyendo y las heridas cicatrizan bien. Conseguimos convencerlo de que nos permita entrar a verla aunque hayan pasado las horas de visita. Lo considera no recomendable porque podría alterarla y menos aún por el estado de coma inducido en el que la mantienen. Juramos y perjuramos que acataremos las normas impuestas y pasamos a la habitación de uno en uno. Primero su madre, después Sofía y por último yo. Desde que la vi ayer no dejo de pensar en su estado, pero así y todo, me vuelve a impactar la venda de su cabeza, los rasguños y puntos por sus brazos y piernas y el incesante sonido del monitor que la vigila. Tomo asiento en una silla que hay junto a la cama y me acerco a ella. Parece dormida, y en cierto modo, supongo que así es. Pero recuerdo un documental donde explicaban que las personas en coma podían escuchar a sus seres

queridos, así que dejo de llorar, me limpio la cara y comienzo a hablarle.

—Hola, loca... —Trago—. ¿Qué haces dormida todavía? ¿Quién es ahora el Oso Yogui? —Una sonrisa triste se escapa entre mis labios—. Estás muy guapa, siempre lo estás... —Me quedo en silencio durante unos segundos, intentando tragarme las lágrimas que pugnan por salir—. Tu madre ha estado aquí, hacía mucho que no la veía. Roberto y Sofía también están muy preocupados... En cuanto a mí, ni te cuento. Necesito que te pongas bien.

Hazlo por ti, pero también por mí. No sé qué sería de mí sin tus críticas y consejos... sin tu compañía, tus abrazos, o sin tus sorpresas sexuales a cualquier hora del día. No sé qué hacer... ¿Quieres que avise a Joan? Me parece extraño que no se haya presentado ya, algo debió ocurrir para que no se enterase de nada, porque estoy segura de que, si lo supiera, acudiría el primero. —Le cojo la mano derecha que descansa junto a su costado—.

Despierta, por favor. Vámonos a casa las dos. No quiero estar allí sin ti.

De pronto, la máquina que monitoriza el cuerpo de Sara comienza a pitar con fuerza. Levanto la cabeza y me asusto. Miro a mi amiga que sigue dormida, me pongo de pie, nerviosa, sin saber qué hacer. Dos médicos y una enfermera entran en la instancia a toda prisa y me piden que salga. En un principio me resisto, así que la enfermera me empuja hasta dejarme fuera y cerrar la puerta. Solo escucho murmullos a través de ella. Me giro y comienzo a dar patadas y puñetazos a la pared, tan fuerte que me daño los nudillos, pero no paro. Unos brazos fuertes me agarran de los hombros y, aunque trato de soltarme, me superan en fuerza y destreza. Alejandro pega mi espalda a su torso y mis pies dejan de tocar el suelo. Grito pidiendo que me suelte, me zarandeo, e incluso, le muerdo el brazo. Él ni se inmuta. Me saca a la calle ante la mirada atónita de todas las personas con las que nos cruzamos.

Comienza a caer sobre nosotros pequeñas gotas de lluvia.

—¡Suéltame! —chillo.

Me gira sobre mi cuerpo dejándome frente a él, sin dejar de rodearme con sus brazos.

—Tranquilízate, todo se solucionará —promete con voz neutra, sin saber si eso ocurrirá. El susto no le cabe en el cuerpo, pero trata de ocultarlo bajo esa capa de hombre de negocios al que nada le importa. Pero ¿por qué? ¿A qué tiene miedo el señor Alejandro Fernández?

—¡No me digas que me tranquilice! Mi amiga se está muriendo en la cama de un hospital, nada se solucionará. —Las lágrimas ruedan por mis mejillas sin control—. ¡Suéltame! —Me posa sobre el suelo y me retiro un metro de él. Nuestras miradas no desconectan en ningún momento. Sus ojos, coloreados de un negro intenso que espanta, me atraviesan el cuerpo y el alma. Me cruza la mente una idea. Esa que me recuerda que Alejandro y Álvaro ocultan mucho más de lo que creo. La pregunta sale de mi boca antes de sopesar las consecuencias.

—¿Tienes algo que ver? —Es solo una milésima de segundo, pero un brillo gris surca su iris. Aprieta los puños e intento no caer de rodillas al suelo. Me mareo y la bilis sube hasta mi garganta. Apoyo la mano en la pared y agacho la cabeza. Trago.

—¿Te encuentras bien? —Me toca el hombro, pero lo aparto con la mano.

Espero unos segundos, los que tardo en reponerme. Levanto la cara y lo miro, reprochándole muchas más cosas de las que puedo transmitir.

—No me toques. ¿Por mi culpa está Sara postrada en la cama de un hospital? —Silencio—. ¡Dime la verdad! —Silencio—. ¡Tú sabes lo que ocurre! — Sigue sin responder. Comienzo a golpearle el pecho como momentos antes arremetí contra la pared. Alejandro me deja hacer hasta unos segundos después. Me agarra las muñecas y me inmoviliza.

—Escúchame. Tú no tienes nada que ver —susurra junto a mi boca. No hay nada sexual en la situación.

—No me mientas —respondo entre un llanto ininterrumpido.

—No te miento. Solo quiero cuidar de ti. —Acaricia con sus dedos mi mejilla—. Me mata verte llorar. Entremos, vemos cómo se encuentra Sara y te llevo a casa.

Mi amiga sigue estable pero crítica. Una falsa alarma el susto que nos hemos llevado antes, una reacción a la medicación que acelera el corazón.

Permito que Alejandro me lleve al apartamento y, aunque tenía la esperanza de dormir en su casa y pasar la noche protegida entre sus brazos, no lo insinúa. Y no le reprocho nada. Yo no se lo he pedido; porque ni debo, ni nos merecemos lo que nos hacemos, y él no lo menciona. Ninguno de los dos.

Mala idea marear la perdiz. Esas cosas no terminan bien. Le agradezco que se quedara todo ese tiempo en la puerta del hospital, él me dice que haría cualquier cosa por mí y nos despedimos en el coche.

—Gracias también por traerme —digo mientras Carlos abre la puerta de la limusina; limusina en la que hicimos el amor hace unas horas. «*Yo diría que follasteis*». Mi sub lo llama por su nombre, tiene más ovarios que yo.

—Mañana te recogeré a las diez. Te llevaré al hospital.

—No es necesario.

—Quiero hacerlo. Y después, tenemos que hablar. Tienes que saber lo que está ocurriendo.

PENSAR NO SE ME DA NADA BIEN

Me atormenta entrar en nuestro mini apartamento y no encontrarme a Sara en el suelo del salón disfrutando del sexo como solo ella sabe hacerlo. Creí que jamás diría esto, pero desearía que estuviera ahí, delante de mí, abierta de piernas mientras un hombre y/o mujer la lleva al séptimo cielo. Durante más de una hora pienso en la posibilidad de salir corriendo a casa de Roberto.

Incluso compartimos varios mensajes de *WhatsApp*. Me hace saber que vendrá a buscarme si no cojo un taxi y me presento allí en veinte minutos.

Pero desisto, aunque me amenace con acabar con todo el chocolate de la tierra. Clara llega sobre las once. Se me había olvidado por completo que hoy cenaba en casa. En un principio no se quedaba a dormir, pero, después de enterarse de lo ocurrido, decidimos que será lo mejor. Mañana por la mañana iremos juntas a ver a nuestra amiga. Se queda sin palabras. Desecho la idea de confesarle mi teoría, que yo tengo la culpa o, al menos, algo que ver.

Cenamos poco, mi estómago se cerró el jueves a las cuatro de la madrugada y el suyo lo acaba de hacer. El móvil suena sobre la mesa en varias ocasiones.

Clara pregunta si lo voy a coger.

—No quiero hablar con él.

—¿Ha ocurrido algo entre vosotros? —pregunta.

¿Qué no ocurre entre Álvaro y yo? Siempre hay algo que va más allá y no puedo explicar. Son sensaciones, recuerdos... algo intangible e incontrolable.

Le cuento la noche que pasamos juntos, esa en la que nada ocurrió.

«Ejem ejem».

—Me aseguré que no abandonaría la lucha. Que, si yo no estaba dispuesta a hacerlo, él lucharía por los dos. Que esperaría.

—Y ¿qué piensas hacer?

—Estoy embarazada. —Suelto del tirón, sin saber por qué. ¿No debería decidir qué hacer con el embarazo antes de ir anunciándolo por ahí?

«Tal vez ya hayas decidido y no lo sepas».

Clara abre tanto los ojos que juro que, por un momento, creo que se le van a salir de las órbitas. Comienza a toser y tengo que golpearle la espalda para impedir que se ahogue con un trozo de tortilla. Le acerco un vaso de agua y bebe.

—Pero ¿cómo ha ocurrido? —Otra con la pregunta. En serio ¿tengo que explicarlo? Esta vez me lanzo.

—Chico conoce a chica, se desnudan... chico introduce... —me corta dándome un manotazo en el brazo.

—Eres completamente idiota. Sé de qué va el tema... lo he practicado...

un par de veces. —Sonreímos. Me siento mal por hacerlo. Mi mejor amiga se debate entre la vida y la muerte sola en la UCI. De pronto, Clara se tapa la boca y se levanta, como si se hubiera dado cuenta de que el tinte del pelo se ha quedado verde—. ¿Quién es el padre? —Miro hacia otro lado—. ¡No lo sabes!

—No, ni la más remota idea.

Suelto como un papagayo lo acontecido los últimos días. Nos quedamos

dormidas sobre el sofá como muchas noches mientras estudiábamos. De madrugada yo me despertaba y la arrastraba hasta su cama. Y hoy hago lo mismo.

Los rayos de sol atraviesan mi ventana antes de lo esperado. Me quejo de que me acosté hace solo diez minutos; cuando en realidad han debido pasar ocho horas, y que necesito dormir más. Me giro y veo a Clara sobando junto a mí. Durante unos segundos tengo un *deja vú* y viajo seis o siete años atrás.

Me recorre la sensación de encender el móvil y encontrar un mensaje de Álvaro. Le gustaba darme los buenos días cuando no podíamos pasar la noche juntos. Cojo el iPhone para ver qué hora es y del susto me incorporo del tirón. Tengo un mensaje de Álvaro, pero dándome las buenas noches. El corazón cabalga dentro de mi pecho. Miro la fecha justo debajo de la hora para comprobar que no he soñado todo lo vivido estos años y aún estudiamos en la universidad. Una locura, lo sé. Pero a estas horas del día, casi dormida y rodeada de oscuridad, cualquier cosa puede pasar.

«Buenas noches. Me he enterado de lo ocurrido a Sara. Solo llamo para saber que estás bien. Yo... lo siento».

—¿Qué hora es? —pregunta Clara a mi lado con voz pastosa.

Cierro la aplicación y miro el reloj digital del teléfono móvil. Le indico que son más de las nueve y nos levantamos de la cama dispuestas a prepararnos para ir al hospital. Desayunamos un par de cafés rápidos de pie en la cocina, unas magdalenas y unas onzas de chocolate. A las diez bajamos en el ascensor bastante preocupadas. Supongo que carecer de noticias del hospital será la mejor señal, pero no me quedaré tranquila hasta que Sara despierte de esta pesadilla. Mi amiga, que me conoce muy bien, me da la mano y la aprieta a la vez que me anima diciendo que todo saldrá bien, que no conoce a nadie más fuerte que Sara y que pronto todo volverá a ser como antes. Cruzamos el portal y salimos a la calle. Me pongo las gafas de sol de Prada y miro a un lado y a otro buscando a Alejandro, dijo que estaría aquí a las diez. Un minuto después su Range Rover Evoqué blanco se detiene a nuestro lado, el dios griego baja y camina hasta nosotras. Si esto fuera unos dibujos animados, la mandíbula se me caería al suelo y Clara empezaría a arder. No conozco persona humana a la que le atraiga el sexo masculino que no se

sienta irremediablemente cautivada por este raro espécimen que tenemos delante. Ataviado con unos vaqueros Diesel rotos, zapatillas de deportes Hermes, camiseta blanca Armani y parka azul; de cualquier diseñador o de mercadillo, da igual, le queda como un guante.

—Le regalaría mi alma envuelta en papel de celofán mientras me arrodillo a chupársela, ¿cómo se puede estar tan bueno? —susurra Clara a mi lado.

La miro, me bajo las gafas de sol para comprobar que es ella y no Sara y, tras unos segundos; los que tarda Alejandro en llegar a nosotras, soltamos unas risotadas. Se unen los nervios, el estrés y el miedo. Tengo que limpiarme una lágrima que rueda por mi mejilla —Buenos días —dice en tono neutro. Nosotras nos ponemos serias y le devolvemos el saludo. Mientras le agradezco que nos acerque al hospital un sábado por la mañana, subimos al coche. Yo tomo asiento delante y Clara lo hace detrás.

—No tienes por qué hacer esto —le informo.

—Ponte el cinturón —ordena.

Sara no mejora, sigue en coma inducido y, aunque sus constantes vitales están controladas, no reacciona a los pequeños estímulos al bajarle la sedación. No dejo de llorar durante la visita, solo controlo mis lágrimas cuando entro en la habitación a verla. Le suplico que despierte, le agarro la mano y le hago saber las ganas que tengo de que me riña por mis malas decisiones y mi cabezonería, sin embargo, ella sigue dormida, con la cabeza vendada y la cara y el cuerpo magullados. Alejandro me abraza cuando salgo compungida y cabizbaja. Yo lo rodeo con los brazos y me hundo en su pecho.

Clara sale hecha un mar de lágrimas. De ninguna manera se esperaba esto.

Aunque se lo expliqué anoche, tenía que verlo para enfrentarse a la realidad.

Salimos de allí pasado el mediodía, el sol me da en la cara, pero no me parece que sea el día más claro y limpio que haya vivido, todo lo contrario, hundo los hombros y un millar de nubarrones negros imaginarios cubren mi cabeza.

Alejandro me da la mano y se pone frente a mí. Me levanta el mentón para

que lo mire y me susurra que se pondrá bien. Clara se despide de nosotros, Juan Carlos la espera en el coche en la esquina de la calle, no ha podido llegar hasta aquí por unas obras en la calzada. Comienzo a caminar cuando Alex tira de mi brazo.

Me despierto sintiendo un calor reconfortante por todo el cuerpo. Abro los ojos y la semi penumbra lo inunda todo. Conozco este sitio y conozco el olor de sus sábanas. Retiro el edredón, me incorporo y pongo los pies descalzos en el suelo, no está frío. Camino hasta el gran salón, pero no lo veo, así que cambio la dirección hacia el despacho y, por debajo de la puerta sale un halo de luz. Llamo un par de veces sin obtener respuesta, decido abrir un palmo, lo suficiente para ver si Alejandro está dentro. Solo veo su imponente espalda, mira a través de la ventana y parece que no ha reparado en mi llegada. Inspira hondo y se da la vuelta. Sus ojos azules se encuentran con los míos y el aire de la habitación se templó. Correría hasta llegar a él, me enredaría entre sus brazos y tomaría cobijo bajo su pecho, sin embargo, algo me dice que me contenga. No debería estar aquí, quiero besarlo, quiero sentir su piel sobre mi piel. Quiero tantas cosas que él no quiere darme ahora...

—Es tarde, debería irme a casa. —Mi voz es un suspiro ahogado.

—Pasarás la noche aquí —responde con tono neutro.

—Tengo que ir a casa de Fernando, no puedo quedarme. Además, lo mejor para los dos será que no nos veamos fuera del trabajo.

—He hablado con Fernando. Sabe que no irás.

—¿Qué? —me quedo anonadada. Abro los ojos.

—Llamó a tu teléfono móvil...

—Y tú creíste que podías cogerlo —lo corto, enfadada—. Pero ¿qué te pasa? Se habrá vuelto loco. —Me toco la frente.

—No me importa lo que Fernando pueda pensar —responde duro—. Solo me preocupa tu seguridad.

—Ya sé lo poco que te importa mi hermano. —Le clavo la mirada—. Pero a mí sí que me importa y estará volviéndose loco pensando que estoy aquí, contigo.

—Pues tendrá que acostumbrarse. Pasarás mucho tiempo en esta casa. — No sé de qué habla. La cabeza me va a estallar.

—Me voy. Estoy cansada.

—No irás a ninguna parte.

—Alejandro. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero... no tengo ganas de discutir contigo. Quiero ver a Sara.

—Sara está bien. Tengo a dos hombres custodiándola. —Esto último me recuerda el por qué mi mejor amiga se encuentra en la UCI del hospital.

—¿Vas a decirme por qué tienes a gente cuidando de ella? —Obtengo el silencio como respuesta—. Si no me dices lo que ocurre, me iré y no volverás a verme.

«¿Qué dices, loca? Vete tú. Yo me quedo aquí con él. En su cama». Cada día estoy más segura que mi subconsciente es bipolar.

Alex no contesta, solo me mira con una seriedad que abrumba, así que me doy la vuelta y salgo del despacho, camino hasta la habitación y me calzo los zapatos. Cuando me levanto, lo tengo delante de mí. No le llego ni a los hombros.

—Estás vigilada desde que te conocí. —No me sorprende, me he sentido observada desde hace mucho tiempo—. Al principio fue para presentarle las fotos a Fernando. —Esto último le cuesta decirlo—. Después te puse escolta.

En realidad, muy pocas veces has estado sola. Como ya te he dicho, no le caigo bien a mucha gente, pero las cosas se han complicado bastante.

—¿Estoy en peligro? —exijo que me hable claro.

—Ahora sí.

—¿Y por qué está Sara en el hospital?

—Creemos que es un aviso.

—¿Un aviso para quién? —levanto el tono de voz, nerviosa.

—Tranquilízate, responderé a todas tus preguntas.

Respiro y trato de tranquilizarme, sin embargo, no lo consigo.

—¿Por qué está Sara en el hospital? —insisto en mi pregunta.

—Como no han podido llegar a ti, han ido a por ella.

—Entonces... es por mí... —Me siento derrotada.

—Tú no tienes culpa de nada. —Se agacha frente a mí y posa sus manos sobre mis rodillas.

—Puedes adornarlo como quieras. Si no te hubiera conocido, Sara se encontraría ahora bien. —Lo miro a los ojos.

—El fin de semana en Valdemanco, estuvieron muy cerca de la casa.

—Los vi —suelto de sopetón.

—¿Qué viste?

—Un coche negro con varios hombres parados bajo el sendero. Por eso llegué asustada de mi paseo.

—¿Podrías decirme algo más? ¿Recuerdas algún detalle en concreto?

—Lo siento. —Niego con la cabeza y la agacho. Vuelve a arrodillarse delante de mí, me levanta el mentón y me obliga a mirarlo.

—No te preocupes. Yo te protegeré, pero prométeme que harás lo que te diga.

Eso habrá que discutirlo, no voy a acatar sus órdenes sin rechistar.

—Sara discutió con Verónica en el club, por eso salió corriendo.

Descubrió algo y quería contármelo.

—No consigo dar con ella. No sé qué hacía en Adara, ya no tiene nada que ver con aquello. Mientras todo se aclara, vivirás aquí.

—No tienes por qué hacerlo. No me voy a quedar contigo. —Le retiro las manos y me levanto—. Quiero irme a casa.

Introduce los dedos entre su cabello y cierra los ojos. Los abre unos segundos después.

—He retrasado el viaje a Nueva York, he supuesto que no querrías dejar a Sara como está. —Se me había olvidado por completo, por supuesto que no me alejaré de ella—. Pero pasarás aquí las próximas semanas. No vivirás sola en tu apartamento. No es nada seguro y, después de todo, no confío en nadie.

Yo cuidaré de ti.

—¿Tengo alguna opción?

—Respecto a esto, no. Puedes dormir en la habitación de invitados.

Claro, no estamos juntos, así que no voy a dormir con él. No somos pareja, pero puede manejar mi vida a su antojo. Nunca nadie le ha llevado la contraria hasta que llegué yo.

—No —respondo muy segura. Abre imperceptiblemente los ojos—. No voy a quedarme aquí contigo. Me voy a casa.

Por un momento parece que no sabe qué hacer. No puede convencerme a base de sexo desenfrenado y muy satisfactorio, aunque yo lo dejaría hacer.

Mis hormonas desean que me tome sin compasión y me haga suya una y otra vez.

«Yo también voto porque nos ponga mirando para Cuenca». A mi Sub también le está afectando el embarazo.

Una arcada me sube hasta la garganta y me tapo la boca. Giro sobre mis zapatillas y corro hasta el cuarto de baño. Llego justo a tiempo para vomitar dentro del inodoro. Alejandro me aparta el pelo y me masajea la espalda. Me pregunta si estoy bien y a mí lo único que me apetece contestarle es que a él qué le parece. Intento que me deje sola mientras mi cuerpo rechaza lo que parece que he comido durante tres días, sin embargo, no se va. Se niega en rotundo a dejarme sola. Cinco minutos después me incorporo con su ayuda y me lavo la cara. Vuelvo a pedirle que se vaya, pero es tan cabezón como yo.

Me dice que va a llamar a un médico y, con solo pensar en la tormenta que estallaría si se entera de lo que realmente me pasa, me vuelven a dar arcadas.

Consigo convencerlo de que algo me ha sentado mal y que me deje sola para darme una ducha. Salgo de la bañera desnuda y más relajada, estiro el brazo para coger una toalla del mueble y de repente todo comienza a girar a mi alrededor, me mareo y caigo al suelo sin poder remediarlo dándome un golpe en la cabeza con el mármol de lavabo.

Me toco la frente y, cuando miro la mano, está toda llena de sangre. Me asusto y, justo antes de gritar su nombre como una posesa, Alejandro llega hasta mí como un ciclón. Ha debido escuchar el golpe. Se agacha junto a mí y me levanta entre sus brazos. Me pregunta cómo ha ocurrido, pero me encuentro incapaz de coordinar dos palabras seguidas. Me deja sobre el sofá y me tapa con una manta. Lo escucho hablar por teléfono con alguien mientras trato de hablar y que me escuche. Estoy bien, solo un poco desorientada. Me trae un poco de agua y un trapo limpio. Me cubre la cabeza con él y no para de repetir una y otra vez el poco cuidado que tengo. Antes de darme cuenta, un hombre más o menos de mi edad, con un maletín en la mano, cruza el salón. Saluda a Alejandro como si fueran amigos y luego me miran a mí. Su cara me suena. Es el mismo médico que me curó la mano en la clínica Quirón. Se agacha a mi lado.

—Soy Barón. —Se presenta y me pregunta qué ha pasado y cómo estoy.

Le contesto que solo he resbalado con el suelo mojado del cuarto de baño.

Comienza a hacer preguntas y Alex le pone al corriente sobre los últimos acontecimientos. Que he vomitado varias veces y he caído redonda sobre el suelo del cuarto de baño, que no he resbalado, me he mareado y no ha sido un accidente. Ante el nerviosismo de mi «no novio», el médico le obliga a abandonar la sala y dejarnos solos. Lo agradezco en silencio, no sé cuánto tiempo voy a poder ocultar lo que ocurre en realidad.

—Dime la verdad —me pide mientras me mira la herida de la frente.

—Últimamente estoy un poco torpe, solo es eso.

—Necesitas que te cosa. Voy a ponerte un poco de anestesia. ¿Qué has comido hoy?

Trato de recordarlo, pero no sé qué decirle.

—No has comido nada.

Niego con la cabeza, avergonzada.

—Un café y unas magdalenas esta mañana.

—¿Tomaste los antibióticos que te receté?

—No los necesitaba. —Me mira con una sonrisa condescendiente, mientras inspecciona la quemadura de mi mano, ya sanada.

—¿Puedes estar embarazada?

Y tú, ¿quién eres? ¿la bruja Lola?

Agacho la cabeza. Debo decirle la verdad.

—No diga nada —ruego.

—Tranquila. No está entre mis quehaceres —asegura mientras me cose la herida. Doy un pequeño grito y Alejandro cruza la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

Tengo los ojos cerrados con fuerza. Barón le contesta.

—Le he cogido un par de puntos. —Guarda los utensilios médicos en el maletín y se levanta—. Pásate dentro de una semana por el hospital y vemos cómo evoluciona la herida. —Me mira.

Le agradezco su trabajo y él me devuelve una sonrisa. Saca un recetario, escribe algo en el papel y me lo da.

—Tómame esto hasta que nos veamos. Te he apuntado mi teléfono, llámame si lo necesitas.

Leo lo que me ofrece, pero no acierto a adivinar qué es. Alejandro le agradece la rapidez con la que ha venido, y Barón le contesta que para eso están los amigos. Se despiden en la puerta del ático mientras yo sigo tumbada desnuda sobre el sofá con una manta cubriendo mi cuerpo. Intento levantarme sin que la tela caiga al suelo y tropiezo varias veces antes de conseguir ponerme en pie. Tengo que llegar al baño, vestirme y salir de aquí.

Sin embargo, no logro dar un paso antes de que Alejandro llegue a mí.

—Te acompañaré a tu habitación. Te llevaré algo de cenar. Necesitas descansar.

—No voy a quedarme a vivir contigo —repito por duodécima vez. Puff.

Qué pesadilla.

—Te encerraré con llave si es necesario.

«A mí que me ate con esposas».

En serio, mi subconsciente no ayuda.

—No puedes secuestrarme sin más. Llamaré a la policía. —Me envalentono y lo amenazo, olvidando con quién estoy jugando.

Saca un teléfono de su bolsillo y me lo enseña. ¡Mi teléfono móvil! ¡Se ha adueñado de él! No me lo puedo creer. Pongo los ojos como platos.

—¡Dámelo!

—Cuando dejes de comportarte como una niña malcriada.

¿Qué? ¿Yo?

—Eres el ser más despreciable que conozco.

—Piensa lo que quieras. Tu seguridad está en juego. Haré lo que haga falta para mantenerte a salvo.

—He sobrevivido treinta años sin ti. Estoy segura de que seguiré haciéndolo
—ironizo cansada.

CÁRCELES SIN BARROTES

El domingo lo paso en mi cárcel de cristal, ¿alguien lo dudaba? Yo llegué a cuestionarlo durante... una milésima de segundo. No me ha encerrado con llave y me devolvió el teléfono, pero me ha puesto dos armarios en la puerta cuyos cuerpos miden dos metros –de ancho–, una sombra a cada lado cuando arrojo mi cuerpo fuera de la celda carcelaria. Claudia se apiada de mí y me trata con mucha ternura. Hace tarta de chocolate y me cura la herida. Le doy las gracias por permanecer en el presidio en domingo, su día libre.

La mayor parte de la mañana la paso dormida. No he preguntado por Alejandro y no lo he visto por ningún sitio, juraría que no está. Y si anda por aquí, no se ha acercado a mí. Tendrá miedo de mi reacción. Anoche la discusión subió bastante de tono, hasta que tomé conciencia absoluta –tardé demasiado– de que no me permitiría salir del piso. Así que me encerré en el cuarto de invitados con una exasperación de mil demonios y unas ganas de matarlo de las de verdad. Cuando se pone terco, imposible razonar con él.

Acepto que me ponga escolta, renuncio a mi intimidad si así se queda más tranquilo, pero en mi casa ¡joder! No aquí, donde verlo sin poder tocarlo se convierte en una tortura constante. Llamo al hospital y me informan de que Sara sigue igual. No hay mejoría, aunque tampoco ha empeorado. El doctor volverá a pasar a media tarde y podrá ofrecer más noticias de su estancamiento o evolución. Alejandro llega pasadas las dos de la tarde. Lo huelo desde el dormitorio y escucho sus pasos acercarse hasta allí. Llama a la puerta y, ante mi ignorancia, la abre sin más. ¿Y sabéis lo que hago? Cerrar los ojos y hacerme la dormida. Muy adulto todo.

—¿Ha comido? —pregunta a Claudia en la puerta de la habitación.

—Zumos de naranja, café y un poco de tarta.

Lo escucho respirar.

—¿Ha vuelto a vomitar?

—Un par de veces, pero parece que ha mejorado.

Se alejan por el pasillo y yo aparto el edredón de la cama para respirar con mayor libertad. De pronto, todo se hace pequeño, como yo. Así me siento, como si regresara a los diez años y mi padre me hubiera castigado por no hacer la tarea. Amo a Alejandro, pero a veces se comporta como un auténtico gilipollas. Me levanto para ir al cuarto de baño; hay cosas que no pueden esperar por mucho que las aguantes, y tropiezo con una bolsa de una marca muy conocida y cara justo antes de salir de la habitación. La abro y encuentro ropa nueva de mi talla dentro. Suspiro y me doy por vencida. Cojo un pantalón vaquero, una camiseta y ropa interior.

La lasaña de verduras que ha cocinado Claudia, una exquisitez, no la vomito, por suerte para mí. Alejandro se ha llevado toda la comida. Aguarda a que repita las arcadas, motivo que justificaría para él mi internamiento en el hospital durante unas semanas. Si supiera por qué mi cuerpo se comporta así... se moriría. Me gustaría verle la cara cuando se entere, todo un poema.

Supongo que lo presenciaré, porque debo ser yo quien, llegado el caso, se lo comunique, y por ahora no veo la necesidad. No he decidido lo que voy a hacer. Para empezar, no se me ocurre cómo poder aclarar quién de los dos es el padre. Les quito un pelo a cada uno y los envío para que hagan la prueba del ADN porque la opción posparto del parecido no determinaría nada.

Abundan las criaturas que se parecen más a sus abuelos o tíos que a sus padres. Todo muy normal. En esas ando, cuando me zampo otro trozo de tarta de chocolate. Y Alejandro contabiliza tres.

—Al final volverás a enfermarte —me indica desde el otro lado de la mesa.

Si no como, porque no como. Si como, porque como. Creo que su principal misión en la vida consiste en joderme. «*Ni que lo digas*», me recuerda mi

sub, salido como el pico de la mesa. Sonríó para mí, no me refiero a eso, que también. Parece que nunca está contento con nada de lo que hago ni con lo que digo. De pronto se me ocurre una idea genial. Me quedaré en su casa el tiempo que quiera, pero voy a convertirme en la niña más insoportable que haya conocido. Sí, me comportaré como una malcriada que lo volverá loco. Así quedamos empatados. Y empiezo desde ya. Terminó con el trozo de dulce y cojo otro, pero este se me cae —se lo tiro— sobre su camiseta.

—¡Uy, qué torpeza! Lo siento. —Miento moviendo las pestañas dulcemente en un gesto inocente.

Alex me mira, tuerce la boca en un gesto muy perverso, se levanta delante de mí y, muy lentamente, se quita la camiseta. Yo me quedo embobada observando cómo se mueve cada músculo de su escultural y tatuado cuerpo.

Madre mía. Me tiro encima y no respondo. Vuelve a sentarse y sigue desayunando ¡con el torso desnudo! «*Chiquillo, tápate que vas a coger frío*».

Cuando levanta la vista, todavía permanezco con la mirada fija. Lo miro y remiro con las cejas enarcadas y babeando. Sonríe perverso, sabedor del efecto que causa en mí. Qué cabrón. Por supuesto, con Alejandro Fernández no se juega. Tengo que saber mover mis fichas si no quiero que me coma la reina en menos de un día.

Me lo digo una y mil veces, el pataleo con este hombre no conduce a nada.

Llevo dos horas refunfuñada porque quiero, y necesito, ver a Sara y nada, que no permite que me desplace sola al hospital. Ahí lo tengo, frente a mí, gritando que voy a terminar con su paciencia.

—Tú ganas —cedo—. Y, de paso, ¿podemos pasar por mi apartamento a coger algo de ropa? —Pongo los brazos en jarra. No tengo suficiente con las mudas que me ha traído.

Paramos en mi casa, no tardo demasiado en hacer una pequeña maleta. La de vueltas que he dado en el último mes. No me entretengo porque deseo ver a Sara lo antes posible, así que, una hora después, entramos en el hospital y me encuentro con Roberto y Sofía en la puerta. La segunda me sonrío y me

abrazo. El primero me mira enfadado y descolocado. Si me pregunta qué está ocurriendo, no sabría explicarle nada. Difícil que, sin más explicaciones, comprenda y acepte que me he ido a «vivir» con él. Sara prosigue estable. Ni bien ni mal. Verla así me deprime, y cada día me siento más culpable. El doctor nos informa de las pruebas que le harán a lo largo de esta semana si no mejora. La incertidumbre me hunde un poco más.

—Pueden aparecer numerosos problemas neuropsicológicos provocados por las lesiones cerebrales. No puedo predecir las consecuencias, varían mucho entre una persona y otra. La zona cerebral afectada y la gravedad de la lesión, por supuesto, también influyen. Tenemos que esperar a que despierte para saber a qué nos enfrentamos, pero quiero que tengáis en cuenta cualquier posibilidad. Son frecuentes los cambios de personalidad, el déficit de memoria o el discernimiento, así como la capacidad de concentración.

Estudiaremos qué clase de rehabilitación necesita cuando veamos a qué nos enfrentamos.

Me tiro sobre el sofá de Alejandro y me quedo profundamente dormida.

Cuando despierto, ha caído la noche y solo la luz del pasillo de las habitaciones y la de Madrid alumbra el espacio. Me froto los ojos, me levanto y camino hasta la cocina a por un vaso de agua. Las náuseas han desaparecido, pero el cuerpo me pide beber algo frío. Vuelvo al salón saciada esta sed y me encuentro con un imponente Alejandro, vestido de traje, recién duchado, oliendo a perfume caro y a sexo desenfrenado contra la pared, o sobre las baldosas del suelo, qué más da. Mi cuerpo reclama saciar esta otra sed. Las hormonas comienzan a revolotear y a dar palmas imaginándoselo sin ropa y agachado delante de mí dándome el placer infinito que solo él sabe darme.

—Tengo que salir. Claudia ha dejado la cena preparada en el horno. —
Abofetea mi erótico ensimismamiento.

—¿A dónde vas? —Me arrepiento de la pregunta conforme mi boca se mueve sin mi permiso. Maldita sea. Y a mí ¿qué me importa?

—Tengo una cena de negocios —responde con voz indiferente mientras se

coloca el abrigo.

—¿Con una mujer? — «¿Quieres cerrar el pico?» ¡Claro que quiero! Pero ¡No puedo! Le contesto a mi sub que me mira junto a mi dignidad desde el suelo.

—No es de tu incumbencia. —Coge el móvil y le dice a alguien que tardará media hora.

Llámalo olfato de mujer, que soy muy lista, o que mis «yoes» viven en alerta constante, pero por su tono de voz puedo sospechar con quién va a cenar.

—Tienes una cita con Marina. —Mi maltrecho corazoncito late celoso.

Él no dice nada y confirma mis miedos. Alejandro no miente, lo aprendí pronto, prefiere callarse antes que reconocer la verdad.

—No me lo puedo creer —musito y sigo metiendo la pata.

—¿Qué no puedes creer? —escupe molesto.

«Contesta, lista».

—Me tienes encerrada en tu casa ¿y tú sales por ahí con tu ex prometida?

—Vamos a aclarar las cosas. Estás aquí porque considero este lugar más seguro que ningún otro. Eso es todo, no hurgues más. Y, aunque no tengo por qué darte explicaciones, efectivamente, por asuntos de negocios ceno con Ramón de la Rosa. Estoy seguro de que acudirá acompañado de su hija, pero ni es de tu incumbencia, ni soy yo quién para elegirle la compañía.

«A ver por qué preguntas. Mejor vivir ignorante que muerta de celos y envidia».

Mi sub lleva razón. Ahora pasaré la noche con el pensamiento puesto en lo que pueda pasar entre ellos. Si no supiera nada, imaginaría cualquier cosa, como que cena con diez hombres, en un local de hombres y con camareros hombres. ¿Qué me ocurre? Nunca me he mostrado celosa, y mucho menos taaan dramática; a excepción de mi gusto por las películas. Me encanta la

libertad y la confianza, pero entre nosotros han surgido tantos secretos y mentiras, que recuperar la espontaneidad y la franqueza costaría horrores. No estamos juntos, así que mi comportamiento me molesta mucho más.

—Llevas razón. No es de mi incumbencia —digo recogiendo mi dignidad esparcida por el suelo y cruzando el salón para esconderme en el dormitorio.

Me agarra del brazo cuando paso por su lado y me para. Lo escucho respirar.

—No asistiría si tuviera otra opción.

—No me importa. —Tiro del brazo y me suelto—. Allá tú, tú sabrás lo que haces.

Me encierro en la habitación y me tiro sobre la cama. Mi primer impulso es dar rienda suelta al llanto, pero me aguanto, no me lo consiento. El segundo, tirarme de los pelos, lo descarto por insuficiente. El tercero, pedir con desesperación ayuda urgente a Sara, pero no puedo, las malditas circunstancias lo imposibilitan. Le diría que soy una idiota y que aquí ando, destrozando mi vida. Ella me abriría los ojos diciéndome alguna burrada con mucho sentido, entonces yo recobraría la razón y pondría orden en mi desastrosa existencia. Salvada la situación gracias a ella, como en tantas otras ocasiones. Mierda. Mierda.

« Alguien entra en la habitación, pero no distingo quién, la oscuridad lo cubre todo. Trato de abrir los ojos a conciencia e intentar que las pupilas se agranden hasta poder adivinarlo. Un suspiro lo descubre, Alejandro se detiene junto a la cama con un pantalón de pijama y el torso desnudo. La luz que entra de la calle baña su cuerpo convirtiéndolo en un ente sobrenatural.

Tira de las sábanas y me descubre. Solo un conjunto de ropa interior de encaje blanco cobija mi cuerpo. Sus ojos se clavan en los míos para después bajar con parsimonia quemando todos los rincones de mi piel. Me agarra de los tobillos y tira de mí hasta dejarme al filo de la cama, sentada en el borde.

Me incorporo y él se arrodilla justo delante. Me baja la braguita lentamente

mientras me besa los muslos y las piernas. Siento el calor de sus labios sobre mi piel. Gimo cuando lame mi monte de Venus y sopla sobre mi clítoris. Con sus manos, me abre las piernas para poder introducir su ávida y experimentada lengua y chupar cada centímetro de mi sexo. Jadeo. Siento que para y mi mirada se encuentra con la suya. Lo agarro del pelo con las dos manos y lo insto a que siga. Me tira de espaldas sobre la cama, se sube a ella de rodillas, me abre las piernas sin cuidado y sigue chupando y lamiendo cada centímetro de mi piel más sensible. Muerde mi clítoris tirando de él y grito.

—Si gritas, pararé —amenaza con voz ronca.

No, por favor. Por nada del mundo.

Me muerdo el labio inferior con los dientes, fuerte. Comienza un reguero de besos en dirección ascendente hasta llegar a mis pechos. Baja una copa del sujetador con una mano y se entretiene dándome placer acariciando con maestría un pecho. Baja la otra y hace lo mismo con el gemelo. Mis manos vuelan sobre su fuerte y musculada espalda. Arañando la piel a su paso. Se incorpora y me mira, de arriba abajo, no dejándose nada. Pilla la cintura del pantalón, lo baja lo suficiente para dejar escapar su imponente polla y la coge con la mano derecha.

—Ábrete más —ruge—. Y no te muevas.

Roza con la punta de su miembro la entrada de mi vagina y tiemblo de placer. Me remuevo y se aleja. Me mira apretando los dientes y me desafía.

Son solo unos segundos, pero su cara consigue que exploten mil sensaciones dentro de mí.

—Fóllame —ruego.

—Agárrate a los barrotes y no te sueltes. —Lo hago sin rechistar. Me aferro a ellos con fuerza y me abro dejando mi sexo dispuesto ante él. Con una mano me abre mientras que con la otra guía su polla hasta que me empala sin compasión. Apoya los codos a cada lado de mi rostro y comienza a entrar y a salir con movimientos secos y certeros. Mis gritos y sus jadeos rebotan en

las paredes de la habitación. Levanto la cabeza para besarlo, pero él se aparta. Vuelvo a intentarlo y repite la misma acción. Enfadada y desesperada, le muerdo el pecho. Gruñe y para de moverse sin salir de mí.

De pronto, se retira unos centímetros y me da una fuerte estocada que me llega a doler. Grito y cierro los ojos. Los abro y le muerdo otra vez, esta vez el hombro. Alejandro sonrío malévolo, saca su polla, se incorpora, me da la vuelta dejando mi cuerpo boca abajo, me quita el sujetador y lo utiliza para atarme las manos y engancharlas a los barrotes de la cama.

—¿Quieres jugar? Juguemos. —Termina de hablar y me muerde con fuerza un cachete del culo. Grito y tiro tratando de soltarme. Muerde el otro sin compasión, apuesto a que dejará marca y me quejo. Masajea sobre la zona y tantea mi entrada trasera con un dedo. Sin demasiados rodeos lo mete dentro y resoplo. Con sus rodillas empuja las mías abriéndome y siento su verga entrar en mí. Gime y noto que se refrena.

De pronto, me da un fuerte azote y mi piel arde. Me gusta. Me da otro. Y entra y sale. Un gruñido salvaje brota de su garganta y la mía.

—¿Quieres más?—Un siseo inaudible y entrecortado se escapa de mi boca enloquecida. Lo quiero todo. Extrae el dedo que aún tenía dentro de mi culo, a la vez que saca su polla dejándome desamparada, pero el sentimiento dura poco. Lo que tarda en penetrarme de nuevo por detrás. Es grande, está bien dotado y mi músculo se amolda a su grosor poco a poco. Cuando llega al fondo, me agarra fuerte de las caderas y comienza a entrar y a salir una y otra vez, una y otra vez. Ruge. Grito. Jadeo. Jadea. Otro azote. Sus manos sobre mi piel. Las mías atadas, yo indefensa ante él.

Entra y sale.

Entra y sale.

Entra y sale una y otra vez., duro y certero.

—No puedo más. —Se escapa de mi boca. Me falta el oxígeno. Estoy a punto de desfallecer. La adrenalina corre por mis venas, mis células se aceleran.

Aligera el ritmo hasta sentir que me rompe en dos. Solo se escuchan sus gruñidos, mis jadeos, sus gritos. Huele a sexo bien hecho, a explosión nuclear, a estrellas chocando unas con otras. Y de repente, caigo en un agujero negro. Toda mi piel implosiona y grito, chillo sin contenerme mientras Alejandro se derrama, muy caliente, dentro de mí.»

Me despierto sudando, mojada y con la respiración acelerada por el gran y colosal orgasmo que mi calenturienta imaginación me acaba de suscitar.

Portentosa, soberbia, de epopeya homérica semejante fantasía erótica en duermevela. La luz de la mañana me ciega. Anoche no cerré las cortinas y aquí las ventanas pequeñas y normales no existen. En este ático se cambiaron por enormes cristales que lo ocupan todo. Me tapo la cabeza con la almohada y pataleo. Me da coraje lo que acaba de ocurrir. Tener sueños desenfrenadamente eróticos con el cabrón enchaquetado, anoche se comportó como tal, no me beneficia en absoluto. Bueno, me da orgasmos increíbles, pero ¿qué gano con eso?

«*Orgasmos*», aclara mi subconsciente con los brazos en jarra.

Lo aparto de mi mente de una patada y trato de hacerle entender que los dolores de cabeza que me pueden acarrear, supera los beneficios del placer.

No compensa, a la postre se pervierten en suplicios.

He dormido toda la noche del tirón. No me he despertado ni una vez. ¿A qué hora llegaría Alejandro a casa? ¿Llegaría? ¿Se acostaría con la arpía?

¿Pasaría la noche con ella?

—Arrggg —grito con la cara sobre el colchón tratando de que amortigüe el sonido de mis lamentos.

Tengo ganas de destrozarlo todo, de llorar mucho y sin freno. Sin embargo, mejor que corra la mañana sin aspavientos. Me levanto y me consolaré con la ducha. No tengo ganas de encontrarme con el dios griego engreído al que

mataría con mis propias manos, así que camino hasta el otro pasillo donde hay un par de habitaciones más y un cuarto de baño que nunca jamás he usado. Así no me tropezaré con él.

«¿Quieres verlo o no? A ver si nos aclaramos.»

No quiero verlo nunca más.

«¡Pero si hasta sueñas con él...!»

No volverá a ocurrir.

«Esta noche me lo cuentas.»

Charlo con mi sub mientras cruzo el ático vacío. No me encuentro con Alex por el camino y lo agradezco, pero no deja de extrañarme. Debe ser más de las siete, y él no duerme hasta tan tarde –tan temprano para mí–. O no ha pasado la noche aquí, o ya se ha ido. Me tiro imaginariamente de los pelos y me arranco unos cuantos. A saber hasta qué hora se alargó la fiesta anoche.

Abro la puerta del baño a la vez que le exijo silencio a mi subconsciente.

Pero él se queda hablando con mi yo racional que le grita que debemos irnos a casa hoy mismo. Escapar de la cárcel de cristal se ha situado en el puesto número uno de mi lista de «*Cosas pendientes y urgentes*». El vapor caliente de la ducha abofetea la cara y maltrata la piel. Veo una silueta delgada tras la mampara, saca una mano, coge una toalla, envuelve su cuerpo con ella y, grácil, sale de la bañera. Una mujer joven y guapa se asusta con mi presencia, yo me hundo con la suya.

Yo lo mato ¿Cómo se atreve a traer a una amante estando yo aquí?

23

PORQUE TE ODIO

En serio. ¿Qué está pasando? ¿El mundo se ha vuelto loco? ¿Ha dejado de dar vueltas? ¿Da demasiadas? Corro por el ático hasta llegar al dormitorio de Alejandro, abro la puerta reencarnada en demonio y me tiro sobre él, que duerme plácido. Comienzo a darle puñetazos y patadas mientras el dios del sexo; con el pecho descubierto, trata de cubrirse con los brazos, desorientado.

Unos segundos después, agarra los míos con fuerza, me da la vuelta y se sienta a horcajadas sobre mi cuerpo colocando mis manos, sin soltarlas, por encima de mi cabeza.

—¿Se puede saber por qué cojones arremetes contra mí? —ruge en mi boca.

—Porque te odio —le escupo, encolerizada.

Sin mediar más palabras, une sus labios con los míos en un baile desenfrenado y le muerdo. El sabor metálico de la sangre se mezcla en nuestras bocas mientras mi cuerpo se enciende alumbrando la habitación como si mil luciérnagas nos rodearan. Me ata al cabecero de la cama y me quita la ropa. Después lo hace él y babeo. Su imponente cuerpo se yergue sobre mí.

—Te voy a enseñar modales a base de polvos.

Vale, una fantasía más, invención de mi retorcida mente y mi yo más sangriento; y perverso. No ha ocurrido. En realidad, me meto en el cuarto de baño que hay frente a mi habitación y cierro con pestillo. «*Estás empezando a tener obsesión por el bondage*». Mi sub me advierte con un tono demasiado alegre, y yo comienzo a plantearme cuánto me gusta que me aten. Me ducho, por fin, y salgo al salón ataviada con un vestido negro estrecho hasta la rodilla, cuello alto y mangas largas de *Ultimate*, zapatos de tacón con broche dorado en el tobillo, mi chaqueta de cuero preferida, mi mejor maquillaje y la cabeza muy muy alta. Lista y preparada para salir de la cárcel de cristal y encerrarme en la Torre de Cristal. Mi vida entre vidrios gigantes. Puaf.

—El desayuno está preparado. —Su voz, seca, me frena, justo antes de salir.

—No tengo hambre. —Ni lo miro y cierro la cremallera de mi chaqueta.

No contesta y camino hasta la puerta. La encuentro cerrada a cal y canto.

No me sorprende, en absoluto. Conozco todas sus manías. Suspiro y me resigno. No me va a dejar salir de aquí si no como antes algo. Me voy repitiendo durante el trayecto una y otra vez que el asesinato es un delito.

Arrggg. Lo mataría con mis propias manos. Alejandro lee el periódico con una taza de café en la mano, tranquilo, como si no hubiera pasado nada, como si su amante no anduviera como Periquillo por su casa en algún lugar de este antro de perversión. Tal vez se ha ido. Lo odio por faltarme al respeto, me odio por dejarlo entrar en mis eróticos sueños, odio lo nuestro por su intensidad y por crecer tanto en tan poco tiempo. Doy los buenos días a Claudia y me siento lo más alejada posible de él; que, debido a lo grande que es la estancia, es mucho. Me tomo un café, un zumo de naranja y una tostada.

Vaya, pues sí que tenía hambre. No cruzamos una palabra, si le digo algo, me saldrían solo insultos e improperios, así que mejor enmudecer. Meto los vasos y platos en el lavavajillas, termino, me cruzo de brazos frente a él y martilleo el suelo con un pie.

—¿Serías tan amable de abrir la puerta para que pueda acudir a mi trabajo?

—Salimos en diez minutos —contesta sin mirarme. Sigue leyendo.

Una furia fuera de control se apodera de mí. Me acerco, le quito el periódico, arrugo las hojas y lo tiro al suelo. Parsimonioso, levanta una ceja y me interroga con una mirada de sorpresa. ¡Hombres! Que no lo sepa solo me indica su nivel de despiste. No me explico cómo no se ahogan bebiendo agua.

En serio, ¿cómo se puede ser tan obtuso? Pongo los brazos en jarra y, con el gesto, tiro un par de manzanas del frutero al suelo. Me agacho a recogerlas, enrabiada.

—Buenos días. —Escucho una voz pizpireta y alegre al otro lado de la isla.

Me incorporo y la veo dar un beso y un abrazo a Alejandro. Surrealista.

Me siento actriz secundaria dentro de una película de Almodóvar. «*Todo sobre mi amante*» o ¿no era así? Únicamente me apetece estamparle las manzanas en sus malvadas cabezotas. La chica aún no se ha dado cuenta de mi presencia. Sonríe pagada de su refinada figura y perfectas facciones. Los ojos negros le brillan y hacen juego con el resplandor de su pelo castaño liso.

—He conocido a tu chica. Me ha asustado en la ducha. —Alejandro clava su mirada en la mía y tuerce la boca en una media sonrisa cínica, atando cabos. Le acaba de encontrar explicación a mi cabreo. Ya era hora.

—No soy su chica. —Aclaro, fuerte y contundente. Qué más quisiera él.

«*Y tú*». Vaya por dios—. No me gusta compartir. —Me cruzo de brazos—.

Ni que me falten al respeto.

La mujer se da la vuelta y me mira. Agrandada la sonrisa y se gira de nuevo hacia Alejandro.

—A saber qué has hecho para cabrearla de aquella manera, hermanito. —Pone los brazos en jarra.

Abro la boca sorprendida, dándome cuenta de que he metido la pata hasta el corvejón. Miro su cara... su pelo... ¡sus ojos! Iguales que los de Álvaro.

La tez y facciones perfectas como las de Alejandro. Noelia, su hermana pequeña. Alex se levanta, mirándome altivo y con una sonrisa de superioridad. El brillo de sus ojos azules se mofa de mí y de mi torpeza. Ella camina hasta mí, me da dos besos y se presenta.

—Hola, soy Noelia. Encantada de conocerte. Siento la confusión. Anoche llegamos muy tarde para despertarte y presentarnos. Este necio no me ha hablado mucho de ti, pero no se lo tomes a mal. No habla demasiado de nada.

Es muy suyo, solo él sabe por qué.

—Ya lo haces tú por los dos —responde serio—. Nos vamos en dos minutos.

—Me avisa. Desaparece tras la puerta de la cocina y me deja a solas con su hermana.

—No sé cómo lo aguantas. Vive con un palo metido por el culo. —Su comentario me hace reír. Después de unos segundos, las dos lo hacemos. La imagen de Alejandro sodomizado me horroriza, sin embargo, no deja de ser divertida.

—Encantada, soy Dani.

—No entiendo qué haces aquí con él. Seguro que no te deja ni elegir la comida.

—Me tiene secuestrada —digo natural. Ella levanta las cejas, divertida—.

Hablo en serio. Me encantaría marcharme a mi casa, pero Alejandro tiene una manía malsana con mantenerme vigilada.

—Te creo, no tienes que convencerme de nada.

—¿También es así contigo? —pregunto tras la vehemencia de su respuesta.

—Noooo. Lo mataría. —Ya, a mí qué me vas a contar—. Alejandro siempre ha estado muy pendiente de mí y de Álvaro. Pero nunca nos ha encerrado, sabe que me tiraría por la ventana —dice, divertida. Mm, no me des ideas.

Claudia entra en la cocina de nuevo y le pregunta a la «*Señorita Noelia*» si desea tortitas con mermelada de cereza para desayunar. Esta asiente entusiasmada y le da las gracias reiteradamente mientras se la come a besos.

Toda la sala se inunda de un cariño infinito, los vellos se me erizan y una sonrisa sincera se escapa de entre mis labios.

Entro en la Torre de Cristal al lado de Alejandro, pero como si fuera sola.

No hemos hablado en el coche, ni siquiera me ha mirado. Ha estado muy ocupado dando órdenes por teléfono. Tampoco me habla ahora y no me quejo mucho, seguro que si lo hiciera sería para mofarse de mí por confundir a Noelia con su amante. Cruzamos el vestíbulo, casi desierto. Pasan las nueve

de la mañana y todos atienden ya sus puestos de trabajo. Aún no me explico por qué Alejandro, ese ser al que le gusta empezar la jornada laboral a horas intempestivas, —bueno, horas normales, pero que yo odio—, hoy ha retrasado tanto la entrada en MKD. Paramos frente al ascensor envueltos en el mismo mutismo, solo se escucha el *clin* del armatoste y lo vemos abrirse frente a nosotros. El dios griego, vestido con un traje negro de Armani a conjunto con la corbata y camisa blanca, espera a que yo entre primero y después lo hace él, posicionándose, de nuevo, a mi lado. Mete la llave en la ranura, la lanzadera coge velocidad y sube en menos de un minuto hasta el piso 212 sin paradas. Bajamos y respiro, a punto del desmayo, cuando pongo los pies en el pasillo. Comienzo a andar y su voz, a mi espalda, me frena.

—Carlos te llevará a almorzar.

—Berta y Victoria me acompañarán. —Ni siquiera me giro y le ordeno a mis pies que se muevan. El resto de la mañana me escondo dentro de mi despacho. Mis ganas. Isabelle irrumpe en mi remanso de tranquilidad a eso de las once.

—Álvaro quiere verte. —Ni siquiera me saluda—. Te espera en la sala de reuniones dentro de cinco minutos.

Recorro el pasillo y recapitulo. Hoy es lunes y no lo veo desde el jueves por la noche. Han ocurrido tantas cosas desde entonces, que parece que haya pasado un año. Tantas turbaciones han copado mi atención, tratando de seguir a flote, que no he caído en la cuenta de su ausencia. Me parece raro, muy raro, que no me haya llamado siquiera. ¿Sabrá lo que le ha ocurrido a Sara?

¿Dónde ha estado todo este tiempo? Cruzo el arco de la puerta abierta de par en par y la dejo como la he encontrado. Álvaro se gira en mi dirección en cuanto escucha el repiquetear de mis talones sobre el distinguido suelo. Mi mirada se encuentra con sus ojos negros y reconozco, al instante, a Noelia en ellos. Son prácticamente iguales. Ónices brillantes y con mucha vida. Saludo con un profesional «*buenos días*» y él ilumina la sala con su media sonrisa.

—Buenos días —responde.

—¿Querías verme? —Cambia su semblante a otro más serio y bañado de una

tristeza que me congela al escuchar mi pregunta. Tarda unos segundos en contestar. Me planto a unos pasos de él.

—¿Qué te ha pasado en la frente? —pregunta, preocupado. Le digo que me he caído, pero que no es nada y sigue—. Necesito que me ayudes a convencer a Conrado. Quiere romper el contrato.

—Tal vez tendrías que dejarlo ir. Nadie debería permanecer donde no quiere.

—Un silencio sepulcral se apodera de la estancia durante una eternidad. Creo que le está dando vueltas al significado de lo que acabo de decir.

—¿Crees que lo hago por dinero? Solo deseo lo mejor para él. Sé que D

Árte le dará lo que necesita para triunfar. Y las razones por las que se quiere marchar son desafortunadas.

—¿Cuáles son?

—No confía en mí.

—¿Y tendría razones para no hacerlo? —Reconozco un haz de luz cruzar por sus ojos negros. Esconde algo tras ellos. No contesta a mi pregunta y decido hacer otra.

—¿Dónde has estado estos días?

—En París —responde sin dudar—. Las obras de la nueva galería no acaban de dar problemas.

—Y tienes que encargarte tú de ellos... —Silencio—. No entiendo por qué tienes que mentirme en esto.

Coge aire e hincha su pecho. Lo suelta despacio y dice: —¿Cómo está Sara?

—La pregunta me molesta. Ha tardado tres días en hacerla. Me da igual dónde haya estado y con quién. Si sabía lo ocurrido, podría haberse preocupado antes. Capta mi reacción al instante y sigue hablando—. No he podido llamarte.

Supongo que en Francia ha habido una hecatombe zombi y no funcionaban

los teléfonos. Obvio mi enfado y le contesto que, por fortuna, mi amiga está bien; al menos no ha empeorado en las últimas horas. He llamado al hospital justo antes de que *La modelo de Prada* irrumpiera en mi despacho.

—Sigue estable. Tenemos que esperar.

Da un paso y acorta nuestra distancia, tanto que noto el latido de su corazón bajo la chaqueta azul eléctrica y la camisa de un añil muy claro. Su pelo se mueve sobre la frente y se muerde el labio inferior con los dientes.

—Yo... lo siento.

—Creí que éramos amigos. —Eso me dijo, que quería ser mi amigo mientras vuelvo a enamorarme de él, mientras olvido todo lo ocurrido, todas las ausencias, todos los «*te quiero*» callados en el tiempo.

—Dani... —me llama.

—Olvídalo. Hace mucho que no espero nada de ti. —Miento descaradamente, pero él me cree.

Me he llevado cinco años con el deseo ardiente de que todo fuera de otra manera, que Álvaro apareciera en algún momento y me llevara con él o, al menos, me explicara por qué me abandonó. Siempre he esperado todo de él, no obstante, me lo negaba. Y cuando apareció, fue como si mi yo princesa cuento de hadas llevara razón. Aunque a mí me pareció, al principio, vivir una pesadilla. Durante estos últimos dos meses, sin quererlo, mi ilusión resurgió y se acrecentó.

Prende mis manos entre las suyas y un escalofrío me recorre los brazos.

—Me gustaría contarte quién soy en realidad, cuál es mi verdadero trabajo, el porqué de mis ausencias... Pero no puedo. Por ti. No puedo hacerte eso.

—No quiero saberlo. De todas formas, no borra todos estos años.

—Quizá comprendas por qué no vine a buscarte y te plantees darme una oportunidad.

—Te la di al no echarte de mi vida cuando volviste. Pero... te vas y no sé por qué.

—Dani... yo... —susurra y traga saliva. Algo le pesa mucho más que la culpa de dejarme sola y vivir sin mí, pero ¿el qué? —¿Podemos vernos esta tarde? Te llevaré a cenar a un sitio bonito. Conozco un lugar..., siempre he querido llevarte allí.

—No puedo —bajo la cabeza, un poco avergonzada. Se ha perdido muchas cosas desde que se fue. Ahora vivo con Alejandro y dudo que me deje salir de noche y sin él. Parece que he vuelto a la pubertad y necesito pedir permiso cada vez que voy a dar un paso sin ir de la mano de mis padres.

«*Revélate*», mi subconsciente me —mal—aconseja. Estoy segura de que levantarme en armas contra Alejandro no me traería nada bueno.

—Sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero déjame empezar de nuevo.

Soy un completo imbécil que no sabe hacer las cosas a derechas. Permíteme demostrarte que puedo cambiar.

—No es eso. No puedo. —Lo miro a los ojos, tratando de convencerlo y suplicando, en silencio, que no insista. Descubrir la verdad no le va a gustar.

—Itooo. —La pizpireta voz de Noelia me salva de morir ahogada en un pozo de lodo. Álvaro y yo nos separamos y la miramos. Su sonrisa no cesa, pero cambia imperceptiblemente al darse cuenta de lo juntos que hablábamos.

Muy poco espacio entre nuestros cuerpos para que solo nos una la relación jefe-empleada. Noelia salta sobre él y se engancha a su cuerpo hasta dejar de tocar el suelo. Álvaro la abraza sin ocultar la alegría que le da tenerla tan cerca. La deja sobre las baldosas.

—Te he dicho mil veces que no me llames así. —Trata de esconder la sonrisa, sin embargo, aflora demasiado grande y sincera para conseguirlo.

—Cada día te pareces más a él. —Creo que se refiere a Alejandro. Ni se me pasa por la cabeza que su hermana haga referencia a su padre, la cara de

Álvaro sigue siendo de un hombre feliz—. Tú eres el hermano simpático. Por favor, ya me he acostumbrado a que sea así. No volvedme loca.

—Noelia, te presento a Daniel Sánchez. Daniel, ella es...

—Ya nos conocemos. —Le da un golpe en el brazo—. Llegas tarde, Ito.

—Me guiña un ojo y sonreímos—. Vengo a invitarte a comer —me dice, cercana—. Seguro que necesitas reponer fuerzas después de aguantar a estos dos neandertales toda la mañana.

Durante la comida, le cuento a Noelia, Victoria y Berta mi percance en el cuarto de baño y lo ocurrido a Sara; omitiendo los detalles más escabrosos, entre ellos la idea de que puede no ser un accidente y yo tenga algo que ver.

Todas se preocupan por mí y por mi amiga, no se esperaban tal noticia. Berta me regaña por no pedirle ayuda, y yo me excuso prometiéndole que estoy bien y que he pasado el fin de semana acompañada; tampoco doy detalles sobre la situación. Noelia se ofrece a acompañarme al hospital y hablar con los médicos.

La recepcionista modelo de Victoria Secret le pregunta a la hermana pequeña de *Los dos hombres de mi vida*, —parecen títulos de tragicomedias—, cómo está y por qué ha tardado tanto en volver a Madrid. Esta nos habla de su trabajo en el StThomas’Hospital y de su ilusión por un proyecto llamado «*Vidas y sonrisas*». Viajará a Yibuti este verano para tratar enfermedades de fácil curación en el primer mundo, pero mortales en el Cuerno de África.

Cuando escucho el país al que va a trasladarse se me corta la sonrisa. Se dirige a una zona de gran inestabilidad política, económica y social, envuelta en continuas guerras. Seguro que ni Álvaro ni Alejandro conocen los planes de su hermanita. De otra manera no la dejarían adentrarse en una región tan problemática. Allí las personas mueren de hambre, literalmente. La hago partícipe de mi admiración por ella, me parece un gesto encomiable. Propio de heroínas la ayuda al prójimo, sin recibir nada a cambio y poniendo en riesgo su vida. Pero también le comento la preocupación de los que la quieren y deja aquí, así como de todos los peligros a los que se enfrentará. Por supuesto, ella ya ha estudiado pros y contras, dispuesta a asumir las

consecuencias. Quiere ayudar, arrimar el hombro de verdad. Y yo la admiro por ello.

Volvemos a la Torre pasadas las tres y media de la tarde. El frío nos corta la cara y corremos con los tacones sobre el asfalto sin contratiempos –son muchos años de práctica–, hasta que Victoria mete uno de ellos en la ranura de una cruel alcantarilla que se cruza en su camino. El tacón se rompe y ella llora, arrodillada, en medio de la calzada, con la extremidad del cadáver en la mano, clamando al cielo que enterrará sus *Carolina Herrera* como se merecen. Berta la mira muerta de la risa; Noelia, si no lo ve, no lo cree, y a mi mente vienen recuerdos maravillosos de unos días de verano que pasé junto a Sara en un pueblo de la costa de Huelva. Una asociación, Mariliendres creo que se llamaba, preparó una carrera de tacones en la playa y, por supuesto, nos apuntamos. Clavé ambos en la arena y me fue imposible dar dos pasos sin caerme. Lo pasamos genial, momentos inolvidables que atesoro con dulzura. Después de llorar a los *Carolina* como se merecen, volvemos cada una a nuestros puestos en MKD, mientras Noelia se pierde en la cafetería del piso 210. Que disfrute ella ahora que puede. Vuelvo a llamar al hospital y hablo con Roberto. Me tranquiliza que acompañe a nuestra amiga hasta que yo salga de trabajar. Natasha aparece en mi campo de visión con una sonrisa forzada, justo después de colgar.

—El señor Fernández quiere verla.

Camino con desagrado detrás de *La modelo de Victoria Secret número dos*. A esta la odio, y cada día acumula más méritos para contribuir a mi animadversión. Llama a la puerta del despacho de Alejandro, escucho un rudo «pasa», Natasha la abre, se hace a un lado y me cede el paso. Allá voy.

Esta sala nunca dejará de impresionarme. Inmensa y majestuosa, me sorprende cada vez que la visito. Vale, el imponente cuerpo del dios griego del sexo ayuda mucho. Su presencia, para mí, arrolladora, me noquea, desestabiliza y me vuelve loca. A diferencia de otras veces, conecta su mirada con la mía en el mismo momento que piso la estancia. Natasha cierra la puerta detrás de mí. Creo que mi cuerpo jamás se acostumbrará a las reacciones que provoca con tan solo tenerlo cerca. Me agito entera, como si yo fuera el epicentro de un terremoto y él la causa de la sacudida.

No parece enfadado, pero no podría decir lo contrario.

APRENDER A CONTROLARME

ALEJANDRO

—No me digas que no la encuentras. Hazlo y punto.

—Tenemos su pasaporte y documento nacional de identidad. No ha podido ir muy lejos.

—Investiga a Osvaldo Ruíz.

—Lo haré.

—Llámame cuando sepas dónde cojones está. —Cuelgo el teléfono irritado. No soporto no poder controlar según qué situaciones. En realidad, necesito tenerlo todo controlado, aunque últimamente demasiadas cosas se me escapan.

Amarla como la amo me ha roto los esquemas y me siento un inepto desde que la conocí. Ella me ha enseñado y dado muchas cosas, pero me ha quitado otras, como la certeza de que pase lo que pase seré feliz, a mi manera. Sin embargo, existe un antes y un después a Daniel y, ahora, estoy seguro de que nada será igual sin esa mujer que me centra y me vuelve loco a la vez. Me complica la existencia, pero no me quejo, todo tiene sentido desde que mis

labios encontraron los suyos.

Nunca me ha importado demasiado mi vida. No tengo intenciones suicidas ni mucho menos; pero no he temido a la muerte, a eso me refiero. Hago las cosas a conciencia, aunque sin pensar demasiado, actúo con intuición y nunca me ha fallado. Pero ahora... A veces siento que no sé dónde tengo la jodida mano derecha. Me preocupa demasiado su seguridad, tanto que el raciocinio se me nubla y no veo a dos metros delante de mí. Lo que antes me parecía obvio, ahora me cuesta distinguir con claridad. Verónica ha desaparecido y no me gusta. He barajado la opción de que se haya largado con el medio millón de euros que le he pagado por su parte del club a alguna isla del Caribe, sin embargo... algo me dice que me equivoco. No me gusta lo que está pasando, mi olfato para los negocios siempre me ha ayudado a triunfar y esto huele mal. Pensar que Verónica tiene algo que ver en el seguimiento a Daniel no me cuadra; aun así, no descarto la idea. Su última llamada no fue nada amable y me pareció que necesitaba ayuda. No deseo que le pase nada.

Por otro lado, los negocios de Álvaro y su insensatez no hacen más que agravar la situación. Sus idas y venidas no me gustan, que Lucie haya desaparecido lo tiene desorientado, nunca había pasado algo así. Me duele ver a mi hermano tan abatido, sé que intenta esconderlo, demostrarme que ha crecido y sabe manejar la situación, pero está tan desorientado como yo. Los dos lo sabemos. Me gustaría que fuera feliz, llevo toda la vida luchando con ese objetivo, tratando de suplir las ausencias de Marcos, dándole todo lo que él me ha pedido y más. Y ahora... ¿sería capaz de apartarme y dejarle el camino libre a Álvaro? ¿Es lo que estoy haciendo? Me digo una y otra vez que tengo encerrada a Dani en casa y bajo mi vigilancia solo por su seguridad y, en cierto modo, así es. Pero no me puedo negar que tenerla cerca me hace sentir bien, me hace feliz, en casa, en mi hogar, ella es mi lugar. ¿Podré renunciar a su voz, su tacto, su ternura? Echo tanto de menos su cuerpo...

sentirla... que se derrita con mis caricias...

Escucho que llaman a la puerta y trato de no mostrar impaciencia. Natasha abre y le da paso a ella. Dani entra como un mono acorralado en un gran recinto para leones. Me cautiva su mirada a través de la que descubro que yo soy su mundo, por eso en cuanto se adentra en el despacho me encanta perderme en el cielo infinito de sus ojos grises. Se me pone dura solo de

pensar en el brillo que desprenden mientras le hago el amor, porque, aunque me la folle como un loco, lo que siento por ella transforma ese acto tan corriente y tosco en algo singular y exquisito, lleno de romanticismo y de un sentimiento, hasta ahora, desconocido para mí. Querer como la quiero me ha debilitado, pero no lo cambiaría por nada.

Se detiene justo en medio de la estancia y no dice nada, yo tampoco, me sujeto a la silla para no saltar sobre ella, tumbarla en el suelo y hacerla mía.

La he llamado para darle una noticia que la hará feliz, pero mis intenciones se vuelven lujuriosas al tenerla tan cerca. Solo mi mesa y un metro nos separan.

—Querías verme —habla tratando de parecer segura y casi lo consigue.

Sin embargo, yo sé que siente lo mismo que yo. Un calor abrasador la recorre entera, puedo notarlo desde aquí. «*No solo quiero verte. Quiero besarte, acariciarte, olerte... Tenerte a mi lado cada noche y fundirme en ti. Asaltaría tu boca sin permiso hasta dejarte sin resuello*».

—Acércate —le ordeno apartando mis ganas de poseerla.

Camina hasta sentarse en uno de los sillones delante de mi escritorio. Noto cómo por momentos se acelera el latido de su corazón.

—Tengo una buena noticia. *Sunny Day* ha anunciado sus nuevos modelos de gafas y está siendo todo un éxito. Aún no han salido al mercado y ya tienen miles de encargos. Y todo gracias a ti. —Se le ilumina la cara y una sonrisa capaz de acabar con las guerras se le dibuja en el rostro. Estoy a punto de acompañarla en el gesto, cuando dice.

—Yo solo les aconsejé unos cambios, no he hecho nada.

—No te quites méritos, las transformaste en verdaderas obras de arte. — Respiro y su olor me hipnotiza. Tengo que sujetarme de nuevo al escritorio para dominar el arrebató y mantenerme alejado de su atractivo—. Ellos lo saben y quieren agradecer tu esfuerzo. La semana que viene nos invitan a una fiesta para celebrarlo. Me siento orgulloso de ti y de tu trabajo.

—Será un placer acompañarlos. —No dudo que yo sea el único que escucha la palabra placer bañada de un erotismo desenfrenado. Con ella me convierto en un neandertal, pierdo la cordura. El ambiente de la habitación se tensa y el oxígeno desaparece. Solo el silencio nos acompaña y pesa lo indecible, tanto que su mirada se extravía entre los surcos de sus manos.

—Siento lo que ha pasado —musita, traga con dificultad y mueve los dedos sobre el regazo, nerviosa. Después vuelve a levantar la vista y se encuentra con la mía, cargada de un millón de emociones que no controlo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, tal vez, con un cinismo fuera de lugar.

Sé a qué se refiere, pero quiero que me lo diga ella. Anoche pensó que tenía una cita con Marina y esta mañana creyó que había tenido la desvergüenza de meter en mi cama una amante mientras ella dormía. A veces me asusto de la imagen que transfiero al resto del mundo, de un hombre sin escrúpulos y sin compasión, pero que ella lo crea... me destroza. No me siento orgulloso de todas las decisiones que he tomado en mi vida, he errado en muchas ocasiones, y con ella metí la pata desde el principio. No puedo culparla que me juzgue como un malnacido. Me lo merezco. No obstante, que crea que Marina significa algo para mí me entristece. Me la he follado durante mucho tiempo y hemos estado prometidos unos pocos meses, pero nada más. Ni la he amado nunca ni la amo. Todo mi amor se lo entregué a Dani y, aunque por los derroteros que ha tomado nuestra historia no apueste porque perdure, mis sentimientos por ella no desaparecerán jamás.

—Lo sabes perfectamente —responde, enfadada. Achina los ojos y tuerce la boca en una mueca insolente.

Me levanto y se asusta con mi gesto, tensa el cuerpo y deja de respirar. Me la pone increíblemente dura su reacción, puedo notar el aire salir por su nariz, despacio. Camino hasta sentarme frente a ella, sobre la mesa. Cruzo brazos y piernas y sigo.

—Anoche pensaste que tenía una cita con la señorita De La Rosa y que, con toda probabilidad, me acostaría con ella. Esta mañana has dado por sentado que Noelia era mi amante y me la había follado justo en la habitación de al lado. ¿Me equivoco en algo? —Mi tono ha ido subiendo en decibelios y

grados de mosqueo conforme hablaba y Dani respira profundamente controlándose. Niega con la cabeza y se muerde el labio. ¡Dios! Me remuevo.

La polla me va a explotar.

—¿Quién crees que soy? —pregunto, malhumorado, mezcla de impotencia, decepción y pena. Me abrumba que ella me vea como el monstruo que proyecto dentro y fuera en no pocas ocasiones y circunstancias. Lista la niña.

—Yo no...

—Déjalo —la corto. No soportaría que me dijera la verdad. Me destrozaría escuchar de sus jugosos labios el mierdas en el que me he convertido. Ella calla y me toco las sienes derrotado, pero, un momento después, hincho el pecho y me convierto en el CEO Alejandro Fernández; ese hombre con éxito y duro que desaparece, desde hace un tiempo, demasiadas veces—. No tenemos nada más de qué hablar. A la salida Carlos te llevará a mi casa. —La echo con poco tacto. Si se queda aquí un minuto más, me la follo contra la pared. Tengo que ordenar a mi libido que se controle mientras ella se levanta, gira sobre sus tacones y camina hasta la puerta. Justo antes de abrirla se vuelve y me mira.

—No puedes encerrarme en una urna de cristal blindado. Esta tarde visitaré a Sara. —Su pelo se mueve desordenado. Se lo agarraría mientras me la chupa de rodillas y le indico el ritmo y la profundidad de la mamada.

Mierda. Muevo la cabeza de lado a lado haciendo desaparecer la imagen de mi calenturienta mente.

—Carlos irá donde le indiqués y esperará para llevarte al ático. Jordán y Lobo te acompañarán.

—Cenaré con Roberto. —Miente, la conozco—. No necesito niñeras —suelta, sarcástica.

Me desespera. Ya hemos hablado de ello, no pienso repetirme. Intenta sacarme de quicio, lo sé, y a ratos lo consigue. Caminaría hasta ella, la cargaría sobre mis hombros, la dejaría sobre mi regazo y la azotaría. Dios...

—Te acompañarán y no hay más de qué hablar. Serán tu sombra hasta que sepa quién cojones te está siguiendo y con qué intención —ladro como un energúmeno.

—¡Eres, eres...! —aprieta los puños junto a sus costados y rechina los dientes. La he cabreado.

—¿Qué soy? —pregunto lleno de ira, pero temiendo su respuesta. Me incorporo totalmente mientras ella camina hasta mí, decidida. Me señala con el dedo que clava sobre mi pecho. Mi altura la abrumba, lo sé, pero ella no se acobarda ante nada y eso me pone a cien.

—Eres un ser controlador, obsesivo, rudo... —Sigue clavando el dedo en mi piel mientras enumera todas mis «virtudes»—, bruto, insensible... cabeza hueca...

—¿Qué? ¿Un cabeza qué? —El último apelativo me sorprende a la vez que me hace gracia. Abro los ojos y la insto a que siga.

—Pues eso, un cabeza hueca. —Agrado la sonrisa al escucharlo de nuevo. Ella se cruza de brazos desesperada.

—¿De qué te ríes? Estamos discutiendo. —Quiere esconder la sonrisa, sin embargo, una mueca asoma por su mejilla—. Arrggg, no puedo contigo —se queja—, ¡eres frustrante! —grita, levantando los brazos. ¿Frustrante? ¿Yo?

Inconscientemente la agarro de las muñecas, las atrapo en su espalda y acerco su pecho al mío. No se esperaba esta reacción. Yo tampoco.

—¿Qué haces? —musita. Clavo mi mirada en la suya y todo a mi alrededor desaparece. La mesa, las sillas, los sillones, los cuadros, los ventanales, la ciudad, las motas de polvo que brillan cruzando un haz de luz... Ella, solo existe ella y, además, me da igual que no exista nada más.

Mis ojos bailan del grisáceo de los suyos a su boca, dulce y húmeda. La aprieto más contra mí y le acaricio el cuello con la nariz.

—Qué bien hueles... —susurro viajando a través de su embriagador perfume

—. Te comería entera —comienzo a regar de besos su mandíbula.

—Alejandro —me llama entre suspiros.

—Mmm... —Me pierdo saboreando su exquisita piel.

—Sé abrir la puerta sola, gracias. —La voz chillona de Noelia me despierta de mi viaje al país de los sueños con Daniel y me incorporo apartándome un paso de ella. Miro hacia ese gracioso sonido y la veo discutiendo con Natasha —. También sé cerrar sin ayuda. —Entran las dos en la estancia casi empujándose una a la otra.

—Disculpe, señor. No he podido retenerla. —Nada en el mundo retiene a mi rebelde hermanita si ella no quiere.

Trato de centrarme en lo que ocurre y veo por el rabillo del ojo cómo Dani sonrío ante la escena. Sé que Natasha no le cae bien y que la animadversión de Noe hacia ella debe parecerle graciosa. Mujeres.

—No te preocupes. No pasa nada. —Tranquilizo a mi secretaria. Esta asiente con la cabeza y sale de mi despacho. Noelia cierra con un portazo tras ella.

—No entiendo por qué no cambias de secretaria. No pudiste encontrarla más repelente. —Se da cuenta de que no estoy solo—. ¡Hola! —saluda eufórica a Dani—. Espero no interrumpir nada. —Acompaña la frase con una mueca perversa.

—Hola. —Le responde.

—Solo vengo para decirle a mi hermanito que me voy a casa. Voy a cocinar el resto de la tarde para invitaros a cenar esta noche. ¿Qué os parece?

Muy mala idea. Hace un par de años casi sale la casa ardiendo. Llamó a los bomberos y cuando llegué ligaba con dos de ellos. Así que frunzo el ceño.

—No pongas esa cara. —Me golpea el brazo—. Claudia me ayudará y el dispositivo antiincendios funciona a la perfección. La última vez... —Calla de repente y cierra el pico. Mira hacia otro lado y cambia de tema. Cree que no estoy al tanto de que en su última visita se fumó un cigarro y casi

convierte el ático en el Manzanares—. Bueno, ¿qué? ¿Os apuntáis?

—¿Puedo negarme? —pregunto sarcástico, sabiendo que sería más fácil encontrar oro en el Retiro.

—Claro que nos apuntamos —contesta Dani, dándome un empujón, cómplice. Mi cuerpo reacciona a este nimio gesto y me altero. Desde que la conozco me siento un quinceañero—. Me gustaría ayudarte, pero quiero dar compañía a Sara esta tarde.

—No os preocupeis. Está todo controlado. Solo llegad con hambre. Haré kilos y kilos de comida. —Abre los ojos, parece que ha caído en algo—.

Nada de carne, espero que no os importe

Dani se encoge de hombros a la vez que sonrío.

—¡Estupendo! —Noe salta y da una palmada mientras lo hace.

Escucho que llaman a la puerta y le doy paso a quien quiera que sea.

Natasha me informa que Álvaro quiere verme y lo hago pasar, no sin antes respirar varias veces. Mi hermano y yo en la misma habitación con Dani me causa emociones desagradables. Soy un hombre; y no me refiero al género masculino. Me refiero a una persona que siente. Aceptar que la mujer que amo ha estado entre sus brazos y, además, han estado enamorados, me vuelve loco de una manera visceral. Rompería todo lo que tengo alrededor. Observo de soslayo a Dani. No quiero mirarla, pero es algo instintivo. Mi parte masoquista desea conocer su reacción ante su presencia. Álvaro entra serio, pero al ver la estampa que tiene ante él, a los tres, lo cambia a uno más sorprendido. No esperaba encontrarnos aquí, reunidos.

—¡Hola, Ito! —Noelia camina hasta él, dando saltitos, y lo abraza. Este la envuelve entre sus brazos y le dice algo al oído.

—No se me ha avisado de esta reunión. ¿Debería preocuparme? ¿Alguna Opa hostil? —bromea frente a nosotros.

Trata de ocultar lo que siente, lo sé porque yo vivo lo mismo; un torbellino de

sensaciones sin definir. Lo quiero y él me quiere a mí, estoy seguro, somos hermanos. No deseo que me odie y no deseo odiarlo, por eso yo no lucharé por Daniel. Aunque me muera por dentro, me abstendré. No sé si podré perdonarla algún día. No me enorgullezco de ello, no obstante, tengo que reconocer que soy un hombre celoso y posesivo. Que se acostara con Álvaro unos días después de nuestra discusión me quema. Muchas veces cierro los ojos y solo los veo a ellos dos.

—Si algún día quiero quedarme con todos tus activos, solo necesito hacer una llamada de teléfono —contesto, serio.

—Estoy seguro de ello. —Me la devuelve.

—Disculpadme. —Dani habla y la miro. Él también lo hace—. Yo me voy. Tengo muchas cosas pendientes.

—Jordán y Lobo te esperarán abajo. —Le recuerdo. Veo cómo resopla sin disimular.

—Espera, me voy contigo —Noelia llega hasta ella. Justo antes de salir, se gira como si hubiera recordado algo importante.

—¡Álvaro! Hoy cenamos todos en casa de Alejandro. Yo cocino. ¡No puedes faltar!

—No quiero morir envenenado —responde mi hermano, conociendo las dotes culinarias de Noe.

—¡Eres imbécil! Dani también vendrá. Como faltes, les cuento a todos lo nenaza que eres. —Le regala un guiño. Álvaro entorna los ojos y sonrío.

—Allí estaré, avispa —acentúa esta última palabra. Nuestra hermanita enfurruña la cara, pero no contesta. Sale del despacho junto a Dani, murmurando cosas ininteligibles.

—No iré si me lo pides. Puedo inventar cualquier excusa —me dice Álvaro, arrugando el entrecejo.

—A mí tampoco me agrada la idea, pero no tenemos opción. Además, si

morimos de una indigestión, morimos todos. —Destenso el ambiente—.

Somos hermanos —nos recuerdo a los dos. No me gustaría empezar una guerra con él. Espero que él tampoco lo desee. Perdería, los dos lo sabemos.

Soy implacable respecto a negocios se refiere, en cuanto a todo lo demás, también. Si quiero algo, voy a por ello y lo consigo. Así ha sido desde que tengo uso de razón.

—He hablado con Jean. El rastro de Lucie se pierde en España. Casi con seguridad se encuentra en el país.

No tengo que preguntar si esas son buenas noticias o no. Está claro que no.

Si Lucie estuviera aquí, ya se habría puesto en contacto con él. Si no lo ha hecho es porque algo, o alguien, se lo impide.

—¿Crees que está retenida?

—No lo sé. —Se toca la sien—. Pero no encuentro otra explicación.

Podría haberle ocurrido mil cosas diferentes. Nunca me he metido en sus negocios, como no dejo que él olisquee en los míos. Pero no me gustan muchas cosas de las que hacen o cómo las hacen. Se arriesgan demasiado. Un día les saldrá caro hacerse los héroes de esa manera tan kamikaze. Lucie parece una chica afable, endeble y desprotegida, sin embargo, es todo lo contrario.

—Sabe cuidarse sola.

—Le ha tenido que ocurrir algo. —Levanta la cara y me mira. Lo conozco bien, me oculta algo—. No he sido del todo sincero contigo.

25

SI LE OCURRIESE ALGO...

ÁLVARO

No me gusta ocultar cosas a Alejandro. Siempre que lo he necesitado, me ha ayudado, permanece a mi lado para apoyarme. Sin embargo, últimamente no hago otra cosa. Eché tierra sobre mi relación con Dani, y he silenciado las verdaderas razones por las que dejé de visitar a Noelia y decidí no volver a recuperar mi único y gran amor de juventud. Algunas tribulaciones amargan mi vida, no lo he podido evitar. No obstante, mientras la tuve a ella, fui feliz.

Después de abandonarla, todo se complicó, y si acepté este trabajo, fue porque la emoción y la adrenalina propiciaban que me sintiera vivo. Estuve marchito tanto tiempo, que necesitaba algo que me fortaleciera. Cuando quise darme cuenta de que no se trataba un juego y que nuestras vidas corrían verdadero peligro, ya era demasiado tarde para dejarlo. No podía abandonar a Jean y a Lucie, se convirtieron en mis hermanos, y así sigue siendo.

Alejandro me mira con el ceño fruncido, no le ha gustado lo que le acabo de decir. A mí tampoco.

—¿Qué quieres decir?

—La última operación no salió como esperábamos, se torció. Lucie cree que su identidad fue descubierta. He intentado que se quitara de en medio una temporada, pero le puede la testarudez. Terca y obstinada, no le hace caso a nadie.

—¿Y no habéis recibido amenazas? ¿Nadie ha intentado contactar con vosotros? —Me pregunta Alejandro mientras camina hacia el mueble bar. Lo abre, saca dos vasos y los llena con un líquido ambarino. Bourbon, sin duda.

Me ofrece uno y lo cojo. Me lo bebo de un trago y niego con la cabeza a la vez que hago un gesto de aversión con la boca. Un momento después, le ofrezco el vaso para que me lo llene. Lo hace y me lo devuelve. Deja el suyo sobre la mesa y abre una carpeta ojeando la documentación.

—Estoy preocupado por Dani. —Alejandro levanta la vista, interesado en lo que digo—. En la galería robaron... —Tensiona el cuerpo conforme hablo —...documentación clasificada. En ella se incluían varios ficheros. Lo tenía guardado desde hacía tiempo...

—¿Qué contenía? —levanta la voz, impaciente.

—Fotos de Dani, sus datos, su vida... todo lo que había hecho durante el tiempo que estuve sin ella hasta seis meses antes de volver a encontrarnos.

—¿Me estás diciendo que toda la escoria a la que robas sabe hasta la hora en la que Daniel toma el café? —grita.

—No robo a nadie —escupo entre dientes y me toco el pelo, preocupado—. No dejaré que le ocurra nada.

—¿Y cómo lo conseguirás? No puedes cuidar ni de tus compañeros — habla refiriéndose a la desaparición de Lucie. Eso ha sido un golpe bajo.

Puedo ver el arrepentimiento asomarse a sus ojos justo al terminar la frase, pero no se retracta. El cabreo tan grande que tiene, lo convierte en una persona cruel. Lo entiendo, si yo pudiera, también me odiaría. Nada más lejos de mi intención que le ocurra a alguien algo por mi culpa o por descuido en las precauciones—. Están siguiendo a Dani. —Cambia de tercio sorprendiéndome con sus palabras. Aunque no sé de qué me asombro. Cabía la posibilidad—. Y han estado muy cerca de ella. No me gusta. Pienso que tiene que ver conmigo. Verónica no da señales de vida y me la tiene jurada, pero después de lo que acabas de revelarme, no sé qué pensar.

—Después del robo en la galería, decidí que este era el lugar adecuado para trasladarnos... —Me toco el cabello, compulsivamente—. Porque nadie la protegería mejor que tú. —Me sincero del todo.

—De eso puedes estar seguro —contesta muy, pero que muy, enfadado—, pero ¡no tenías derecho a ponerla en peligro! ¿Qué es lo que quieren? —pregunta elevando el tono y la intensidad de la voz—. ¿Qué buscan? —Nos retamos con la mirada, no obstante, no diré nada y él lo sabe—. Vete. —Me echa como respuesta—. Tengo una jodida reunión dentro de cinco minutos.

—Tiene la vista perdida en la pantalla del ordenador, en la que se ha abierto algún archivo.

—Alejandro —lo llamo. Levanta el semblante y conecta nuestras miradas.

La suya, dura como el acero, se me clava en la retina. Ninguno decimos nada.

Giro sobre mis pasos y me decido a salir.

—Que seamos parte de su vida, al final, le pasará factura —escucho a mi espalda justo antes de cerrar la puerta.

Alejandro lleva razón. Tratamos de hacerla feliz, pero ambos erramos en nuestra empresa. Tal vez no sepamos hacerlo. Y no acepto que, en nuestro, fuero interno no lo deseemos, no queramos. Hemos odiado tanto al amor, a lo que significa, que nuestro subconsciente no lo acepta, aunque intente hacerlo.

No. Borro esta idea de mi mente acompañándola con un gesto de cabeza.

Imposible. La amo tanto que solo me gustaría hacerla feliz. Él la ama tanto que solo quiere lo mejor para ella, aunque eso implique cederme el paso a mí.

Niego de nuevo con la cabeza. Si consigo convencerla de que pase el resto de su vida conmigo, no será porque solo me tiene a mí como opción. Mi hermano es un gran rival, contra el que lucharé en una guerra silenciosa.

Camino hasta mi despacho y veo a Daniel sentada en su mesa. Estoy tentado de entrar y arrodillarme ante ella. Solo me apetece ahora pedirle perdón por ponerla en peligro, pero no lo hago. Me lo impide que se asuste, y tal cosa no, entra dentro de mis planes. Todo se arreglará. Encontraré a Lucie y dejaré de trabajar para Marieta Fiquet. La convenceré a ella y a Jean para que también se retiren.

Me siento detrás de mi mesa y enciendo el ordenador. Abro el correo electrónico para enviar un par de emails que tengo pendientes. En la bandeja de entrada, uno de ellos llama mi atención. Es de Lucie. «*Hola Álvaro, siento no haberte contactado antes, me ha sido imposible. Todo va según lo planeado. Nos vemos el viernes donde siempre para enviar el paquete*». El mensaje en sí no parece anómalo, sin embargo, lo que me pone en alerta inmediata es que lo envíe aquí, a esta dirección. En la organización no trabajamos así, estas cuentas pueden ser monitorizadas, rastreadas, no son seguras y Lucie lo sabe. Ella nunca se saltaría el procedimiento y, mucho menos, después de lo ocurrido la última vez.

Telefoneo a Jean.

— ¡Hé! Iba a llamarte ahora, acabo de aterrizar.

—He recibido un email de Lucie.

— ¿*Comment?*

—Estoy en la Torre de Cristal. No quiero hablar de esto por teléfono.

—Estaré ahí en media hora.

Cuelgo a la vez que lo hace él y dejo el móvil sobre la mesa. Vuelvo a leer el correo, una, dos, tres veces. Investigo el remitente y, sin duda, pertenece a Lucie. Alguien se ha adueñado de sus contraseñas. No llamo a Marieta para ponerla al corriente de los últimos acontecimientos, prefiero hablar antes con Jean e investigar a ver qué descubrimos. Estoy ensimismado en mis pensamientos cuando Daniel da un toque en la puerta abierta. Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Pregunta si puede pasar y, con una sonrisa y un asentamiento de cabeza, le invito a que lo haga. El pelo se le mueve al compás de sus pasos y los ojos brillantes reflejan la luz de la noche madrileña. Esta ciudad y ella me enamoraron la primera vez que las vi.

Recuerdo como lo mejor del día acariciar su piel aterciopelada. Podíamos pasar horas y horas tocándonos y hablando de arte. La miraba y podía leer a través de ella. Ahora lo intento, pero las letras de su cuerpo se mueven y se desdibujan.

—Alguien ha dejado este sobre encima de mi mesa, creo que se han equivocado. Lleva tu nombre. —Se detiene delante de mi escritorio, alarga el brazo y me lo ofrece. Lo cojo y le echo un vistazo.

—¿Cuándo lo han traído? —pregunto extrañado, no lleva remitente ni sello ni marca del correo interno.

—Ha debido ser hace un momento. He salido a revisar el traslado de las obras desde el hotel y lo he encontrado cuando he vuelto.

—¿Has dejado la puerta abierta? —Subo el tono de voz, preocupado y enfadado. Ella levanta las cejas, despistada por mis preguntas.

—Solo ha sido un momento. No he tardado ni diez minutos. Tenía que firmar el albarán de la mudanza. —Abro la solapa sin demasiado cuidado y saco un folio en blanco con unas letras escritas en medio. Leo: «*No muevas el Caravaggio o ella morirá*». Trato de ocultar el cabreo y la bilis que me sube por la garganta—. ¿Ocurre algo? —Pero, por su pregunta, parece que no lo consigo del todo. Lo meto dentro y lo guardo en un cajón.

—Han debido equivocarse.

—Pues devuélvelo a mensajería. Quien sea, lo estará esperando.

—Yo me encargo —la corto—. ¿Necesitas algo más? —Tal vez estoy siendo demasiado estúpido, pero prefiero que se vaya a que siga haciendo preguntas cuyas respuestas ni tengo, ni le voy a dar. Me duele percibir la tristeza en su cara, sentimiento que yo he causado.

—Lo siento. —Me toco la sien—. Estoy muy estresado.

—No tienes que disculparte. Me voy. —Gira sobre sus tacones y me quedo embobado ante su perfecta y dócil silueta.

«*Estúpido, estúpido, estúpido*». Me llamo estúpido cientos de veces a la vez que me doy golpes; demasiado fuertes, con el puño sobre la frente.

Cierro la puerta con llave, saco el sobre del cajón donde lo he escondido e inspecciono la carta con más detenimiento. Las letras, escritas en mayúsculas

y ordenador no me dan ninguna pista sobre su posible remitente. Llamo al departamento de mensajería y pregunto, sabiendo ya la respuesta. No tienen ni idea, no saben de lo que les hablo. Una voz avejentada me informa que no ha habido nada a mi nombre ni al de Daniel Duarte en todo el día. Cuelgo y veo algo en una esquina, toco la superficie con la yema de los dedos y noto el papel rugoso en unos dos centímetros cuadrados. Lo miro al trasluz, parece como si hubieran escrito sobre este papel, pero en otro diferente. Cojo un lápiz y, con cuidado, difumino el carboncillo de la punta de lado a lado.

Soplo y lo levanto. Puedo discernir una palabra «Castillos» y un número «14». Respiro hondo y suelto el aire poco a poco. «Castillos» y «14», no me sugieren nada.

Me levanto y abro la puerta después de escuchar que llaman. Veo a Jean con el semblante demasiado tenso para él. Carácter tranquilo, flemático en su forma de ser, rara vez lo he visto preocupado. Por lo general quita importancia a las cosas. Creció teniendo de todo, igual que yo, pero a él no le faltó amor paterno. No quiero decir con esto que no aprecie el valor de lo que le rodea, todo lo contrario, adora y vive cada segundo buscando solo la parte buena de las cosas. Él vive y disfruta obviando lo que no juzga relevante.

—¿Has hablado con Lucie? —pregunta a modo de saludo, impaciente.

Niego con la cabeza y me toco el pelo.

—Dudo que el correo lo haya enviado ella.

—¿Qué quieres decir? ¿Algún mensaje oculto?

—Nada. —Vuelvo a negar—. Pero ella jamás utilizaría el correo corporativo de la empresa. Seguro que ni lo sabe. Con toda probabilidad el remitente lo habrá buscado en internet.

—Eso es muy poco profesional —Jean arruga la frente. No le cuadra, como a mí. No es un trabajo limpio ni bien hecho. ¿Contra quién nos enfrentamos?

—He pensado lo mismo. Sin embargo... he encontrado algo.

Le enseñó la carta que acabamos de recibir y su mensaje. Su cara de horror me indica que le preocupa tanto como a mí. Lucie puede correr serio peligro. Lo que he descubierto escrito con el carboncillo tampoco le dice nada, así que barajamos varias opciones sin encontrar respuestas válidas.

Incluso buscamos en Google sin obtener soluciones lógicas.

—Espero órdenes de Marieta para entregar el Caravaggio. ¿Qué vamos a hacer en tal caso?

—Lo retendremos hasta que encontremos a Lucie y la pongamos a salvo.

Ya has leído la nota.

—No podemos dejarnos amenazar por nadie. No es buena idea mostrar debilidad.

—Me da igual. No lo moveremos. Daremos con ella y después realizamos la entrega. Y... se acabó. Abandono. Para siempre. Y tú y ella deberíais hacer lo mismo.

Entro en el ático de Alejandro desabrochándome la corbata y los botones.

No he tenido tiempo de pasarme por casa y cambiarme. La tarde ha dado mucho de sí. Jean y yo fuimos a comprobar que el paquete seguía en su sitio y en perfecto estado. Alejado de fuentes que alteren la temperatura ambiente temporalmente, lejos de la exposición directa de la luz del sol, tapado y sellado para evitar polvo, envuelto en madera y tela. Después lo llevé al hotel y tuve que pelearme con él para que entendiera mi negativa a cenar con él y con Isabelle. Le cuesta creer que prefiera el dolor de ver a Daniel y a Alejandro, antes que una noche de sexo sin compromiso con ellos dos. Sin embargo, lo que antes me parecía excitante de cojones, ahora me llega a repugnar. Nuestra tarea resulta mucho más compleja que la simpleza en la justificación moral del dicho. Robar a un ladrón tiene cien años de perdón.

Que nadie lo piense.

No he encontrado nada nuevo sobre Lucie. Después de hablar durante más de

una hora con Marieta y contarle los últimos acontecimientos, colgué desesperado y muy cabreado. Ella parece haber olvidado, o relegado al tercer o cuarto plano, que la seguridad es lo primero. Claudia me ha abierto la puerta con una sonrisa amable, como siempre. Me alegro de que Alejandro la tenga cerca, cuida de él como si fuera su hijo, lo he visto con mis propios ojos. Escucho ruido de sartenes y carcajadas en la cocina, camino hasta allí y me encuentro a Noelia y Daniel conversando sobre algo que debe ser de lo más divertido. Las observo sin decir nada durante unos minutos. Hablan de lo poco que saben cocinar cada una y la de veces que casi envenenan a amigos con sus inventos. Según me ha dicho la mujer a la que miro aturrido, es Sara la que cocina, pero ella ha aprendido bastante desde que viven juntas. Sonríó al recordar un día que cocinamos unos simples bocadillos de atún, mayonesa y queso. Tuvimos la magnífica idea de hacer nosotros mismos la salsa y casi morimos deshidratados. Nos echábamos la culpa el uno al otro mientras entrábamos y salíamos del cuarto de baño. Desde entonces no comí nada que ella elaborara. No se lo tomó a mal, pensó que también haría lo mismo.

—¡Ito! —exclama Noe cuando me ve. Viene hacia mí, me abraza y me mancha el traje con algo que parece harina. La aparto mirando a sus manos con asco—. Oh, no te preocupes, solo es pan rallado. Estamos haciendo unas berenjenas rebozadas. —Me limpio y murmuro exabruptos, mientras ella sigue a lo suyo: hablando sin parar—. Vamos, deja de quejarte y ayúdanos.

Dani es una buena pinche, pero toda ayuda es poca. Mientras más seamos, mejor. Coge las hamburguesas de tofu y ponlas encima de la bandeja, vamos a hacerlas al horno.

—Creí que tú te encargabas de la comida. ¿Claudia no os está ayudando?

—Miro ahora a Dani. Si la ama de llaves de Alejandro no ha supervisado la cena, no me la como, así de claro lo tengo. Esta me mira sonriendo y se encoge de hombros.

—Sííí, pesadooo. Le hemos dado el resto de la noche libre. Ya está casi preparado. Venga, ponte el delantal. —Me tira un trozo de tela roja con corazones de muchos colores, lo cazo al vuelo, lo abro y leo en el frontal «*Cocinar es como amar. Hay que hacerlo sin miedo o mejor no intentarlo*».

Tuerzo la boca en una mueca de disgusto y ellas se ríen.

—¿Qué? ¿Lo intentas? ¿O te da miedo? —pregunta, chula, poniendo los brazos en jarra y levantando una ceja.

Pienso la respuesta durante unos segundos, sin embargo, decido callarme.

Miro a Dani de reajo y agacha la cabeza, concluye que el pan rallado y el tomate esparcido por las baldosas del suelo son más interesantes que ver mi bochorno en vivo y en directo. Me callo. Dudo admitir ante mi hermana pequeña que fui tan cobarde que abandoné al amor de mi vida y la perdí para siempre por miedo a muchas cosas, pero sobre todo a hacerle daño y a las funestas consecuencias que, supuestamente, conllevaría caminar a mi lado.

Preferí no intentarlo y abandoné la batalla. Le tiro el trapo a modo de contestación y cambio de tema. Así de pusilánime soy.

—¿Dónde está Alejandro? —pregunto, girándome sobre mí mismo, ya en dirección a su despacho. Suele estar allí. Sin embargo, me paro con su respuesta.

—Aún no ha llegado. Tenía mucho trabajo. —Me parece raro. Antes de salir de la torre, Jean y yo lo visitamos para contarle lo que ocurría y ya se había ido a casa, o eso fue lo que nos dijo Natasha.

Cojo un pantalón y una camiseta del armario de Alejandro, tenemos la misma talla, él un poco más corpulento, eso es todo. Abro la mampara de la ducha del cuarto de baño de invitados y entro. He decidido darme un baño y quitarme el traje. Noe lo ha dejado destrozado, a mi parecer: como una pintura de *Pollock*. Este Salpicaba de pintura sus cuadros y mi hermanita lo ha hecho con polvo blanco. Lo mismo da, que da lo mismo. No es mi artista preferido, no.

Tardo dos segundos en percatarme de que los botes de cuidado de la piel se cuentan por docenas, colores y esencias. Me extraño, pero recuerdo que Noelia ha venido a pasar las navidades y no le doy más vueltas. Cuando termino de enjuagarme, salgo y rodeo mi cintura con una toalla, me miro en el espejo y me doy cuenta de la delgadez de mi cuerpo. El estrés acumulado y

las preocupaciones comienzan a hacer mella en mí. Acostumbro a vivir al límite, pero desde hace unos meses siento que caigo desde un gran barranco y nunca llego a tocar suelo. Una caída en picado constante, sin embargo, no recuerdo cuándo salté. En ese momento la puerta se abre de par en par y Dani entra a toda prisa sin darse cuenta del vapor ni de la luz encendida ni de mí.

Se topa con mi definido torso. Con mis manos, apreso las suyas.

—¡Eh! ¿A dónde vas con tanta prisa?

No sonrío, no habla, ni siquiera se disculpa. De un tirón, se suelta de mi agarre, se arrodilla frente al inodoro, apoya las manos a ambos lados y comienza a vomitar. Aún medio desnudo, me agacho junto a ella y le sujeto el pelo. Después de unos minutos, comienzo a preocuparme. No puede parar.

Cuando termina, se sienta en el suelo y pega la espalda a la pared. Le ofrezco agua, la acepta, llena la boca, se enjuaga con ella y la escupe en el váter.

—¿Estás bien? —le pregunto, inquieto. Tiene los ojos y la cara enrojecidas.

CENAS EN FAMILIA

El muchacho me pregunta si estoy bien. «¿Tú qué crees? Pues claro que no». Le agarraría la cabeza y se la metería dentro del inodoro. A él me gustaría verlo en esta situación. Llevo vomitando toda la tarde. Cuando llegué al hospital, me encontraba tal mal que las enfermeras no sabían si atenderme a mí o a Sara. Ella duerme y duerme, y yo arrastro una y otra vez los pies por los pasillos camino del cuarto de baño más cercano. Le hice el relevo a Roberto y Sofía me lo ha hecho a mí. Los dos me han preguntado varias veces, alarmados, si me ocurría algo. Aunque el día empezó bien, después del almuerzo, todo se complicó. Mi cuerpo no tolera según qué comidas. O

aprendo a diferenciarlas, o voy a pasarlo muy mal los meses que me restan.

El pescado azul a la plancha no lo tolero. Anotado queda en la lista negra.

Cuatro veces he salido corriendo hasta aquí desde que llegué a casa de Alejandro hace dos horas. Intento que Noelia no se dé cuenta, pero no sé si lo he conseguido. Espero que sí, ha estado muy concentrada en la cocina toda la tarde. No quiere defraudar a sus hermanos. Lo he visto en cada movimiento, en cada decisión. Le salga bien o mal la cena, ella está dando todo lo que tiene de cocinera, poniendo el corazón en cada ingrediente. A Noelia le importa mucho lo que piensen Alejandro y Álvaro sobre ella, lo capté desde el primer momento que la conocí.

Con la ayuda de Álvaro, me levanto del suelo, abro el grifo, pongo las manos debajo del agua y me refresco la cara. Miro mi imagen en el espejo y observo

unas manchas rojas que sobresalen por encima de mi tez blanca.

Cojo un cepillo de dientes —el mío, porque ahora vivo aquí. Otra vez. *Enssip, no comment*—, y me froto con fuerza.

—¿Te encuentras mejor? —insiste. Dejo el cepillo sobre el mármol y me giro hacia él. Lo repaso de arriba abajo y su verga me saluda contenta. Me quedo mirándola, la sangre se me calienta y él se da cuenta, en ese preciso momento, que se le ha caído la toalla al suelo. Desconozco cuándo ha ocurrido, no puedo estar en todo, aunque a mi yo cotilla le encantaría que fuera así. Bueno, pues una alegría para el cuerpo, el día comienza a mejorar.

—Joder —masculla. Se agacha, coge la toalla y vuelve a enrollársela alrededor de la cintura—. Nada que no hayas visto antes —dice natural, mientras los músculos de su abdomen se contraen. Lleva razón, la he visto muchas veces, pero no me la esperaba ahora, ahí haciendo el saludo a la reina. Aún no he contestado a sus preguntas sobre mi estado, tengo motivos suficientes para justificar mi distracción. No quiero mentirle, pero decirle que estoy bien sería faltar a la verdad por muchas razones. Porque llevo un día de perros, porque la incertidumbre de no saber quién es el padre me consume cada día, y porque me mata no aclararme sobre si interrumpir el embarazo o no—. Te has manchado la camiseta —la señala con el dedo—. Vamos a pedir ropa a Noelia para que puedas cambiarte. Algo te podrá dejar.

—No la necesito. Tengo ropa aquí —se me escapa. Total, tarde o temprano se va a enterar. Levanta, levemente, las cejas.

—¿Te quedas a dormir? ¿Fiesta de pijama con mi hermanita? —Busca explicaciones lógicas y plausibles a la nueva noticia.

Respiro. Despacio, cojo aire y lo expulso.

—Me he trasladado aquí unos días. Hasta que a Alejandro le vuelva la cordura. —Sí, esta última frase también la digo en voz alta.

Achica imperceptiblemente los ojos y me atraviesa con una oscura y tenebrosa mirada. Se toca la frente, el cabello y la cara. Refunfuña y gira sobre su cuerpo dejándome sola en el baño. Podría correr detrás de él, tratar

de explicarle las circunstancias y razones por las que Alejandro me ha obligado a vivir en esta cárcel de cristal, hormigón y acero, pero no lo hago.

Y, si decido tragarme las explicaciones, es porque sé que de nada valdría, su dolor y frustración no se atenuarían y, por supuesto, al igual que yo, no lo entendería.

Llego a la cocina siguiendo el ruido de unas voces. Veo a Alejandro tratar de quitarse de encima a su hermana, mientras esta, muerta de risa, intenta ponerle el delantal de corazones, sin conseguirlo. Imposible luchar contra esa mole de músculos y vencer. Noelia, a su lado, parece demasiado pequeña y frágil. Todos lo parecemos a su lado. A veces también lo siento, pero solo desde que me dejó. Antes, cuando estaba con él, me creía la reina del mundo, cualquier cosa me parecía posible, alcanzable. Alejandro hacía que creyera en mí.

—Dani. —Noe me mira—. Agárralo por detrás, ya casi le tengo — masculla, entre dientes, por la fuerza que realiza en las maniobras.

Sonrío y, antes siquiera si plantearme hacer lo que dice, Alejandro se suelta, la coge en brazos y la deja sobre el suelo, sin pestañear ni esforzarse.

Su semblante, más serio de lo normal, me indica que no ha tenido una buena tarde.

—Hola —musito un breve saludo. Él asiente con la cabeza mientras se sacude el pan rallado del traje. Otro que va a pasar por chapa y pintura.

Cuando termina, levanta la cabeza y me mira.

—¿Qué te ha ocurrido en la cara? —ladra, más que pregunta.

«*Hola a ti también*».

—No es nada. Tengo un poco de calor, eso es todo. —Juraría que no me ha creído, pero desiste, se disculpa y desaparece en su habitación dejando un rastro de perfume que me hipnotiza. Vuelvo en sí y centro toda mi atención en la experta cocinera. Esta me escruta con la mirada, como tratando de

adivinar lo que me pasa.

—Y bien, ¿qué queda?

—Sacar las hamburguesas y aliñar la ensalada. —Tarda unos segundos en contestar.

Nos ponemos manos a la obra y a las diez preparamos la mesa: mantel, cubiertos, copas, servilletas de tela, velas y un montón de detalles que se le ocurren a Noelia. Quiere una noche especial y estoy segura de que lo consigue. Todo queda precioso. Un montón de pequeñas luces rodean el salón, dos velas blancas alumbran la mesa y, por los altavoces, suena The Corrs. Conozco muy bien este álbum. Lo he escuchado perdida entre los brazos de Alejandro. No digo nada, pero me incomoda. Mientras terminamos, Noelia me habla de su madre, del estilo de música que le gustaba y lo que ha influido en el suyo.

—Este era su grupo favorito —suelta, mientras doblamos servilletas.

Asiento con la cabeza y no le digo que ya lo sabía, que escucharlo me reveló muchas cosas de Alex y que fue uno de los momentos más bonitos que compartimos. Desde entonces, «*Dreams*» se ha convertido en uno de mis temas preferidos. Me sabe a él, a sus brazos, a sentirlo cerca.

Termina «*Only when I Sleep*» y comienzan los acordes de «*So Young*».

Por encima de los acordes de la increíble melodía, escuchamos voces y ruidos. Proviene del despacho de Alejandro y las dos distinguimos los timbres de ambos a la perfección. Noelia me mira y hace una mueca de desaprobación con la cara. A mí la mía me va a salir ardiendo por combustión espontánea, me pongo colorada; o morada, al escuchar varias veces mi nombre. Ambas nos damos cuenta por qué, o por quién, discuten. Qué vergüenza. Aunque ella no me mira con desprecio ni crítica ni reproche, me horrorizo al darme cuenta de lo que puede pensar de mí. Juraría que su mente encaja cada vez más piezas. Sin decir nada, camina hasta donde se encuentran sus hermanos, abre la puerta sin llamar y las voces se hacen mucho más nítidas. Ahora distingo con claridad lo que dicen.

—No se trata de egoísmo —escupe Álvaro entre dientes.

—Aquí está segura —la voz dura de Alejandro se cuela por cada rincón de la casa sin necesidad de alzarla.

—Hombres de las cavernas, ¿queréis dejar de gritar? —ordena Noelia. Y, ellos, ante mi sorpresa, callan—. Vamos. En diez minutos os espero en la mesa. Os dais otra ducha y que la testosterona desaparezca por el desagüe ¡Pedazo de neandertales! —Sale como ha entrado; sin pedir permiso, saludar o despedirse. La envidia. Se ve que a ella no le afecta la presencia de esos dos hombres que a mí me vuelven loca.

La cena pasa mucho más distendida de lo que en un principio esperaba.

Después de escuchar a Alejandro y a Álvaro discutir, otra vez, por mí hace poco menos de una hora en su despacho, creía, o barajaba la posibilidad, de que volaran los platos y cuchillos de un lado a otro. Me imaginaba esquivando tenedores y vasos, escondida bajo la mesa, o corriendo por el ático gritando «*sálvese quien pueda*». Da grima pensar en la escena. Esos dos hombres, dueños de mis sueños más eróticos, peleando sobre barro por mi culpa. A ver a cuál de los dos defendería. Preferible tirarme por el balcón antes de embarcarme en esa aventura. Los entiendo y, en un momento dado, los defiendo por igual. Ninguno de ellos ha hecho las cosas bien, pero yo no soy perfecta y meto la pata cada vez más. Todos tenemos cosas que perdonar.

Noelia ha pillado al detalle de qué va esta historia. Debe tener claro que batallan por ver quién mea más lejos. Curioso que se lo tome con humor.

Mientras sus hermanos se matan —metafóricamente hablando, la sangre no ha llegado al río, todavía—, y yo sueño con mutar y convertirme en mariposa, ella nos mira divertida y aprovecha la ocasión para poner en evidencia a los dos. Lo está pasando pipa a nuestra costa.

—Ito, cuéntanos la vez aquella que quisiste hacer un entierro a tu oso de peluche y lloraste hasta que convenciste a mamá para que te ayudara — chincha Noe a Álvaro, tratando de molestarlo. Este vuelca los ojos y suspira.

—Tenía siete años y tú lloraste sin parar durante noches por su muerte —

contesta resignado.

—¿Murió? —pregunto divertida—. ¿Qué le pasó?

—El perro del vecino le arrancó la cabeza. Alejandro trató de salvarlo, pero no llegó a tiempo —explica Noelia muy dramáticamente. Miro a Alex y se encoge de hombros, distraído.

—Hice lo que pude. —Sigue comiendo.

—Avispa. —Álvaro llama la atención de su hermana—. ¿Por qué no nos cuentas tú el día que perdiste el bikini en la playa y tuviste que salir del agua desnuda?

La interpelada abre los ojos de par en par, sorprendida, coge la servilleta de tela y se la tira con muy mala leche, con una puntería digna de la modalidad Tiro con Arco de los Juegos Olímpicos. El paño le cubre la cabeza y, este, se deshace de él despacio. Su cara es todo un poema.

—Pero yo no lloré como una nenaza —replica.

—¿Por qué te llaman avispa? —pregunto para que dejen la discusión surrealista. Aunque me estoy divirtiendo, algo me dice que, o paran, o no terminamos de cenar.

—Que te lo cuenten ellos, que son muy graciosos. —Los señala con las manos. Yo los miro, esperando que alguno de los dos hable. Contra todo pronóstico, salta Alejandro.

—Por pesada y ruidosa. Siempre revoloteando a nuestro alrededor. Nunca nos dejaba a solas. Nos escabullíamos, pero siempre daba con nosotros, incluso en los escondites más recónditos y secretos. A fuerza de ser sinceros, si se ausentaba, la echábamos de menos. Y... —La mira, con cariño—. Aún lo hacemos.

Noelia se levanta y lo abraza.

—Yo también te quiero, hermanito. —Se gira ahora para Álvaro y hace lo mismo—. Y a ti, aunque dejaras de ir a visitarme a Londres.

De postre comemos galletas, tarta, brownie y batido, todo de chocolate y más chocolate. Cuando Noelia y yo hemos abierto el armario buscando algo dulce y hemos encontrado ese arsenal, nos hemos mirado y sonreído como dos niñas pequeñas. Parece que le gusta tanto como a mí.

Había algunos dulces de crema, pero hemos optado por un atracón de chocolate, y Álvaro y Alejandro no se han quejado. Pero todo exceso trae consecuencias. A las doce de la noche mi resaca es comparable a la de cinco gin-tonics. Prueba de ello, la media hora que llevo con la cabeza metida dentro del inodoro, otra vez. Noelia convence a Alejandro y a Álvaro para que respeten nuestra intimidad y sea ella quien cuide de mi maltrecho cuerpo.

Me encuentro fatal, pero me lo merezco. No tengo remedio con el chocolate.

Empiezo y no puedo parar, sin embargo, nunca me había sentido tan mal.

Lloro en silencio barajando la posibilidad de tener que añadir tan exquisito manjar a la lista negra de comidas. Me niego, el chocolate no, el chocolate nooo.

Después de pasar la tarde con Noelia y ver cómo me ayuda en estos momentos, entiendo mucho mejor por qué quiere trasladarse a la zona más inestable de África y ayudar a quien más lo necesita. Su manera de tratarme, de estar a mi lado, de ofrecerme su auxilio, me permite definir el perfil de su personalidad con cierta precisión. Si esto fuera el Chicago del futuro y existieran las facciones de la saga Divergente, abnegación, sin duda, sería su facción.

Me preocupa la imagen que reflejo, o la idea que se puede estar haciendo de mí. Muchos psicólogos opinan que solo tardamos treinta segundos, a veces mucho menos, en formar en nuestra mente una idea sobre una persona. En apenas milésimas de segundos sabemos si una persona nos gusta o no. Cada día nos llegan cientos de estímulos que ignoramos en su mayoría, imposible procesarlos todos, al menos de forma consciente. El cerebro los ordena y hace comparaciones rápidas de las que no somos conscientes hasta que no pensamos en ellas. Noelia debe creer que soy una atrapa fortunas, que me da igual si es uno u otro el que se fija en mí y que mi empeño se dirige en

exclusiva a vivir desahogadamente. Me preocupa este tema, pero me inquieta mucho más que ate cabos y descubra por qué no puedo levantar la cabeza del váter. Cuando consigo hacerlo, ella me espera con una toalla limpia en la mano.

—Sécate con esto. —La cojo y le doy las gracias. Me aseo con ella y la echo al cesto de la ropa sucia. Tomo asiento sobre la tapa del inodoro al sentirme un poco mareada. Cierro los ojos.

—Deberías tumbarte y descansar. —Me aconseja. Niego con la cabeza.

—Estoy bien, he comido demasiado postre. —Vuelvo a excusarme, no puedo evitarlo.

—Dani... —me llama Noe. Abro los ojos y la miro. Tuerce la boca en una pequeña sonrisa dulce y condescendiente—. Estas embarazada ¿verdad?

Me llevo la mano izquierda a la cara y me froto la frente con ella, suspiro y resoplo, cogiendo fuerzas para admitir la verdad. Apoyo los codos en las rodillas y me tapo los ojos, avergonzada. Me escondo de ella, de mí misma y del mundo en general. Después de lo que considero oportuno y recomendable —no me puedo ocultar de por vida, aunque me gustaría—, saco la cabeza de mi escondrijo y la miro a los ojos. No hace falta que admita nada, ella ya lo sabe.

Y ahora solo me queda esperar que me haga la pregunta que se repite en mi mente una y otra vez: ¿quién es el padre?

—¿Has ido al médico? ¿Estás cuidándote? —pregunta, contra todo pronóstico. Le preocupa más mi salud que los cotilleos de patio de vecinos.

Y, sinceramente, no me sorprende demasiado. No parece de esas personas a las que les importe mucho la vida de los demás, en el buen sentido. Claro que le importa, tanto que va a poner su vida en peligro para ayudar al prójimo.

No respondo. Tal vez por pudor, quizá por prudencia, pero no me encuentro la lengua.

—Está bien, no es de mi incumbencia —sigue, arrepentida.

—Tengo cita la semana que viene —respondo, haciéndole ver que no me molesta en absoluto su pregunta, entiendo que se preocupe por mí—, pero un amigo de Alejandro me ha recetado unas pastillas.

—¿Alejandro lo sabe? ¿Y no cuida de ti? —se enfada.

—No no, no lo sabe. Yo... —resoplo y me froto las sienes—, yo...

—Solo quiero saber si estás bien.

—No sé quién es el padre —suelto de un tirón—. Quiero decir... no me acuesto con el vestuario del Real Madrid, pero... Oh, lo siento. Son tus hermanos y una historia muy larga.

Se la cuento de principio a fin, con todo lujo de detalles; excepto los íntimos. No soy Sara. Rodeada de baldosas de diseño y grifería de lujo, retrocedo diez años atrás y, durante casi una hora, hablamos sobre todo lo acontecido durante este tiempo. Noelia también me habla de ella y de su vida.

De las circunstancias y razones que la han llevado a tomar una decisión tan importante como dirigirse a uno de los sitios más peligrosos de África a ayudar a los demás. Lleva pensando en ello muchos años, pero siempre lo ha ido posponiendo por motivos académicos o laborales y, ahora, después de una serie de circunstancias acumuladas, se ha dado cuenta de lo que verdaderamente la hace feliz.

—Tú deberías hacer lo mismo. Párate y piensa qué o quién, realmente, te hace feliz.

—Los dos lo hacen, a su manera.

—A veces tenemos que estar solas y conocernos a nosotras mismas para saber qué es lo que queremos. No digo que tú no lo sepas, pero, entiéndeme, hablamos de mis hermanos, me preocupo por ellos tanto como por ti. No quiero que os hagáis más daño del que ya os habéis hecho.

—A veces tengo tan claro que Alejandro es el hombre de mi vida... pero luego veo a Álvaro y me rompe los esquemas. —Me tapo la cara—. No

quiero hacerles daño. Deseo con todas mis fuerzas que esta historia termine bien para los tres.

Seguimos hablando sobre mi embarazo. Me hace preguntas rutinarias de médicos y se interesa por las pastillas que estoy tomando y que me recetó Barón. Se las enseño y me prescribe otras para ayudar a que las náuseas no se conviertan en mis mejores amigas. Rezo a todos los dioses para que cumplan su cometido, —pero en plan: rodillas hincadas en el suelo y manos cruzadas muy cerca del pecho. La desesperación me lleva a ello—.

—Cuando vayas a tu médico dile qué te estás tomando.

—Gracias, de verdad.

—No tienes por qué darlas.

—No solo me refiero a las pastillas para las náuseas, aunque, si funcionan, te convertirás en mi heroína *más mejor* —bromeo en serio—. Gracias por escuchar sin juzgarme. Sé que es difícil de entender.

—No soy nadie para cuestionar los actos de otra persona. Cada uno vive, actúa y siente según sus convicciones. Pero... ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Por qué no lo hablas con ellos? Deberían saber lo que pasa.

Puff. Buena pregunta. Y difícil de contestar. ¿Qué les diría? Y ¿cómo reaccionarían? No puedo sentarlos frente a mí y decirles que espero un bebé y que cualquiera de los dos puede ser el padre. No, no es buena idea. Primero he de saber qué voy a hacer, si lo voy a tener o no y, después, pensar en una forma de averiguar el dilema de la paternidad. Podría arrancarles un pelo a cada uno, o guardar las copas de vino de las que han bebido y llevarlas a que analicen el ADN. Dios... ¿cómo voy a hacer eso? ¿Cómo se llamaría la película de mi vida si la llevaran al cine? «*Una loca anda suela*», «*Descerebrada*» o... «*Ahí va, cogedla*».

«*Somos las protagonistas de una telenovela*».

En ese momento, alguien da dos fuertes golpes en la puerta del baño donde nos encontramos. Hace más de una hora que nos metimos aquí. El ruido nos coge desprevenidas y pegamos un pequeño respingo.

—¿Va todo bien? —La voz de Alejandro, al otro lado, suena fuerte y segura, pero preocupada. Miro a Noelia rogándole en silencio que no diga nada. Sé que no es necesario, pero mi subconsciente y todos mis yoos están tan preocupados o más que yo.

—¿Qué quieres? Estamos ocupadas —le grita ella.

—Lleváis ahí metidas una hora y media. Salid —ordena, sin titubear.

—¿Estás bien? —me pregunta a mí, ignorando a su hermano. Me reconforta su manera de hablar y expresarse, me da seguridad. Debe ser un don genético. Me levanto como respuesta, dispuesta a enfrentar la realidad.

Abre la puerta y sale, yo lo hago detrás. Alejandro nos mira, apretando los dientes, y, cuando paso por su lado, me coge del brazo y me para. Clava su mirada en la mía, sin decir nada. Después de unos segundos, me suelta y coge aire despacio. Me agarra de la cintura y me pone frente a él y, en un gesto que me sorprende, pega su frente a la mía y deja escapar el aire que contenía sobre mis labios. Toda mi piel se estremece al sentir su calor y dulce olor mezclarse y envolverlo todo.

—Estoy preocupado por ti —musita a dos centímetros de mí.

—No pasa nada —cierro los ojos y trago, esperando que me crea.

—Odio no poder cuidar de ti como me gustaría. —Se retira un palmo y nuestras miradas vuelven a encontrarse. Con sus grandes manos envuelve mi cara.

—Haces mucho más de lo que espero y... no es necesario. Estoy bien.

—No me mientas. Vuelves a estar indispuesta.

—He comido demasiado. —Por favor, no hagas más preguntas.

Me mira, me escruta, me observa.

—Mañana iremos a visitar a Barón.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Solo necesito descansar. — Después de lo que me parecen tres horas, me suelta, se toca la frente, llena el pecho de aire y se deshace de él, despacio.

—No sé por qué te empeñas en esconderme cosas. Sobre ti, lo sé todo.

27

REAL COMO LA VIDA MISMA

Me repito como las náuseas del embarazo, solo tardamos unos segundos en formarnos una imagen de los demás en nuestra mente, acertada o no. El posible parecido físico con alguien de nuestro pasado, el tono de su voz, su sonrisa..., el conjunto nos afecta de modo directo. Algunas veces un físico agradable nos confunde y pensamos que su forma de ser y de pensar nos va a gustar tanto como el exterior. Y no es así, en general.

En mi caso, con Alejandro, supe que me traería problemas desde el comienzo. La primera impresión tiene un efecto directo, pero no tiene por qué ser determinante. Conmigo lo fue. Alex, todo él, pasó por cada una de mis terminaciones nerviosas como una descarga eléctrica. Y no erré en la primera impresión: atractivo, guapo a rabiar, macho alfa, dios griego, cuerpazo de impresión, serio, seguro de sí mismo, triunfador, luchador, trabajador, terco, rudo y... jugador en la liga de las estrellas en lo que a sexo se refiere. Capaz de transportarte a otra dimensión con tan solo mirarte y regalarte tres orgasmos en una hora. Y listo, muy listo, sabe lo que se hace. No ha llegado donde está por suerte o casualidad y eso me preocupa bastante ahora. No puede saber lo que realmente me ocurre. No acierto a adivinar cómo ha

podido averiguarlo. Barón no le ha podido decir nada, se saltaría a la torera el código deontológico de los profesionales de la medicina y no parece, en absoluto, de esas personas, —con él también tardé solo segundos en formarme una imagen predeterminada—.

Lo miro, me mira y, si no fuera porque me parece imposible, diría que me puede leer la mente y dentro de unos minutos comenzará a cargarse, de nuevo, el mobiliario de este maravilloso hogar.

—¿Qué... qué quieres decir? —pregunto temerosa. Podría tratar de cambiar de tema y hacerme la loca; se me da muy bien. Sin embargo, mi yo cuerdo interior, ese que en muy pocas ocasiones sale —y el único sensato que me acompaña—, me susurra al oído que quizá lo mejor sería que lo supiera.

Mantener esta tensión no me hace ningún bien. Ni a mí ni al bebé.

—¿Tienes desequilibrios con la alimentación?

—¿Qué? —Abro los ojos, confundida.

—Parece que comes bien, pero cada vez estás más delgada. Y llevas una semana vomitando casi todos los días.

—¿Estás vigilándome?

Los ojos se me van a salir de las órbitas. No contesta.

—¿Hablas en serio? ¿Crees que padezco algún trastorno alimentario?

—He estado informándome sobre el tema. Estás bajo mucha presión, últimamente has pasado momentos duros...

—Para. —Levanto la mano poniendo énfasis a mis palabras—. ¿Has estado informándote? No me lo puedo creer. —Pongo los brazos en jarra—.

Te agradezco la preocupación, pero no me ocurre nada... de eso. Solo... —Trago, dándome tiempo a pensar para no meter la pata. Ya sabemos que no suelo filtrar mucho—. Llevas razón, no es mi mejor momento, sin embargo, solo estoy cansada, ¿vale? He aceptado vivir contigo hasta que todo se aclare

y tu locura se disipe. —Frunce el ceño ante esto último, pero no dice nada—.

Pero te pido que no hurgues a mis espaldas y dejes de preocuparte por mi estado de salud. No tienes que hacerlo. Yo acepto que tú no me perdones y no quieras estar conmigo. Acepta tú tus decisiones y no te metas en mi vida. No quiero que lo hagas. De verdad que no. —Espero que el énfasis que pongo en cada palabra sirva de algo.

—No hemos hecho las cosas bien hasta ahora, pero podemos empezar...

—¿Me perdonas? —lo corto, cínica. Sé la respuesta.

Parece pensarlo durante un momento, gira la cabeza como si estuviera limpiando su mente de pensamientos que le hacen daño y me mira.

—Dani, yo...

—No digas nada. No merece la pena.

Llego a la cocina a por un vaso de agua después de escapar del laberinto de emociones en el que me meto cada vez que las cosas entre Alejandro y yo se tensan de una manera o de otra y me encuentro a Álvaro preparando unas copas.

—¿Qué quieres beber? —me pregunta cuando me ve entrar. Parece enfadado y no se preocupa por disimularlo. Enfrentarme a él ahora no me apetece en absoluto, pero algo me dice que no voy a escapar tan fácilmente.

Aun así, lo intento.

—Solo quiero agua. —Cruzo la estancia y saco una botella del frigorífico.

Tengo tanta sed que me la bebería de inmediato. Sin embargo, sigo en mi intento de desaparecer pronto y no escuchar su opinión sobre mi tardanza, así que trato de salir de allí, pero su voz me frena o ¿debería decir su tono?

—¿Lo pasas bien? —pregunta con una inquina que no puede ocultar. Me vuelvo y le clavo una mirada desafiante.

—¿A qué te refieres? —Pongo un brazo sobre mi cintura—. Exactamente ¿qué crees que me parece divertido? —Termina de preparar dos vasos de whisky, coge uno de ellos, se lo lleva a la boca, le da un sorbo y vuelve a dejarlo sobre la encimera. Suspira y me contesta, airado.

—Vives con él.

—Álvaro, no quiero discutir. Ya te he dicho por qué estoy aquí.

—Estás aquí por Alejandro.

—Ya te lo he explicado.

—Cree que corres peligro y que aquí estarás segura. Vente conmigo, yo cuidaré de ti.

¿Qué?

«*Que te vayas a vivir con...*».

Lo he oído, pero no puedo creerlo, corto a mi sub.

—La locura debe ser genética —digo con sinceridad—. ¿Cómo se te ocurre...?

—¿Cómo se me ocurre qué? ¿Él te puede retener aquí sin más? ¿Sin preguntarte si lo deseas? —Sube la voz conforme habla. Lo asesino con la mirada. La respiración se me acelera y el corazón va a saltar fuera de mi pecho—. ¿Sabes lo que creo? ¿Lo sabes?

—¿Qué? — «*Pero ¿por qué preguntas? ¿por qué?*». Eso mismo digo yo.

—Que deseas tenerlo cerca tanto como él te desea a ti y eso me vuelve loco.

—Tiñe de dolor las últimas palabras.

—Álvaro. —Trato de calmarme y calmarlo a él.

—No digas nada. No es necesario. —Coge su copa y pasa por mi lado. Le agarro una mano y lo paro. Su calor se mezcla con el mío.

—Quererlo a él no significa que te quiera menos a ti —musito a escasos centímetros de su cara.

—Sé que tengo que tener paciencia, pero...—suspira—, he vivido sin ti demasiado tiempo como para saber que, si lo eliges a él y me obligas a dejarte marchar, me hundes en la miseria, me muero. —Tira del brazo, se suelta y desaparece de mi vista poco a poco, como el humo que se desvanece.

Los días siguientes los paso tratando de deshacerme de Jordán y Lobo, mis dos nuevos guardaespaldas. El primero no sé si es calvo o se afeita la cabeza; y el segundo tiene una cabellera negra que le llega a los hombros, haciendo honor a su nombre. Cuando digo que vivo dentro de una película, hablo en serio. No me dejan ni a sol ni a sombra. Solo desaparecen cuando entro en casa de Alejandro y... cuando voy al baño, claro, pero me esperan demasiado cerca de la puerta. «*Por favor, dejen una zona prudencial*», pienso cada vez que invaden mi espacio personal.

A Berta y a Victoria les hace gracia, incluso bromean sobre repartírselos.

Jordán para mi ayudante y Lobo para Victoria. Esta sigue con Raúl, pero le hace gracia mofarse de mí y de la cara de desesperación que pongo. Les contesto que, si se lo llevaran a sus casas y lo ataran al cabecero de sus camas, a mí me harían un gran favor. Respecto a las náuseas, aunque no han desaparecido del todo, se han atenuado bastante, gracias a las pastillas que Noelia me recetó. Se lo agradezco cada vez que la veo con un abrazo de oso y ella ríe divertida. Hablamos durante horas todas las noches antes de acostarnos, tiradas sobre su cama o sobre la mía, comiendo chocolate; con moderación, y contándonos confidencias. Alejandro siempre viene a darnos las buenas noches, pero en la distancia, asomándose a la habitación unos instantes. Hablamos de vez en cuando, pero obviamos temas escabrosos que provocan sin remedio enfrentamiento y enfado.

Esta tarde me llevó al hospital, Noelia también me acompañó, quería hablar con el médico de Sara y ofrecerle su ayuda. No tengo palabras para agradecerse. Mi amiga comienza a responder a estímulos externos y le han retirado parte de la medicación. Esperan que despierte pronto. Al salir nos hemos encontrado con el inspector Bayona. Ha venido a tomar declaración a una víctima de robo a la que han acuchillado en el estómago, pero aprovecha

la ocasión y me hace varias preguntas a las que contesto con sinceridad. «*No sé nada nuevo y Sara sigue dormida*». Le pido disculpas; no muy sinceras, por no poder ayudarle y nos despedimos.

Noelia nos ha obligado a parar en una pizzería para comernos tres pizzas familiares, una cada uno. Está bien, me la he comido porque he querido, pero si no me lleva, no voy. «*Excusas baratas para ponerte ciega de tomate, queso y pepperoni*». Mi sub me conoce a la perfección. Alejandro me ha estado observando durante toda la cena. Escruta cada movimiento y comprueba que trago la comida después de cada bocado. La velada transcurre casi por completo con conversaciones entre Noelia y yo. Mi dios griego del sexo ha estado atendiendo llamadas cada pocos minutos, sin embargo, en ningún momento me ha quitado la vista de encima. Y esto me excita y enfada a partes iguales.

Subimos los cuatro en el ascensor. Sí, los cuatro. No me he confundido.

Aprendí a contar con tres años y aún no se me ha olvidado, aunque los números nunca se me han dado muy bien. Nos acabamos de encontrar a Álvaro en la puerta. Por lo visto, Alejandro sabía que venía, tras hablar con él por teléfono hace un rato. Se encierran en el despacho durante más de dos horas. Noelia y yo decidimos ver una película y nos quedarnos dormidas en el sofá. Me encanta *Love Actually*, pero el sueño puede conmigo después de otro día duro e intenso. Cuando abro los ojos, la imagen que tengo delante de mí me deja fuera de juego. Los dos dioses del olimpo me miran con una media sonrisa cada uno. No sabría decir a quién le queda mejor. La de Alejandro la aprecias y la guardas en tu recuerdo, porque muy pocas veces aparece y no sabes cuándo podrás volverla a disfrutar. La de Álvaro forma tanto parte de él y de su forma de ser, que la sientes como tuya. Pero las dos se parecen en algo, en la forma de calentarme a niveles exagerados. Entre sus sonrisas y mis hormonas, me froto con las esquinas. Miro a mi lado y Noelia sigue durmiendo con la boca abierta. Alejandro se acerca a ella, la coge en brazos y la lleva a la cama. Álvaro me mira, esperando que me levante, pero no lo hago. Sigo admirando su definido cuerpo. La tenue luz de la pequeña lámpara del salón lo hace más grande y perfecto, dibujando su silueta como si fuera una aparición.

—¿Puedes caminar o te llevo en brazos? — «*Llévame montada en...*», me

tapo la boca imaginariamente. Bostezo y el sueño vuelve a apoderarse de mí.

—Solo quiero dormir. —Me tumbo de nuevo y abrazo uno de los cojines.

De repente siento que se arrodilla delante de mí, su olor y su calor me llegan de frente y lo asimilo como si fuera una potente droga que me atonta.

—Dani... —me susurra junto al oído.

—Mmm.

—Abre los ojos. —Con mucha pereza hago lo que me dice y me pierdo en la oscuridad de los suyos. Su respiración roza la mía.

—Voy a besarte —musita— ¿Quieres? —Como contestación se me corta la respiración. ¿Qué me he perdido? ¡Claro que quiero! Pero ¡no podemos!

Esto lo pienso, no lo digo, porque cuando me doy cuenta, sus mullidos y calientes labios se unen con los míos y la temperatura de mi cuerpo se dispara. Comienzo a mover mi boca para bailar al son de la suya y gimo cuando muerde, no demasiado fuerte, mi labio inferior.

«*Qué rico*». Mi sub lo saborea y disfruta sin pensar en las consecuencias.

Yo sí lo hago.

—Detente. —Trato de frenar esta locura—. Tenemos que parar... —suspiro—. Alejandro está... —consigo decir mientras nuestras lenguas se enredan.

—No te preocupes, Alejandro no vendrá.

¿Se ha vuelto loco?

—¿No lo deseas? —sigue.

¡Claro que sí! Mis hormonas bailan la danza del vientre junto a mi libido, celebrándolo. Sin embargo, mi yo cuerdo despierta de su letargo y se une a mi mente preguntado; ¿Qué estoy haciendo? Miro hacia el infinito y todos mis demás «yoes»; el cotilla, el descerebrado, el miedoso, el inoportuno...,

miran el espectáculo con la boca abierta. Intento incorporarme, pero él me lo impide con un suave movimiento. Se me echa encima, cargando su peso sobre sus manos, sin tocarme, y me mira.

—¿Quieres que pare? —Y lo dice bajo un sonido gutural que me acelera hasta el alma.

Niego con la cabeza y respiro, fuerte. Dios mío, ¿qué estamos haciendo?

Alejandro puede aparecer en cualquier momento. No obstante, parece que me da igual, porque de nuevo, unimos nuestros labios y la danza cada vez se hace más desesperada. Introduzco las manos entre su cabello y tiro. Él gime y reparte besos por mi mandíbula, el cuello, los hombros. Sus manos recorren mi cintura, las caderas, mis muslos... Se incorpora un poco y me quita la camiseta dejando mis pechos casi desnudos, solo cubiertos por un sujetador de encaje blanco. Se abalanza sobre ellos y los lame. Trato de morderme los labios para evitar gritar, no deseo que su hermano nos escuche, pero no puedo controlar todo el placer que recorre mi cuerpo y doy un pequeño grito cuando atrapa un pezón entre los dientes y tira. Le agarro la cabeza y lo atraigo hasta mí. Nos besamos. Todos son suspiros, bocas, dientes, saliva, gemidos y sudor. Nuestros cuerpos rozándose desesperados, ansiando más del otro. De repente, se levanta conmigo en brazos, me insta a que rodee su cintura con las piernas y se sienta sobre el sofá conmigo encima. Seguimos devorándonos.

Me agarra fuerte de las caderas, hasta casi hacerme daño.

—Álvaro, para —gimo—. Por favor.

—Dani... me vuelves loco.... Me matas... me muero...

—¿Qué estáis haciendo? —ruge Alejandro muy cerca de donde nos encontramos. Imágenes de su cocina me cruzan delante de los ojos. ¿No estábamos en el salón?

Se me corta la respiración y siento que me ahogo.

—Dani... Dani... —sigue—. Dani, despierta. —Caigo en una espiral de sensaciones, pero no son buenas ni satisfactorias. Abro los ojos y la

luminosidad de la lámpara me ciega.

—Dani... ¿Quieres que te lleve a la cama o puedes caminar?

Parpadeo desorientada y una suave luz dibuja la silueta de Álvaro arrodillado junto al sofá. Miro alrededor y me doy cuenta de que no hay nadie más. Un silencio absoluto lo envuelve todo, no se escucha el murmullo del televisor, Noelia ha desaparecido y ni rastro de Alejandro. Una fugaz imagen de este cargando a su hermana en brazos aparece como un flash en mi mente.

Después de echar un vistazo a toda la sala, mis ojos vuelven a posarse en los de Álvaro, que sonrío y, con una mano, me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Vamos. —Me insta a que me levante, haciéndolo él. Lo miro desde abajo y aprieto los muslos al recordar lo que ha pasado hace solo un momento. O debería decir lo que no ha pasado, porque no ha ocurrido nada.

Mi depravada mente ha vuelto a fantasear soñando cómo Álvaro me besaba y Alejandro nos sorprendía; otra vez. Voy a volverme loca. Mierda. Estoy perdiendo la cabeza.

—¿Qué... qué hora es? —Cambio de tercio.

HACE CALOR AQUÍ, ¿NO?

Abro los ojos, antes, incluso, de que el despertador del móvil me sacuda con ese ruido infernal de las narices. Aún no ha amanecido y solo la luz de la ciudad que atraviesa la ventana ilumina la habitación. Hoy es Nochebuena y mañana Navidad; como dice el villancico, y para mí, celebrar estas fechas dejaron de tener sentido hace bastante tiempo. Aún sin ganas, me levanto.

Ordeno a mis piernas que se muevan y me lleven a darme un ducha rápida.

Para levantarme el ánimo, busco en el armario; entre la poca ropa que he traído, algo que me siente bien y reconforte. Creo que lo conseguiré un vestido estrecho de mangas largas, cuello asimétrico y estampado de acebo de *Seymour Georgette* de *Ganni*. Para asegurarme, lo conjunto con unos zapatos de tacón cuadrado y plataforma *Parody* de *Asos* de color negro y medias tupidas negras. Miro mi reflejo en el espejo que cuelga del armario de mi dormitorio y adorno mi look con una sonrisa. Al principio me parece forzada, desangelada, sin embargo, pongo en práctica mis tácticas «*anti mañanas navideñas depresivas*» pensando en todas las cosas; y personas, buenas que tengo, convirtiéndola en una natural y sincera. Si Sara estuviera aquí, me la agrandaría, literalmente, con las manos. Agarraría mis carrillos y los pellizcaría hasta hacerme soltar una carcajada. Pensar en ella me entristece, pero levanto el mentón y me digo que se recuperará y volverá a ser la de siempre. Por supuesto que sí.

Entro en la cocina trasteando con el móvil. Clara me ha etiquetado en Facebook en un recuerdo de nosotras hace seis años, una experiencia de mujeres de rompe y rasga. De compras de Navidad, a última hora por el centro de Madrid, paramos frente a un escaparate lleno de libros y nos

hicimos la foto. Todo normal, si no fuera porque ella iba disfrazada de Papá Noel y yo de Reno. Y no solo cubrimos el rostro, no. El cuerpo entero. Una de las noches anteriores nos emborrachamos y prometimos, bajo juramento de sangre, llevarlo a cabo. A la hora de la verdad, ella no se echó atrás y yo no iba a ser menos. De esa guisa nos recorrimos toda las tiendas de la ciudad.

Sonríó, le doy a *Me encanta* y comento: «*Me ponen los hombres de poblada barba blanca y cuerpo rechoncho como tú. Esta noche dejaré leche y galletas para que pases por mi casa y dejes un gran regalo. He sido muy muy buena.*

—*Un emoticono guiñando un ojo y sacando la lengua*—». Envío, cierro la aplicación y levanto la mirada.

Me encuentro con un imponente Alejandro tomando café y leyendo el periódico. Paro en seco y trago saliva. Lleva un traje negro con corbata fina del mismo color y blusa blanca, unos mocasines que deben costar más que un coche de gama media, y un pelo y una cara que bien merecen hacerles la ola.

En mi rica fantasía, levanto los brazos y se la hago. No lo puedo evitar. Hasta escucho los oes en mi cabeza loca. De repente, una sensación bastante extraña me recorre de pies a cabeza. Suspiro y una mezcla de aromas varoniles me eriza todos y cada uno de los vellos de la piel, se me deshace el estómago y un abrasador líquido resbala por mi vagina. La boca se me reseca.

Fotogramas de imágenes impetuosas, en movimiento y a todo color, estallan en mi mente. Alejandro follándome sobre la encimera de la cocina, empalándome contra el cristal de la oficina de Adara..., apareándonos como bestias en celo en su despacho, en el coche... en mi cama... en la suya...

«*Para, por favor. Hazlo por las dos*».

¡Madre mía! Tengo que aprender a controlar mis hormonas, esto se está saliendo de madre, mi fantasía me desborda. Parpadeo varias veces y vuelvo a tragar, tratando de humedecer mi garganta.

—¿Tienes calor?

¿Qué?

«Dile que solo estás a punto de ebullición».

—No. —Enfatizo mi respuesta negando con la cabeza, pero una bomba estalla en mis entrañas cuando sus ojos azules penetran en los míos. Necesito echar un polvo. Voy a empezar a plantearme si tirarme a Roberto sería buena idea o no, un remedio transitorio y desesperado ante una grave situación requerida de urgencia hospitalaria.

«¿Te estás oyendo?»

No hablo en serio. Me defiendo. De veras, vuelvo a fantasear. Solo ha sido un comentario interior desafortunado.

—Estás muy colorada. —Se levanta, va hasta el frigorífico, coge una botella de agua, la abre y me la ofrece—. Pareces sofocada. Bebe.

Oh, no. Solo pensaba, así sobre la marcha, sin comerlo ni beberlo, en todas las veces que me has follado dónde y cómo te ha dado la gana. Todo muy normal, no estoy perdiendo la cabeza ni nada.

Entro en la torre en su compañía. Tenía dos opciones, subir al coche con mis dos amigos forzudos, Jordán y Lobo, o acompañar a Alejandro durante el trayecto. Jordán y Lobo me caen bien, «*Esto es... Mentira*». Voz en *on* de mi sub, mecanizada. Vale, no los puedo ni ver, no me dejan sola ni un minuto, entiendo que han sido contratados para eso, pero me siento vilipendiada y denigrada —mano en el pecho, dramatizando—. ¿Y qué hago? Decido subir a la limusina con la persona que los contrató y culpable de que haya perdido mi intimidad y arrastre la dignidad por los suelos. ¡Si hasta me acompañan a mear! Me despido de Alejandro al salir del ascensor con un «*Hasta luego, gracias por acompañarme*», cuando en realidad me gustaría decirle «*Eres un cabrón por lo que me haces y porque no puede ser normal estar tan bueno y hacerme el amor así hasta en mis pensamientos. Por favor, deja que me arrodille y te la chupe hasta que te corras, pero después te seguiré odiando como te mereces, porque no puedes dirigir mi vida como te salga de los cojones*».

Hoy salimos del curro a las dos. Un correo interno nos lo recuerda a todos.

Berta entra en mi despacho dando saltitos y celebrándolo. Ha quedado después de comer y, de este modo, puede ir a casa a ducharse y cambiarse.

No consigo sonsacarle quién es el afortunado, contesta con evasivas y excusa tanto misterio alegando que no lo conozco. Mmm, algo se guarda y lo averiguaré. O se lo comento a Victoria y ella se entera hasta de la marca de ropa interior del susodicho.

A las once bajo a la cafetería a tomar un café y una magdalena con chocolate, las náuseas siguen apareciendo de vez en cuando, pero ya no frecuento el baño tan a menudo, ¡aleluya! Fernando me llama para recordarme que la cena comienza a las diez, da por sentado que iré. Me informa que Héctor me recogerá a las ocho y media en casa, sin embargo, aunque me cuesta, lo convenzo de que no es necesario. No le digo nada, pero Jordán y Lobo me acompañarán. Que hagan algo productivo por mí, no solo dar la lata. Durante más de diez minutos me regaña por no contestar a sus llamadas. Aguanto estoicamente el chaparrón y no le replico, lleva razón. Ha estado preocupado desde que Alejandro contestó a mi teléfono y habló con él.

Recuerdo que no le he comprado nada a mis sobrinos y me apunto en la agenda pasarme a adquirir algo bonito después del trabajo. Justo cuando termino de hablar, Noelia entra en mi oficina y me escucha. Se apunta a salir de *shopping*.

—Tengo que comprarles algo a mis hermanitos —dice mientras se sienta delante de mi mesa.

—¿Dónde cenas hoy? —pregunto. Con tantas preocupaciones no había pensado dónde pasarían la noche Noelia y mis dos hombres. Me mira levantando una ceja.

—Mi intención era cenar con Alejandro y Álvaro, pero les ha surgido algo y me dejan sola. —Se detiene, pensativa, y se lleva un dedo a la boca—. No debería comprarles nada. No se lo merecen —bromea.

—¿Estarás sola? —Abro los ojos, mostrando mi preocupación.

—No, no. No te preocupes. Comeré algo en casa. Alejandro me ha dicho que

volverá pronto y...

—¿Por qué no cenas conmigo? —La invito.

—No quiero molestar. Y, de todas formas, estoy acostumbrada a estar sola...

—Por nada del mundo te dejaré sola un día tan especial. No se hable más.

Vuelvo a llamar a Fernando y le comento que llevo acompañante a la cena. En un primer momento no le hace demasiada gracia la idea; y esto es un pequeño eufemismo. En realidad, cree que me refiero a Alejandro y lo único que pretendo es matarlo del disgusto. Cuando le digo que es una amiga; una amiga mujer, para más señas, cambia de parecer y se alegra. Hoy trabaja desde casa, así que hablo un rato con mi cuñada para preguntarle si necesita que lleve algo.

—Muchas ganas de comer porque me voy a pasar todo el día cocinando. Y

dile a tu amiga que no meriende. Alguien tiene que acabar con toda la comida del menú, o me enfadaré mucho y me veré obligada a estrangular a alguien —suelta de un tirón—. ¡Carmen! —grita tan fuerte que tengo que apartar el teléfono de la oreja—. Deja de hacer rabiar a tu hermano; dile donde has escondido el Pokémon —suspira—. Perdona —vuelve a dirigirse a mí—.

Van a volverme loca. Mejor no cocino y nos zampamos a estos dos demonios. ¡Oscar! ¡No empujes por las escaleras a tu hermana! —grita de nuevo. ¿Eh? ¿Ha dicho lo que creo? —. Tengo que colgar. Trae un par de botellas de vino. Para mí —especifica—. Necesito emborracharme. Trae otra para vosotros.

—Pero... ¿Carmen está bien? —pregunto, preocupada. «Pi...pipipi», obtengo como respuesta. Parece que Ana anda bastante estresada.

La siguiente llamada proviene de Clara. Hemos hablado por mensajes cada día, solo para decirle que estoy bien. Me recrimina que anoche se pasó por casa y se dio con la puerta en las narices. Por suerte, Juan Carlos la acompañaba y no tuvo que gastarse el sueldo en taxis, así me lo hace saber.

Paso media hora contándole mi nueva mudanza y puedo ver su boca abierta a través del teléfono. A mí también me sorprende que me dejara convencer. Me invita a salir esta noche a la fiesta de unos amigos que empezará después de cenar, pero rechazo la oferta. No me apetece en absoluto celebrar nada mientras Sara no se recupere. Insiste con la cantinela, ya muy conocida, de que solo serán dos copas. Sin embargo, vuelvo a negarme y quedamos en llamarnos mañana para vernos; sí, Clara es una de tantas a las que mean los perros. Hablo también con Roberto, que en estos momentos se encuentra en el hospital acompañando a Sara. Me informa del parte médico —sin cambios— y me indica que la madre de nuestra amiga acaba de llegar y pasará la noche con ella. De todas formas, le hago partícipe de mi intención de llegarme esta tarde y acompañarla un rato.

Victoria se acerca a vernos sobre la una y media. Pasará con su familia la Nochebuena y después saldrá con Raúl a una fiesta que, por lo que cuenta, debe ser la leche. *Gogós*, magos, malabaristas, conciertos, regalos, sorpresas... Habla con tanto entusiasmo que me hace suponer que merecería la pena asistir, pero no es buen momento.

A las dos, nos ponemos los abrigos y nos disponemos a salir de MKD.

Berta y yo esperamos a Vic a la altura de su mesa, bromeando sobre el gran parecido de una de las pinturas de la exposición y el estampado del abrigo de mi ayudante. Nos giramos hacia el pasillo al escuchar el sonido de unos tacones repiquetear sobre el suelo, creyendo que nuestra amiga vuelve del baño, pero vemos a Natasha caminar en dirección a nosotras tiesa como una momia y ni un pelo del moño fuera de su lugar.

—¿Te imaginas que tropieza y se parte tres dientes? —pregunta Berta, sin disminuir el tono de voz—. Estaría preciosa —bromea.

—Sshh. Te va a escuchar. —Sonrío ante la ocurrencia.

—Señorita Sánchez, el señor Fernández desea verla ahora. Sígame, por favor.
—Su intento por ser amable no cuela. Lo hace porque no tiene más remedio. Si pudiera cogerme del pelo y arrastrarme por el suelo, lo disfrutaría a tope. No se lo tomo en cuenta porque la animadversión es mutua. Tanto que camino detrás de ella fantaseando que la zancadilleo, choca con un ventanal,

lo rompe y cae en picado los doscientos doce pisos hasta agujerear el asfalto y esparcir la sesera por la calle. Sacudo la cabeza y cambio de pensamiento.

¿Qué querrá Alejandro ahora? No deseo discutir. Estoy cansada. Y no me apetece verlo. Bueno, rectifico. No me apetece ponerme caliente como una gorrina. Me pone a cien solo de pensar en las cosas que sabe hacerme. Trago antes de entrar.

«*Vamos, puedes hacerlo*». Mi sub me anima y se lo agradezco, pero nada me prepara lo suficiente para abrir la puerta, encontrar a un imponente Alejandro que quita el hipo, de pie, mirando al infinito, con las manos en los bolsillos de su perfecto traje, y no salivar hasta ahogarme. Carraspeo varias veces antes de intentar hablar, pero, de todas formas, no lo consigo. Mis ojos y mi mente se pierden siguiendo el contorno de su ancha espalda, sus torneados brazos, la curva de su trasero pegado a la tela del pantalón, sus largas y musculadas piernas... Gira su cuerpo hasta quedar frente a mí y me mira. Aún desde lejos, puedo oler su piel.

—Siéntate —dice en un tono neutro. No ha sonado a orden, aunque todo en él lo parezca. Camino los pasos que me separan hasta las sillas delante de su mesa y tomo asiento en una de ellas. Respiro y lo miro. Él ha hecho lo mismo al otro lado. Pone una pierna sobre otra y une las manos.—Gracias — sigue. Levanto las cejas, sorprendida, —como en esos dibujos animados a los que se les sale por encima de la cabeza—. Quiero agradecerte que invites a Noelia a cenar. No me perdono dejarla sola... —Descruza la pierna y se toca la sien, callando lo que iba a decir—. No la dejaría si no fuera por una buena razón.

—No tienes que darme explicaciones —respondo, recordando lo que me dijo hace unos días—. No se me ocurriría dejarla sola en una noche tan especial. No lo hago por ti. —Esto último no entiendo muy bien por qué lo digo, pero sale de mi boca sin pensarlo. Tal vez quiero dejarle claro que ella se ha convertido en mi amiga, independientemente de la relación que me una o no a él.

—Lo sé. —Aprieta la mandíbula imperceptiblemente—. Jordán y Lobo os acompañarán y esperarán a que terminéis. Después os traerán de vuelta a casa. —Asiento con la cabeza y Alex frunce el ceño, confundido—. ¿No vas a oponerte? —¿Para qué? De nada serviría. Me encojo de hombros.

—No —contesto distraída. ¡Maldita sea! ¿Por qué tiene que ser tan endiabladamente guapo? —. ¿Puedo irme ya? —Si no salgo de aquí pronto, me abalanzo sobre él y me lo como ¡Cómo le sienta el maldito traje!

—¿Sabe Fernando que Noelia es mi hermana? —sigue conversando sin atender mi pregunta. ¿Está loco? Le envenenaría la comida y yo sería cómplice en un delito de asesinato con premeditación y alevosía. La cárcel no es sitio para mí. Dramatizo, hace mucho que no lo hago.

«Un par de minutos».

—Por supuesto que no. Es mi amiga, me cae bien y me gusta. No tengo por qué decirle nada. ¿Algo más? —Muevo rítmicamente la pierna derecha.

—¿Tienes mucha prisa? —Se da cuenta de mi nerviosismo.

«Lo que tengo es un hambre atroz. Y a ti te comería enterito. Ñan, ñan, de dos bocados te zamparía, sin embargo, mi estómago ruge pidiendo alimento y he aprendido que, si no lo hago, comenzarán el malestar y las arcadas.

Porque estoy embarazada, ¿no te lo había dicho?» Me toco la barriga por instinto.

—He quedado con Noelia —doy demasiadas explicaciones.

—¿Qué tal la herida de la frente?

—Bien. —La toco.

—Iremos a que Barón le eche un vistazo la próxima semana.

—No es necesario. No me duele. —Durante unos segundos sus ojos se pasean por mi cara hasta terminar en los míos. Trago con dificultad al sentir tensarse el ambiente.

—Dani... —susurra, ronco.

—Será mejor que me vaya. —Me levanto, dando un golpe a la silla con mis piernas.

—No os alejéis de los guardaespaldas.

Salgo de MKD mirando el reloj. Llego bastante tarde a mi almuerzo con Noelia. Sin darme cuenta, tropiezo con una persona y casi caigo al suelo, si no lo hago es porque unos fuertes brazos tiran de mí hacia arriba. Durante unos segundos no me suelta, lo miro fijamente a los ojos, pero estos se ocultan tras unas gafas de sol muy oscuras. Sin embargo, deja al descubierto una cicatriz alargada de unos cuatro centímetros que le cruza la cara. Deja de apretarme la piel y se aleja. Jordán llega hasta mí, mientras Lobo sigue a esa misteriosa persona. Me pregunta qué ha ocurrido y si lo conozco. Le informo que no recuerdo haberlo visto nunca. Y así es, pero me guardo para mí la sensación rara que me ha recorrido el cuerpo cuando me ha tocado.

Cruzo las puertas de *Al Natural* pensando en una disculpa, Noelia lleva esperándome demasiado tiempo. No obstante, ya sabe la razón de mi tardanza y la entiende. Ha hablado con Alejandro hace un rato sobre los planes de esta noche y lo que haríamos durante la tarde. Sigo sin entender qué es tan importante para él como para no acompañar a su hermana esta noche. Ha venido para estar con él y con Álvaro, y ambos la dejan sola el día de Nochebuena. Qué grosería, vaya par de maleducados.

La decoración del restaurante vegetariano donde nos encontramos no tiene nada especial, pero Noelia habla maravillas de su comida. Paredes blancas, sillas antiguas de madera y suelo de terrazo marrón. Dejo que ella pida el menú para las dos, yo no suelo frecuentar este tipo de bares, me gusta la carne, pero como de todo; y las hamburguesas de avena y tofu, las milhojas de berenjena y el escalope de seitán al grill me parecen una exquisitez.

Noe me cuenta que la empresa dispone de su propio huerto en los que tienen prohibido utilizar pesticidas ni abonos químicos. Cada vez que viene a Madrid suele comer aquí. Para finalizar el menú, pedimos tarta de requesón con chocolate, frutos secos y coco. La cuenta me parece irrisoria para lo bien que hemos comido. Mientras esperamos a que el camarero se cobre, nos tomamos un café y bostezo varias veces. Pido disculpas por ello, pero no lo puedo evitar, a veces un sueño inusitado se apodera de mí.

—Es normal que el sueño aumente y te encuentres cansada a cualquier hora del día.

—A veces pienso que no voy a ser capaz de levantarme. —Le doy un sorbo a mi café—. Las náuseas casi han desaparecido y, todo, gracias a ti.

—Me alegro mucho. Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que decírmelo.

Cierro los ojos y suspiro.

—¿Va todo bien? —pregunta, preocupada.

—No sé qué hacer. —Me sincero. Acaricio mi barriga con una mano, mientras que con la otra me acaricio la frente—. No quiero deshacerme del bebé, pero... tampoco estoy segura de si tenerlo sería buena idea.

—¿Qué te preocupa?

—Todo. No saber quién es el padre, que me odien los dos, no ser una buena madre... No soy capaz de cuidar de mí misma, mira lo que ha pasado.

—Hago aspavientos con las manos señalándome el vientre—. ¿Cómo voy a cuidar de alguien más? Es... complicado.

—Me encantaría poder decirte qué debes hacer, qué es lo mejor, pero eso solo puedes decidirlo tú.

—Lo sé, lo sé. Solo... estoy asustada. —Cubro mi cara con las manos.

—Normal que lo estés. Te enfrentas a una situación nueva, desconocida.

Sin embargo, aunque te conozco de hace solo unos días, me he dado cuenta de lo que eres capaz. Decide con el corazón, elige ser feliz y todo saldrá bien.

HOY ES NOCHE BUENA Y MAÑANA

NAVIDAD

Terminamos de comprar antes de lo esperado. Noelia no es de esas personas que disfrutan pasando horas de tienda en tienda y yo tengo muchas ganas de ver a Sara. Así que, antes de la seis, cruzamos las puertas del hospital y lo agradezco. Saludo a Manuela, su madre, con un abrazo, y me informa del estado de mi amiga durante las últimas horas. No hay cambios.

Estoy harta de escuchar esas palabras. Hasta tengo pesadillas con ellas. Me enfado un poco, sin embargo, Noelia me explica que eso no es del todo malo.

Esta sigue al médico mientras charla con él de lo mejor que podemos hacer.

Me tomo un café con Manuela y le repito una y otra vez si quiere que las acompañe esta noche. Me convence de que estar allí no arreglaría nada y solo la haría sentirse culpable. Hablamos sobre su vida y la de Sara, lo que esta sufrió con la forma de ser de su padre. Me cuenta que fue una mujer maltratada y engañada y que, aunque intentaba que la situación no afectara a Sara, no siempre lo conseguía. Define a su ex marido como un cabrón mal nacido, celoso, borracho y agresivo. A veces pasaban tanto miedo, que dormían las dos en una habitación encerradas con pestillo para que su marido no las pudiese tocar. Debió ser muy duro, no me puedo imaginar lo que debieron pasar las dos. Para más inri y según ella, el tormento se alargó casi diez años.

Cuando llegamos al ático de Alejandro, no hay ni rastro de él, y me alegro.

Me gustaría decirle cuatro cosas después de pensar fríamente cómo se les ocurre dejar a Noelia sola una noche como esta. Estoy encantada de que me acompañe en la cena, pero son sus hermanos, ¡leñe! Deberían cuidar de ella.

No me he atrevido a preguntarle por su padre, lo normal sería que pasaran juntos el día de Nochebuena, no obstante, por la relación que le une con Álvaro puedo imaginarme cuál es la situación también con ella.

A las nueve subimos las dos al coche acompañadas por Jordán y Lobo. Me pregunto, durante el camino, si no tendrán familia que les espere en casa hoy.

Noelia me distrae canturreando la canción que suena, suave, por los altavoces y la sigo, haciendo lo mismo. Muevo los labios al son de David Bisbal y su «*Todo es posible*». Noelia me mira y sonrío y yo le imito el gesto. Nos agarramos de las manos y las levantamos como si estuviéramos sobre el césped de cualquier campo de fútbol en medio de un concierto. Todo es posible, Sara se pondrá bien, yo decidiré acertadamente sobre mi futuro y el del bebé; y Alejandro y Álvaro, entenderán nuestro destino, sea el que sea.

Los dos guardaespaldas ni se inmutan. Nosotras seguimos sintiéndonos invencibles –como dice la letra– aunque solo sea durante los minutos que dura la canción. Llamo a Fernando cuando paramos en su puerta para que abra la cancela y entramos en la propiedad. Lobo, el del pelo negro largo, me indica que esperarán en la calle, justo en la puerta y que, si ocurriese cualquier cosa, solo tenemos que marcar su número de teléfono que, curiosamente, ya llevo guardado en mi teléfono móvil. No creo que sea necesario aclarar quién ha osado hurgar en mi intimidad. Don Controlador ha hecho de las suyas; otra vez.

A diferencia de otras veces, Fernando me espera de pie sobre el jardín con un mando a distancia en la mano. Mierda. Ve que nos bajamos del coche y, por supuesto, se percata de que dos armarios empotrados nos acompañan.

Camino hasta él, con Noelia a mi lado, y con una sonrisa de no haber roto nunca un plato. Mi hermano y yo tenemos un par de conversaciones pendientes que, en absoluto, me apetece mantener. Nos damos un cariñoso abrazo y le presento a Noelia. Se saludan con dos besos y entramos en la casa. Mi sobrina corre hacia mí como si la vida le fuera en ello. Su pelo rubio

se mueve, de un lado a otro, tapándole la cara. Durante un segundo me parece que va a tropezar, pero sigue dando saltitos hasta tirarse sobre mi pecho que ya la espera con los brazos abiertos.

—Titaaa —grita de alegría.

—Hola, preciosa. —Le aparto el pelito de la frente y me la como a besos —. Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Tengo una peli nueva. De *loz pitufoz, zon azulez* ¿lo sabíaz? Y

hay una pitufina, *ez* muy guapa, con el pelo rubio como yo. Uno se llama torpón, *ziempe ze cae*, como Ózcar. *Ezta* mañana ha intentado *tidadme* por *laz ezcaleraz*, pedo yo *zoy máz lizta* que él y lo he empujado y *ze* ha *abiedto* la *fente* y mamá le ha *puezto* una *tidita*. Lleva todo el día *lloedando* y no me habla. *Pedo* yo no tengo la *curopa*, ha sido él. A que sí, tita. ¿A que sí, tita? — Termina el monólogo sonriendo. La miro obnubilada y la abrazo. La niña se está convirtiendo en un demonio, pero la quiero a rabiar y no puedo ocultarlo.

Miro a mi hermano, que suspira, resignado. Se agacha y la coge en brazos.

—No, Carmen. No puedes pegar a tu hermano ni a nadie.

— *Zólo* me defendí. —Mi sobrina sigue hablando —no pararía nunca si pudiera—. Escucho unos pasos, giro la cabeza y veo a mi cuñada y a Óscar que aparecen agarrados de la mano. El niño viene con una especie de gasa en la frente y cara de pocos amigos.

—Hola, Ana. —La abrazo.

—Hola, Dani. —Hace lo mismo. Después me agacho y cojo a mi sobrino en brazos. ¡Cómo pesa!

—Hola, hombrecito. —Lo beso repetidamente—. Qué mayor estás, no puedo contigo. —Lo dejo sobre el suelo y le doy la mano—. ¿Qué pasa? ¿No te alegras de verme? —Asiente con la cabeza, pero no abre la boca.

—Lleva todo el día así, desde que se ha peleado con su hermana — suspira.

Les presento a Noelia que, hasta ahora, nos observa divertida, y pasamos al salón donde ya está casi todo preparado. Mi amiga se ofrece a ayudar, y Ana acepta la proposición y se la lleva a la cocina. Óscar y Carmen se entretienen viendo una película en la que Papá Noel reparte alegría y felicidad bajo una nevada espectacular; y Fernando —aquí llega lo que tanto temía—, me invita a acompañarlo a su despacho. Lo de la invitación es pura ironía, puesto que me obliga agarrándome del brazo. En verdad lo fuerzo a ese porte autoritario al comprobar que me quedo clavada en el suelo mirándolo con cara de enfado.

—¿Quiénes os acompañan esta noche? —pregunta, mientras cruzo el vano de la puerta y la cierra detrás de mí. No voy a mentir, ya no, nunca más.

Llevo más de dos meses saltándome todas las normas que me autoimpuse cuando una mentira acabó con mi vida, así que se acabó.

—Alejandro ha contratado a dos guardaespaldas que me acompañan a todas partes —suelto de un tirón. Él se detiene frente a mí y aprieta la mandíbula.

—Daniel. —Me llama por mi nombre, sin acortarlo, y eso no trae nada bueno. Refriega su frente con la mano derecha durante unos segundos y, cuando termina, me clava la mirada—. No sé cómo explicarte que Alejandro Fernández no es buena persona.

—Tú no lo conoces —aseguro con el corazón y se da cuenta.

—Ah ¿no? ¿Puedes explicarme por qué llevas escolta?

—Se trata de una medida preventiva.

—¿Preventiva de qué? No me gusta, Dani. Todo lo que lo rodea está teñido de color negro. ¿Y por qué me cogió él tu teléfono el sábado pasado?

¿Estás con él?

—¿Para eso me has invitado? Es Nochebuena. Sabes lo poco que me gustan estas fechas. No me lo pongas más difícil, por favor. —Logro que cambie el semblante con mis palabras. Ahora me mira, pero no está enfadado, más bien culpable. Respira, alarga los brazos y me atrae hacia él.

—Solo me preocupo por ti.

—Alejandro también lo hace —susurro—, y se lo agradezco. Tú también deberías hacerlo. Él... cuida de mí.

—¡No digas estupideces! —Nos separa. Levanta el tono de voz, cada vez más cabreado—. Te está poniendo en una situación difícil. No quiero que te pase nada. Si sigues cerca de él, me será muy complicado ayudarte.

—¡No necesito tu ayuda! —Contraataco al mismo nivel, sin embargo, trato de tranquilizarme conforme sigo hablando. No quiero empezar otra guerra y, mucho menos, con Fernando—. Solo pido que me comprendas y aceptes mis decisiones. Aunque no te gusten, aunque no estés de acuerdo con ellas, son mías y yo elijo el rumbo de mi vida. —Nos miramos y, después de un momento, nos abrazamos.

Llega la hora de firmar papeles. Unos veinte minutos tardo en cerciorarme de que soy rica o, al menos, el saldo de mi cuenta ha cambiado de cuatro mil trescientos veintidós euros con sesenta y un céntimos a cuatro millones doscientos cincuenta y un mil trescientos cuarenta y cinco euros con dos céntimos. Los algo más de cuatro millones de euros, que Fernando ha conseguido invirtiendo los veinte mil que mis padres me dejaron, ya abultan mi cartera. No lo digo yo ni me sé las cantidades de memoria. Las leo en uno de los documentos. Solo necesito unos segundos para sopesar la responsabilidad que conlleva. Muevo la cabeza de un lado a otro a la vez que los hombros, soltando lastre. Ya pensaré qué hacer con él, por supuesto, a qué buen fin lo dedico. El dinero no hace feliz a una persona. Mi baúl del tesoro está lleno de amor, recuerdos, amistad y de grandes e irrepetibles momentos rodeada de personas únicas.

—Llama a Ángel Dueñas para cualquier cosa que puedas necesitar. Él te ayudará, tiene mi total confianza.

Nos sentamos a comer y Ana nos obliga a acabar con todos los platos.

Uno detrás de otro. La cena transcurre tranquila y sin incidentes; si pasamos por alto que Carmen salta a lo tortuga ninja sobre su hermano y este cae de espaldas al suelo. Me llevo un susto de muerte cuando lo veo rodar por las

baldosas. Ana obliga a mi sobrina a pedir perdón y ella obedece a regañadientes, pero Óscar ni perdona ni olvida. Así que coge un trozo de tarta y lo tira contra su hermana como si fuera Goku y estuviera lanzando una onda vital. El lanzamiento yerra la diana y el chocolate termina esparcido por la blusa de Fernando. Papá monta en cólera y se los lleva a la habitación, castigados, mientras él se da una ducha rápida y se cambia de ropa. Ana nos invita a acompañarla al sofá frente a la chimenea y nos ofrece café.

Esperamos a mi hermano y a mis sobrinos hablando sobre nada en particular.

Llegan poco después, los tres con ropa cómoda.

—¿Desde cuándo os conocéis? —pregunta Fernando a Noelia.

—No hace demasiado tiempo, pero nos hemos hecho buenas amigas. Les agradezco que me invitaran a cenar.

—No ha sido nada, cariño —responde mi cuñada, siempre amable—. Nos encanta teneros aquí a las dos—. ¿Cómo está Sara? Hace mucho tiempo que no la veo —se dirige ahora a mí.

«*No mentir más*». «*No mentir más*». Mi sub y mi yo íntegro y honrado me recuerdan a la vez que, decir la verdad, se ha vuelto a convertir en mi mantra más sagrado.

—Está en el hospital. Ha tenido un accidente. —No miento al decir esto último, aún no sabemos a ciencia cierta qué ha ocurrido.

—¿Cómo? ¿Se encuentra bien? —Ana abre muchos los ojos.

—Un conductor la atropelló y se dio a la fuga. Lleva en coma inducido una semana, esperamos que despierte pronto y explique qué pasó. —Cojo aire aguantando las lágrimas detrás de los ojos. Mi cuñada se levanta y me abraza.

—Lo siento mucho, Dani. Seguro que se pondrá bien.

Cuando levanto la vista, me encuentro con la de Fernando que, con un gesto de cabeza, me indica que lo acompañe. Volvemos a encerrarnos en su despacho y esta vez el aire se enrarece en milésimas de segundos.

—Te conozco. No has sido del todo sincera conmigo.

Le cuento lo que pasa en realidad, todo. Con pelo y señales. Al menos en lo referente a Sara. Omito que estoy embarazada y no sé quién es el padre, me guardo aclararle que Álvaro Llorens es, en realidad, *mi* Álvaro, ese al que tanto odia, y me callo la identidad de Noelia, así como que vivo con Alejandro mientras todo esto se aclara. Omitir no es mentir, al menos para mí. Trata de convencerme de que me quede a vivir con ellos hasta que se aclare lo ocurrido a mi mejor amiga. Sus palabras exactas son «*ni muerto te dejaré sola en aquel diminuto y accesible piso*». Así que, para que me deje salir de aquí esta noche, le digo una verdad a medias, —una verdad a medias tampoco se considera una mentira ¿a que no? — ; todos mis «yoes» vuelven a mirar para otro lado, como si la cosa no fuera con ellos. Pues son parte de mí.

Si yo estoy loca, ellos también. Bueno, que me enredo. Le cuento a Fernando que vivo en casa de Noelia y que esta es como una fortaleza inexpugnable. Y

es verdad, vivo con ella. No estoy mintiendo. Me aplaudo imaginariamente a mí misma por mis grandes ocurrencias, pero lo hago solo yo. Mi subconsciente y mis —simpáticos— «yoes» no quieren participar en esto. Ellos se lo pierden.

Antes de marcharnos, y después de acompañar a los niños a la cama, dejo los regalos bajo el árbol de navidad. Esta noche Papá Noel pasará por aquí y dejará toda su magia para los más pequeños. Le doy un bocado a la galleta que Carmen, Óscar y yo le hemos puesto sobre la mesa para que crean que ha sido él, y me bebo el vaso de leche casi de un trago. Me arrepiento al instante.

Una arcada me sube por la boca del esófago y tengo que correr hasta el cuarto de baño alegando que hartarme de tarta de chocolate no me ha sentado bien.

Termino mi discurso con «*soy una inconsciente que no aprende nunca*» y me creen sin más. No es tan raro que ocurra. Todos nos podemos empachar, en mi caso no es la primera vez. Recuerdo que en la boda de una prima de Clara —a la que fui de acompañante— comí tantas aceitunas que, al cabo de un rato, me salían hasta por las orejas. Las vomité en medio de la pista de baile y Clara limpió el suelo con un abrigo que encontró colgado de una silla. Ahora

que lo pienso, no estoy segura si fueron las aceitunas lo que me sentó mal o los ocho gin-tonics que me tomé en unas cuatro horas y que casi hacen que perdiera la conciencia.

Nos despedimos en la puerta y el coche de Alejandro, conducido por los guardaespaldas, entra hasta detenerse frente a nosotras. Fernando se queda mirando, desafiante. Aparta la mirada para abrazarme y decirme que tenga mucho cuidado. Le prometo que atenderé sus llamadas y que estaré bien, así me dejará partir sin más reticencias. Camino de Madrid, recibo una llamada de Sofía. Prefiere no pasar la noche sin compañía y prometo recogerla.

Supongo que vivir en casa de Alejandro lleva implícita la posibilidad de invitar a amigas a dormir. Por supuesto, no voy a dejarla sola después de todo lo que está pasando. Les pido a Jordán y Lobo que varíen el trayecto y se dirijan a Conde Orgaz-Piovera. Lo hacen sin rechistar y yo me siento la reina del mundo. Se me da bien mandar. Lobo trata de hacer un par de llamadas, pero cuelga sin hablar con nadie. No le han atendido al otro lado de la línea.

Sofía entra en el coche media hora después y la abrazo. Admite que no duerme bien desde que atropellaron a Sara y que tiene pesadillas con lo ocurrido. Noelia la anima y le promete que esta noche dormirá estupendamente, le preparará una infusión que *«la hará roncar durante doce horas seguidas»*. Nos reímos ante su ocurrencia mientras el coche circula calle arriba. Para ante una casa que me resulta familiar porque el camión de limpieza del ayuntamiento recoge lo que parecen los restos de un accidente de tráfico, y una enorme verja se abre a nuestra izquierda. De ella sale una limusina, que también me suena bastante. Carlos la conduce con agilidad, como siempre. No sé qué se me pasa por la cabeza primero ni qué tipo de locura tira de mi cuerpo hacia la calle, pero salgo del coche y camino directa y encolerizada hasta lo único que ahora me importa; comprobar si detrás de esos cristales negros está sentado Alejandro. Y ¿sabéis por qué echo fuego por la boca? Porque esta casa es de Marina de la Rosa y no encuentro una explicación plausible a que el cabrón enchaquetado engreído –hasta aquí llega mi enfado– haya pasado la Nochebuena con esa arpía en vez de con su hermana. No llego a abrir la puerta, Alejandro debe verme llegar y sale del coche justo al mismo tiempo que llego. Levanto las manos para golpearle el pecho, pero, viendo mis intenciones, me agarra de las muñecas y me frena.

Está bien, ha llegado el momento de reconocer ante todos los presentes que lo que también me llena de ira es que esté con ella y no conmigo en casa, abrazados, perdonándome y diciéndome cuánto me quiere y que no puede vivir sin mí.

—¿Qué haces aquí? —escupe en mi cara, desconcertado.

—Yo debería preguntar lo mismo —respondo, bañando de rabia cada palabra.

En esas, todos los demás salen del coche y llegan hasta donde nos encontramos. Jordán y Lobo se disculpan ante su jefe y le informan de que han intentado ponerse en contacto con él por el cambio de planes, pero que les ha sido imposible. Noelia nos pregunta si estamos bien, y Sofía me mira esperando una respuesta afirmativa.

—Eres un gilipollas —le digo y tiro de mis manos, soltándome. Giro sobre mis tacones, pero vuelve a agarrarme, sin presionar, y frenarme.

—Marchaos. Dani se viene conmigo —les dice a Noelia y a Sofía, ignorando mi insulto. ¿En serio? ¿No ha escuchado cómo lo he llamado? Tal vez debería repetírselo y explicarle que, si alguien te llama gilipollas, lo más normal es que no quiera saber nada de ti y, mucho menos, acompañarte a ningún sitio.

—Gilipollas —tiro de nuevo, sin conseguir soltarme, esta vez.

—Suéltala, no seas burro —le ordena su hermana.

—Vete, Noe. Ahora nos vemos en casa. Nosotros iremos en la limusina —Alejandro cambia el tono de voz a uno más tranquilo —demostrando que sabe manejar la situación. Es muy listo—. Me resigno y, por no liarla más y meter a Noelia en esto, con un movimiento de cabeza les indico que estoy bien y que se vayan. Vacilan durante unos segundos, sin embargo, suben al coche y desaparecen calle arriba, siguiendo el rastro que ha dejado el camión de la limpieza.

Nos quedamos Alejandro y yo, solitarios y en silencio. La luz del coche y la

de un par de farolas alumbran el asfalto y nuestros cuerpos. Intento de nuevo zafarme de su agarre, pero no lo consigo. Al contrario, Alejandro me rodea y aprieta con sus brazos y me pone frente a él. Con su mirada atraviesa la mía y yo lucho por no derretirme ante su contacto, su olor y su fuerza.

Introduce la cara en el hueco de mi cuello y me huele, roza con su nariz mi piel y todos y cada uno de los vellos se erizan sin quererlo.

—No puedes hacer esto —musito, mientras el corazón me bombea, mezcla de enfado y excitación.

—Tu olor hace que me levante por las mañanas —habla en una especie de trance, como si yo no estuviera delante y lo pudiera escuchar, aunque se esté dirigiendo a mí.

—Me haces daño —me quejo. De repente me suelta y se disculpa. No me refiero a físicamente—. No puedes jugar así conmigo. Me quieres, pero cada vez que me doy la vuelta te veo con esa mujer, o con alguien que tiene que ver con ella. Me duele ¡joder! Siento lo que hice, pero no puedes tratarme así, haces que me sienta como una auténtica mierda.

—Pasas la mayor parte de los días con Álvaro, veo cómo te mira, cómo lo miras. —Se toca el pelo. Un metro nos separa—. En muchas ocasiones tengo que sujetarme a lo que tenga más cerca para no tirarme sobre él y matarlo. Es mi hermano, mi hermano pequeño, siempre he cuidado de él, lo he querido más que a nada y ahora... —Traga—. Ahora lucho por no odiarlo.

—Lo siento —lo corto. Llena el pecho de aire y lo suelta, de repente, sorprendido. Entiendo su sufrimiento y recorro el poco espacio que nos separa para abrazarlo con todas mis fuerzas—. Lo siento —repito, ya entre lágrimas. Él me abraza y me acaricia el pelo—. Siento lo que os estoy haciendo. Sois familia, yo no soy nadie para interponerme entre vosotros. —Sollozo, dándome cuenta de todo el daño que estoy causando entre ellos, no se lo merecen, y Noelia tampoco.

Coge mi cara entre sus manos y apoya su frente sobre la mía, nuestras respiraciones se mezclan a la vez que roza mi nariz con la suya. Una idea que llevo practicando durante todo el día parpadea en mi mente; dejar de mentir

y, aunque omitir no entra dentro de esa calificación, supongo que esta teoría deja de tener validez si la importancia de lo que guardas supera un cierto límite. Y sí, lleváis razón, califico mi embarazo como información de vital importancia y me decido a ser sincera.

—Alejandro —susurro sobre sus labios.

—Nena... —Me da un corto pero húmedo beso. Enredo sus manos con las mías y vuelvo a derramar algunas lágrimas. De pronto, unas cuantas gotas de lluvia, muy frías, comienzan a caer sobre nuestras cabezas, pero ni nos inmutamos. Nos besamos durante unos segundos y, cuando se aparta, gimo.

—Vamos dentro —tira de mí y lo paro.

—No. —Me niego—. Tengo que hablar contigo. —Las primeras gotas desperdigadas de lluvia son reemplazadas por un chaparrón en toda regla.

Manos, labios y cuerpos siguen entrelazados y nos negamos a separarlos.

Alejandro pega mi espalda a la carrocería del coche y se aprieta contra mí.

No me besa, me devora y yo lo devoro a él. Le agarro las solapas del abrigo y pego aún más su cuerpo al mío. Sus manos vuelan por mis costados. Mi lengua se enreda con la suya, nuestros dientes chocan. Las respiraciones, aceleradas, se escuchan por encima de la fuerte tormenta y la lluvia que cae sobre la calzada. Empapados, me coge de la cintura, me levanta como si no pesara nada y me mete dentro del coche. Se acomoda en el asiento y me sienta sobre él, a horcajadas.

—Aún no me has dicho qué hacías en casa de tu ex prometida. —Consigo decir.

—No tengo por qué darte explicaciones. —Me muerde el labio inferior y noto el sabor metálico de mi sangre con la lengua.

—Te odio —digo mientras le abro la presilla del pantalón.

—Te amo —contesta, subiéndome el vestido a la altura de la cintura. De un tirón, como siempre, rompe mis bragas—. Me vuelves loco, joder —asegura

mientras acaricia mi piel y llega hasta mi húmedo sexo.

Le saco la polla de los bóxeres y la acaricio.

—No quiero volver a verte —le aseguro. Me calla uniendo su boca con la mía—. Nos hacemos daño —gimo al notar que me pellizca un pezón.

Deja de besarme y me mira, me reta por lo que he dicho. Está dolido. Va a demostrarme que, en realidad, no es eso lo que quiero. Con una mano me levanta unos centímetros y con la otra se agarra el miembro viril. Sin desconectar nuestras miradas, me deja caer sobre él y me penetra llenándome entera. Trato de no gemir, pero es imposible, un sonido ronco sale de mi garganta cuando la siento llegar a lo más hondo de mis entrañas.

—¿Puedes vivir sin esto? —pregunta, bajo un sonido gutural que lo inunda todo. Se mueve, jadeo y repite la pregunta—. ¿Puedes? —Me penetra con fuerza y grito.

—¡Dime! —Sale y vuelve a entrar—. ¿Te gusta? —Me da una fuerte estocada. Mi jadeo se mezcla con el suyo. Me agarra de las caderas y me aprieta contra él. Me muerdo los carrillos para no gritar desesperada. Lo siento tan adentro que duele. Sale y vuelve a entrar—. Dime. —Sale—. Si esto. —Entra—. No es. —Sale—. Lo mejor. —Entra—. Que te ha pasado. —Sale—. En tu jodida vida. —Entra más fuerte y duro que nunca, si eso es posible. Grito sin poder controlarme y las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas, aceptando, de alguna forma, que lleva razón en todo lo que dice.

—¡Si! —jadeo—. Sentirte es lo mejor, me llenas. —Entra, seco—. Me siento completa. —Sale. Lo muerdo, me muerde. Entra—. Me vuelves loca.

Comienza a follarme —porque eso es lo que hace— más rápido a cada movimiento. Nuestros cuerpos chocan desesperados, deseando tenerse el uno al otro. Después de unos minutos y a punto de corrernos los dos, hace presa en mi pelo, para de joderme —como solo él sabe hacerlo—, tira y sisea sobre mi boca.

—Fóllame tú. Demuéstrame cuánto me deseas y me necesitas. —Y a su voz, desesperada, la envuelve una agonía que nunca había escuchado antes.

Lo hago, comienzo a moverme sobre él. Al principio despacio, tratando de alargar el orgasmo que estoy a punto de alcanzar. Cuando noto que mi danza lo vuelve completamente loco, que su polla se endurece más y más, a punto de estallar, la diosa que todas llevamos dentro se apodera de mí y comienzo a follarlo —en mayúsculas— sin parar ni respirar. Ruge sobre mi boca, me suelta el cabello, tira con ambas manos de las copas de mi vestido —azul, por cierto— hacia abajo y me devora los pechos, me muerde los pezones y aprieta mis caderas tan fuerte que estoy segura dejará marca, pero nada me importa ahora. Solo su disfrute y el mío.

—Alejandro —lo llamo sin saber por qué. Abandona mis pechos, se aferra a mi nuca y me aprieta fuerte contra él, pero no dejo de moverme.

Gimo.

Jadea.

Nos miramos.

Nuestros ojos brillan de excitación.

—Necesito correrme —suplico. Lleva una de sus manos a mi pecho derecho y la otra se pierde entre mi humedad y masajea mi clítoris.

—Hazlo —me ordena—. Córrete fuerte. Demuéstrame cuánto te gusta sentirme dentro de ti. —Sus palabras me excitan hasta peligrosos niveles y sin más, me corro. Me corro como me ha pedido, gritando y sintiéndolo a él por toda mi piel.

Cuando aún no he terminado, y todas mis extremidades siguen moviéndose con espasmos involuntarios, me levanta, me tira sobre el asiento y vuelve a penetrarme con fuerza. Ahora el que me folla es él y pierde la cordura. Me toca a la vez que se introduce dentro de mí sin compasión. Me quedo obnubilada admirando su cabello revuelto, sus ojos, ahora, azules oscuros y las gotas de sudor que caen por su frente. Entra y sale. Entra y sale.

No puedo evitarlo, vuelvo a correrme a la vez que siento su calor derramarse dentro de mí, pero no para. Sigue penetrándome hasta que, unos minutos

después, vuelvo a sentirla dura dentro de mí. Me mira, sonrío y, ¿cosa inédita otra vez?, comienza a follarme sin compasión. Terminamos justo en el momento en el que Carlos se detiene en la puerta del edificio del ático de Alejandro. Él, dos orgasmos después, yo pierdo la cuenta en el cuarto.

«Loca del coño te vuelves cerca de él».

No le llevo la contraria a mi sub.

Salgo de la ducha una hora después y aún me tiemblan las piernas. El esfuerzo físico realizado casi me supera y, lo peor, las agujetas me recuerdan lo sucedido y me licuan el estómago humedeciéndome entera. Me seco, tiro la toalla al suelo, respiro tratando de tranquilizarme y me miro al espejo, desnuda. Las pruebas de sus manos por todo mi cuerpo se reflejan en los pequeños cardenales que toman un color entre verde y morado sobre mi piel.

Me excito sin remediarlo y llevo mi mano izquierda a uno de mis pechos mientras observo el movimiento en el espejo. Noto mi respiración acelerarse y abro la mano derecha sobre mi estómago acariciándolo con la palma. Bajo despacio hasta perderme en la humedad de mi sexo y cierro los ojos, pensando que son otras manos las que me tocan. Un dedo se cuela en mi vagina y gimo bajito. Lo muevo sin perder el ritmo y meto otro. Jadeo.

Apoyo la cadera sobre el mármol del lavabo tratando de seguir en pie y, la mano que antes tenía acariciándome un pezón, la llevo ahora hasta mi clítoris.

Solo tardo unos segundos en correrme. Me muerdo el labio inferior con los dientes para ahogar el grito y me dejo llevar. Mis hormonas, definitivamente, se han vuelto locas. No he terminado de recuperarme del orgasmo cuando escucho unos golpes en la puerta.

—Dani, Dani, ¿estás ahí? —pregunta Sofía—. Sara se ha despertado.

30

¿CÓMO DEBE SER DESPERTARSE TRAS UN

LARGO SUEÑO?

No le encuentro explicación a cómo lograrían convencerme anoche para que no corriera al hospital a ver a Sara. Me importaba una mierda que fueran más de las tres de la madrugada. Yo solo quería comprobar lo cierto de su despertar y decirle cuánto la quería y la echaba de menos. Deseaba estar a su lado cuando despertara, se lo merece todo, la considero mi hermana. No he dormido demasiado, las ansias por verla han podido con todo lo demás. Sin embargo, Sofía sí lo ha hecho, incluso, como prometió Noelia, ha roncado.

No me imagino lo que le preparó cuando llegamos de madrugada, pero surtió efecto a la media hora de haberlo tomado. Hablé con Joan anoche para darle la buena noticia y pude notar en su voz todo lo que se alegraba. Se ha hecho el duro durante todo este tiempo, pero me he podido dar cuenta, aunque fuera por mensajes, que estaba muerto de miedo.

—¿Te has terminado el café? —me pregunta Noelia. Levanto la mirada y me encuentro con la suya. Bajo el semblante y veo mi taza vacía. Asiento con la cabeza mientras ella la coge y la lleva al fregadero. Me levanto, abro el frigorífico, me bebo una botella de agua helada y tiro el recipiente vacío al cubo de la basura.

—¿Has dormido bien? —escucho su voz, tosca, a mi espalda. Giro sobre mi cuerpo y me encuentro a un imponente Alejandro a pocos centímetros de mí.

—Hubiera pasado mejor noche si me hubieses dejado ver a Sara — contesto, impertinente. Fue él quien se negó en rotundo a que nos trasladásemos al hospital a esas horas. «*Es peligroso*», dijo, seguido de «*no hay nada más que discutir*». ¿Y sabéis lo que pasó? Exacto, que intenté abrir la puerta, pero el muy mentecato la había cerrado con llave.

—No era el momento. —Trata de zanjar el tema.

—Mi amiga se despertó del coma. Sí que lo era —sentencio. Lo miro. Me

mira. Y desaparece de la cocina sin decir nada más, juraría que apretando mandíbula y dientes.

—¿Siempre estáis así? —Noe me mira, divertida. A mí no me hace mucha gracia el tema.

—Me desespera. Quiere controlarlo todo.

—Buenos días. —Sofía entra en la estancia—. Necesito café. ¿Qué me diste anoche? No puedo abrir los ojos. —Se sienta, somnolienta.

Jordán y Lobo nos llevan a Sofía, Noelia y a mí al hospital. Esta última se ofrece a acompañarnos como apoyo moral y traductora en funciones. El médico hablará en algún idioma desconocido, y mi amiga nos explicará qué dice realmente. Los nervios se apoderan de mí conforme acortamos la distancia con el hospital. Me preocupa el estado de salud de Sara, las posibles consecuencias del atropello y cómo puede afectar eso a su vida. Pero no puedo obviar que mi amiga, tal vez, tenga las respuestas a todo lo que ocurre, quién o quiénes son los culpables y por qué han intentado matarla, porque eso es lo que ha ocurrido y, ahora, que ha despertado, lo digo por primera vez en voz alta. Alejandro, en un principio, iba a acompañarnos, desea, fervientemente, hablar con Sara, pero ha surgido algo importante en alguna de sus empresas y ha tenido que salir temprano de casa. Pasará por el hospital más tarde, necesita hablar con Sara, desea aclarar este tema tanto o más que yo.

El doctor sale de la habitación justo en el momento en que llegamos y lo encontramos en el pasillo. Noelia se queda fuera para hablar con él y nosotros entramos, después de ser avisados de que no podemos mantenernos mucho tiempo dentro y que nos abstengamos de alterar a la paciente.

Roberto se levanta cuando nos ve y nos abraza. Manuela hace lo mismo y les pregunto por mi amiga. Ahora mismo duerme plácidamente, sin embargo, ha dado una mala noche, queriendo levantarse y comer.

Su madre nos explica cómo fue el despertar y lo desorientada que estaba, pero que esto solo le duró un par de horas, después quiso comenzar a dar guerra. No me sorprende, esa es mi chica. Ella está acostumbrada a abrir

puertas de seguridad después de beberse todo el alcohol de un bar. Pan comido para Sara. –Creedme cuando os digo que meter una llave en su cerradura, atinar y hacerla girar con diez gin-tonics en el cuerpo, es como descifrar un código egipcio sin tener ni puta idea del tema. Esto último también lo digo con conocimiento de causa. Yo he tratado de averiguar el código de las estrellas para saber qué motivó a los egipcios para construir las pirámides. En serio. Me fascina.– Me suena el teléfono y salgo de la habitación antes de que el ruido la moleste y perturbe su descanso. Hablo con Clara durante unos minutos y le cuento lo ocurrido. Ha llamado para desearme feliz navidad, no sabía que nuestra amiga hubiera despertado. Ni siquiera había caído en la cuenta de que hoy es Navidad. Nada ni nadie me importa ahora más que la recuperación de Sara. Cuelga después de asegurarme que estará aquí lo antes posible, Juan Carlos la traerá. Otra vez se ha quedado a pasar estos días en su casa. Le gusta y él está completamente enamorado de ella, si no lo ve, debe estar ciega.

Tomo asiento en una de las sillas del pasillo y observo, al fondo, a Lobo y Jordán, hablar entre ellos sin perderme de vista. Apoyo la cabeza sobre la pared y cierro los ojos, todo va muy deprisa. Necesito que Sara despierte, comprobar que está bien, aclarar lo que ocurre y decidir, de una vez por todas, qué voy a hacer con lo que crece, en estos momentos, dentro de mí.

Tomo aire y lleno el pecho, lo expulso y repito la operación varias veces, tratando de controlar mis sentimientos y hacerme la fuerte hasta que todo pase. Me levanto y veo a Alejandro caminar hasta mí. Me gustaría que me abrazara y me dijera que todo va a salir bien, que pase lo que pase, él estará a mi lado y me apoyará, pero nada de eso sucede, en su lugar, lo noto más distante que nunca. Como si anoche no hubiéramos estado tan unidos.

«*Anoche follasteis*». Me aclara mi sub, pero yo discrepo. Fue mucho más.

Con él, –con ellos–, siempre lo es.

—¿Has hablado con Sara?

Niego con la cabeza.

—Aún descansa. —Escruto su mirada. Me gustaría leer a través de ella, pero

algo me lo impide. Está nervioso, trata de ocultarlo, pero me doy cuenta —. ¿Ocurre algo? —Como contestación se toca el cabello, me mira y, va a hablar, cuando Roberto abre la puerta y nos interrumpe. Me informa, sin dejar de mirar a Alejandro —en plan perdonavidas—, que Sara acaba de despertar y pregunta por mí.

Entro en la habitación y la escucho quejarse. Mueve los brazos de manera descoordinada mientras pide que le traigan un gin-tonic con mucho hielo. La veo y sonrío. Está medio incorporada hacia delante tratando de levantarse. Su madre le regaña mientras la sujeta impidiendo que lo haga. Se la ve desvalida, como si le costara moverse, pero aun así se zarandea. Corro hacia ella y la abrazo fuerte y con ganas. Comienzo a llorar sobre su hombro y le repito cuánto la he echado de menos. Todos salen de la habitación y nos dejan solas.

—Anda, sé buena amiga y tráeme una copa bien fresquita. —Nos miramos sonriendo, mientras, lágrimas de felicidad, caen por mis mejillas. Vuelvo a abrazarla y se calla.

—No puedes beber. —Tomo asiento a su lado.

—¿Y eso quién lo dice? —Se cruza de brazos—. Otra como mi madre, has estudiado medicina en la universidad de Salamanca y no me has dicho nada.

Seguro que os graduasteis el mismo año y con honores.

—Tu madre siempre ha sido muy sabia —concluyo. Se toca la sien y me preocupo—. ¿Te duele? ¿Estás bien?

—La cabeza me va a estallar —se queja.

—¿Quieres que llame al médico?

—Si está de guardia el tío bueno, sí. Y que venga sin camiseta, dile que es imprescindible para mi recuperación verlo sin ella.

Sara, mi Sara, me mira igual que siempre, como si no hubiera pasado nada. Se le nota cansada, no obstante, sus ojos irradian tanta fuerza que podría

parar un camión de mercancías con una mano. Como Superman o Superwoman. Me la imagino vestida de azul con capa roja salvando al mundo de los malos. Ella podría llevar a cabo hazaña tan imposible, estoy segura.

—¿Por qué me miras así? —me pregunta, asustada. Comienza a tocarse la cara buscando algo fuera de su lugar—. Dime que no soy Voldemort. Ay, madre. Que me he quedado sin nariz, que no tengo cejas... ¡mi pelo!... —Tira de él.

—¿Quieres estarte quieta? —Le cojo las manos y se las aparto—. No te ocurre nada. Estás perfecta, como siempre. —Su belleza es natural y sencilla.

Guapa porque la naturaleza la hizo así, punto. Sus rasgos no pasan desapercibidos para nadie. He vivido momentos surrealistas a su lado durante estos

años

por

eso.

En

plan

«*Hola*

guapa.

Soy

nomeacuerdodelnombreperoparecíaimportante. Busco nuevos modelos para mi firma. Toma mi tarjeta y llámame. Te haré rica y famosa en pocos meses.

Tienes una belleza muy especial». Sara tiró la tarjeta en cuestión en la papelería más próxima y siguió con su vida; ni siquiera se planteó la posibilidad. Me gusta de ella que no quiera cambiar por nada del mundo, tiene unos principios muy arraigados, pero esa conformidad la lleva a todos

los ámbitos de su vida, incluso al laboral, y no avanza. Ella podría ser lo que quisiera –hasta heroína de cómic, sí–, pero prefiere seguir trabajando para un jefe déspota y con mal genio, –nuestra teoría es que folla muy poco o nada, por eso no hay quien lo aguante–, a ser *top model* internacional, por ejemplo.

—¡Qué susto! Creí que me había convertido en un ogro y nadie, nunca más, me dejaría que se la chupase. —Tras su –normal– salida de tiesto, nos partimos de risa. Unos segundos después, se toca la cabeza y vuelve a quejarse.

—Ay, ay. —La apoya en la almohada, boca arriba, y cierra los ojos—.

Dile al doctor *cuerpoparalamerlo* que me dé droga de la buena. Es insoportable.

Me levanto y busco a una enfermera. Le cuento lo que sucede y me informa que, sin el consentimiento del médico, no la puede medicar. Le ruego que lo encuentre y ayude a mi amiga a sentirse mejor. Busco a Manuela en la cafetería, Roberto y Sofía la acompañan, sentados en una mesa junto a una cristalera. Les cuento lo ocurrido y volvemos a la habitación.

Cuando llegamos, Alejandro habla con Sara. Roberto me mira con cara de muy pocos amigos. Le hago un gesto con la cabeza, rogándole que no monte un espectáculo, y me enfado por la falta de consideración de Alex, no me parece bien que solo piense en él y en sus ganas de saber qué ocurrió. Le agradezco que quiera encontrar al culpable de que mi amiga se encuentre postrada en la cama de un hospital, pero no es el momento, puede dañarla y ahora lo más importante es que se recupere. Manuela llega hasta ella, le toca la frente y le da un beso en la mejilla. Sara le dice que está bien, que la enfermera le ha dado droga dura y que no se preocupe por ella. Termina con lo que considero casi una amenaza unida a una “ida de olla”: «*Si me quieres, demuéstramelo trayéndome una lata de Coca Cola. Si no lo haces, te nominaré para que dejes de ser mi madre. Roberto, acompáñala y oblígala a que la mezcle con alcohol. Como no lo consigas, no vuelvo a chupártela ¡nunca!*».

Tierra, trágame, ahora. ¡Ya! Y esto no solo lo pienso yo. Por la cara de los presentes, todos rezan por desaparecer. Y lo hacen. Al menos Roberto, Sofía

y Manuela, que salen en busca del refresco –sin alcohol, estoy segura–.

Alejandro se queda en primera línea de guerra. Él es así, nada le afecta.

—Estás tan guapa como siempre. —La alaga Alejandro, obviando lo que acaba de decir.

—Tú estás para comerte y no vomitarte. —¿En serio ha dicho mi amiga eso? ¿Le está metiendo cuello a mi ex? Abro los ojos como platos y sonrío.

¿Qué clase de droga le han dado?

—Alejandro, ¿podemos hablar fuera un momento? —le pido. Me gustaría que me explicara cómo se le ha ocurrido entrar en la habitación y avasallar a mi amiga sin más.

—Mírala. —Me señala Sara con el dedo, acusatorio—. No seas tan egoísta. Comparte algo con los pobres. Lo quieres todo para ti. Anda, Alex — le dice sensual—, dile que me prefieres a mí. Yo la chupo mucho mejor que ella.

Y dale con chuparla. Menuda obcecación. Se echa para atrás y se toca la cabeza. Comienza a quejarse de que todo le da vueltas.

—Perdónala, tiene una obsesión malsana con... ya sabes... —Lo miro, esperando que asienta y no me obligue a decirlo, pero tuerce el gesto en una sonrisa de lo más maliciosa—. Chupar rabos —lo llamo por su nombre—, desde que ha despertado.

Un hombre vestido con bata blanca, que no había visto antes, muy delgado, entra sin llamar y hace un breve reconocimiento a mi amiga «*la drogata*». Le aconseja descansar y dormir un poco porque la medicación que le han dado hace media hora es muy potente. Le agradezco la aclaración, pero ya, todos, nos habíamos dado cuenta. El médico se despide de nosotros y sale de la habitación.

—Adiós, ¡*cuerpoescombros!* — Sara le chilla justo antes de salir. La ha escuchado, estoy segura, aunque no dice nada, acostumbrado a pacientes locas de atar. Me giro hacia ella, negando con la cabeza—. Te dije que me

trajeras al tío bueno —me regaña, encima—, no al... —Cierra los ojos—.

¿Queréis dejar de moveros? Todo me da vueltas.

Me acerco a ella y la obligo a que se tranquilice.

—Tienes que tumbarte.

«Y dejar los rabos para cuando cojas fuerzas».

Roberto y Sofía se van a casa a descansar, y obligo a Manuela a que haga lo mismo. Me cuesta una charla convencerla, pero aquí ninguno de nosotros podemos hacer nada y ella lleva toda la noche en vela. Alejandro tuvo que abandonar el hospital hace bastante rato. Marcus apareció de la nada y, después de decirle algo al oído, se disculpó y prometió que volvería lo antes posible —y sonó a amenaza—. Recibo un par de llamadas de Álvaro, que ignoro. Estoy harta de que desaparezca cuando lo necesito. Que es siempre.

«¿De qué estás hartas? ¿De que desaparezca o de que lo necesites?», pregunta, perspicaz, mi sub. Pongo los ojos en blanco y paso a otra cosa —mariposa—.

Jordán y Lobo siguen en la puerta. Salgo a ofrecerles un café, pero me lo rechazan. Qué antipáticos. Veo a Joan caminar en nuestra dirección por el largo pasillo. Lo acompaño a la habitación y lo invito a que entre. No le aviso de que la fuerte medicación le ha afectado tanto que solo habla de chupar pollas. Bueno, vale. Este tema es muy recurrente en su vida cotidiana, sin embargo, hoy está siendo demasiado brusca al decirlo. Ha amenazado a Roberto con no volver a chupársela delante de su madre. Por favor, qué vergüenza. Los dejo solos. Necesitan un rato para ellos, pero unos minutos después Joan sale hecho una furia. Pregunto qué ha pasado y solo acierta a decirme que mi amiga está loca. Dime una cosa que no sepa, pienso. ¿Por eso está tan enfadado? No me cuadra. Su locura no es secreto de estado, todos lo sabemos y lo aceptamos. Me despido del portero cabreado y entro a preguntarle a mi amiga qué ha ocurrido. Comienza a quejarse, de nuevo, de un dolor de cabeza enorme, pero, no sé por qué, creo firmemente que ahora es inventado. No quiere hablar del tema y, al haber despertado de un coma que ha durado varios días, tiene la excusa perfecta. Clara asoma la cabeza por

la puerta a media tarde. Juan Carlos la acompaña.

Nos echamos unas risas recordando viejos tiempos. Como aquella vez que Sara se atragantó con el hielo de una copa y empezó a toser como si la vida le fuera en ello –que era el caso. Ya imaginaba los titulares de los periódicos: «*Mujer asesinada por agua congelada*», «*No esperó y se ahogó*»–. Yo comencé a darle palmadas en la espalda y ella, creyendo que le pegaba, respondió cruzándome la cara de un guantazo. Clara la empujó y la estrelló contra una pared, y Juan Carlos –por fin, alguien cuerdo– la abrazó por detrás y le comprimió el pecho, haciéndole la maniobra de Heimlich. Repitió la operación varias veces hasta que Sara comenzó a respirar con facilidad y tuvo fuerzas para gritarle que dejara de meterle mano.

Una hora y un bocadillo de tortilla española después, –detalle de mi nuevo dios Juan Carlos–, nos despedimos y vuelven a dejarnos solas en la habitación. Una enfermera trae la cena para mi amiga, –nunca he entendido eso de cenar a las siete y media. No somos guiris, pero en los hospitales pretenden convertirnos en ellos. Estoy segura, es un complot. ¡Coño, yo acabo de merendar!–. El médico *cuerepoparalamerlo* nos hace una última visita antes de que termine el turno y mi amiga, sin cortarse un pelo, le pide que se quite la camiseta para poder comprobar si su torso es tan perfecto como se lo imagina. Abro los ojos, rogándole que se calle, sin embargo, mi subconsciente me recuerda que podría ser peor. «*Al menos no le ha pedido hacerle una mamada*». Lleva razón. Hasta tengo que darle las gracias y todo.

Al sanitario parece que le cae en gracia y, aunque se niega a hacerlo, la invita a salir cuando se recupere. Yo miro la escena, pasmada. El día está siendo de lo más surrealista.

«*Como casi toda tu vida*». Otra vez tengo que darle la razón a mi sub.

Sara se queda dormida y yo me pongo a trastear con el móvil, sentada sobre el incomodísimo sofá en el que, se supone, tengo que pasar la noche.

Ignoro otra llamada de Álvaro y respondo a un mensaje de Fernando. Todo ha quedado en silencio, el reloj marca las nueve de la noche y únicamente se escucha el murmullo de la ciudad de fondo, pero muy a lo lejos, como en otra dimensión.

Recuerdo las palabras que el médico nos ha dicho, pasará unos días desorientada, tal vez olvide situaciones, caras o nombres, pero poco a poco volverá a la normalidad, no hay daños irreparables. Yo la he visto muy despierta y avispada, tan simpática como siempre y, al contrario de lo que esperaba, demasiado activa. No tiene fuerzas para levantarse de la cama, pero por todo lo demás, no ha cambiado nada. Leo también un mensaje de Noelia que envió esta mañana, tuvo que atender una cuestión importante. Ni me había dado cuenta. Ha sido un día bastante movido. Convencer a Alejandro de que acompañaré a Sara en el hospital hasta mañana ha sido más complicado. Qué hombre más difícil. Y cuando digo convencer, estoy exagerando, he tenido que colgar el teléfono, sus gritos debieron escucharse hasta en la Conchinchina.

Advierto que Sara susurra. Dejo el Smartphone encima de la mesilla auxiliar, al lado de la botella del agua y la caja de bombones que Roberto ha comprado antes de irse —#Iloveroberto #robertoforever—, y me acerco a ver qué le pasa. Su respiración se acelera y me asusto.

—Verónica... —musita antes de abrir los ojos, de par en par, sobresaltada.

TE BUSCABA A TI

—No, no... ¡no! —Sara grita sin atender mi llamada. La agarro por los brazos y trato de evitar las convulsiones de su cuerpo. Lo consigo poco después, o debo decir que cesan por sí mismas. Le acaricio la frente y trato de serenarla. No logro conectar sus ojos con los míos, le sujeto la cara y pongo mi nariz frente a la suya. La llamo. Me mira y, poco a poco, vuelve a sus mejillas el color rosáceo que había perdido. Enreda nuestras manos y aprieta los dedos—. Dani, estás bien. Estás aquí. Creí...

—Claro que sí, no me he movido de tu lado en todo el día. —La tranquilizo.

—Verónica... la encargada de Adara... estaba... quería... —Sigue, desorientada.

—Sshh. No pasa nada. —La peino en un gesto sin sentido, solo deseo que sienta que estoy a su lado.

La enfermera entra al escuchar nuestras voces, me retira a un lado y la inspecciona, a ella y al aparato que vigila sus constantes vitales. Le toma la tensión y la temperatura. Todo parece controlado, pero yo no lo tengo tan claro. Le cambia la bolsa de suero o de... *yoquesé* y se va. La señora es muy poco amable, me recuerda a mi amiga María, de la misma profesión y más seca que una mojava. Chocante esta mera coincidencia de antipatía con la enfermería, porque en honor a la verdad suelen mostrarse modelos de cordialidad y trato exquisito.

—¿Estás bien? —le pregunto, atemorizada.

Se mira de arriba abajo y se toca la frente.

—¿Te duele? —Niega con la cabeza.

—Agua... —Le acerco un vasito que lleno con la botella de Font Vella y da un par de sorbos.

—¿Mejor? —Asiente. Dejo el vaso junto a la caja de bombones y la miro.

Parece que ha vuelto a quedarse dormida.

Durante un buen rato la contemplo y pienso en todo lo que hemos pasado juntas. Ha permanecido a mi lado en los peores momentos de mi vida. Me conoció cuando solo era una sombra perdida entre los escombros de un bombardeo y me aceptó. Me ayudó a recomponerme y, sin ella, todo hubiera sido diferente, sin duda, peor. La quiero y no me avergüenza decir que igual, o más, que a Fernando. La familia, la mejor y más importante, no necesariamente es la de sangre que te toca en suerte, la escogemos nosotros.

Concretamente y sin discusión, cada cual elige libremente el compañero o compañera de camino para todo el maravilloso trayecto de una vida. Además de un deber y una obligación para con nosotros mismos, reporta grandes beneficios alejarnos de personas tóxicas y malignas, falsas —gente traidora y fementida, en boca de don Quijote—. La felicidad hay que buscarla cada día, en lo que nos rodea, en lo que nos ofrecen, en lo que nos encontramos o nos regalan. Conocer qué nos ayuda a conseguirla y aferrarnos a ello debería estar en los primeros puestos de nuestra lista de quehaceres de cada día.

—Dani... Dani... —escucho la voz de Sara como si me estuviera llamando a través de un túnel—. Dani... despierta.

Abro los ojos y parpadeo varias veces, acto reflejo para que las pupilas se acomoden a la oscuridad. Me he quedado dormida. Solo una pequeña luz del pasillo permanece encendida. Consigo distinguir la cara de mi amiga en la penumbra. Como un resorte, me incorporo.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Que dejes de gritar o la enfermera volverá. —Me mira, sonriente—.

Trae aquella silla de allí y ayúdame a sentarme, me estoy meando.

Con no poco esfuerzo por mi parte, se sienta en la silla de ruedas y la llevo al baño. La maniobra de acomodarse sobre el inodoro nos arrastra hacia complicados juegos malabares, pero la tarea inversa se convierte en una cuesta arriba muy difícil de subir. Sara no ayuda en absoluto, solo se queja y suelta exabruptos por la boca. «*Hija de perra*» y «*Ojalá se te mee un elefante encima y te ahogues*», lo más suave que me dice. Cariño que rebosa por su boca. La dejo —casi tiro— en la cama y la tapo con la sábana hasta la cintura.

Escuchamos fuertes ruidos en el pasillo, como si algo enorme y pesado se hubiera caído. Miro hacia la puerta y después hacia mi amiga. Sara tiene la vista perdida en algún punto de la pared.

—La escuché..., escuché a Verónica hablar por teléfono —vuelve la cara y se fija en mí. Su piel cambia a un color blanquecino—. Le decía... Le decía a alguien que tenía dos días para deshacerse de ti. Dijo algo sobre Alejandro.

Dani... Corrí. Corrí a buscarte y alguien... Un coche negro me atropelló.

Quería avisarte. ¿Dónde...? ¿Dónde está Verónica? —Termina, cada vez más nerviosa.

—Alejandro la está buscando.

—¿Alejandro...? Dijo que Alejandro no estaría..., que sería una buena oportunidad...

—Tranquila, estoy bien. No ha pasado nada.

—¿Le pasó algo al conductor?

—No paró, cariño. Se dio a la fuga.

—¿Qué estás diciendo?

—Aún no sabemos nada.

—Mencionó una cerradura —me corta—, la copia de unas llaves..., le daba una dirección.

—¿Qué dirección?

—No... no me acuerdo —se masajea la sien.

—Sara, es importante —ruego.

Salgo corriendo de la habitación dispuesta a llamar a Alejandro y darle las señas que Sara ha logrado recordar. Tal vez él sepa ordenar las piezas del puzle al verla. Lo encuentro de frente justo al salir.

—Iba a buscarte. He hablado con Sara. —Su semblante me hace saber que no necesito especificar el tema que hemos tratado.

Le cuento, de pie donde nos encontramos, todo lo que mi amiga ha recordado. Frunce el ceño al darse cuenta de que sus sospechas no son infundadas y, a través de toda esa perfección y dureza, vislumbro mucha decepción y pena. Verónica ha sido su amiga, fue su amante. Aceptar que una persona que crees que conoces, se ha convertido en alguien capaz de hacer daño a la mujer que amas, no resulta sencillo. Le doy la dirección que llevo escrita en un envoltorio de bombón tres chocolates y avellana y, después de hacerme jurar y perjurar que no iré a ningún sitio sin Lobo y Jordán, nos despedimos. Venía a buscarme y, si no me convencía, pasaría la noche con nosotras. Me lo ha dicho él, no me lo estoy inventando. Aunque no lo sea, mi vida se asemeja en algunos aspectos a una novela romántica, ¿no?

Paso la noche preocupada por lo que pueda estar pasando. Realizo dos llamadas a Alejandro —vale, tal vez han sido más, veinte o treinta—, pero no coge el teléfono en ninguna de ellas y ya no me quedan uñas que comerme.

Me despierto con pesadillas y recorro el pasillo, arriba y abajo, unas trescientas veces. Las noches de insomnio, no importa el motivo, son de nuestras más enconadas enemigas. La enfermera *simpática* me aconseja que duerma y a mí me gustaría gritarle una fresca. ¿Cree que yo no lo preferiría?

Esta mujer ¿cuántas horas pasa en el hospital? ¿Cuándo es el cambio de turno?

El alba llega demasiado tarde, o eso me parece. El sol sale por el horizonte pasadas las siete. Por fin, algo de luz que me guíe. Por la noche todo se ve más oscuro —y no hablo literalmente—. Me asomo a la puerta de la habitación y no veo a los guardaespaldas por ninguna parte. No me extraño demasiado, tendrán que descansar en algún momento ¿dónde habrán dormido? Traen el desayuno a Sara —un zumo de naranja y una magdalena blanda para que se le vaya acostumbrado el estómago—, poco a poco le darán comida sólida. Bajo a la máquina de *vending* y me tomo un café. Lobo me da los buenos días con uno en la mano y me ofrece una galleta. La acepto, sorprendida, y le pregunto por su compañero. Hasta ahora siempre los he visto juntos. Me dice, muy escuetamente, que se fue anoche, pero que volverá ahora y le hará el relevo.

Cuando llego a la habitación, me encuentro con el inspector Bayona en la puerta. Mucho ha tardado en visitarnos, lo esperaba ayer, pero no apareció.

Me pregunto cómo se habrá enterado de que mi amiga, por fin, ha salido del coma inducido después de que le retiraran la medicación. Me saluda con un buenos días que calificaría como tirante y me echa una reprimenda por no avisarle de lo sucedido. Me entra el pánico por lo que Sara pueda soltar por esa boquita de piñón que tiene —y no me refiero a que se ofrezca a chuparle el rabo. Estoy segura de que no es el caso—, me da miedo que meta a Alejandro en esto y, si habla de Verónica, de alguna manera lo hará. Afortunadamente, mi amiga demuestra una inteligencia suprema y zanja el tema con una mirada angelical y la frase «*Disculpe, señor, pero no me acuerdo de nada. El coma me ha dejado medio tonta*». Sí, esto último también lo dice. No juraría que la ha creído al cien por cien, sin embargo, no la presiona demasiado y se va. Le agradezco que no haya dicho nada y le doy un beso.

—No lo he hecho por él. Lo hago por ti. Pero si no encuentra a esa arpía pronto, hablaré con la policía y le contaré todo. No quiero que corras más peligro —advierte.

Durante la mañana las náuseas aparecen a intervalos. Le envío un mensaje a Noelia pidiéndole, por favor, que me traiga las pastillas que ella misma me recetó. Nos visita a eso de las once de la mañana, píldoras en mano. Le doy

un abrazo para agradecerse y le pregunto dónde estuvo ayer durante todo el día. No me contesta y, por la cara que pone, dejo de presionar. Nunca, desde que la conozco, la he visto tan triste. Le presento a Sara y charlan durante más de una hora. Noe se sorprende del buen despertar de mi compañera de piso y nos comenta que se debe al poco tiempo que ha estado en coma y a la ausencia de daño cerebral producido por el golpe en el atropello. Se hacen amigas al instante. Le pregunto por Alejandro, pero su respuesta no me tranquiliza en absoluto. No ha pasado la noche en casa ni ha hablado con él desde ayer al mediodía. Le cuesta decírmelo, pero se sincera. Me pide que coja el teléfono a Álvaro, está preocupado por mí y ya no sabe qué hacer para ponerse en contacto conmigo. Le prometo que la próxima vez atenderé la llamada y le pido que acompañe a Sara mientras bajo a la cafetería a comer algo.

El inspector Hidalgo me espera en la puerta del bar. Hoy la cosa va de interrogatorios. Mi gozo en un pozo. Me saluda, educado.

—Buenas tardes. —Cruzo el vano, obviando su presencia. Pero me sigue y se planta a mi lado, junto a la barra—. Una Coca Cola y una tapa de pollo a la mostaza —pido al camarero, esperando que el inspector se largue, aunque sé que no lo hará. Por el rabillo del ojo observo a Jordán cerca de nosotros.

—¿Lo tomará aquí? —Eso pensaba, pero no me gusta la compañía, pienso.

—Para llevar, gracias. —Abro mi bolso, busco la cartera y saco un billete de diez euros. Miro hacia un lado y hacia otro, ignorando su presencia. No me gusta, nunca me ha gustado.

—¿Piensa seguir ignorándome?

—¿Qué es lo que quiere?

—Que me dedique unos minutos.

—¿Estoy detenida? —Niega con la cabeza—. Entonces, usted y yo, no tenemos nada de qué hablar. —El camarero me ofrece una bolsita con mi pedido dentro y salgo del local. Por supuesto, me sigue.

—Podría denunciarlo por acoso —digo en voz alta, sin parar.

—Y yo a usted detenerla por desobediencia a la autoridad. —Como me gusta vivir al límite, obvio lo que dice y sigo caminando. Unos metros más adelante alguien tira de mí hacia unos arbustos, apartándonos del resto y de Jordán.

—Hable, tengo mucha prisa —insto al policía.

—Lo sé, su amiga ha despertado y no recuerda nada. No me lo creo.

—¿Para eso ha venido? —Pongo los brazos en jarra.

—Vengo a su encuentro para advertirla. Como ya le dije una vez, Álvaro Llorens no es la persona que usted cree, y esta vez tengo pruebas para demostrarlo.

—No me interesa. —Me giro para largarme, pero tira de mi brazo y, de un ágil movimiento, me pone frente a él.

—El señor Llorens pertenece a una red de ladrones profesionales. —Trato de no mostrar sorpresa, sin embargo, mis pupilas se agrandan revelando síntomas de flaqueza.

—¡Suélteme! —grito, agitando el brazo, intentando zafarme de su presa.

Deja de presionarme y me tambaleo.

—Roba obras de arte, señorita Sánchez. Su jefe no es más que un vulgar ladrón.

Dejo caer la bolsa de comida al suelo y salgo corriendo. El hospital se convierte en un laberinto sin salida. Voy de un lado a otro sin encontrar la habitación de Sara. Al tomar una esquina, veo una cara conocida y camino hacia ella. Roberto me abraza, preocupado, me pregunta qué ocurre y le aseguro que estoy bien, aunque no sea cierto. La cabeza me va a estallar.

Pongo en práctica uno de mis dones, cambiar de estado de ánimo y esconder mis sentimientos hasta encontrar el momento de explotar. Noelia y Sara ríen mientras Roberto se une a ellas. Yo no dejo de pensar en lo que el inspector

Hidalgo me acaba de decir. ¿Álvaro un ladrón? No me cuadra, no tiene sentido. Casualidades del destino, mi teléfono suena y en la pantalla puedo leer su nombre. Me disculpo y salgo para hablar con él.

Descuelgo.

—Por fin puedo hablar contigo. —Parece aliviado. Yo no digo nada, no coordino el cerebro con la boca—. Dani, ¿estás ahí?... Puedo oírte respirar —susurra, cada vez más... derrotado— ¿Qué es lo que pasa?

—Álvaro... —Logro vocalizar.

—¿Ocurre algo?

—¿Dónde...? —susurro, pero me obligo a recuperarme y digo, casi grito — ¿Dónde estás?

—En París. Las obras de la nueva galería están casi terminadas, pero surgió un problema con la instalación de la iluminación...

—¿Cuánto tiempo llevas mintiéndome? —lo corto.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—¡No me mientas! —Pierdo los nervios—. ¡Lo sé todo! No me puedo creer lo que haces... yo... Amas el arte tanto como yo.

—Dani, ¿de qué estás hablando?

—¡Lo sabes perfectamente! ¡Robas arte! Eres un delincuente sin escrúpulos.

—No sé qué te han dicho ni quién, pero...

—¿Es cierto? —Necesito sinceridad por su parte, sin embargo, solo recibo silencio. Incido—. ¿Lo es?

—¡No! No robo a nadie.

—Entonces... ¿me puedes explicar qué haces? ¿Por qué desapareces cada vez

que me vuelvo? ¿Qué robaron de la galería? ¿Por qué no eres sincero?

Silencio.

—Te lo explicaré todo cuando vuelva. Confía en mí. Ahora tengo que dejarte.
—cuelga. ¡Y cuelga! No me lo puedo creer. Miro la pantalla del teléfono como si pudiera atravesarla y llegar hasta él.

Regreso al ático pasadas las diez de la noche, acompañada por Noelia y muy cansada, consecuencia de un día agotador y lleno de sorpresas. Cuesta asimilar que una persona, que, además, apenas conozco, quiera deshacerse de mí y, como rebote y vil venganza, haga daño a Sara. Para colmo, la información que ha soltado el inspector Hidalgo me ha dejado fuera de juego.

Y el ingrato añadido de Álvaro, no me ha aclarado nada y el suspense me corroe. Me preocupa lo indecible y no dejo de pensar en esto último. ¿En qué puede estar metido? ¿Sería capaz de estar robando obras de arte? ¿Para qué?

¿Por qué? No me cuadra, y no solo porque ame el arte tanto o más que yo, sino porque no encuentro razón lógica que lo lleve a convertirse en un mísero ladrón. No lo necesita, tiene dinero, siempre la ha tenido y no llego a imaginar qué lo llevaría tan bajo. Un montón de teorías comienzan a sobrevolar mi mente, tal vez debe mucho dinero ¿drogas? ¿juego? ¿negocios que salieron mal? ¿una mujer? Muevo la cabeza de lado a lado tratando de despejar mi mente y escucho mi nombre muy a lo lejos. Levanto la mirada y veo que Noelia habla delante de mí y mueve la boca, pero solo percibo un tenue murmullo. En un acto impulsivo y sin sentido me refriego los ojos. No tendrá nada que ver, pero de inmediato comienzo a escucharla con nitidez.

—... cenar bien. Deberíamos llamar a un restaurante y que traigan comida.
¿Qué te parece?

—Eh..., no tengo hambre.

—Dani. —Suena a regañina—. Tienes que comer. Si no lo haces por ti, hazlo por el bebé. —Me toco el vientre y lo acaricio con las manos, a la vez que miro hacia abajo.

—Voy a buscar algo por internet. —Se gira y va hacia la cocina.

—Noelia —la llamo y se detiene—. ¿Has visitado a Álvaro en París alguna vez?

—No —responde sin que mi pregunta la extrañe—. He querido hacerlo unas cuantas veces, pero nunca hemos coincidido. Siempre que lo llamaba para encontrarnos, estaba de viaje o demasiado ocupado. —Se encoge de hombros y desaparece tras el arco que separa la cocina del salón—. Trabaja mucho y lo respeto. ¿Por qué?

—Por nada. —Me toco el pelo—. Siempre me he preguntado por qué nunca regresó, ni siquiera para darme una explicación.

—Siento lo que te hizo —dice, sincera. Le devuelvo una sonrisa pagada y olvidamos el tema.

Noelia llama a Temaka y pide comida de todo tipo. Vegetariana para ella, un poco de todo para mí. Ese tipo de restaurantes no reparte a domicilio, pero Noe envía a Jordán a recogerla mientras Lobo sigue en la puerta vigilando.

Parece que esta noche vuelven a hacer turno juntos. Cenamos delante del televisor, sobre la alfombra, viendo una peli de terror que casi ni miro. Mi mente sigue abstraída preguntándose muchas cosas y, sobre todo, preocupada por Alejandro. Harta de esperar, vuelvo a llamarlo. Ahora el teléfono ni siquiera da señal. Les pregunto a Lobo y Jordán si saben algo de él y, con un gesto de la cabeza, antipático y seco, me dicen que no. Noelia me ruega con insistencia que me acueste y descanse, pero me niego, no antes de contactar con él y tener noticias suyas. Una eternidad las más de veinticuatro horas que no hablamos. La turbación también ha hecho mella en su ánimo, pero prefiere ocultarlo y no aumentar el susto que no nos cabe en el cuerpo. Me quedo viendo un documental sobre el papel de Estados Unidos en la OTAN que no tiene desperdicio, aun así, me es imposible centrarme en el tema. Decido acostarme cuando no consigo mantener los ojos abiertos más de un minuto, pero no me dirijo a mi habitación. Abro la puerta del dormitorio de Alex y, sin pensarlo demasiado, me acurruco entre las sábanas de su cama y su olor, a amor, me envuelve, transportándome a un sueño profundo.

Me despierto entre sus brazos, siento latir su corazón muy cerca del mío y, por un momento, me creo dentro de un bonito sueño. Me giro despacio, rezando que no lo sea y me encuentro con un grandioso Alejandro. La luz de los primeros rayos de sol baña su cuerpo desnudo de cintura para arriba, parpadeo varias veces y le toco, con la yema de los dedos acaricio toda su morena piel, me entretengo en los tatuajes de su brazo, una luna, un sol, la noche y el día, un león, una palmera, agua, algunas frases en un idioma que no entiendo, sombras... Se remueve y suspira, lo miro a los ojos, que abre poco a poco. Cuando me ve, sonrío, sin moverse.

—Estás aquí —susurro.

—Y seguiré estando siempre —contesta en el mismo tono.

—Estaba muy asustada. Creí que te había pasado algo. —Me abraza con fuerza, atrayéndome a él. Pega mi cuerpo al suyo.

—Ya está todo solucionado. No quiero que pienses más en ello.

Introduzco mi cara en el hueco de su cuello y lo beso.

—Perdóname —suplico—. No puedo vivir sin ti.

Nos separa unos centímetros, me acaricia las mejillas con ambas manos y el azul de sus ojos hace el resto, me pierdo y me encuentro en él, Alejandro lo es todo. Suspiros en la oscuridad, una sonrisa ante lo evidente y otra ante lo irracional, amor incondicional y otro mucho más pensado, el pecho a punto de explotar de emoción, sacudida de fogosa excitación, olor a hogar, un hogar, mi hogar. Mi lugar.

Me acaricio la pulsera. Me doy cuenta.

—Tú. Siempre has sido tú. Todo lo que me ha ocurrido durante todos estos años me ha llevado a ti. Conocer a Álvaro también, con él aprendí a amar de verdad para poder dártelo todo. A ti. Cuando llegaste a mi vida, mi corazón ya te conocía, por eso reaccionaba así, como si llevaras junto a mí todos estos años. Algo nos ha unido siempre, aunque no supiéramos el qué y desconociéramos la existencia del otro —hablo, entendiéndolo todo en este

mismo instante, no obstante, Alejandro no dice nada. Me mira como si le doliera lo que escucha. Mi respiración se corta y pregunto, temerosa: —Tú... ¿ya no me quieres?

—No.

NO TE QUIERO

Solo necesitas ocho coma dos segundos para enamorarte de alguien, pero ¿cuánto se necesita para desenamorarte? ¿para dejar de sentir excepcional a una persona que para el resto es normal? Situamos en un pedestal a ese ser que elegimos; de una forma racional o inconsciente, para quererlo sin condiciones, sin embargo, ¿qué ocurre cuando esa persona ya no nos hace reír igual, no nos parece divertida, ni agradable, ni creativa, ni atractiva? ¿Es fácil derrumbar ese ideal? ¿Es ese ideal real o ficticio? ¿Cuándo una persona deja de atraernos sexualmente y pasa, incluso, a resultarnos repulsiva? ¿Es el resultado de un acto consumado por nuestro cerebro sin nuestro expreso y consciente conocimiento y beneplácito? ¿Deja el cerebro de emitir una sustancia química que incentiva el amor ciego e irracional? ¿Es eso? ¿El amor es pura química y nada más? El amor... ¿una sustancia que deja de segregarse? Sea lo que sea, no se deja de querer a una persona de un momento a otro. El amor no desaparece de la noche a la mañana —nunca mejor dicho—. Acepto que la parte irracional que te hace perder la cabeza dure tan solo unos meses, pero después queda un amor más real y sensato que se hace grande, que madura conforme compartes alegrías y problemas con la otra persona. Luchar por construir una vida en común lleva a crear el amor verdadero. ¿Se ha rendido? Alejandro no es de los que tiran la toalla.

—¿Qué? —No. Me niego a creer que ya no me ame. Me mira como si fuera a desaparecer, como si fuera a escaparme de entre sus manos. Una lágrima, solitaria, rueda por mi mejilla.

—No te quiero. No solo te quiero. Yo... yo quiero... verte cada amanecer.

Quiero besarte la sonrisa, tocarte aunque no estés cerca. Quiero ser dueño de

tus gemidos, enterrar todo tu dolor. Quiero... ser el que mire la vida en tu misma dirección. Quiero... compartir contigo hasta lo que no tengo. Quiero soñarte, que tú me sueñes, quiero poder volar y que tú vuelas conmigo.

Quiero... contigo lo quiero todo y de ti quiero hasta lo que no existe. Quiero tus risas, tus lágrimas, tus lamentos, quiero estar, quiero ser, quiero tus remordimientos, dejar de fingir que no me importas, quiero recuperarte, que me rescates, quiero... lo quiero todo. Te quiero a ti. Sin más, sin menos. Tú.

Tu cuerpo. Tu alma. Tu perdón, que me perdones. Tu amor, para siempre, sin condiciones, sin tiempo, sin miedo. Tú, yo y la vida. Todo lo que venga, me da igual, pero contigo. Solo contigo.

Rompo a llorar, el pecho me estalla y comienzo a temblar. Lloro de alegría, sus palabras se graban en mi mente, su cara en mi retina y la hora siguiente en mi piel, para siempre. Siempre él.

Noelia salta sobre su hermano mayor nada más entrar en la cocina y verlo sentado sobre uno de los taburetes. Casi caen al suelo del empujón. Claudia sonrío, dulce, reconociendo la escena que ambas presenciamos, familiarizada con la situación. Entiendo, por el gesto, que Noelia suele demostrar a su hermano su afecto y cariño. Le dice que estábamos preocupadas y que espera que no vuelva a desaparecer sin hacer caso a las llamadas de las personas que nos preocupamos por él. Alex gruñe entre dientes que ya es mayorcito y la deja sobre el suelo, levantándose a la vez. Camina hasta mí, me da un beso en la sien y me dice, cariñoso:

—Estaré en el despacho. Tengo cosas que hacer. Ven cuando termines, tenemos que hablar. —Me acaricia la mejilla con las manos.

Sonrío obnubilada por su maravillosa perfección y me escondo detrás de mi taza de café. Noe me mira con los ojos abiertos.

Me levanto y ayudo a Claudia a recoger la vajilla.

—No se preocupe, señora. Termine de desayunar —me dice la asistenta.

—No me importa echar una mano. Estoy acostumbrada.

—¿Habéis vuelto? ¿Estáis juntos? —me pregunta Noe mientras caminamos hasta el salón.

—No lo sé. Aún tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Estás segura de que es lo que quieres? —La miro. Ella lo hace escrutándome—. No te tomes a mal lo que voy a decirte. Tienes que entenderme, son mis hermanos. No quiero verlos sufrir, y no quiero tampoco que lo hagas tú. Solo... piensa bien lo que vas a hacer. Ni siquiera sabes quién es el padre de tu bebé. Por lo que me has dicho, ni siquiera sabes si vas a tenerlo. Si has decidido que Alejandro es el hombre de tu vida, deberías sincerarte del todo con él. Debería saber que estás embarazada.

—No me he dado cuenta de que Alejandro es el hombre de mi vida. Lo he sabido siempre. Durante todo este tiempo solo he huido por miedo a que me pudiera hacer daño. Lo que me pasó con Álvaro hace cinco años me afectó tanto, que he estado escondiéndome casi sin darme cuenta. He defraudado a todos porque no aprendí lo suficiente de aquella experiencia. Toda la culpa es mía.

—No te flageles de esa forma. Entiendo tus indecisiones. El miedo, a veces, te paraliza, te puede bloquear tanto que no actúas como en realidad te gustaría. Pero te pido que, a partir de ahora, hagas las cosas mejor.

—Mañana tengo cita con mi ginecóloga. Después de eso, hablaré con los dos.

Empujo la puerta del despacho de Alex y un olor familiar me llena por dentro y por fuera, me reconforta y me estremece. Una mezcla de fragancias, madera, papel, cuero, él... La luz del cielo nublado de Madrid se cuela por las ventanas.

—¿Puedo pasar?

Él levanta la cabeza de unos papeles que observa sobre la mesa y me mira, sonrío y suspira.

—No tienes que pedir permiso para entrar aquí.

—Tal vez estés ocupado. —Camino hasta llegar a él.

—Para ti nunca lo estoy. —Gira su silla, me agarra con sus dos grandes manos la cintura y me abraza, posando su mejilla sobre mi vientre.

Introduzco mis dedos entre sus cabellos y lo acaricio.

—Alejandro.

—Mmm.

Con su cara entre mis manos, lo obligo a que me mire.

—Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Sus ojos brillan cómo estrellas en el firmamento. Un escalofrío recorre mi piel.

—Vamos a hacer las cosas bien —sigo.

«Querrás decir que vas a hacer las cosas bien. Y, por cierto, ya era hora».

Mi sub siempre alerta y hablando claro. Llevan razón, él y Noelia. Escudarme detrás del miedo, ha dejado de tener razón de ser. Yo también me acabo de dar cuenta.

—Te refieres a Álvaro.

—Me refiero a todo, pero sí. Él es lo que más me preocupa. No deseo hacerle daño.

Observo su pecho hincharse y, a continuación, suelta el aire despacio.

—Yo hablaré con él —asegura.

—Sé que es tu hermano, pero tengo que hacerlo yo. Quiero hacerlo. Lo haremos los dos.

Después de pensarlo durante unos segundos, asiente y vuelve a abrazarme.

Se pone de pie y me sienta sobre la mesa. Su semblante cambia, el brillo de estrellas de sus ojos explota iluminándolo todo. El azul se torna gris y sé lo que viene ahora. Prende la cinturilla de las mallas negras que llevo puestas y tira de ella hacia abajo sin desconectar nuestras miradas. Mi corazón acelera su ritmo cada segundo que pasa. Después tira del elástico de mis bragas y las arrastra por el mismo recorrido hasta dejarlas caer al suelo. Sube acariciando mis tobillos, rodillas, el interior de los muslos. Gimo cuando llega tan arriba que roza mi monte de Venus.

—Eres mía. No volverás a desaparecer. —Introduce uno de sus dedos dentro de mí y gimo.

—Alejandro.

—¿Qué? —Lo saca y lo vuelve a meter.

—Esto... no es lo que... íbamos a ... hacer. Querías... hablar conmigo. — Consigo decir, entre jadeos.

—Cierto. —Con la otra mano, me levanta la camiseta, baja una de las copas de mi sujetador y me acaricia el pecho—. Pero, ahora, mi deseo por ti es mucho más fuerte que todo lo demás. Llevo privado de tu cuerpo demasiado tiempo.

—Esta mañana... —Trato de explicarle que hace unas horas me ha tomado de todas las formas posibles. Pero su boca cubre la mía y me devora.

Sus manos abandonan mi cuerpo, se abre la pernera del pantalón, saca su verga y la introduce en mí despacio, ocupándolo todo.

Gimo.

Él jadea.

Gemimos y jadeamos.

—Esta mañana solo ha sido el aperitivo. Te voy a follar todos los días de nuestra jodida vida. —Se introduce un poco más, hasta llegar al fondo—.

Argg. ¿Lo sientes? —Me muerde el labio inferior con los dientes, lo lame y posa su frente sobre la mía. Nuestras respiraciones se mezclan calentándolo todo a niveles superiores—. Dime, ¿sientes lo que me haces?

Asiento con la cabeza.

—Agárrate a mis hombros. Esto va a ser rápido, nena. Muy rápido.

Me aferro a él y comienza un baile desenfrenado. Entra y sale. Entra y sale. Fuerte. Sin cuidado. Nuestros gemidos, gritos y suspiros se pierden por los rincones de la habitación. Su pelvis chocando con la mía. Su boca buscando la mía. Mis labios enloqueciendo con los suyos. Dientes. Saliva.

Pum. Pum. Una y otra vez. Una y otra vez. Entra y sale. Entra y sale.

Grito, fuerte, sin contenerme. Mi gesto lo vuelve más loco, si cabe.

Acaricia mi pelo, me muerde un pecho, lo lame, vuelve a mi boca y me retiene fuerte de las caderas para mantenerse soldado a mi cuerpo. Sus acometidas son tan tremendas que la mesa se mueve hacia atrás. Le rodeo la cintura con mis pernas y me lleva contra la pared más cercana. Mi espalda contra el muro y él contra mí. Sigue entrando y saliendo. Pum. Pum. Pum.

—Alejandro... No..., no puedo más.

Grito. Jadeo. Gimo. Le arañó la espalda y el cuello. Él me sigue con un alarido que me perturba y lo siento derramarse, caliente, dentro de mí, pero no para. Sigue entrando y saliendo hasta que ninguno de los dos podemos más.

Pega su frente a la mía y durante un minuto nos quedamos así, sin movernos. Mis piernas aún rodean su cuerpo y su miembro descansa dentro de mí.

Me deja sobre el suelo cuando lo cree conveniente y me besa. Pero no lo siento como un beso cualquiera. No es uno más. Sus besos nunca lo son. Sin embargo, este vuelve a trasladarme a ese lugar donde siempre he querido estar, el que he buscado sin saberlo. A él. Y nada más.

—Despierta —me susurra su voz, ronca, junto a mi oído. Abro los ojos poco

a poco y veo su cara frente a mí. Alejandro no es cualquier cosa. Su hombría y su potencia llenan el lugar donde esté—. Te has quedado dormida.

—Me besa la mejilla, muy cerca de la boca. Está arrodillado junto a mí y al sofá de cuero de su despacho donde parece que me he vuelto a quedar dormida. El embarazo me afecta al sueño. Tengo ganas de dormitar la mayor parte del tiempo, aunque no lo hago, pero si por mí fuera, dormiría veintidós horas al día ¿Soy exagerada? Yo creo que no—. Te he traído algo de comer.

Estás famélica.

Me incorporo y tomo asiento, él lo hace a mi lado después de acercarse hasta nosotros una pequeña mesa repleta de frutas.

—¿Qué te apetece?

Mmm. De pronto me ha entrado mucha hambre, así que, sorprendiéndolo, como de todo. Cuando me siento llena, me echo hacia atrás y me siento sobre él, de lado. Apoyo mi mejilla en su pecho.

—Alejandro —lo llamo. Él me acaricia el cabello—. ¿Dónde has estado?

—No especifico más, sabe a qué me refiero.

—No tienes de qué preocuparte.

—Pero quiero saberlo. —Se incorpora, me levanta y me sienta a horcajadas sobre él.

—Qué bonita eres —susurra, mientras me acaricia el cabello.

—No voy a parar hasta que me lo digas —lo informo. Y él tuerce la boca en una media sonrisa de resignación que me vuelve loca.

—Investigamos la dirección que me diste, pero no encontramos nada.

Rastreamos el teléfono de Verónica y no sirvió de mucho, parece que se deshizo de él hace tiempo. Buscamos en su correo electrónico, encontramos las facturas telefónicas y un número se repetía incontables veces. Desde hace

unos meses, cada día, llama a Osvaldo Ruíz. —Lo recuerdo. Quería comprar Adara. Ofreció a Alejandro por el club una cantidad obscena que rechazó—.

Le costó mucho tiempo convencerme de que ignoraba su paradero. Por lo visto se acuesta con ella desde hace un tiempo, hasta que se dio cuenta de que tiene problemas. Me refiero a problemas mentales. Le ha propuesto ideas descabelladas para acabar conmigo y quedarse con el Club. Ha perdido la cabeza por completo. Incluso ha intentado grabarnos a ella y a mí teniendo sexo para luego autolesionarse y denunciarme por violación y maltrato. —Se me hieló la sangre y lo ve en mi cara—. No me he acostado con ella. No desde hace muchísimo tiempo. —Me da un pequeño y corto beso y sigue—.

Como no me pudo engatusar, decidió hacerte daño a ti.

—Pero se lo hizo a Sara.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No estoy muy seguro de que eso fuera obra de Verónica. Ella lo niega y la creo. Después de todo lo que ha reconocido ¿por qué tendría que mentirme en eso?

—No lo entiendo. Entonces... ¿quién la atropelló y se dio a la fuga? ¿Fue casualidad?

—No. El conductor ni siquiera frenó. Sabía lo que hacía.

El cuerpo se me tensa y dejo de respirar.

—Nena, no te preocupes. —Me acaricia las mejillas—. No dejaré que te ocurra nada.

—No puedes controlarlo todo. ¿Dónde está ella ahora?

—En el lugar adecuado. La cuidarán y la tratarán.

—Eres un buen hombre. Después de todo...

—Se lo debo a Néstor. Él la amaba más que a nada.

Hablamos un poco más sobre su amigo. Para mi sorpresa, incluso, me cuenta anécdotas de viajes que hicieron juntos o cómo comenzaron en los negocios. Se abre un poco más a mí y, aunque veo en sus ojos lo que le afecta recordarlo, también reconozco en sus palabras todo el amor que le sigue profesando. Yo le hablo de mis padres, de la infancia tan feliz que tuve gracias a ellos y a mi hermano. Me levanto a por un par de botellas de agua y me vuelvo a sentar junto a él en el sofá, pero me tumba boca arriba y él lo hace sobre mí sin dejar caer su cuerpo sobre el mío, manteniéndose con sus brazos sobre mis hombros. Comienza a besarme el cuello.

—Alejandro. No hemos terminado. Quiero contártelo todo.

—Puedes hablar mientras yo te como. —Sigue regando de besos mi mandíbula.

—Esto no funciona así. —Sonrío.

—Esto funcionará como nosotros queramos que funcione y yo me muero por volver a estar dentro de ti. —Me levanta la camiseta, dejando al descubierto mi vientre y lo lame.

Río.

—Me haces cosquillas —me revuelvo y me bajo la camisa. No le gusta que lo prive de mí y me mira serio.

—¿Qué ocurre?

—Me preocupa Álvaro. Tengo que ser sincera contigo. Lo quiero mucho.

—Yo también lo quiero. —Me acaricia las mejillas con ambas manos.

Ahora, se apoya sobre sus codos y me da un corto beso en los labios.

—Nos odiará —concluyo.

Alejandro se levanta y me hace sentir sola. Camina hasta su mesa y se sienta

en la silla. Abre unos documentos y me ignora. Me pongo a su lado y llamo su atención pellizcándole con suavidad un costado.

—No quiero perderlo. Ha sido muy importante en mi vida —aseguro. Él sigue sin hacerme el más mínimo caso—. Alejandro —consigo que me mire.

—Es mi familia, Dani. ¿Crees que a mí me gusta esta situación? — Levanta el tono de voz. Niego con la cabeza.

En ese momento llaman a la puerta del despacho, Alex con un tono seco de voz ordena que abran y Claudia le informa que la señorita Marina de la Rosa está esperando al teléfono. No me lo puedo creer. ¿Qué quiere esa arpía? Lo miro y aprieto los dientes.

—Dígale que estoy ocupado.

—Ha insistido en su importancia.

Me mira, ve mi fuego interno, pero aun así, sale de la habitación a atender a esa mujer. ¿Por qué no le pasan la llamada aquí? Quiero gritar. Aprieto los puños y cierro los ojos para no verlo desaparecer.

—No te muevas de aquí —ordena, antes de cerrar la puerta.

Unos minutos después vuelve. Y sé que son minutos porque los he contado con el reloj del móvil. A mí me han parecido horas. No entiendo qué tiene que hablar con ella. Tienen negocios, hasta ahí llego, sin embargo, no puedo olvidar que fue su prometida, que los he visto juntos más veces de las que me gustaría y que, incluso, los he encontrado besándose.

Alejandro me enlaza por detrás mientras miro a través de los ventanales toda la ciudad. Trato de zafarme soltándome de su abrazo, pero comparar mi fuerza con la suya es como confrontar a un elefante con una hormiga. Me gira y me pone frente a él, sin soltarme. Intenta besarme, pero me aparto. Le hago lo que vulgarmente se denomina como «*la cobra*».

—No tienes de qué preocuparte. —Me abre una mano y deja un manojito de tres llaves con un llavero muy especial: una flor, una margarita blanca.

—¿Qué es esto?

—Las llaves de esta casa. Quiero que las tengas.

—No me gusta esa mujer —No me va a hacer cambiar de tema.

—Ella no me importa nada.

—¿Te has acostado con ella estas semanas?

—No —asegura rotundo. Me agarra del cuello y me clava su mirada—.

Escúchame. Tengo negocios con su padre y llevarme bien con ella es parte del juego.

—Os vi besándoos. ¿Besas a la gente por trabajo? —pregunto con malicia, y el mal me lo hago a mí. Recuerdo que conmigo estuvo por negocios y eso vuelve a partirme el alma en dos. Las lágrimas se agolpan en mis ojos.

—Se acabó. He cometido suficientes errores en mi vida para no querer errar más. Eres mi vida y mucho más. Y ella no es nadie. Nadie es como tú.

Nadie es tú.

El lunes me levanto dispuesta y decidida a afrontar algo que llevo posponiendo bastante tiempo. Me cuesta levantarme de la cama de Alejandro, ya que la mayor parte de la noche la pasamos uno encima del otro. La ducha me reconforta, pero ni el agua caliente y el masaje que me doy por todo el cuerpo con la crema hidratante hacen desaparecer las agujetas que el dios del sexo me ha dejado. Le doy los buenos días a Claudia y me informa que Alex se fue hace más de una hora. Desayuno sola en la cocina y salgo del piso sin despedirme de Noelia, que sigue dormida en su dormitorio.

Camino de la consulta ginecológica me acompaña el pensamiento de lo que puede pasar. Un montón de ideas dispares se acumulan en mi mente colapsándola por completo. No sabría decir si tiemblo de frío o de miedo.

¿Cómo voy a saber quién es el padre? Y, si lograra averiguarlo y fuera de Álvaro ¿cómo se lo tomará Alejandro? ¿Aceptaría a un niño que no es suyo?

«*Lo más probable es que se vuelva loco y te abandone*». Eso, tú positiva.

Llamo al portero automático.

AHÍ ESTÁ

—Hola, Daniel. Cuánto tiempo sin verte.

—Buenos días, Maka —nos saludamos con dos besos afectuosos. Me quito el abrigo y lo cuelgo del artístico perchero que adorna la entrada.

—Estás guapísima. —Me halaga—. Me gusta tu vestido.

—Gracias. Es de Lavish Alice.

—No recuerdo la última vez que fui de compras. Me llevo todo el día con esta bata blanca. A veces llego a casa con ella puesta. —Sonreímos.

Comienza a sonar el teléfono y se despide de mí para atender la llamada.

—Con los días de fiesta y las vacaciones estamos colapsadas. Siéntate. La doctora te atenderá enseguida.

Tomo asiento sobre uno de los sofás naranjas de la sala de espera. Saludo cordialmente a un muchacho de no más de veinte años que ojea una revista, nervioso. Aprovecho para llamar a Berta y avisarle que llegaré un poco más tarde a la oficina. Me informa que está todo muy tranquilo esta mañana y que no me preocupe de nada. Llamo también a Manuela para preguntar por Sara y le digo que esta tarde pasaré por el hospital para estar con ellas. Mi amiga se encuentra cada día un poco mejor. Espero que se le esté pasando la obsesión de chupar pollas.

Una chica pelirroja con el pelo muy largo entra en la sala, le dice algo al chico y se van.

—Ya puedes pasar —Maka me invita a acompañarla.

Me levanto, frenética.

—Todo irá bien —me anima, al ver mi gesto de pánico y escuchar mi suspiro.

—Hola, Daniel. Tenía muchas ganas de verte. —La doctora del Toro se levanta y me da un pequeño abrazo. Yo preferiría verla en otras circunstancias, como... yo que sé, tomándonos unos gin-tonics en la terraza del Sunset Lookers.

—Hola, Lucía. —No puedo controlar las vibraciones de mi voz.

—Siéntate. Voy a buscar tu expediente y me cuentas qué te ocurre. —Tira de un cajón muy grande, parte de un archivador, saca de él una carpeta azul y la abre. Le echa un vistazo y la deja abierta sobre la mesa—. Tú última revisión fue hace pocos meses, estaba todo bien ¿qué te trae por aquí?

—Creo... Creo que estoy embarazada —digo, sin rodeos.

Sonríe, maternal.

—¿Crees o estás segura?

—Estoy segura. Al menos el test dio positivo.

Me recomienda hacerme otro test y, cinco minutos después, comprobamos lo que ya sabía. Embarazadísima.

—¿Y qué viene ahora? —pregunto, temerosa.

—Me parece que la noticia no te hace muy feliz. ¿Me equivoco? — Suspiro y agacho la cabeza.

—No estoy segura de quién es el padre. Y... no sé si quiero tenerlo.

—Vamos a empezar por el principio, Dani. No te preocupes. ¿Cuándo fue tu última regla? Necesitamos saber de cuánto tiempo estás.

—No lo recuerdo. Lo siento... —Me avergüenzo.

—Vamos a hacerte una ecografía y lo averiguamos.

Maka me acompaña hasta una de las camillas y me tumbo boca arriba, desnuda de cintura para abajo. Me tapa con una capa blanca las piernas y la doctora se sienta junto a mí.

—Vas a sentir frío, pero no te dolerá, te lo prometo. Relájate.

A continuación, noto algo helado penetrar en mí y, unos segundos después, algo moverse en una pantalla que tenemos en frente.

—Esa pequeña circunferencia es el feto. —La señala. Un escalofrío me recorre el cuerpo y el corazón se me agranda tanto que parece que se me va a salir del pecho. Una pequeña lágrima se me escapa sin remediarlo ni esperarlo. Una sensación muy extraña me recorre entera. Sonrío. ¿Qué es esto?

Lucía comienza a hacer mediciones y unos números aparecen en la pantalla.

Parece que todo está bien. Y... puedo asegurarte de que estás de...

nueve semanas. A ver... —Saca el instrumento con cuidado y toquetea las teclas de la especie de ordenador donde se ve mi bichito. «*Mi bichito*». Otra lágrima rueda por mi mejilla—. Sí, de nueve semanas. Tal vez de un poco más.

Espera. Eso significa... Me doy cuenta de que eso lo aclara todo. Si me quedé embarazada hace nueve semanas, sin lugar a duda el padre es Alejandro. Hace muchísimo menos que me acosté con Álvaro. Un escalofrío me recorre cada célula, llegando a recuerdos abandonados en un apartado espacio en mi corazón, un lugar que solo habitó Álvaro durante lo que ahora me parecen millones de años. Formar una familia con él constituyó mi gran sueño, pero de eso hace mucho. Ahora mi alma la ilumina otra persona y me

alegra tanto saber que mi bebé lo inició el semen de Alejandro, que me levantaría y me pondría a saltar como una posesa. Una inmensa sonrisa cubre por completo mi rostro.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

Hablamos durante unos minutos de la posibilidad de abortar. Me aconseja que, si es lo que deseo y estoy realmente segura, lo haga lo antes posible.

Pero ya no lo tengo tan claro, es más, todo mi mundo ha cambiado desde que lo he visto moverse en esa pantalla en pocos colores. Me explica los pasos a seguir, decida lo que decida, y nos despedimos hasta que yo la llame la próxima semana.

Entro en la Torre de Cristal como en una nube. Mi bebé, mi bichito es de Alejandro. Me quedé embarazada al poco tiempo de conocerlo. ¿Cómo pudo pasar? «*Por tu cabecita loca*», me contesta mi sub. No encuentro a Berta en su mesa, pero aparece poco después para avisarme que tenemos una reunión con la Junta dentro de una hora. Bajamos a la cafetería a petición propia y nos comemos unos dulces de chocolate de medio kilo. Subimos por las escaleras, porque la lanzadera tarda mucho, y he de reconocer que me canso más de lo que debería. Desde que dejé las clases de yoga, mi estado físico deja mucho que desear. Eso me recuerda que mi cuerpo cambiará mucho a partir de ahora. Ya lo hace poco a poco, mi bebé crece dentro de mí.

La reunión transcurre lenta y tediosa. Alejandro la preside. Álvaro no aparece y no me extraño demasiado. Tengo unas ganas tremendas de hablar con él, tenemos tantos temas que tratar, que no los puedo contar con los dedos de una mano. Hacerle partícipe de mi elección será lo primero que le diga.

Almuerzo con mi ayudante y Victoria. El malestar estomacal ha desaparecido casi por completo. Desde ayer, me encuentro mucho mejor. Por la tarde me paso por el despacho de Alex para comentarle algo que no le va a gustar, que vuelvo a mi apartamento en seguida. La noticia, que por lo pronto no me voy a quedar a vivir con él, le va a sentar fatal. Sin embargo, ahora mi prioridad es Sara y tengo que arreglar el piso y prepararlo para su llegada. No lo

encuentro por ninguna parte y me encamino al hospital.

Mi amiga se encuentra mucho mejor. Le pido a su madre que se marche a descansar hasta mañana, Roberto pasará la noche aquí y yo me quedaré hasta que llegue. Lo he llamado para saber la hora del relevo y no me ha podido dar seguridad. Por lo visto ha tenido que salir de la ciudad para realizar un reportaje fotográfico para la revista.

El médico pasa a verla vestido de calle. La situación me parece rara, pero cuando se acerca demasiado a Sara cambia a extravagante. Por supuesto, la visita el doctor *cuerpoparalamerlo*, ya me ha dicho que le ha vetado la entrada al *cuerpoescombros*. «Y, que conste. No por feo, sino por antipático y mal follado», han sido sus palabras concretas. Se despide con suma amabilidad, y promete que volverá mañana a primera hora cuando comience su turno. No lo dudo, sin duda, mi amiga lo tiene fascinado. No le cuento a Sara que ya he salido de dudas sobre la paternidad de mi bebé, el médico nos ha recomendado no alterarla, así que ya se lo diré cuando regresemos a casa.

Aprovecho y llamo a la empresa de mudanzas. Mañana por la mañana enviarán un coche a casa de Alejandro para ayudarme con el traslado.

A las nueve en punto de la tarde aparece Roberto con cara de cansancio.

Nos abrazamos y le comento que puedo quedarme yo, tal vez él necesite descansar. Se niega en rotundo y me marcho después de tener que escuchar de la bocazas de Sara que lleva mucho tiempo sin sexo, «Roberto, anda, hazme un apaño y cuando pueda agacharme te la chupo como sabes que sé hacerlo». Madre del amor hermoso. Tengo que preguntarle al médico si la obsesión por las mamadas puede ser consecuencia del golpe en la cabeza.

—Hola, Noe. —Le doy un beso en la mejilla—. ¿No está Alejandro? — Me siento junto a ella en el sofá del salón del ático. Dejo caer el cuerpo derrotada. Ha sido un día muy largo. Ella niega con la cabeza, no puede hablar con la boca llena.

—¿Qué comes? —le quito una patata frita del plato. Traga y me contesta.

—Bocadillo de pollo asado con mayonesa. —Mmm, me levanto a

prepararme uno y vuelvo. Escuchamos música mientras terminamos de cenar.

Someone Like You de Adele suena por los altavoces cuando me decido a contarle a mi cuñada mi mañana.

—He visitado a mi ginecóloga.

—¿Y está todo bien? —pregunta, interesada. Asiento con la cabeza.

—Sí. Cuando lo he visto... ¿Sabes? No es nada. Solo una cosita redonda que se mueve sin parar... pero... siento que ya lo quiero. No voy a deshacerme de él.

Noelia se tira sobre mí y me abraza.

—Me alegro. Sabía que no lo harías. —Soltamos unas carcajadas porque casi nos caemos del sofá. Me mira y el brillo de mis ojos se reflejan en los suyos.

—Alejandro es el padre de mi bebé. Estoy de nueve semanas. Tiene que ser él. —En su semblante se mezcla la alegría y la tristeza, y la entiendo—. A mí también me preocupa. He tomado mi decisión, Noe. Lo hice mucho antes de saber de quién era. —Me acaricio el vientre—. Hablaré con Álvaro en cuanto tenga la oportunidad.

—¿De qué tenemos que hablar? —escuchamos su voz justo detrás de nosotras.

Superarían la altura de un rascacielos si amontonamos todas las frases que no hemos dicho por miedo a hacer daño. Nos callamos por temor a la reacción de esa persona que queremos, sin embargo, no sabemos si realmente eso le va a afectar y en qué medida. Hay algo mucho más profundo detrás del pánico a dañar a otra persona, y es el horror a hacernos daño a nosotros mismos, a que el sentimiento de culpabilidad nos aplaste y nos sintamos pusilánimes y despreciables. Al menos nuestro comportamiento lo es. Porque mostramos un egocentrismo supino al pensar que podemos no vaticinar, sino decidir cuál será la reacción de otra persona y el estado de ánimo que le vamos a crear. Nosotros mismos, y no otros, somos responsables de lo que sentimos. Y no todos reaccionamos igual ante una situación o noticia.

—Álvaro... —Giro mi cuerpo y me encuentro con él. Hace mucho que se convirtió en el hombre que tengo delante, pero yo solo veo al muchacho con el que contemplé mi primera lluvia de estrellas. Lleva el pelo desordenado, caído sobre la frente y los labios sonrosados. Ni el traje de dos piezas ni la blusa abierta de marca pueden ocultar su rebeldía y jovialidad.

—Voy a recoger la cena. —Noe me mira, preguntándome si prefiere que se quede. Le digo que no y desaparece tras el arco de la cocina. Esto debo concluirlo yo sola, sin esconderme tras ningún escudo. Pero no aquí. No en casa de Alejandro.

Le pido que salgamos a la calle. El frío, no obstante, lo desaconseja y nos quedamos dentro. Le damos las buenas noches al portero y bajamos hasta el garaje. Mantenemos la boca cerrada hasta llegar al sótano, por más que son muchas las cosas que nos tenemos que decir.

—¿Cómo se encuentra Sara?

—Mucho mejor, gracias.

Empieza con una pregunta de cortesía.

—Me gustaría...

—Tengo que... —Nos pisamos las palabras.

Qué situación más difícil. Con Álvaro nada ha sido fácil. Solo el comienzo de nuestra relación fue tranquila.

—Permíteme que comience yo. Te lo debo. Llevo muchos años ocultándote lo que hago. —Coge aire y sigue—. No soy ningún ladrón. No sé quién te ha dicho eso, pero no es cierto. —Comienza él.

—El inspector Hidalgo parece muy seguro.

—Ese imbécil no sabe nada —escupe molesto.

—Y ¿puedes explicarme qué es lo que haces? ¿Por qué el inspector piensa que es así? Te está investigando, puedes tener muchos problemas.

—Dani... —Camina unos pasos hasta mí y aprieta mis manos—. Tengo tanto que contarte... —Su calor se mezcla con el mío.

Quiero saber qué es lo que tiene que decirme, pero no consigo apartar de mi mente la noticia que le tengo que dar. El ser humano actúa de mil maneras diferentes ante una misma situación, pero esto, puedo asegurar, no le va a gustar.

—¿Qué robaron de la galería? —lo corto y pospongo mi declaración.

—Información clasificada —suelta. Se gira, dándome la espalda y se toca el cabello. Vuelve frente a mí y me mira—. Recupero obras de arte robadas.

Las devuelvo a los museos, organizaciones o fundaciones de las que salieron.

Me introduzco en el mercado negro y las rescato. No puedo decirte más, ya te he puesto muchas veces en peligro y he querido morirme por ello. —Ve mi cara de desconcierto.

—Dani, te estoy diciendo la verdad.

—¿Quieres hacerme creer que eres una especie de Robin Hood del arte?

¿De verdad crees que voy a tragarme eso?

—Llámalo como quieras, pero... No tengo por qué mentirte, ya no. Todo comenzó un año después de trasladarme a París. Por eso no volví a recuperarte. No podía poner tu vida en peligro. Lo intenté una vez..., pero me di cuenta de que no merecías mi vida, no tenía derecho a hacerte eso. —Da un paso hasta mí, me coge el mentón y me levanta la cara—. Tienes que creerme. Lo voy a dejar. Elegí ese mundo para tapar mi dolor por no tenerte, pero ahora solo deseo hacerte feliz. Pase lo que pase. Construir una nueva vida junto a ti.

—Dices la verdad... —Mi corazón se parte en dos, hasta escucho el crujir dentro del pecho.

—No puedo contarte mucho más. Confía en mí. Todo terminará muy pronto. —Me acaricia el cabello y las mejillas—. Te amo tanto... —susurra.

Se aparta un poco, me abre la palma de la mano y deposita sobre ella un precioso anillo de oro blanco muy fino con un pequeño zafiro engarzado.

—Álvaro...

—No digas nada, lo compré para ti, te pertenece, debes tenerlo tú.

—No puedo aceptarlo.

—No tienes otra opción.

Lo miro durante unos segundos y cierro el puño con fuerza.

—Yo también te quiero —digo—. Siempre va a ser así, pero... —Su semblante cambia una milésima de segundo, noto cómo se tensa casi imperceptiblemente—. No sé qué significa este anillo ni por qué me lo das ahora...

—Lleva conmigo desde que te dejé. Pensaba dártelo aquel fin de semana.

—Las lágrimas pugnan por salir—. He estado esperando durante todos estos años para poder entregártelo algún día.

—Álvaro, no sé qué decir. En otro momento, me hubieras hecho muy feliz... pero ahora...

—Cállate, no lo digas. —Con dulzura, me tapa la boca con dos de sus dedos. Se los aparto despacio y le sujeto la mano con cariño.

—Alejandro y yo volvemos a estar juntos. —Me suelta y da un paso atrás.

Se aleja y apoya la espalda en la pared, como si temiera caer al suelo en cualquier momento—. Recuerdo el día que te conocí. —Deshago nuestra distancia y poso las palmas de las manos sobre su pecho—. La primera vez que te vi, tu sonrisa cambió mi mundo. Ella y tú siempre estaréis aquí. —Me señalo el corazón—. Pero él... Alejandro es el hombre de mi vida, el que lo llena por completo y me complementa. Lo siento, hubiera querido que las cosas fueran de otra manera. Hace nueve años hubiera pasado contigo el resto

de mis días, sin embargo, no me preguntaste qué quería. Te fuiste y...

—Lo hice por ti. —Suena derrotado.

—Eso ya no importa ¿No te das cuenta? Da igual la razón por la que me abandonarás. Los años han pasado, las cosas han cambiado, mis sentimientos lo han hecho también. Nada me importa más que él. —Puedo ver cómo mis palabras le taladran. Me arrepiento de decirlas, sobre todo, porque no son ciertas del todo.

—¿Ya no te importo? Los momentos que hemos pasado juntos, el amor que he sentido estos días... no me hagas creer que lo he imaginado, no solo ha sido cosa mía.

—Te he amado tanto que siempre será así. —Me acerco a él, que mira para otro lado. Tiro del cuello de su camisa y lo obligo a que sus ojos se encuentren con los míos—. Siempre, Álvaro. Siempre serás mi primer amor, me enseñaste muchas cosas que guardaré como un tesoro. No pasará un día sin que me acuerde de tus ojos, de tu boca, de cómo el viento mueve tus cabellos, de tu sonrisa, de cómo te brillan los ojos al mirarme... de ti, estoy segura. Lo fuiste, pero ya no eres el hombre de mi vida. Alejandro lo es ahora y voy a vivirla junto a él. —Las lágrimas siguen mojando mis mejillas y el alma se me resquebraja cuando veo a Álvaro, ese hombre que tengo delante, hacer lo mismo. Unas lágrimas solitarias ruedan por su morena piel.

—Te quiero tanto... —musita. Deja su frente sobre la mía durante unos segundos y me da un corto beso en los labios al que respondo con mucha ternura—. No quiero vivir sin ti. No puedo hacerlo.

—Tienes que hacerlo, Álvaro —suspiro—. Eso no es todo —le advierto.

Nuestras respiraciones se mezclan por la cercanía. Me aparto un poco y lo miro a los ojos—. Estoy embarazada. Alejandro y yo vamos a tener un bebé.

—Sé que debería decírselo primero a Alex, pero no quiero más mentiras entre nosotros.

Puedo sentir su cuerpo tensarse. Con todo, ni se aparta ni comienza a gritar,

como yo esperaba. Me abraza y comienza a llorar.

—Te quiero —repite.

—Estoy esperando un hijo tuyo. —Rompo también en llanto—. Tienes que aceptarlo —le suplico. Caemos los dos al suelo, arrodillados.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —pasea sus manos por las mejillas.

—Quererme siempre, como yo a ti. Pero busca a alguien que te ame más, mucho más.

—Como tú ya no lo sientes —el susurro lo cubre de dolor.

—Como yo lo sentí una vez. ¿Sabes por qué? Porque más no se puede querer.
—Le aseguro.

—Lo quieres a él.

—Tanto como te quise a ti. Pero él es ahora mi lugar, busca el tuyo, Álvaro. Nada me haría más feliz que verte feliz a ti.

Lloramos abrazados durante unos minutos, despidiéndonos de nosotros, él de mí, yo de él, de cada parte de nuestro ser que hasta el momento le pertenecía al otro. Soy consciente de todo lo que se lleva, pero lo compensa con lo que me obsequia. Una lluvia de estrellas, mil noches bajo unas mantas, tardes de verano al sol, cientos de brisas frescas sobre nuestras caras, besos apasionados, besos escondidos e, incluso, besos divertidos. Su pelo sobre mi abdomen, sus caricias sobre mi piel, mi primera vez, su olor, sus diferentes sonrisas..., nuestras manos entrelazadas. Una mirada, un guiño, una palabra al oído, muchos *te quiero* gritados al viento. Álvaro se lleva mucho, pero dejó bastante más. Guardo todo el amor que nos tenemos y lo almaceno para siempre en un lugar privilegiado de mi corazón. Siempre te querré, Álvaro. Que no se te olvide nunca. Porque yo nunca lo haré.

NO ME LO PUEDES IMPEDIR

Noelia y yo nos tumbamos en su cama y termino de derramar las lágrimas que me quedan contándole lo que Álvaro y yo acabamos de hablar. Ella me consuela como puede. Poco hay que decir ante lo ocurrido. Dejar atrás a alguien que ha sido tan importante durante tanto tiempo, resulta muy difícil, tanto que se lleva mucho de ti. Ahora toca lidiar con la pena y el dolor que provoca romper el lazo al que llevas aferrándote desde que recuerdas. Espero que el vacío que me inunda algún día desaparezca, lo llenaré con las cosas bonitas que guardaré de él. Sé que el dolor no se irá solo, pero el tiempo y la constancia, lo alejarán hasta difuminarlo y convertirlo en otra cosa. En cariño, tal vez.

Nos hemos perdonado. Entre sollozos y caricias nos hemos dado a entender que tenemos que reflexionar y aceptar que, aunque el futuro siempre se presenta incierto, no lo vamos a saborear juntos, al menos, en la forma que a él le gustaría. Le he pedido que no le diga nada a Alejandro, debo ser yo quien le dé la noticia de mi embarazo y su paternidad, y lo ha comprendido perfectamente.

El martes me despierto en la cama de Alejandro. Recuerdo levemente cómo sus grandes manos me abrazaron con fuerza y me trasladaron hasta aquí ya de madrugada. Me levanto decidida a darle la buena nueva, vamos a ser padres y no quepo en mí de gozo. Pero he decidido tomármelo con calma y volveré a mi apartamento esta misma tarde. Ahora mi lugar está con Sara, debo cuidar de ella. Cuando se mejore, Alejandro y yo planearemos nuestro futuro juntos.

Me doy una ducha rápida y me pongo ropa cómoda. Solo pasaré por la Torre de Cristal para hablar con él y volveré a hacer el traslado. Salgo de la habitación con unos vaqueros *Diesel*, una camisa con sobrefalda de *JDY* y unas zapatillas de ante negro de *Gazelle* de *Adidas Originals*. Cruzo el arco de la cocina pasadas las ocho de la mañana y me encuentro con Alejandro sentado tomando un café. Lo abrazo por detrás y le doy un beso en el cuello.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Quería ver esa cara tan bonita antes de irme. —Se da la vuelta y me deleita con un beso de los suyos, de esos que lo arrollan todo y me dejan sin resuello—. También quería que me explicases esto. —Se levanta y camina hasta el recibidor. Voy detrás y me paro cuando veo a qué se refiere. Varias cajas amontonadas con el logo de la empresa de mudanzas se agolpan junto a la puerta de entrada.

—Un hombre, contratado por ti, se ha presentado hace escasamente media hora para ayudarte con el traslado —habla con mucho sarcasmo—. ¿Puedes decirme a dónde vas? —Cruza los brazos y abre sus fuertes piernas formando un perfecto arco con ellas.

—A mi apartamento, Alejandro. Tengo que cuidar de Sara.

—Sara está en el hospital.

—Voy a llevarla a casa, contrataré una enfermera.

—Vendrá aquí. No vas a irte...

—¡No vamos a vivir aquí contigo! —lo corto. Está loco—. ¡No puedes obligarme a que me quede! —grito. Él tuerce la boca en una mueca muy malvada.

—Claro que puedo. —Y habla con tanta seguridad que me abruma.

—¡No! ¡No puedes! —recalco. Levanto los brazos exasperada—. Voy a irme, Alejandro, y no me lo puedes impedir.

—Hasta que no aclaremos quién está detrás de lo sucedido a Sara, no irás a

ninguna parte.

Pufff. Paso de sus palabras y camino hasta las cajas, las cojo y me vuelvo, dispuesta a recoger mis enseres y largarme. A veces, me saca tanto de quicio que me desespera. Me encierro en la habitación, hago la maleta y lleno un par de cajas, no traje muchas cosas la última vez que me mudé. Alejandro trata de abrir la puerta, pero yo, que soy muy lista –«*No te lo crees ni repitiéndotelo*»–, he cerrado con pestillo. Repite varias veces que abra o la echará abajo. Ni lo escucho. Como siempre, sigo siendo amante del riesgo, «*En contadas ocasiones, diría yo*». Vale, mi sub lleva razón. Arriesgarme no me define, pero a veces me atrevo, y casi siempre me estampo contra un muro.

Giro el pomo y asomo la cabeza. No hay moros en la costa –si cambiamos costa por pasillo–. Cruzo el ático arrastrando la maleta con ruedas, la dejo en el vestíbulo y vuelvo a por las dos cajas. Casi todos mis yoes me gritan que escape ahora que puedo –porque os recuerdo que tengo llave–, sin embargo, el sensato, me aconseja que no me vaya sin despedirme de Alejandro. Así que lo busco y lo encuentro en su despacho atendiendo una llamada telefónica.

Espero a que termine y hablo.

—Me voy. Solo quería despedirme y pedirte el día libre. Tengo muchas cosas que hacer. No voy a ir a la Torre hoy.

Me clava la mirada, gris como el acero.

—Podemos hacer esto de dos formas. O te quedas por tu propia voluntad o te obligo a que lo hagas.

—¡Eres un bruto! ¿A qué tienes miedo?

—Ya te lo he dicho. No permitiré que te ocurra nada.

—Voy a marcharme. Si no estás de acuerdo, es tu problema.

—¿Por qué nunca me haces caso?

—¿Por qué tú no me entiendes?

Se levanta y camina hasta a mí, me acaricia el cuello y une su boca con la mía, desesperado, impetuoso, vehemente. Trato de apartarme, pero no me lo permite. Segundos después caigo rendida a sus pies. Y... sí. Me folla hasta hacerme perder la cabeza sobre la mesa del despacho. Sin embargo, cuando terminamos, solo ha conseguido, —además de darme dos gloriosos orgasmos—, cabrearme mucho más.

—No puedes hacer esto —termino de ponerme los pantalones. La única prenda de ropa que me ha quitado en el proceso.

—Te follaré siempre que quiera.

—Los problemas no se arreglan con sexo. Por muy bueno que sea. —Por el rabillo del ojo lo veo sonreír. Aprovecho la distensión y me acerco a él—.

Me voy a casa, Alejandro, se lo debo a Sara. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Jordán y Lobo seguirán escoltándote a cualquier sitio. —Intento que no note mi cara de desconcierto y satisfacción ante tan inesperada sorpresa. Por fin, da su brazo a torcer. ¡Lo he conseguido! No me lo puedo creer.

Creí que me iría de aquí con un dolor de cabeza que duraría días y a él lo dejaría echando espumarajos por la boca. Sin embargo, hasta me ayuda con el traslado. Ordena a Carlos que me lleve a casa y suba los bártulos a mi apartamento. Mientras bajamos en el ascensor, le cuento mi conversación con Álvaro. No le hace gracia que lo haya hecho sin él, pero entiende que era mi deber. Por supuesto, no le revelo lo que su hermano hace para ganarse la vida. Tal vez esté al tanto, o tal vez no, pero entiendo que ese tipo de información no me pertenece a mí confesarla.

Decido poner orden en mi vida y comienzo por limpiar el piso. La tarea me lleva casi toda la mañana. Entro en el hospital a mediodía. Hablo con los doctores y les hago partícipe de mi idea de llevarme a Sara a casa. Ellos mismos me recomiendan varias enfermeras, a las que llamo y con las que me entrevisto esa misma tarde. También llamo a una empresa de camas articuladas, la que, por un módico precio, me la dejan montada y preparada

en un par de horas. Roberto me ayuda y los recibe en el apartamento. Hablo un par de veces a lo largo del día con Alejandro, que me llama para saber cómo estoy. Rebose de alegría por lo bien que se me dio la mañana, lo que me cunde la tarde y por la noche Sara regresa, por fin, a casa. Alejandro no va más por hoy y nos despedimos hasta mañana. A las diez de la noche una ambulancia traslada a Sara a nuestra casa. Cuando me siento en el sofá, caigo derrotada. Nuestro amigo nos prepara la cena y no solo cuida de la enferma, esta vez, también me cuida a mí.

Josefa, una mujer de cincuenta años con mucha experiencia como enfermera, me despierta el miércoles a las siete de la mañana. Pasará aquí la mayor parte del día. Al menos hasta que yo llegue de trabajar. Me tomo un café con ella, mientras le explico dónde está todo. Me pregunta por la herida de mi frente y se ofrece a quitarme los puntos. Le agradezco su excelente práctica profesional y la felicito porque no he sentido nada. Un fisioterapeuta también vendrá días alternos sobre media mañana a trabajar la rehabilitación.

Las presento antes de irme y dejo a Sara acostada después de desayunar.

—¿No había algún enfermero cañón? Te has lucido, nena —refunfuña entre dientes.

—Josefa es la mejor. Y muy amable. Trátala bien. —Cojo la manta y la cubro hasta el pecho. Hace frío—. ¿No tienes bastante con tu doctor? — ironizo.

—No sé de qué me hablas. —Sonríe de oreja a oreja.

—Ya me contarás todo esta noche. Tengo que irme. —Una prisa inusitada se apodera de mí.

Quiero hablar con Alejandro y darle a conocer mi embarazo. Si no lo he hecho hasta ahora, ha sido porque quería dejar todo en su lugar. Hablar con Álvaro, hacer el traslado de Sara, pero ahora... Ahora deseo gritar a los cuatro vientos que un bebé crece dentro de mí.

El chasco que me llevo al posar mis pies en el piso doscientos doce supera al que me he llevado dos plantas más abajo hace un momento al pedir una caña de chocolate y enterarme de que no tenían. Le he dado tanta pena al camarero

que me ha regalado un par de bombones de una cesta de navidad.

Victoria me informa, al verme, que Alejandro ha salido a una reunión urgente fuera de la ciudad.

Berta y yo trabajamos codo con codo durante toda la mañana. Hay mil correos sin contestar y un montón de artistas y representantes histéricos por el inminente traslado. Informo a Berta de mi intención de dejar de trabajar para Álvaro y que, por consiguiente, me quedaré en Madrid a vivir. No viajaré a París ni a Barcelona de ninguna manera. Mi vida está aquí, junto a Alejandro.

—Voy a hablar con Álvaro. Quiero que seas tú quien se haga cargo de este proyecto.

—Dani. —Me mira con desconcierto.

—Has trabajado mucho durante estos meses. Nadie lo hará mejor.

Se levanta y me abraza.

—Gracias, gracias, gracias.

—No tienes por qué dármelas. Te lo mereces.

Aprovecho y llamo al señor Vial. Me cuesta media hora de espera conseguir hablar con él, pero tengo que zanjar el asunto. Le informo de mi nueva decisión y, aunque la lamenta, la entiende y no la cuestiona. Me desea suerte y espera que podamos vernos pronto y trabajar juntos algún día. Alaba mi talento y yo le agradezco reiteradas veces que contara conmigo para un puesto tan importante.

—Te deseo lo mejor, Daniel. Si algún día necesitas ayuda, no dudes en acudir a mí.

Salgo de la oficina pasadas las seis de la tarde. Decido pasear por la ciudad y desestresarme. Necesito aire. Han ocurrido muchas cosas en muy poco tiempo. En esta época del año las calles de Madrid rebosan de gente, un bullicio y un gentío enormes abarrotan los espacios dentro y fuera de los comercios. Casi no se puede caminar por la calle, pero merece la pena

aguantar el apabullamiento por lo bonito que luce todo con millones de luces, colores y adornos. Cruzo la Plaza Mayor y llego hasta Sol, donde un gran árbol de navidad lo ilumina todo.

El maremagno maravilloso del prelude de la Navidad consigue extraer, desde muy adentro, una alegría y una amplia sonrisa como hace tanto tiempo que no experimento. Me toco el vientre con cariño y sigo mi camino. Jordán y Lobo me acompañan de cerca. Paro en La Mallorquina a comprar un Roscón de Reyes, pero en la pastelería no cabe un alfiler y, aunque pienso esperar como una buena ciudadana que ha aprendido a tener paciencia, opto por seguir paseando hasta Alcalá y comprarlo en Moulin Chocolat. Sus dulces cada día tienen más renombre por su calidad y perfección. Lo comemos cuando llego al apartamento. Roberto hace los honores y lo corta, no sin antes llegar al acuerdo de que al que le toque el haba invita a cenar en DiverXO en cuanto Sara se recupere. Me toca a mí, ¿alguien lo dudaba? – Guía Michelin. No digo más–.

—¿No podemos cenar en un burger? —sugiero, medio en broma, medio en serio—. Tiene tres Estrellas Michelin.

—Y tú cuatro millones de euros, agarrada. —Me recuerda Sara. Vaya, pues la memoria la tiene intacta.

Escuchamos algo de música, mientras me cuentan que Manuela ha pasado aquí casi todo el día y ha preparado para almorzar unas lentejas que estaban de muerte. Entre Roberto y yo hemos convencido a Sara para poder escuchar uno de los discos de Héroes del Silencio. Optamos por *El Espíritu del Vino* y recordamos el año y medio que tuve la canción *La sirena varada* como tono de llamada de uno de mis anteriores teléfonos móviles. Cada vez que sonaba, me ponía a cantar como una posesa, sin importarme quiénes estuvieran a mi lado. Una tarde, en la cola de Zara, me encontré con otra chica a la que le gustaba tanto como a mí y entonamos a dúo hasta que dejó de sonar.

—Bueno, cuéntanos ¿qué tal con el doctor buenorro? —pregunto a mi amiga que descansa sobre el sofá. Ella se encoge de hombros, haciéndose la interesante—. ¡Venga ya! Suelta por esa boquita.

—Quiere que salgamos —contesta, quitándole importancia.

—¡Y tú quieres salir con él! —Sonrío y termino de devorar el último trozo de roscón.

Comienzo a toser y Roberto, que se apiada de mí, me golpea la espalda tratando de ayudarme. Casi me ahogo. Me sale nata hasta por los agujeros de la nariz. Le doy las gracias por salvarme la vida de morir atragantada por un dulce de Navidad y me levanto a por un poco de agua. Cuando vuelvo, Sara se ha quedado dormida y nuestro amigo recoge las tazas del café. Se las quito de las manos y las llevo a la cocina. Media hora después canturreamos *Flor de loto* tumbados boca arriba sobre la alfombra del sofá.

—Me encanta esta canción —observo con los ojos cerrados.

—Es una de mis favoritas —me indica él—. Búmbury siempre ha sido muy espiritual. La flor de loto es muy importante para muchas culturas. En el budismo indica un nacimiento divino.

De repente, abro los ojos y me siento con las piernas cruzadas.

—Roberto —Le toco el brazo—. Levántate. —Me ignora y sigue cantando.

—Roberto, es importante. —Le pellizco el brazo.

—¡Ah! —Se queja y se levanta.

—Me has obligado —me excuso.

—Ha dolido.

—A ver. —Le levanto la manga de la camiseta y me cercioro de que no es nada—. Qué exagerado eres.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

—Sé que no te va a gustar, pero... he vuelto con Alejandro. —No veo en su cara ni pizca de asombro.

—Ya lo sabía.

—¿Cómo que ya lo sabías?

—Tarde o temprano pasaría. No estaba seguro hasta ahora.

—Y ¿no te importa? ¿No tienes nada que decir al respecto?

—No me gusta. No me gustará nunca, pero te quiere y cuida de ti. Lo respeto por ello.

Durante unos segundos me planteo contarle que estoy embarazada, sin embargo, la próxima persona a la que se lo diga será a Alejandro.

—No me voy a mudar a Barcelona. Ya he rechazado la oferta de trabajo.

Mi sitio está aquí. —Se le ilumina la cara con una gran sonrisa y me abraza.

Caigo de espaldas al suelo con su cuerpo sobre mí.

—¿Una orgía en el salón de esta casa sin mí? Pero ¡seréis cabrones! ¡Con lo falta de sexo que estoy! Me va a volver a crecer el himen. —Lloriquea, exagerada, Sara, que se acaba de despertar.

Comunico a mi amiga las últimas noticias y se alegra de que Alejandro y yo nos hayamos perdonado. Hablamos sobre la liberación del alma que produce el perdón y que no hay que sentirlo como parte de la vulnerabilidad humana, sino todo lo contrario, nos hace fuertes a la vez que nos permite avanzar y soltar amarras. Sara se queja sobre la profundidad de la conversación tras haber sufrido un traumatismo craneoencefálico, y terminamos hablando y haciendo planes sobre el viaje a Granada que hemos tenido que posponer.

La enferma comienza a quejarse de un fuerte dolor de espalda y le aconsejo que se tumbe en la cama un rato antes de cenar. La llevo a su dormitorio en una silla de ruedas, que también hemos alquilado, —solo son un par de metros, pero yo no puedo con ella en brazos, y Roberto ha bajado a comprar unas cervezas para él y refrescos para nosotras—, y la arropo con un par de mantas hasta el cuello.

—Quieres matarme de un golpe de calor —se queja—. Baja la calefacción, hace mucho calor. —Le doy un beso en la mejilla y le digo que la avisaré

cuando la cena esté preparada.

—Me alegro de que las cosas con Alejandro se hayan solucionado —dice mientras bajo unos grados la temperatura de la habitación.

—Algún día tendrás que decirme con qué te sobornó para que de pronto te cayera bien —Dejo el mando sobre la mesita de noche y me siento a su lado.

—Mmm —murmura pensativa—. Aún no sé en qué gastarme el dinero que me dio.

Me río y le doy un golpe en la mano.

—Idiota. No me lo creo.

Ella me mira y de pronto su semblante cambia, nunca la había visto ponerse tan solemne desde que se compró su bolso *Gabrielle de Chanel*.

—Me llamó. Y me dijo que su única misión en la vida desde que te conoció es y será hacerte feliz. Que te quería, pero que no me podía explicar cuánto porque ni él mismo lo sabía, nunca pensó que nadie podría hacerlo sentir así.

Clara llama por teléfono para preguntar cómo ha ido el traslado, Sofía se lo dijo ayer, y me pregunta por mi estado de salud. Quedamos mañana para cenar todos en casa y pasar Nochevieja juntos. Juan Carlos también vendrá.

Será muy diferente a la del año pasado, sin embargo, lo tomaremos como una forma de unirnos más, la adversidad tiene esa virtud, que te acerca a las personas que lo merecen, y nosotros llevamos ya muchas guerras ganadas juntos.

—Sofía también vendrá a cenar mañana. No vamos a caber —apunta Roberto.

—Voy a invitar a Noelia y a Alejandro. Si tiramos una pared, creo que arreglamos el problema de espacio —bromeamos mientras hacemos la cena.

—¿Te importa cuidar de Sara mientras voy a casa de Alejandro? Me gustaría hablar con él. —Algo me dice que ha llegado el momento de darle la gran

noticia.

Mi primera intención es pedir un taxi, pero Lobo me espera en la puerta de casa sentado en el asiento del piloto de su coche. Sale de él en cuanto me ve.

Camino hasta donde se encuentra y le pregunto si me puede llevar a casa del señor Fernández. Él, sin decir nada, me abre la puerta de atrás para que entre, pero yo lo ignoro y me siento en la del copiloto. Durante el trayecto trato de entablar conversación, sin embargo, este hombre no suelta prenda. Lo único que consigo sonsacarle es que Jordán tiene la noche libre. Así que me doy por vencida y me entretengo admirando la iluminación de Madrid en Navidad.

¡Qué maravilla! Es una pasada.

Mi guardaespaldas se queda en la puerta y yo entro en el edificio dando saltitos, poco a poco todas las piezas del puzle van encajando en su lugar. Le doy las buenas noches al portero, que me responde con el mismo ánimo y subo en el ascensor dispuesta a dar a Alejandro la mayor sorpresa de su vida.

Supongo que la noticia de que va a ser padre no se la dan todos los días.

«Ni siquiera sabes si le va a gustar».

Vaya, no había pensado en esa posibilidad, sin embargo, mi sub, siempre alerta, baraja todas las opciones.

Salgo del ascensor decidida, pero bastante más acobardada. ¿Y si no cree que sea de él? ¿Y si no quiere tener un bebé? ¿Y si esto lo cambia todo?

Pienso en llamar antes de entrar, pero recuerdo que tengo llave y abro sin darle más vueltas al dilema. El vestíbulo me recibe muy poco iluminado, camino hasta el salón y se me corta la respiración. ¿Qué hace Marina de la Rosa en el salón del ático de Alejandro un miércoles a las once de la noche con una copa de vino en la mano?

Cuando me ve, sonrío perversa. Mi cara de confusión debe parecerle de lo más graciosa. La miro de arriba abajo, perfectamente ataviada con un vestido muy sexi de vete tú a saber qué diseñador, a juego con unos zapatos de

vértigo y el pelo como si acabara de salir de la peluquería más exclusiva de la calle Serrano. La miro con desprecio.

—¿Qué haces aquí?

—Dándole a Alejandro lo que tú nunca podrás darle. —Levanta la copa en mi dirección, brinda al aire y bebe.

Mi primera intención es arrearle una buena hostia y volverle la cara del revés. Sin embargo, mi sub y mi yo más racional me recuerdan que, si ha entrado, es porque alguien debe haberle abierto la puerta. Desde luego, bienvenida es. Así que salgo de allí corriendo, soltando exabruptos por la boca, tirándome de los pelos y gritándome en silencio que nunca cambiaré ¿Cómo puedo ser tan ingenua? ¿De verdad creo que Alejandro va a dejar a la mujer a la que hace tan solo unos días besaba en la puerta del restaurante Temaka? Llego a la calle y un frío helado me corta la cara. Escucho un grupo de campanilleros con sus típicos gorros blancos de lana entonando villancicos y que caminan en mi dirección. Veo a Lobo a lo lejos, con el cuerpo dejado caer sobre un lateral del coche y un cigarro en la mano. No se percata de mi presencia y salgo corriendo en otra dirección. Mil ideas descabelladas comienzan a cruzar mi mente. Tal vez el trabajo de mi guardaespaldas no es velar por mi seguridad, sino vigilarme para que él, el cabrón enchaquetado, pueda tirarse a su ex prometida sin que yo me entere. Argg.

Me detengo junto a un camión que ha frenado en un semáforo en verde para peatones y me dispongo a cruzar la calzada. Justo en frente tengo el parque por el que salí corriendo una vez de aquí hace ya dos meses. En ese preciso momento la puerta de una furgoneta negra se abre y de ella salen dos hombres encapuchados. No me da tiempo a reaccionar. Uno me aprisiona por la espalda y otro me tapa la boca con una especie de trapo, mientras vigilan en todas direcciones. Comienzo a patallar y a gritar. Unos segundos después... todo se torna oscuridad.

SALIR DE AQUÍ. AHORA. YA

—Dani, despierta. Ya es Navidad —me susurra mi madre al oído. Me revuelvo en la cama un poco, pero, cuando me doy cuenta de lo que ha dicho, me levanto como un ciclón y comienzo a saltar sobre la cama.

—¿Ha venido Papá Noel? ¿Ha venido Papá Noel?

—No lo sé, mi pequeña estrella. Tendrás que ir a comprobarlo tú.

Fernando y yo caminamos agarrados de las manos y muertos de miedo hasta el salón donde el gran árbol de navidad, que montamos con la ayuda de papá, cada año nos espera con las luces encendidas y rodeados de regalos. Mi hermano y yo corremos hasta llegar a ellos y comenzamos a abrirlos como si el tiempo corriera en nuestra contra.

—Es la caja de pinturas que le pedí. ¿Se ha bebido la leche? —pregunto, entusiasmada.

—Claro que sí. Y también se ha comido las galletas. Ha dejado una carta para ti y otra para tu hermano. —La leo todo lo rápido que puedo a mis ocho años y sus palabras me hacen muy feliz.

—Dice que me siga portando así de bien, que soy una niña muy buena.

—Dani, te has dejado un regalo por abrir. —Mi hermano me entrega una caja muy grande con el papel de princesas más bonito que he visto jamás.

Tiro de un lado y de otro hasta conseguir sacar lo que hay dentro. Unos

patines rosas con purpurina que me pongo de inmediato.

*—Tranquila, mi niña. Tendrás que aprender. Puedes caerte y hacerte daño
—me advierte, mi padre.*

Con la ayuda de mi hermano, me levanto y me pongo a practicar agarrada a todos los muebles de la casa. Una hora después me siento con confianza de soltarme y hasta de apuntarme a hacer patinaje artístico profesional e ir a las próximas olimpiadas. Hasta que, en una esquina del pasillo, donde no encuentro nada donde agarrarme, me resbalo y doy con la cabeza sobre el suelo. Grito y mis padres llegan corriendo hasta mí. Un inmenso dolor de cabeza, que nunca antes había experimentado, se apodera hasta de mi cuello y comienzo a llorar.

Negro. Negro. Negro. Todo lo veo y lo siento negro. ¿Se puede sentir un color? Yo creo que sí. Trato de mover el cuello, pero un latigazo de dolor me traspasa desde la columna hasta la cabeza y me estremezco. Trato de abrir los ojos, sin embargo, parece que alguien me hubiera pegado los párpados unos con otros, pesan. Negro. Unos segundos después, gris. Escucho un ruido a lo lejos. Chirrido de una puerta que se abre. El arrastre de un pesado mueble de metal. El tintineo de unas llaves. Intento, de nuevo, ver qué ocurre a mi alrededor. Dónde me encuentro. Estoy desorientada. Unas cuantas personas hablan no muy lejos de aquí, pero no reconozco sus voces. Trato de retroceder en mis pensamientos y buscar mi último recuerdo, el lugar en el que me encontraba antes de desvanecerme. Pero nada, más negro. Miro a mi alrededor e inspecciono el terreno. Nunca había estado aquí. Solo veo estanterías repletas de cacharos antiguos llenos de polvo, una caldera pegada a la pared de mi izquierda y una única bombilla sin lámpara colgada sobre el centro de la habitación, casi sobre mi cabeza. Intento levantarme, pero algo me lo impide. Unas cuerdas me rodean los pies y las manos y me atan a una silla que vivió tiempos mejores. Me asusto cuando me doy cuenta de la situación. Me remuevo nerviosa y la respiración se me acelera, tanto que comienzo a hiperventilar.

—Tranquila, saldremos de aquí —escucho una voz de mujer en algún lugar de la habitación. Me asusto de nuevo y la busco con la mirada. La encuentro frente a mí, en mi misma situación. Atada a una silla sin posibilidad de escapar. Ve reflejado el terror en mi rostro.

—Todo saldrá bien —sigue, afectuosa y demasiado tranquila para lo preocupante del momento.

—¿Quién... quién eres? ¿Qué está pasando? —digo, entre temblores.

La luz comienza a parpadear y, durante unos segundos, nos quedamos completamente a oscuras. Escucho una puerta de hierro abrirse y unos pasos, fuertes y duros, llegar a mi altura. La iluminación vuelve y un hombre con una espesa barba y muy grande me mira con intensidad.

—¡La muñequita se ha despertado! —grita, a la vez que sonrío, espeluznante. Dejo de respirar. Otra persona llega y para junto a él.

—Vaya, vaya... —Un hombre, con un juego de llaves en una mano y un teléfono móvil en la otra, se acerca demasiado a mí. Reconozco al instante su cara por la inmensa cicatriz que la cruza. Tropecé con él de una manera muy brusca en medio de la calle—. Eres una preciosidad. Me va a dar mucha pena tener que matarte. —Me hace una foto con el móvil, el destello del flas me deja ciega durante unos instantes.

Cierro los ojos y vuelvo la cara. El aliento le huele a alcantarilla que, unido a lo que dice, me dan ganas de vomitar. Me agarra con fuerza del mentón y me obliga a que lo mire.

—Todo dependerá de él y de su amiga. —Señala a la mujer que tengo al lado—. Espero que te portes mejor que esa diablilla.

—Vete a la mierda, jodido cabrón —grita la susodicha en español, pero con un marcado acento francés —los nervios no me han dejado darme cuenta hasta ahora—.

El ogro me suelta, camina hasta ella y le da un guantazo en la cara que resuena por toda la habitación. El labio de la chica se colorea de sangre y un par de gotas caen hasta su pantalón. Manchas de sangre seca cubren su camiseta.

Escuchamos unos fuertes golpes fuera del habitáculo donde nos encontramos y nuestros dos raptos salen, dejándonos solas, de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunto, más que por preocupación, por inercia. El pánico no me deja pensar.

—No ha sido nada. —Se limpia los labios con la lengua y escupe—. Eres Daniel, ¿verdad? —¿Cómo sabe mi nombre? ¿Quién es esta mujer?

—Me llamo Lucie.

Un millón de conexiones nerviosas y células se ensamblan en mi mente, buscando, con una rapidez inusitada, de qué me suena ese nombre. Álvaro.

Lucie es la chica con la que Álvaro soñó, de la que le he escuchado hablar en contadas ocasiones

—Sé quién eres. He escuchado hablar de ti.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Dónde estamos?

—No lo sé. —Mira de un lado a otro, buscando algo. Fija la mirada en un punto detrás de mí—. ¿Ves aquella caja de metal? La que está abierta detrás de ti. —Giro la cabeza y asiento—. ¿Puedes llegar hasta ella? —Trato de moverme y casi me caigo al suelo con la silla pegada al cuerpo—. Inténtalo dando pequeños saltos —me aconseja.

—No puedo —digo, asustada como una niña pequeña.

—Claro que sí. Escúchame. Muévete despacio, pero sin parar. No creo que tengamos mucho tiempo. —¿Mucho tiempo para qué? Sus palabras no me tranquilizan nada. Vuelvo a intentarlo y, poco a poco, llego hasta mi objetivo—. ¿Ves el filo? Tírate hacia atrás y corta la brida de tus manos.

Miro el borde afilado de la caja y unas enormes gotas de sudor frío comienzan a rodar por mi frente.

A la de una. A la de dos. Y a la de tres. Me impulso con los pies hacia atrás y caigo sobre mi objetivo con demasiada fuerza, cortándome el brazo derecho a media altura. Me quejo. Lucie me pregunta si me he hecho daño y le

respondo que estoy bien. Pongo la brida, no sin trabajo, sobre el filo y comienzo a mover las manos, rasgo el plástico poco a poco hasta que me libero del amarre de la brida. Eufórica, me incorporo hacia delante y observo que la herida que me acabo de hacer sangra de forma preocupante.

—Vamos, tenemos que darnos prisa —me insta Lucie.

Me siento sobre el suelo y con la misma técnica del frotado, rompo la correa de los pies que me rodeaba a la altura de los tobillos. Busco un cuchillo entre las estanterías y libero a mi compañera todo lo rápido que puedo. Me da las gracias, se pone de pie, mira mi brazo y observa el goteo continuo de sangre que mana de él.

—Busquemos algo para cubrirte la herida.

—Estoy bien.

Sin escucharme, remueve varios bártulos hasta encontrar una camiseta — bastante sucia—, la rompe y me rodea el brazo con ella.

—Paremos la hemorragia, después trataremos la infección. Ayúdame a subir ahí. —Señala una ventana muy pequeña, casi pegando al techo.

Deduzco que nos encontramos en un sótano de alguna casa vieja.

Amontonamos unas cajas vacías y Lucie sube e intenta ver a través de la ventana.

—Aún no ha amanecido. O nos largamos ahora, o no lograremos salir de aquí con vida.

—No lo entiendo, ¿qué es lo que quieren?

—Información. —Salta, ágil, hasta el suelo—. Y un cuadro valorado en más de cien millones de euros. Coge por ese lado. —Me señala una mesa de carpintero muy alta con la que atrancamos la puerta. Y continuamos improvisando para escapar.

Reparo en las marcas, moratones y heridas de su piel mientras busca y

encuentra un bate de beisbol para, lo que supongo, romper la ventana.

—¿Te han torturado? —En un principio solo pretendo pensarlo, pero mi yo descerebrado deja de filtrar y lo suelo en voz alta.

—Soy más fuerte de lo que parezco. —No lo niega.

—Lo siento. —Ni siquiera sé por qué me disculpo, pero nadie debería sufrir de esa manera. Se detiene frente a mí y me mira, consiguiendo que deje de observar su maltrecho cuerpo y me fije en ella.

—Dani. Si no salimos de aquí, te lo harán a ti. No quiero asustarte, pero esta gente no se anda con chiquitas. Te utilizarán para extorsionar a Álvaro y conseguir que le entregue el cuadro, pero, créeme, nunca lo hará. Aunque quisiera. Sé lo que significas para él, aun así, no puede hacerlo, nunca entregará ese cuadro. Así que deja de preocuparte por mí, tenemos que centrarnos en escapar, o moriremos antes de que salga el sol.

Me toco el vientre, asustada, no quiero que le pase nada a mi bebé. Me moriría si le ocurriera algo malo. Así que busco fuerzas donde no sabía que existieran y ayudo a Lucie a subir y romper el cristal. Después de tres golpes bien contundentes, conseguimos resquebrajarlo y, con las manos, apartamos los trozos restantes para poder cruzar el pequeño hueco sin cortarnos la piel.

Escuchamos voces detrás de la puerta y nos damos prisa por salir de allí. Sin embargo, nos cuesta más de lo que pensábamos salir por el pequeño agujero.

Nuestros raptores empujan con fuerza, tratando de abrir, y la puerta choca con la mesa provocando un gran estruendo. Miro hacia arriba y Lucie termina de meter los pies. Después de unos segundos, asoma la cabeza y me ofrece la mano.

—Date prisa. Agarra mi mano. —Escucho otro golpe al otro lado de la habitación y me sobresalto. Me subo a las cajas, que comienzan a tambalearse. Miro hacia abajo y mis pies se mueven como si cruzáramos el mar en una pequeña balsa en medio de una tempestad. Estiro el cuerpo, pero no alcanzo a coger su mano. Doy un pequeño salto, pero solo logro caerme al suelo desde una altura de casi un metro. Me olvido de un fuerte dolor en el

brazo y vuelvo a intentarlo. Mi compañera escapista me anima a que no me amedrente y, después de un último intento, consigo asir su brazo. Saco la cabeza al exterior y, cuando creo que soy libre, alguien tira de mis pies hacia atrás. Comienzo a dar patadas y a gritar. Lucie tira fuerte de mí y, sin creérmelo, caemos las dos sobre un césped mojado. Nos levantamos todo lo deprisa que el cansancio por el esfuerzo nos deja, y corremos a través de la oscuridad. Encontramos una valla de madera muy alta que nos hace plantearnos si saltarla subiendo a un árbol cercano, o rodearla sin saber hasta dónde nos pueda llevar. Corremos pegadas a la cerca en dirección contraria a la casa y vislumbramos una hilera de luces que se mueven.

—Tiene que ser una carretera. Vamos.

La sigo campo a través, mirando hacia atrás de vez en cuando por si nos siguen. Llegamos hasta el arcén de un carril, asfaltado en los tiempos de la república, por el que ahora no pasa nadie. Tropiezo con una piedra y caigo al suelo. Lucie me ayuda a levantarme y a seguir caminando. Veo un coche acercarse a nosotras y me dispongo a chillar como una posesa para que nos vea y nos ayude.

—Sshh. No sabemos quiénes pueden ser. Será mejor que nos escondamos hasta asegurarnos de que no son ellos.

Aguardamos a que el vehículo pase, ocultas detrás de unos matorrales.

Cuando vemos a una pareja de personas mayores que conducen con mucha tranquilidad, Lucie sale a pararlos. En ese momento, un secuestrador, el de la cicatriz en la cara, sale de la nada y la golpea con fuerza en la barriga. Ella cae al suelo retorciéndose de dolor. Unos segundos después, se levanta y lo empuja. El hombre la zarandea por los hombros y de un puñetazo la derrumba sobre el suelo. Su cuerpo desvanecido emite un ruido sordo en la caída. Trato de escapar, pero otro hombre me atenaza y me estrella contra el tronco de un árbol. Grito de dolor y desconsuelo cayendo completamente mareada sobre la hierba. Vuelve hasta a mí, me levanta y me golpea muy cerca del vientre. Trato de cubrirme cuando veo su intención, pero, o reacciono demasiado tarde o sus movimientos me ganan en rapidez. Una punzada de dolor me llega hasta la columna vertebral. Me asusto tanto, que comienzo a rogar que no me haga daño. Me da igual mi destino, pero no el de

mi bebé. Me retuerzo y trato de volverme para que sus golpes impacten lejos del vientre. Su puño topa con mi cara y me desplomo de rodillas. Después de eso, no recuerdo nada más.

Abro los ojos. Un rayo de sol ilumina la arena mojada de mi lecho. Cierro los ojos. Un frío sudor cubre mi cuerpo. Entorno los párpados. El salón de una vieja mansión. Los vuelvo a cerrar. De nuevo el frío sótano donde nos mantenían encerradas. Semiabiertos de pánico. Lucie tirada a los lejos, inconsciente, sobre el suelo, al igual que yo. Cierro los ojos y concentro mi esfuerzo en llamarla, pero no me sale la voz. Carraspeo y trago, humedeciéndome la garganta, reseca y ajada por el dolor.

—Lucie... —musito—. Lucie... despierta —Por favor, que esté bien, por favor, que no esté muerta—. Lucie... Arrgg —Un fuerte pinchazo en el vientre me hace gritar. Me encojo en posición fetal y me masajeo la zona. Mi bebé. ¿Mi bebé estará bien?

—¡Vaya, la zorra de Álvaro parece que ha despertado! —Una voz ruda, ya conocida, se acerca a mí, se agacha y me zamarrea por los pelos, me levanta la cabeza y sisea sobre mi cara—. ¿No has tenido bastante? —Me suelta con fuerza y la cabeza me golpea contra el suelo. Cierro los ojos y aprieto los dientes. De repente, una fuerte patada impacta sobre mí, esta vez más cerca del pecho. Grito. Veo que levanta la pierna y se dispone a patearme de nuevo.

—Déjala. De momento, muerta, no nos sirve de nada —le ordena la otra voz.

Me encojo y casi no puedo respirar. Miro hacia abajo al notar algo húmedo entre las piernas. El corazón se me encoje cuando tomo plena conciencia de la situación. Un líquido burdeos se acumula en mis pantalones, me toco con las manos y los dedos se me tiñen de sangre. Cada vez hay más.

Me encojo sobre mí misma y comienzo a llorar. No, mi bebé no. Un miedo desconocido hasta el momento se apodera de mi lado racional, nada de lo que me ha pasado hasta ahora en mis treinta años de vida se puede comparar al pánico que me invade y me domina. Comienzo a temblar y me abrazo, a mí y a él.

—Quédate conmigo, por favor —le suplico, antes de desvanecerme.

SI TÚ TE VAS

ÁLVARO

Subo a casa de Alejandro dispuesto a contar a Daniel a qué me dedico y por qué no he podido volver a por ella durante estos años. No dudo de qué será lo primero que me pregunte, deseosa de saber. Espero que entienda que no soy un ladrón, es más, lucho contra ellos. No concibo que el arte se esconda al mundo, solo para el disfrute de unos pocos privilegiados egoístas que se creen con derecho, por el hecho de tener dinero, de privar al resto del disfrute de grandes obras. El público merece deleitarse e incluso educarse con ellas. Jamás dejaré que cojan polvo en el salón de un caprichoso adinerado.

He llamado a Alejandro antes de venir, confío en que tarde en llegar.

Necesito tiempo a solas con Dani, el suficiente para que comprenda que no robo, sino que recupero y restituyo arte robado. Además de compartir con ella la idea de que lo voy a dejar, no quiero seguir huyendo, no deseo vivir así.

Me sincero y le abro mi corazón. Hasta le entrego el anillo que compré para unir nuestro sino hasta la muerte. Qué frustración, no ha reaccionado conforme a mis deseos. Sospechaba por descontado que no se rendiría sin más a mis pies, y con mayor motivo al descubrir que mi vida transcurre por caminos más complicados de los que ella podría imaginar. Pero confiaba en

que, tal vez, me diera una oportunidad, otra más, porque ignoro ya cuántas he desperdiciado. Y me he topado con una realidad que anula mis aspiraciones.

Escucho de sus labios que Alejandro es el hombre de su vida, con rotundidad, como antes nunca me lo había dicho. Me ha roto un poco más el corazón, si eso fuera posible. No puedo decir que no lo esperaba, cabía la posibilidad de no retorno, pero nunca perdí la esperanza de volver a poseerla, de que volviera a ser mía. Pero no soy lerdo, lo comprendo. No puedes ser de alguien cuando ya perteneces a otro. Dani regaló su corazón a Alejandro el día que lo conoció, no se puede dar lo que no se tiene, y ella ya no es dueña de todo lo que yo le pido.

—Te he amado tanto que siempre será así. —Se acerca a mí, mientras trato de mirar hacia otro lado, perdido entre tanto dolor. Me agarra del cuello de la camisa y me obliga a que la mire—. Siempre, Álvaro. Siempre serás mi primer amor, me enseñaste muchas cosas que guardaré como un tesoro. No pasará un día sin que me acuerde de tus ojos, de tu boca, de cómo el viento mueve tus cabellos, de tu sonrisa, de cómo te brillan los ojos al mirarme... de ti, estoy segura. Pero no eres el hombre de mi vida. Alejandro lo es y voy a vivir mi vida junto a él. —Sus lágrimas y las mías se escapan, desesperadas.

Las dejo salir, quizá ellas puedan dar sentido a todo lo que ocurre.

—Te quiero tanto... —susurro junto a su boca. Pego nuestras frentes y la beso con mucho amor, con todo el que quisiera regalarle, para siempre, para ella—. No quiero vivir sin ti. No puedo hacerlo. —Me resisto.

—Tienes que hacerlo, Álvaro —me ordena entre suspiros—. Eso no es todo — advierte, en un tono de voz grave, molesto—. Estoy embarazada.

Alejandro y yo vamos a tener un bebé. —Estas últimas palabras me dejan de piedra. ¿Qué está diciendo? Cada célula de mi cuerpo deja de sentir, de creer y de soñar. Todas mis ilusiones se diluyen en la certeza de que contra eso no puedo luchar. La abrazo y comienzo a llorar.

—Te quiero —repito, anhelando fervientemente que no se le olvide nunca.

—Estoy esperando un hijo suyo —vuelve a decir. Tal vez crea que no he

podido asimilarlo y ella también rompe en llanto—. Tienes que aceptarlo — me ruega entre sollozos. Trato de mantenerme en pie, pero las rodillas me tiemblan y mis piernas flaquean, caigo al suelo de rodillas, superado por la situación, y la arrastro a ella conmigo.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —Le acaricio las mejillas.

—Quererme siempre, como yo a ti. Pero busca a alguien que te ame más, mucho más.

—Como tú ya no lo sientes. —Mastico mi propio dolor y lo trago.

—Como ya yo sentí una vez. ¿Sabes por qué? Porque más no se puede querer. —Me asegura.

—Lo quieres a él.

—Tanto como te quise a ti. Pero él es ahora mi lugar, busca el tuyo, Álvaro. Nada me haría más feliz que verte feliz.

Salgo del garaje a trompicones, me cuesta caminar, todo el cuerpo me pesa como si cargara con quintales de hormigón armado sobre los hombros. Me siento en el coche y comienzo a sollozar como un niño pequeño que acaba de perder su tesoro más preciado. Y ha sido así. Ella lo era todo, lo es todo y lo seguirá siendo siempre. ¿Podré algún día olvidar todo el amor que siento por ella? Creo firmemente que no. Imposible que se diluyan tantos y tan tenaces sentimientos. Amarla me ha mantenido vivo más tiempo del que lo he hecho por propia convicción, acostumbrarme a seguir sin la esperanza de tenerla no va a ser fácil. Pero, por mucho que duela y pese, no tengo otra opción.

Camino durante más de dos horas, el viento helado casi logra reconfortarme, y digo casi, porque siento que nada lo hará. Me flagelo recordando todos los momentos felices vividos juntos. Su piel contra mi piel.

Su boca contra la mía. Su risa entre las sábanas. Su calor...

Entro en el hotel Santo Domingo y me siento en la barra del bar, sobre un taburete verde a juego con la decoración, moderna, sin perder el estilo clásico

señorial. Jean y yo hemos visitado el spa de la terraza alguna vez en verano durante estos años. Le pido al camarero un vodka y me lo sirve con trocitos de frutas deshidratadas y jengibre fresco. Me lo bebo de un trago y, con un golpe seco sobre el cristal, le reclamo otro. Este tarda más en ahogarse en mi garganta. Le doy vueltas hasta que el hielo casi se derrite llegando a formar parte del alcohol. Agacho la cabeza y cierro los ojos, esperando que mi dolor se diluya también, sin embargo, no lo hace, y no es que lo esperara.

El estado de alerta constante que mi trabajo requiere me advierte de que alguien toma asiento justo al lado.

—Es una pena marear una bebida así.

—No estoy seguro de querer bebérmela y olvidar —respondo sin mirar.

—Olvidar nunca es una buena opción. Los malos recuerdos nos ayudan a mejorar, los buenos, a seguir siendo felices pase lo que pase. —Me suena su voz. No la reconozco como familiar ni conocida, pero algo en ella despierta en mí un determinado momento del pasado. La miro y me sonrío. Unas arrugas, acompañadas de un lunar, rodean su boca. Su voz... rasgada por el tiempo y vivencias, rememoran en mi mente una conversación, una charla en un momento crucial de mi existencia. Retrocedo unos años atrás.

—El guerrero se ha deshecho de la armadura. Por fin ha dejado de luchar.

—Nunca lo he sido, ya se lo dije una vez. Usted, sin embargo, sigue siendo adivina. Acabo de quitármela, si se puede decir así. Me la han arrancado llevándose con ella mi corazón.

La mujer de pelo blanco se acerca un poco a mí y pega su mejilla contra mi pecho. No me muevo, la dejo hacer por el simple hecho de que nada me importa.

—Yo lo sigo escuchando latir. —Vuelve a su posición y bebe un sorbo de su copa quitándole importancia—. Y con mucha fuerza.

—Eso no significa que no esté muerto.

—Nada ni nadie muere, solo se transforma, como la energía, porque somos pura energía. Descubre y acepta en qué se ha convertido y busca a quién regalarle todo lo que llevas dentro.

—No tengo nada, estoy seco. —Le doy un trago al vodka hasta dejarlo a la mitad.

—No riegues con alcohol el dolor, así no desaparecerá.

—Nunca lo hará.

—Claro que sí. Se disipará. Si has elegido seguir, seguirás.

Vuelvo a casa pensando en las palabras de Mathilde Bones, la señora que me acabo de encontrar, por casualidad, después de más de cinco años. La primera vez nos tropezamos en un avión, ese que me alejaba de Madrid y de Daniel, el que me acercaba al fin del mundo desde el que volvería tan cambiado a un lugar inhóspito que me costó reconocer. ¿Debería significar algo que sus sabias palabras me calmen en dos de los momentos más importantes y dolorosos de mi vida?

El día siguiente lo paso regando el dolor, pero no con alcohol, sino con un millar de pensamientos que no me hacen ningún bien. Échale gasolina a una pequeña llama y la convertirás en un gran incendio capaz de arrasarlo todo.

Sin embargo, no se lleva nada de lo que pretendes desprenderte, solo lo adhiere más a ti. Jean me despierta el miércoles con persistentes llamadas telefónicas. Me informa que tiene noticias de Lucie y me aconseja que coja el primer avión que salga hacia París. Tres horas después, Chisca, una de sus asistentas, me abre la puerta y me invita a que pase al salón. Una copia de El sueño de Picasso me saluda desde la pared.

—Tu cara no refleja nada bueno. —Mi amigo camina hasta a mí y me da un abrazo.

—La tuya tampoco —contesto.

—No tengo buenas noticias. Marieta ha muerto.

Me quedo helado.

—¿Qué? ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Aún lo estamos investigando. Me llamó anoche, tenía información sobre el paradero de Lucie y quedamos en vernos en el punto seguro. Cuando llegué, la encontré en el suelo con una bala en la frente.

—Lo siento —No debió ser fácil para él la situación.

—Estoy bien. —Trata de tranquilizarme, no obstante, sé que no es así—.

He investigado las últimas llamadas de su teléfono móvil. —Me lo ofrece y lo cojo—. Hasta hace una hora no he logrado desbloquearlo. Alguien se puso en contacto con ella justo antes de llamarme a mí. Tal vez esa persona le pasó la información. Tenemos que encontrarla. Estoy seguro de que se nos termina el tiempo.

Nos encerramos en su despacho hasta que damos con la dirección que necesitamos. Nos dirigimos allí en el coche de Jean, armados y con las ansias de encontrar a la persona que buscamos. Aparcamos delante de una nave en uno de los polígonos industriales más conocidos de París. No tardamos mucho, entre nuestras prisas y la corta distancia, en media hora rodeamos el lugar para inspeccionarlo. Encontramos una puerta trasera sin cerrar.

Entramos uno detrás de otro con nuestras armas en posición para disparar en cualquier momento. Un pasillo muy largo, de unos veinte metros, se abre ante nosotros. Caminamos hasta el final donde encontramos una puerta cerrada con llave; giramos el pomo tratando de abrirla. Imposible. Le pido a Jean que se aparte y cogiendo impulso, me tiro sobre ella golpeándola con el hombro.

Se abre y entro en una habitación. Un chico, bastante joven, delante de un montón de ordenadores, levanta las manos en señal de rendición.

—Por favor, no me hagáis daño —suplica. Lleva unas gafas de pasta negra, camiseta de Nirvana y pantalones vaqueros muy rasgados. No debe tener más de dieciocho años.

Camino hasta él sin dejar de apuntarle.

—¿Quién eres? —pregunto con el cañón de mi arma a dos centímetros de su cara. Él cierra los ojos y comienza a temblar.

—Me llamo Eddie. No me mates, por favor, te lo ruego. No me mates.

—¿Conoces a Marieta Fiquet? Hablaste con ella ayer.

—Le doy información y ella me paga. No la he visto nunca, no la conozco en persona.

—Ni la conocerás —dice Jean con dureza—. Murió ayer, poco tiempo después de hablar contigo. ¿Qué le dijiste? —grita.

—Me... me pidió que investigara a alguien.

—¿A quién? —pego el cañón a su mejilla.

—A Erwan Etien. Si me dejas, lo busco todo en el ordenador.

—Erwan murió hace un año. Yo mismo lo vi dejar de respirar. —Me pongo cada vez más nervioso. No sé de qué habla. Etien era uno de los hombres que más dinero movía en el mercado negro. Nos costó dos años dar con él.

Jean me obliga a tranquilizarme y me aconseja que lo dejemos hacer. El chico se da la vuelta, se sienta y las imágenes de las pantallas que aparecen en los más de diez monitores que cuelgan de la pared comienzan a cambiar. La cara de la persona de la que estamos hablando ocupa la mayor parte de ellos.

—Estas fotos son de tráfico, de hace pocos días. —Reconozco el paisaje de una de ellas.

—Eso es Madrid —confirmo.

—Lleva allí varias semanas —habla mientras sigue moviendo los dedos con agilidad sobre el teclado—. He buscado alguna dirección a su nombre o al de otros de los que ha utilizado estos años, ahora se llama Faure Edmund.

No encontré nada, hasta que, tras esta foto. —Aparece hablando por teléfono —. Rastreeé el repetidor más cercano en ese momento, y pude dar con su teléfono móvil. —El número sale en la pantalla del ordenador y, a continuación, el ruido de una impresora a mi lado me hace reaccionar. Cojo la imagen impresa y reconozco algo detrás. Unas letras iluminadas. La foto está tomada justo en la calle del Club Adara. Reviso otras y me doy cuenta de que muchas de ellas las hicieron allí y frente a la Torre de Cristal.

Esto no puede significar nada bueno. Marieta tuvo que averiguar o sospechar que ese canalla había secuestrado a Lucie y la retenía en su poder y, por tal motivo pidió que lo investigara. Le costó la vida. Si Erwan Etien se encuentra en Madrid, ella también. Y las fotos solo hacen multiplicar mi preocupación, Daniel se encuentra en serio peligro. Él ha tenido que ser el culpable del atropello a Sara.

Pisamos suelo español unas horas después. El alumbrado navideño esconde la oscuridad del cielo de Madrid. Dejo a Jean hablando con varios de nuestros infiltrados tratando de buscar alguna pista que nos ayude y me dirijo a casa de Alejandro para informarle de lo que ocurre. Espero que él sepa cuidar de Daniel hasta que todo esto se aclare. Me tranquiliza saber que vive con él y que lleva escolta que la protege. Necesito que comprobemos las cámaras de seguridad del Club, tal vez ellas puedan añadir más luz y darnos alguna pista de dónde buscar a continuación. Aparco el coche justo delante del portal y me bajo con rapidez. Un grupo de campanilleros con gorras de lana blanca me cortan el paso y me obligan a parar. Entonan canciones de navidad que ahora mismo no me apetece escuchar. Me encuentro la puerta del ático a medio cerrar, la empujo y escucho unas voces amortiguadas desde el salón.

—¿Cómo has entrado aquí? —le pregunta a Marina de la Rosa. Esta contesta tranquila, con una copa de vino en una mano.

—Tu hermana me abrió.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Visitar a mi antiguo amante, tal vez necesites algo de mí.

—Marina. Ya lo hemos hablado. Se acabó. —La mujer se acerca a él,

contoneándose, pero mi hermano la aparta y la invita a que se vaya. No se percatan de mi presencia, pero Noelia, que sale en este momento de uno de los pasillos, se acerca y me abraza.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—Necesito hablar con Alejandro. —Mi hermano se gira hacia mí, con un gesto me pide que aguarde mientras, con brusquedad, saca del vestíbulo a la señorita de la Rosa. Escucho cómo ordena a Carlos por teléfono que la lleve a casa. Unos segundos después la puerta se cierra y aparece junto a nosotros.

—No vuelvas a dejarla entrar —le ordena a Noe.

—Lo siento. Dijo que tenía algo importante que hablar contigo.

—¿Y qué tienes que decirme tú? ¿Dónde has estado metido estos días?

Las paredes de su despacho son testigos de mi confesión. Le manifiesto que temo por la seguridad de Dani y le pregunto dónde se encuentra ahora mismo. Su semblante cambia de repente. Me informa con aspereza que se mudó ayer a su apartamento para cuidar a Sara. Tuvo que dejar que se marchara. Le pongo al corriente de todo lo ocurrido y él hace otro tanto respecto a la búsqueda de Verónica y dónde se encuentra ahora. Noticia que confirma todas mis sospechas. Detrás del atropello de Sara me encuentro yo, o... a lo que me dedico. Alejandro trata de respirar y tranquilizarse, pero no lo consigue. Llama varias veces al teléfono de la mujer que ambos amamos sin obtener respuesta. Nuestro estado de ánimo cambia a uno mucho más nervioso y preocupado. Llama entonces al móvil del guardaespaldas.

—¿Dónde está Dani? —ladra, impaciente.

Mi hermano cambia el semblante a la vez que cuelga y una sombra lúgubre le cubre la cara. Casi corriendo, sale de la habitación y yo tras él. Le pregunto qué ocurre y, sin hacerme caso, entra en el ascensor y pulsa el botón. He logrado meterme en el último segundo antes de que las puertas se cerraran por completo. Le obligo a contarme, durante los segundos que tardamos en llegar abajo, lo que sucede. Lobo está abajo y se supone que Daniel estaba en el ático con él. Como le ocurra algo por mi culpa, jamás me lo perdonaré.

Salimos a la calle, desesperados por verla en ese momento, pero no es así.

Alejandro llega hasta Lobo encolerizado y lo agarra por el cuello del abrigo.

—¿Dónde está? ¿Dónde cojones está? —grita en su cara.

—Estaba arriba. No ha salido de ahí, señor.

Volvemos a entrar, preguntamos al portero y nos responde que la vio correr hacia la puerta hace más o menos una hora. Si el guardaespaldas y el conserje del edificio no se equivocan, debió entrar y salir al mismo tiempo sin entretenerse demasiado. O tal vez ni subió. Alex le quita las llaves a Lobo y los tres nos dirigimos a casa de Dani con la esperanza de encontrarla allí, y si no estuviera, buscar pistas que arrojen luz sobre su paradero. Alejandro ha llamado a Marina que, después de varias amenazas, ha confesado que Daniel subió y la vio. Tal vez se fue enfadada y todo sea una falsa alarma. Roberto nos abre la puerta y nuestras sospechas se hacen realidad. No está. No volvió a casa como todos deseábamos. Convenzo a Alejandro de que vayamos al Club y comprobemos las cámaras de seguridad de la puerta. Estoy seguro de que, si damos con el paradero de Lucie, encontraremos también a Daniel.

Miro el reloj de mi muñeca mientras subimos en el ascensor hasta la sala de monitores en Adara. Son casi las dos de la mañana, recién estrenado el treinta y uno de diciembre, último día de un año que espero termine mucho mejor de lo que empezó. Las grabaciones de la noche en la que atropellaron a Sara no nos rebelan nada especial. Solo se ve a ella correr, un coche oscuro arrollarla, darse a la fuga y poco más. Inspeccionamos otros momentos, sin conseguir lo que deseamos. Salimos del Club y volvemos a subir al coche.

Llamo a Clara confiando en que haya buscado refugio en ella, pero la llamada se agota sin obtener respuesta. No me extraño en absoluto, a las cinco de la mañana debe estar dormida. Inspeccionar las cámaras de seguridad nos ha llevado demasiado tiempo. Mi teléfono suena y Jean, desde el otro lado de la línea, me da una dirección. «*Castillos del Álamo, número 143*». Allí se supone que vive ahora ese rufián de Erwan Etien. «*Castillos*», «*14*», esas palabras las encontré grabadas sobre una nota que enviaron hace varios días.

Investigué la posibilidad de que fuera una dirección, no obstante, no encontré

nada. Claro, porque no existía, me faltaban datos. Cuelgo y se la doy a Alejandro que, en seguida, la introduce en el localizador GPS. Nos indica su ubicación, a noventa kilómetros de distancia. A medio camino, unas obras en la calzada de la autopista nos obligan a parar. Mi teléfono vuelve a sonar y, esta vez, me llega un mensaje de texto. Solo una imagen adjunta a él, Daniel, atada a una silla de pies y manos. Se la enseño a Alejandro que no duda en arrancar el coche y cruzar las obras ganándonos los insultos de los operarios que trabajan en ella.

—Si le ocurre algo, os mato a los dos. —Y no es una simple amenaza.

Nos encontramos con una urbanización de chalets, algunos más modernos que otros. Paramos en la calle paralela a la de Castillos del Álamo y caminamos hasta el número 143. Lobo se queda a vigilar, y Alejandro y yo saltamos una gigantesca valla después de cerciorarnos que nadie nos puede ver. Cruzamos el patio del chalet, más viejo que todos los demás, y, con un gesto de cabeza, mi hermano me indica que inspeccione por una ventana. Él lo hace por la otra. Yo cuento dos hombres, entre los que se encuentra el que buscamos, y él descubre a uno en otra habitación.

—Erwan está dentro. Solo son tres.

Saco el arma y vamos hasta una puerta trasera. Alejandro la abre de una patada y corremos hasta el salón. Apunto a Erwan con mi pistola y le ordeno que no se mueva. Mi hermano golpea a su acompañante y, de dos puñetazos, lo deja tirado en el suelo inconsciente.

—Vaya, qué sorpresa. Hacía mucho que no nos veíamos. —Sonríe Erwan.

—Desde el día que moriste —apunto con inquina.

—¿Dónde está? —Alex camina hasta él, encolerizado, lo coge por los hombros, lo levanta y lo estampa contra la pared.

—Dame el Caravaggio y os lo diré. —Dice mientras se incorpora.

Alejandro vuelve a golpearle, esta vez justo en el estómago.

—No creo que estés en posición de negociar. —le escupe en la cara.

Otro hombre, con una cicatriz muy grande en la cara, aparece de la nada, me empuja y me estrella contra un mueble de cristal que destrozo con el cuerpo. Argg. Me quejo. Mi arma rueda por el suelo hasta el otro lado de la habitación. Comenzamos a pelear. Recibo un puñetazo en la cara y me destroza la nariz. Le devuelvo el golpe con toda la saña que soy capaz y se retuerce de dolor. Aprovecho que se encoge para darle una patada entre las piernas, cae de rodillas al suelo y le destrozo la cara con un pie. Alex, mientras tanto, pega con fuerza a Erwan hasta dejarlo noqueado. Se detiene para lo más urgente, que busquemos a las chicas por toda la casa. No encontramos nada en los dos pisos superiores. Cuando casi nos damos por vencidos, nos percatamos de una puerta, cerrada con llave, al fondo de un pasillo detrás de la inmensa cocina. Vuelvo hasta los hombres que aún yacen inconscientes en el suelo y busco en sus bolsillos algún manojito de llaves.

Doy con ellas en el suelo, al lado del cuerpo del de la cicatriz. Bajamos las escaleras y lo que encontramos nos deja a los dos sin respiración. Lucie y Daniel tiradas sobre el suelo. Corremos hasta ellas y comprobamos que aún respiran. Llamo a mi compañera y trato de despertarla. Parpadea y me mira.

—Álvaro...

—¿Estás bien? —Asiente con la cabeza y busca a Dani con la mirada. Lo hago yo también y colisiono con una imagen dantesca. Alejandro le acaricia la cara mientras ella lo mira, casi sin vida. Una mancha de sangre la cubre entera de cintura para abajo.

—Alejandro, eres tú. —Mi hermano le besa la frente y le dice que todo irá bien.

—Te sacaré de aquí, te lo prometo. Te pondrás bien. Te voy a llevar a casa.
—Jadea. Nunca lo había visto tan compungido, tan... muerto de miedo.

Puedo sentir su temblor y pánico desde la distancia.

—Nuestro bebé. —Mueve los dedos sobre su vientre, que abraza—. Estoy embarazada —susurra entre suspiros. Los ojos de él se llenan de lágrimas que

no gotean—. Siento... argg —se queja de dolor—, iba a tu casa, quería decírtelo... pero alguien... —Aprieta los dientes y deja de hablar. Alejandro la zarandea levemente.

—Nena, nena... no te vayas, no me dejes —murmura sobre sus labios.

Puedo ver su corazón explotar y arrasar todo a su paso. Una lágrima cae por su mejilla—. No te mueras. Si te mueres, me muero.

Ella coge su mano y la deja sobre su vientre.

—Un trocito de ti y de mí. No me dejes de querer... nuestro bebé... —desvaría—. Sávalo a él. —La abraza con fuerza.

—Menuda estampa. Me dais pena. —Me perturba la voz de Erwan sobre el último escalón, apuntándome con un arma. Me tira un teléfono móvil que cae sobre mi regazo—. Llama a tu amiguito. Que traiga el Caravaggio y me irá.

Trato de moverme, pero me advierte que, si lo hago, matará a Lucie.

—No me des razones para mataros a todos —especifica.

De repente, mi compañera, que está tumbada muy cerca de él, le da una patada y lo tira al suelo. Me abalanzo sobre su cuerpo y le golpeo la cara. Me empuja hacia atrás y soy yo el que caigo contra una antigua caldera, dándome en la cabeza. Me mareo y, cuando consigo levantarme, veo a Erwan que coge la pistola del suelo, se gira hacia a mí y dispara.

Escucho el zumbido del arma dispararse a la vez que Alejandro se interpone en su trayectoria hacia mi pecho. Hinca las rodillas y se desploma sobre el suelo. Lucie derriba a Erwan rompiéndole una silla sobre la espalda y mi mundo se desmorona por completo. Corro hacia mi hermano que permanece quieto sobre el pavimento, demasiado quieto, sangrando por una herida muy cerca del torso, luchando por no dejar de respirar.

Alejandro...

Un segundo, todo tu mundo puede cambiar en un segundo. Las cosas por las que has luchado, las personas que más has amado, tus deseos, tus ilusiones, el

futuro, el presente, tus anhelos. Lo que en un momento dado es cierto, al siguiente ya no lo es. Lo que existe, desaparece. Lo seguro, cambia.

Lo real se vuelve ficción. Las certezas, dudas. Y el amor... el amor siempre queda ahí, clavado en el mismo lugar donde empezó. El amor nunca desaparece, la muerte no significa nada para él.

Nos sobrevivirá.

A todos.

No lo dudéis.

Jamás.

EPÍLOGO

Siete años después.

Salgo de la ducha empapado, otra vez se me ha olvidado sacar la toalla del mueble y ponerla más a mano. Dejo un reguero de agua por las baldosas del baño y sé lo que va a pasar. Esta vez no me libro. Me rodeo la toalla a la cintura y me miro al espejo, después de limpiar con la mano el vaho del cristal. Soy yo, el mismo de siempre, pero con unos cuantos años más. Entre el deporte y mi buena condición física, sigo exactamente igual, mi cuerpo apenas ha cambiado en nada. Camino hasta el dormitorio y me visto allí.

Últimamente, una camiseta y unos vaqueros son mi atuendo habitual. Miro varias fotos mientras camino por la casa. Me cuadro frente a una de ellas, esa que me dolía ver, pero que ahora me llena de felicidad. Mi madre, junto a nosotros, los tres, hace exactamente treinta años, una Nochevieja como la de hoy, sonriendo de verdad, henchida de felicidad, rodeada de todo el amor que le profesamos.

Escucho ruidos al fondo del pasillo y me dispongo a llegar hasta allí, pero la sintonía de mi teléfono móvil me obliga a volver hasta el dormitorio. Lo cojo de la mesita de noche, donde lo he dejado mientras se cargaba y veo varios mensajes y llamadas que han debido hacer mientras me duchaba. Mi primer impulso, pasar de ellas. Sin embargo, un *WhatsApp* llama mi atención.

Lo abro y veo un *gifs* de una felicitación muy original. Un ratoncito y una ratoncita brindan con dos copas de gin-tonics, más grandes que ellos, en las manos, por un feliz año nuevo. Sonrío de oreja a oreja, y meto el teléfono en el bolsillo de mi pantalón. No contesto ni atiendo a nadie más. Hace mucho que todo dejó de importar, o al menos todo lo que antes me importaba.

Conforme acorto la distancia con el salón, la algarabía se hace más fuerte e incesante. Me parece revivir este momento cada día. Cuando llego, no hay nadie, me extraño y busco en otra habitación. Nada, no encuentro nada. Una cama deshecha, ropa tirada sobre una silla y la luz encendida, pero nadie en el lugar. Escucho hacerse añicos un cristal al estamparse contra el suelo.

Camino hasta la cocina tropezándome con toda clase de juguetes, tirados por aquí y por allá. Veo a Coral barrer los trozos de vidrio esparcidos por las baldosas del piso. Le pregunto qué ha pasado y ella, como siempre, tan servicial, le quita importancia diciendo que son cosas de niños. Abro el frigorífico y me bebo una botella de agua pequeña de un trago. Le pido a la sirvienta que se vaya a casa, son más de las siete de la tarde y hoy es Nochevieja. Su bebé la echará de menos. Ahora que soy padre, sé lo que significa pasar tiempo alejado de tus hijos. Vuelvo al salón y la veo a ella, de rodillas sobre la alfombra, recogiendo varias muñecas, caballos de plástico y coches de policías y metiéndolos en una caja. Me acerco por detrás a la vez que se incorpora, soltando un pequeño suspiro. Rodeo su pequeña cintura con mis brazos, la giro y beso con pasión, como en esas películas románticas, justo antes de que la historia termine. No lo puedo evitar, se me pone dura en un instante. Ella sonrío al sentirla sobre su estómago y me empuja hacia atrás.

—Los niños nos pueden ver —me advierte, sin apartarse lo más mínimo.

—Que vayan aprendiendo. —Le beso el cuello, la mandíbula... le huelo el cabello—. Mi ratoncita. —Hago alusión al mensaje que me ha enviado.

—¿De verdad quieres que tus hijas conozcan el sexo tan pronto? —Su pregunta me hace reaccionar y me retiro hasta poder mirarla a los ojos. Un escalofrío me recorre de arriba abajo y frunzo el ceño. Nadie tocará a mis niñas. Nunca. Jamás.

—Mataré al cabrón que se le ocurra ponerles las manos encima. —Me acaricia la cara y me mira con mucha ternura. Unimos de nuevo nuestras bocas, esta vez en un beso mucho más corto y controlado.

—Mamiiiiii, mamiiiiii, mamiiiiii —Lía corre hasta nosotros, con cara de enfado y las manitas levantadas. Se agarra al vestido de su madre, sollozando.

—¿Qué ocurre, mi amor?

—Ito dice que soy una *pincesa*. Yo no quiero ser *pincesa*. Soy una *guerera*.

—Lloriquea.

Ese niño va a terminar con mi paciencia. Aparece dando saltitos justo detrás.

—¡Y me ha levantado el vestido! —¿Qué? Un día de estos muero de un ataque al corazón.

—Dice que mis *baguitas* son rosa de *pincesas*.

—Son rosas, Lía —le contesta Álvaro, como si una verdad aplastante saliera de su pequeña boca.

¿Cómo sabe ese niño de qué color lleva mi hija la ropa interior? Dani, que me conoce a la perfección, se acerca a mí, me palpa el pecho, cariñosa, y me dice:

—Cálmate, solo son niños. Si sigues así, te va a explotar la vena de la frente.

—La miro y mi corazón sonrío, reflejando la felicidad que irradia sus ojos. Tomo aire e hincho el pecho.

—Papi, mami *sempre* dice que nadie sabe *ladá mejó* que tú. *Ládale* a Ito también.

—¿En serio? ¿Eso dice mami? —La agarro por la cintura y la acerco a mí.

Le aparto el pelo de la oreja, sensual, y le susurro al oído, con voz ronca, anunciándole las ganas que tengo de follármela—. Te aseguro que esta noche taparé tu boca durante tanto tiempo que no solo no podrás hablar... ni respirar siquiera.

Observo cómo su cuerpo reacciona a mis palabras y vuelve a ponerse dura. Trato de calmarme y no espantar a los niños, pero ellos siguen con su trifulca sin enterarse de nada. Ahora discuten por quién de los dos es mayor.

Nacieron con una diferencia de diez meses hace unos tres años y medio.

Álvaro es el más pequeño.

Despedimos a Coral y le pido a Carlos que la acerque a casa y que, justo después, se vaya él. Me encierro en el despacho durante un rato a dejar todo listo durante los días que voy a pasar de vacaciones. Antes nunca las cogía, durante los primeros años me costó acostumbrarme. Ahora las disfruto y espero con ansias pasar unos días junto a mi familia, sin prisas ni reuniones ni viajes ni llamadas. Telefono a una de las pocas personas que me importan, Claudia, le deseo un feliz año nuevo y prometo ir a visitarla pronto, me cuidó durante muchos años.

Alma llama a la puerta y pasa. Mi niña mayor cumplirá seis años el próximo verano. La veo y su cuerpo rezuma energía, tanta que parece mentira que una vez, antes de nacer, estuvo a punto de morir. La admiro por la fuerza que tuvo de aferrarse a la vida, aunque nadie creía que llegara a suceder. Pero lo consiguió y su alma renació de las cenizas como el ave Fénix para convertirse en uno de los pilares más importantes de mi universo, de nuestro universo...

—Hola, cariño. —La abrazo y ella se sienta sobre mí—. ¿Ocurre algo? — Niega con la cabeza y sonrío.

—No me gusta que estés aquí solo. —Su vocecita consigue erizar los vellos de mi piel, me emociono solo con escucharla.

—No pasa nada. Papá tiene que trabajar.

—Pero hoy es un día especial. Siempre lo dices.

—Sí que lo es. —Le afirmo.

—¿Puedes contarme la historia? —me pregunta. Lo he hecho cientos de veces, pero lo haré mil más, cada vez que me lo pida. La abrazo y le aparto el flequillo de la frente.

—Había una vez una niña... —Sonreímos—... que el día de Nochevieja, tras salir sola a pasear, se perdió en un bosque lleno de oscuridad. Durante varios días, toda su familia y amigos la estuvieron buscando, pero no lograban encontrarla. La niña, valiente y decidida, aguardó en una cueva, resguardada del frío y de la nieve a que llegaran y la salvaran. Sin embargo, pronto se dio cuenta que era ella la que tenía el poder de seguir adelante y vivir. Durante cinco meses estuvo luchando con dragones de dos cabezas, lobos con colmillos de varios centímetros, serpientes con alas y brujas y brujos que querían llevársela a otro mundo. Pero ella resistió y, caminando con sus pequeños piecitos por un camino apenas alumbrado ni asfaltado, encontró la luz y llenó de amor y felicidad a sus padres que, desesperados, aguardaban su llegada.

—¿Y cómo se llamaba la niña, papi?

—Hay quien dice que se llamaba como tú. —Le señalo el corazón—.

Alma —pronuncio su nombre con mucho amor y devoción.

—Me gusta mucho esa historia. Yo también quiero ser valiente. —Sus ojos azules se funden con los míos. Le doy un beso en la frente.

—Lo eres, cariño. Lo demuestras cada día. —Me levanto con ella en brazos, con sus manitas rodeando mi cuello—. ¿Estás bien? ¿Te ha dolido el pecho?

—No —niega con la cabeza. Su pelito negro, a la altura de los hombros, se mueve de lado a lado—. Hace mucho que no me duele nada nada. — Vuelvo a besarla en la mejilla.

Alma nació unos meses después de aquel fatídico treinta y uno de diciembre en el que creí que las perdía a las dos. Jamás he pasado tanto miedo. Daniel tuvo que estar en reposo absoluto e ingresada casi todo el embarazo. Durante

unos meses nadie nos aseguró que nuestro bebé sobreviviera y, si lo hacía, conllevaría secuelas. Nuestra niña se agarró con uñas y dientes a la vida y, en un parto un poco complicado, nació sietemesina con un problema de corazón. Al principio nos asustamos mucho. Verle la carita, tocarla, olerla, sentirla y pensar que, después de todo, podríamos perderla, nos hizo replantearnos tantas cosas, que llegué a dudar si sería capaz de seguir cuerdo o me volvería loco. Tras las explicaciones de los médicos, nos tranquilizamos y pensamos que, si ella había luchado para conocernos, nosotros lucharíamos ahora para que se quedara, no la dejaríamos ir, por nada del mundo. Se ha sometido ya a dos operaciones de corazón en los mejores hospitales y las mejores manos, y no descartamos la posibilidad de que se tenga que someter a alguna más, pero nos enfrentamos al futuro juntos y con mucha fuerza. Nada ni nadie nos separará.

Entramos en la cocina cogidos de las manos. Dicen que somos como dos gotas de agua. Yo creo que ella es mucho más guapa e inteligente que yo.

Sara ayuda a Daniel a hacer la cena. Ha debido llegar hace un momento.

Alma sale corriendo hacia ella y la abraza.

—Titaaaaa.

—Hola, mi Alma. —La coge en brazos y da vueltas sobre sí misma. La risa de las dos rebota en las paredes. Al detenerse, se tambalean.

—Como te caigas con mi niña en brazos, te tiro por el ventana —la amenaza, serio.

—Nunca entenderé por qué lo sigues aguantando —le dice a Dani, mientras deja a la niña en el suelo—. Bueno, sí. —Hace un gesto con las manos, indicando el tamaño que tiene mi verga y le guiña un ojo a mi mujer.

Las dos sonrían y Dani le tapa los ojos a Alma con una mano. Sara se acerca a mí y me da un cariñoso abrazo que le devuelvo de la misma manera—. Te quiero, gruñón. Aunque nunca me hayas dejado vértela —suelta, normal.

A estas alturas de la película no vais a asustaros, pero sí, en varias ocasiones

me ha pedido que le enseñe la polla. Cree que tiene el deber de dar el visto bueno al miembro que hace a su amiga tan feliz. Además de no creerse que la tenga tan grande. Estoy muy bien dotado, no lo voy a negar, aun así, no, no se la voy a enseñar. Aunque me amenace con llevarse a mis hijas de discoteca y hacerles piercings y tatuajes.

Suena el timbre y Dani me ordena —sí, me ordena, las cosas por aquí han cambiado bastante— que vaya a abrir, mientras ella y Sara bañan a los niños y los preparan para la cena. Aún no he abierto la puerta del todo cuando un torbellino de mujer se tira sobre mi cuerpo y me empuja hacia atrás.

—¡Alex! —grita Noelia.

La abrazo y sonrío. Hace casi diez meses que no nos vemos. Después de trabajar y luchar contra el hambre y la pobreza durante cuatro años en varios países de África, volvió a Inglaterra a seguir ejerciendo la medicina, su gran pasión. Le costó volver a su vida normal tras vivir una situación tan traumática durante tanto tiempo. Las secuelas que la experiencia le dejó aún son palpables si hablas del tema con ella—. Qué bien hueles siempre —apunta—. Me recuerdas a mamá.

—No creo que mamá utilizara el mismo perfume que yo —respondo, seco.

—Qué insulso eres, hijo. —Me da un golpe en el hombro—. Ya sabes a lo que me refiero. —No, no lo sé, pero no se lo digo. Aun así, ella se explica—.

Hueles a hogar, a mi familia. —Sonríe y me da un beso en la mejilla.

—¿Dónde están todos? —Cruza el vestíbulo y se aleja. Cierro la puerta y la sigo.

—Daniel y Sara están bañando a los niños. Los demás aún no han llegado.

Entramos en la cocina y me pide que meta dos de las cuatro botellas de vino que trae en el frigorífico. Me pregunta por las últimas peripecias de Lía —una niña muy traviesa que inventa cómo meterse en problemas cada día— y por la salud de Alma. Ella le hace un seguimiento casi semanal desde la distancia y fue un colega que ella nos recomendó quien le realizó la primera operación.

—Ya sabes, cada día toma la medicación sola, como si fuera mayor.

—Niña espabilada y responsable donde las haya. A veces, cuando me habla, me pregunto si es mayor que yo. —Noelia sonrío, orgullosa de su sobrina y yo la imito.

Sara interrumpe nuestra conversación gritando que se queman las patatas del horno, incluso me regaña por no estar al tanto de ello.

—El pene muy grande, pero el oído muy corto. ¿No escuchas el pitido de la alarma? —Mi hermana pequeña se muere de la risa y yo resoplo.

Aprovecho que vuelve a sonar el timbre de la puerta para escapar de allí.

Veo a Daniel cruzar el salón y llegar hasta el vestíbulo para abrir. La imagen que contemplo, posicionado desde unos metros, se me sigue haciendo rara.

Me ha costado años aceptar que mi mujer estuviera locamente enamorada de mi hermano durante un periodo considerable de su vida, sin embargo, el tiempo y la distancia hacen que todo cambie de forma, las perspectivas se modifican, las cosas se advierten de otra manera, se entienden mejor. No puedo culparlo por amarla tanto como yo, cualquier hombre perdería la cabeza por ella. Así que, poco a poco, acepté todo lo que ocurrió. Me costó ponerme en su lugar, pero creo que lo he logrado. Para él, perder a Dani, aceptar su decisión y mi decisión, tampoco tuvo que ser fácil.

Daniel, cuando lo ve, se acerca a él y se funden en un cariñoso abrazo, del que se desprende también mucho amor. Se amarán, de alguna forma, hasta que se mueran, y no los puedo odiar por ello. Yo la tengo a ella, y no solo su cuerpo, estoy seguro de que su corazón y su alma también me pertenecen, ella me lo dio, así que ¿por qué condenar a mi hermano por quererla tanto como yo? No se elige a quién se ama. Los perdóné hace mucho tiempo, así como lo hice conmigo.

—Hola, Álvaro. —Se separan y sonrío.

—Hola, Dani. Estás... —La mira de arriba abajo y levanta la palma de una mano. Está guapísima, ella lo es, pero creo que no se refiere a eso—.

¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído a una piscina? —Dani se tira de la ropa y se mira. Suelta una carcajada que llega hasta donde me encuentro y suspiro.

—Ya me gustaría, ya. Una piscina, pero en un hotel en las islas Phi Phi.

Acabo de bañar a los niños.

—Pues parece que te hayas bañado tú.

—Soy un desastre. —Se encoge de hombros.

Escucho a Lía llorar y acercarse a mí. Álvaro la sigue, también corriendo.

La cojo en brazos.

—¿Qué ha pasado ahora? —Me resigno. Siempre están igual.

—It.... —El corazón encogido no la deja hablar—... Itooo...ooo me ha dicho....

A ver qué le ha dicho ahora. El niño se da cuenta de quién está en el vestíbulo y corre a su encuentro.

—Papááá. —Se tira sobre Álvaro. Este se agacha para recibirlo.

—Hola, mi niño. Te he echado mucho de menos. —Le da varios besos sobre la nariz y las mejillas.

Noelia abraza a Álvaro y se lleva, junto con Dani, a los niños, que se quejan ya de un hambre atroz. Me acerco a mi hermano y nos fundimos en un fuerte abrazo. Lo invito a tomarnos una copa de bourbon en el despacho y nos dirigimos hacia allí encontrándonos a Sara por el pasillo.

—Me he muerto y estoy en el cielo. —Se lleva la mano al pecho, teatralmente—. Los dos hombres más atractivos de la tierra, juntos, muy cerca de mí y de un montón de habitaciones con camas.

—Hola, Sara. —Álvaro sonrío y la saluda envolviéndola en un pequeño abrazo.

—Mmm, qué duro estás. —Aprovecha y le palpa los hombros—. Si sigues soltero, estoy dispuesta a entregarte mi flor —bromea, a sabiendas que se incomoda pronto —y que su flor la entregó hace ya mucho tiempo—.

—¡Deja de sobar a mi hermano! —grita Noe—. Tu novio te espera en el salón.

—Pues dile que venga, mujer, mientras más seamos, mejor. —Le guiña un ojo a Álvaro y se va.

Lleno dos vasos con el mejor bourbon del armario y le ofrezco uno a mi hermano. Brindamos de pie sobre la alfombra de mi despacho.

—Por ellos.

Ambos nos llevamos el borde del cristal a la boca y bebemos un pequeño sorbo. Hace una semana que Álvaro tuvo que volver a viajar por negocios y dejó a su hijo aquí, aprovechando que el colegio había terminado. Hace poco más de cuatro años, conoció a una modelo internacional con la que vivió una tórrida historia de amor que duró cuatro días, tiempo más que suficiente para dejarla embarazada. La noticia, al principio, no le llenó de ilusión, pero supo darse cuenta a tiempo de que lo que él quería ya no tenía razón de ser. La relación con la madre de Álvaro no llegó a buen puerto, sin embargo, los dos aceptaron la llegada del bebé con responsabilidad y entusiasmo. Comparten la custodia y, aunque viven en países diferentes —Roxana pasa la mayor parte del tiempo en Estados Unidos—, los tres llevan bien los cambios frecuentes.

—He conocido a alguien. —Álvaro corta el derrotero de mis pensamientos.

Al principio no entiendo muy bien a qué se refiere, pero comienzo a adivinar por el brillo de sus ojos. Sin duda se trata de una mujer.

—Es especial... —sigue—. Cuando estoy con ella... no lo sentía desde hacía mucho. —Inesperadamente deja de hablar y marea el contenido del vaso. Ha topado con un tema recurrente. Yo lo descubro, con cariño.

—Desde ella —digo sin tapujos. Él levanta la mirada y encuentra la mía.

Hace mucho que ambos dejamos de escondernos el uno del otro. Asiente con la cabeza.

—Sabes que la querré siempre.

—Lo sé y me alegra saber que te tendrá.

El silencio se instala entre nosotros, pero no se escucha ni incómodo ni denso, solo es ausencia de sonidos, no existe la necesidad de decir nada.

Somos dos hermanos que aceptaron hace mucho que se enamoraron de la misma mujer.

—Se llama Alexa —sigue él—. Y hace que pierda la razón.

—Me alegro, hermano. —Levanto la copa. Él hace lo mismo y la choca con la mía—. Por el amor —Brindo—. Da igual el tiempo, la forma y el lugar. Por el amor que todo lo puede. Por el amor que todo lo perdona. Por el amor que te vuelve loco. Por el amor que llena de felicidad. Por el que perdura en la eternidad.

—Te quiero, hermano.

—Te quiero, Álvaro. Sé feliz. —Nos fundimos en un abrazo fuerte, tierno, cómodo, seguro, de hermandad.

DANIEL

—Sara, por favor. Que están los niños delante. —Le obligo a que le quite las zarpas de encima a Tristán, su último novio. Este sonrío y se pone a jugar con Álvaro.

No sabría decir si es el definitivo, pero los seis meses que llevan juntos me hacen pensar que, tal vez, y solo tal vez, pueda llegar a ser el elegido. Se conocieron en una de las presentaciones de varios artistas nuevos de la

fundación, Tristán era uno de ellos. Tiene un don especial para representar imágenes a base de luces de distinta intensidad. En ello invertí parte de los cuatro millones de euros que mi hermano me entregó con motivo de mi treinta cumpleaños, regalo de mis padres que él multiplicó. En Art et Monde trabajamos para dar oportunidad a todos esos genios que caminan escondidos y aún no han descubierto la singularidad artística de sus talentos. Tenemos una escuela de arte para todas las edades, varias galerías en diferentes ciudades, y damos becas de colaboración para que puedan seguir sus estudios de arte en las mejores escuelas del mundo. Adoro mi trabajo, aunque de vez en cuando tenga que viajar, pero la mayor parte del tiempo se la dedico a mi familia y a mi hogar.

—¡Qué aguafiestas eres! Por eso nunca me casaré, se pierde la magia.

—Pero ¿qué dices? No se pierde nada. Bueno, sí, intimidad. No puedo follar a cualquier hora en cualquier sitio.

—¡Follar! —grita Lía—. Eso es una *palabota*. *Sempe* dices que no se dicen *palabotas*. —Me llevo las manos a la frente y la froto. Trato de hablar bien, pero solo lo consigo a duras penas. Desde que tengo hijas me he dado cuenta de lo mal hablada que somos las dos, las niñas repiten todos los exabruptos que se nos escapan. A ellas no se les pasa uno. Tienen un radar detector de palabrotas siempre alerta.

—Bailar, mami ha dicho bailar. —Le quito importancia. Miro a Sara, que ríe a carcajadas.

—Todo esto es por tu culpa. —Le cargo el muerto, señalándola con el cuchillo con el que estoy cortando el queso. Alarga la mano y me quita uno de los triángulos.

—Si yo no he dicho nada, has sido tú. —Sigue riéndose de mí. La muy perra.

—Llevo mucho tiempo a tu lado. Solo me enseñas cosas malas. —Pongo unas nueces y varias onzas de chocolate sobre un plato.

—Mmm. —Deja de beber de su copa de vino, como si tuviera que decirme algo importante. Se limpia la boca con una servilleta y la deja sobre la isla de

la cocina—. Clara y Juan Carlos vendrán para el día de Reyes. Le he prometido que iremos a coger caramelos. Es como una niña más. —Pone los ojos en blanco.

—Alma y Lía se alegrarán con la noticia. Por cierto, mañana cenamos en Temaka con Roberto y Berta. Invitan ellos, por la vuelta del viaje de novios.

—Pediré lo más caro. En el regalo de bodas se me fue una pasta gansa.

—Anda, idos de aquí. —Les doy cubiertos y vasos—. Poned la mesa. Que a este paso nos comemos las uvas de primer plato.

Justo antes del postre acostamos a los niños. Álvaro lleva a Álvaro junior a una habitación, y Alejandro y yo acostamos a las niñas en otra. Nuestro sobrino ha llorado pidiendo a gritos que desea dormir con sus primas, pero Alejandro cree que hay posibilidades de que el niño —de tres años, he de especificar— puede llevar a sus hijas a un mundo de perversión y vicio descontrolado. A veces me hace mucha gracia sus salidas de tono y obsesión por este tema. Me gustaría ver su reacción cuando Alma o Lía comiencen a salir con chicos. Creo que su corazón —y la ya conocida por todos vena de la frente— no lo aguantarán. Explotarán a la primera de cambio dejando todo perdido de sangre. Salimos del dormitorio y dejamos la puerta encajada.

Sorpresa. Me agarra de la cintura, me estampa literalmente contra la pared y une su boca con la mía, desesperado, como si llevara días sin beber y solo así calmara su sed. Gimo mientras nuestras lenguas se encuentran y se dan calor.

Después de unos segundos, se aparta, dejando su frente sobre la mía.

—No podía aguantar más, díles a todos que se vayan. Necesito follarte ya.

Sonrí y le acaricio el pecho. El corazón le late rápido, tanto como lo hace el mío.

—Pero si lo hicimos esta mañana.

—¿Y qué? Te necesito a cada momento. Estar dentro de ti es lo único que me serena. —Esconde la cabeza en mi cuello y me acaricia con la nariz, después

me besa el hombro, el cuello, los labios... Introduce una mano por mi camiseta y me acaricia el costado hasta llegar a mis pechos y tocarlos por encima del sujetador, mientras que con la otra engancha mi nuca con fuerza y posesión. Jadeo cuando me pellizca un pezón.

—Los echaré a todos en cuanto tomemos las uvas —dice muy seguro.

Noto su sonrisa acariciar mis labios.

—No puedes hacer eso, son nuestros invitados. —Bajo hasta llegar a los botones de su pantalón. Le desabrocho el primero y noto cómo se le corta la respiración.

—¡Pero qué cabrona! —grita Sara no muy lejos de donde estamos—. Yo no puedo meterle mano a mi novio, pero tú puedes follarte a tu marido en medio del pasillo. —Ni siquiera la miramos. Alejandro y yo paramos, pero no podemos apartar la mirada el uno del otro.

—Recuérdame por qué no la he matado ya —dice serio.

—Porque la quieres tanto como yo. —Sonrío y le doy un corto beso en los labios.

—No me parece razón suficiente.

—También cuida de las niñas de vez en cuando para que, tú y yo, podamos tener tiempo para nosotros —le recuerdo. Respira, se incorpora y me da la mano. Llegamos al salón juntos y Álvaro lo mira con complicidad.

—¡Venga! ¿Dónde estabais? Son casi las doce. —Noe reparte los tarritos con las uvas. Cojo el mío y Alejandro me sienta sobre su regazo.

—Estaban follando en la puerta de la habitación de las niñas.

¡Degenerados! —apunta Sara, sin dejar de mirar la televisión, donde están a punto de dar las campanadas desde Sol.

—Envidiosa —le digo yo, preparándome para comer la primera.

Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce.

—¡Feliz año nuevo! —gritamos todos al unísono, unos más atragantados que otros, —casi me ahogo—.

El amor de mi vida me vuelve a besar y no, no es un beso cualquiera, sus besos siempre son mucho más, da igual que estemos rodeados de gente, él me entrega su alma cada vez que me los da. Me aparta, me mira y sonrío, sabor de cómo mi cuerpo reacciona a sus caricias. Me clava la mirada y veo reflejada en ella un millón de imágenes que me hacen feliz. El nacimiento de nuestras hijas, su cara al escuchar de mi boca «sí» —que sí me casaría con él, después de pedírmelo tres veces en dos años. ¿Qué queréis que os diga?

Tenía que hacerle sufrir un poco tras decidir, por su cuenta y riesgo, sin contar conmigo, justo al conocernos, que sería su mujer. Los dos nos hemos equivocado muchas veces, pero eso no son formas de prometerte con alguien, tendría que haberlo preguntando al menos. Bueno, pues sí que lo hice preguntar, sí—. Nos casamos una tarde de primavera, el sol se ponía sobre el horizonte mientras nos jurábamos amor eterno sobre un frondoso césped, rodeados de luces, nuestros seres queridos y un millar de margaritas.

Aprovecho que Alejandro se hace cargo de despedir a todos y me doy un baño de agua muy caliente que hasta me enrojece la piel. Me tumbo sobre el suelo y cubro el cuerpo de agua. Hincho el pecho despacio y suelto el aire de la misma manera. Una imagen muy nítida de una mañana con Álvaro se me viene a la mente, pero no la aparto ni me siento culpable por pensar en él. La vida está hecha de pequeños momentos. Supongo que recordamos siempre lo que queremos recordar. Lo que no, nuestro cerebro lo deshecha y destruye ¿Por qué rememorar aquello que una vez nos dolió y nos hizo llorar? Pero ¿Qué hacemos con esos recuerdos? Los hemos vivido tan intensamente que, aun guardados, lo sentimos latir en nuestro corazón dándonos vida. Al menos yo lo siento así, y creo que es lo que siempre me ha pasado con Álvaro. Lo enterré, pero como *El Corazón Delatador* de Edgar Allan Poe, lo sentía latir constantemente bajo mis pies. Lo guardé como un secreto inconfesable, me estuve moviendo entre la ambigüedad y la oscuridad, no siendo clara conmigo misma. Nunca lo perdoné. Jamás logré olvidarlo y me estuve

escondiendo durante demasiado tiempo. Adaptándome a cada situación para poder seguir adelante. Imaginándome cómo debería ser la vida sin llegar realmente a vivirla. Así fue, así lo sentí hasta que conocí a Alejandro.

Él me devolvió algo que su hermano me arrebató. Esperanza y fe.

Confianza en mí misma y en los que me rodean. Llegó a mí de una manera arrolladora y su excesiva dominación me desbordó. Pero era lo que necesitaba, lo necesitaba a él. Lo necesito ahora. Y Alejandro me necesita a mí. Y mi corazón hace mucho que perdonó a Álvaro y aceptó que no debo olvidar mi vida con él porque cada uno de esos minutos me han hecho, junto con otros, ser lo que soy ahora. Yo, ni más ni menos. Ni menos ni más. Con mis virtudes y mis defectos. Amando y regalando mi corazón a la persona que yo misma elegí.

Disfruto de unos minutos de soledad y me relajo masajeando mi piel con crema hidratante sentada sobre la cama. Mi marido se arrodilla delante de mí, coge el bote, se rocía con el producto las manos y comienza a frotarme las piernas de abajo arriba, comenzando por los pies, el tobillo... las rodillas...

mis muslos... Respiro hondo y le acaricio el pecho desnudo. Me detengo sobre una herida de bala que casi nos arrebatara el futuro hace hoy siete años.

La beso y me tiro hacia atrás, apoyándome sobre mis brazos. Gimo cuando roza mis nalgas desnudas. Solo me cubre el cuerpo un camisón de raso beis que deja entrever gran parte de mis pechos.

—Adoro tu piel. Eres tan hermosa. —Me abre la camisola, dejándome desnuda frente a él. Me acaricia el vientre y lo besa con devoción.

—¿Estás bien? —me pregunta, a la vez que me acaricia una mejilla.

Asiento con la cabeza.

—Casi no tengo náuseas. —Este embarazo está siendo muy diferente a los otros dos, que los pasé con la cabeza metida en el inodoro—. Tal vez sea un niño. —Barajo la posibilidad y se le ilumina la cara. Dice que le da igual, pero yo sé que le encantaría que fuera un varón. Cosas de hombres, digo yo.

Se incorpora y se tira sobre mí, sin dejar caer su cuerpo del todo, aguantándose con sus manos junto a mi cabeza.

—Qué bonita eres. —Me acaricia el cuello con la nariz y luego me besa sobre la misma zona. Baja hasta mis pechos y los lame.

Jadeo y me remuevo. Mis pezones se encuentran muy sensibles y absorben todo el placer que él les da.

—Solo me quieres por mi cuerpo —bromeo entre suspiros.

De repente, para. Pone su cara a la altura de la mía y nuestras miradas conectan como la primera vez. Como si estuviéramos solos en el mundo y nada más importara. Solo estamos él y yo. Nuestras respiraciones se mezclan y nuestros labios se unen hasta fundirse en uno. Después de unos segundos, que podrían durar una eternidad, nos retiramos unos centímetros.

—Tú... lo eres todo. Mi amor, mi vida, mi hogar —musita, a la vez que me adorna el cabello con una pequeña margarita blanca que coge de la mesita de noche. Sonrío y todo mi mundo se centra en él.

—Tú... eres donde siempre quise estar, mi presente, mi futuro, mi hombre, mi amigo. Mi lugar. —Le acaricio el cabello—. Te querré siempre.

—Yo te querré mucho más.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta vez no voy a extenderme demasiado. Son tantas las personas a las que tengo algo que agradecer que no podría nombrarlas a todas.

Agradezco de corazón vuestra presencia a lo largo de este viaje apasionante gracias al cual experimento el más grato despertar a este mundo novedoso, además de que está propiciando el contacto con gente maravillosa de todas partes del planeta. Sentimientos encontrados surgen al terminar de escribir esta historia, al despedirme de los personajes y de cada página, si bien todo se vuelve fácil y llevadero cuando me contemplo rodeada de tanta y tan buena gente que me anima a emprender nuevas aventuras. Y yo me siento muy afortunada. Gracias a todos, lectores, amigos, familia... sin vosotros nada de esto tendría mucho sentido. Y gracias a Ediciones Coral por llevar mis letras a los confines del mundo. Mi reconocimiento sincero y mis gracias reiteradas al conjunto de cosas y personas que hacen posible el nacimiento de los libros, la difusión y el fomento de su lectura.

GRACIAS. GRACIAS. GRACIAS.

Millones de besos y gin-tonics. ;-)

ESTRELLA CORREA



BIOGRAFÍA

Estrella Correa nace en Chucena en 1980,

realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva.

Casada y con una hija, actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e

incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. Amante de las grandes historias que suelen contener los libros, consume esta

primera etapa de acercamiento a la creación literaria elaborando la trilogía

Clamores de Juventud.

Bajo el sello de Ediciones Coral

reedita su primera entrega y nos muestra la segunda y tercera parte titulada: Bésame, por favor y Quédate conmigo, por favor.

“Autora revelación del año 2017”

“Es la nueva Elisabeth Benavent”

“Sello Best Seller digital de más de 150 plataformas”